



Cuentos de la Dragonlance · Volumen 3

Historias de Ansalon

Edición de Margaret Weis y Tracy Hickman



Lectulandia

Yo por bien tengo que cosas tan señaladas, y por ventura nunca oídas ni vistas, vengan a noticia de muchos y no se entierren en la sepultura del olvido, pues podría ser que alguno que las lea halle algo que le agrade, y a los que no ahondaren tanto los deleite.

Y a este propósito dice Plinio que no hay libro, por malo que sea, que no tenga alguna cosa buena; mayormente que los gustos no son todos unos, mas lo que uno no come, otro se pierde por ello.

Lectulandia

VV. AA.

Historias de Ansalon

Cuentos de la Dragonlance - 3

ePub r1.0

EtrioI 09.12.13

Título original: *Love and war (Dragonlance Tales, Volume 2)*

VV. AA., 1987

Traducción: Víctor Viano

Ilustraciones: Larry Elmore

Diseño/Retoque de portada: Fenikz

Editor digital: Etriol

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Prólogo

Margaret Weis & Tracy Hickman

Parece lo más indicado que todos estos años de trabajo creativo en la saga de Dragonlance tengan su culminación con esta trilogía de cuentos que son, quizá, los más amenos y con más garra.

Varios de los autores que aparecen en este volumen son veteranos de los Cuentos I y II, y algunos seguirán escribiendo acerca del mundo de Krynn en nuevas e interesantes series de novelas de Dragonlance en un futuro próximo.

«El relato de un buen caballero», de Harold Bakst, es un comienzo adecuado para este tomo que versa sobre el amor y la guerra. Narrado por un Caballero de Solamnia, en él se enlazan ambos temas cuando las pasiones entran en conflicto en el corazón de un padre egoísta.

El amor se retrata bajo su más tierna faceta en «la inspiración del pintor», de Barbara y Scott Siegel. Pero ¿qué otra cosa puede esperarse cuando uno de los personajes de la trama es un dragón?

Junto con los fantasmales caballeros que guardan el Bosque Oscuro, renace de la mano de Nick O'Donohoe una historia de amor y sacrificio en «Destino fatal», otra hermosa revisión parcial de un pasaje de «El retorno de los dragones».

«Jugar al escondite», de Nancy Varian Berberick, nos describe el amor entre amigos cuando Tasslehoff arriesga su propia vida por salvar la de un niño que ha sido raptado.

«Por el Código y la Medida» es la historia de un valeroso Caballero de Solamnia que lucha una batalla perdido de antemano. Richard Knaak es el autor de este cuento conmovedor acerca del amor reverencial que un joven caballero profesa a su Orden.

En «Los exiliados» de Paul Thompson y Tonya Carter, se recoge una aventura de Sturm cuando todavía era un niño. En ella, el muchacho recibe su primera lección de valor al enfrentarse a un diabólico clérigo de la Reina de la Oscuridad.

Un episodio más alegre se trata en «El corazón de Goldmoon», de Laura Hickman y Kate Novack. En él surgen idilio y aventura con el primer encuentro de Riverwind y Golmoon, así como la posterior revelación a la princesa de los que-shus de la existencia de los verdaderos dioses.

Continuando con esta línea romántica, el relato «La hija de Raistlin», escrito por Dezra Despain y yo misma, recoge una leyenda que corre de boca en boca por todo Krynn. Y lo hace —¿de qué otro modo, si no?— planteando un interrogante.

«Plata y acero» es la epopeya de la batalla final entre Huma y la Reina de la Oscuridad. Existen muchas leyendas acerca del valeroso Huma, pero ésta, narrada

por Kevin Randle, es una exposición de la guerra tan cruda, tan conmovedora, que no será fácil olvidarla.

El broche de este volumen lo pone «Del afán por la guerra y su final». Muy oportuno este acerbo recordatorio que nos hace Michael Williams para que nunca olvidemos que las guerras, aunque sean a veces tristemente necesarias, siempre acaban destruyendo tanto el amor como la vida.

El relato de un buen caballero

Harold Bakst

En los caóticos años que siguieron al Cataclismo, cuando los aterrorizados habitantes de Xak Tsaroth huyeron de su amada pero diezmada ciudad, vivía entre ellos cierto semielfo llamado Aril Viento Agostador, quien se dedicó a deambular por el mundo con un inmenso libro negro cargado sobre su espalda encorvada, mientras los demás buscaban sólo un lugar donde refugiarse.

Aún sin tan peculiar carga, que transportaba con una correa de cuero echada al hombro, Aril resultaba un tipo raro incluso comparado con otros semielfos. Aunque de constitución alta y esbelta, cabello rubio, piel pálida y ojos azules, parecía no estar interesado lo más mínimo en su apariencia y era evidente el desaliño de su persona: los zapatos los llevaba desabrochados a menudo, los fondillos de la camisa asomaban fuera de los pantalones y su cabello estaba por lo general revuelto y enmarañado. Era corriente que pasara varios días sin afeitarse, de modo que el fino y rubio vello facial le cubría las mejillas como una suave pelusilla. Por añadidura, llevaba unas gafas de cristales gruesos y montura metálica.

Todo esto, sin embargo, tenía una sencilla explicación: Aril era, según sus propias palabras, un estudioso. Más concretamente, era uno de los muchos folkloristas itinerantes que aparecieron en Krynn a raíz del Cataclismo y que recopilaban tradiciones, leyenda y costumbres populares.

—El Cataclismo amenaza con borrar nuestro rico pasado —explicaba con su voz suave pero entusiasta a cualquiera que le prestara unos minutos de atención—. Y, si la paz vuelve alguna vez a Krynn, queremos saber cuáles eran nuestras tradiciones antes de que sobreviniera la destrucción.

—¡Pero éste no es el momento de hacerlo! —era la brusca respuesta que recibía a menudo de algún viajero que huía con todas sus posesiones cargadas en un carro o incluso sobre sus espaldas y por lo general con la familia a remolque.

—Oh, sí. Es precisamente el momento indicado —contestaba el semielfo—. Antes de que muchas cosas se olviden a causa de los acontecimientos actuales.

—¡Bueno, pues que tengas mucha suerte! —solía ser la respuesta que le daban mientras los refugiados reanudaban la marcha hacia otro rincón de Krynn más seguro.

Sin desanimarse, el semielfo continuaba su recorrido a través de valles umbrosos, campos soleados y bosques sombríos. De vez en cuando hacía un alto en alguna posada que había salido indemne de la catástrofe, pasaba por campos de refugiados e incluso acompañaba a ejércitos en marcha, y en todo momento preguntaba a la gente con la que se encontraba y si él o ella sabía alguna historia para recopilarla en su gran libro negro.

Con el tiempo, Aril llegó a la conclusión de que sus pesquisas solían tener mejores resultados con las personas mayores y, desde luego, cuanto más ancianas mejor. Además de que había más posibilidades de que esta clase de gente mayor recordara uno o dos historias, también se sentían más inclinadas a relatarlas. Quizá se debía a que acogieran con agrado la oportunidad de hacer un alto durante un rato para evocar recuerdos. O tal vez porque no tenían mucho con que contribuir al futuro de Krynn, pero sí a su pasado. Fuera por el motivo que fuese, Aril no tardó mucho en buscar exclusivamente a estas personas mayores, y su libro empezó a llenarse poco a poco de historias anteriores al Cataclismo, cuando en Krynn se había vivido lo que él llamaba la Edad de Oro.

Ponía a cada historia un título apropiado y acreditaba la fuente de información añadiendo a continuación «...según relato de Henrik Valle Hellen, un enano panadero»; o «...según relato de Frick Fresno Caído, un humano leñador», y así sucesivamente.

A menudo la gente le preguntaba a Aril cuál era su historia preferida, pero él se limitaba a contestar con la objetividad profesional de un científico: «Me gustan todas».

Ocurrió en un día de primavera particularmente hermoso, un día en que toda la naturaleza parecía gozosa y ajena a los trastornos políticos desatados a kilómetros de distancia. Aril cruzaba el terreno herboso y cuajado de florecillas de un valle cuando divisó a un caballero arrodillado en la base de la pared de una cañada. Por un golpe de suerte, el caballero era anciano.

—Perfecto —musitó el semielfo mientras en caminaba despacio hacia el hombre y se detenía a unos cuantos pasos de él.

Al principio, el viejo caballero no pareció percatarse de que tenía un espectador y continuó de rodillas, con la cabeza inclinada en lo que podría ser un gesto de profunda meditación o tal vez porque estuviera elevando una plegaria respetuosa a los recientemente desaparecidos dioses de Krynn. A espaldas del anciano había un saliente en la pared, más bien una cueva que al parecer era su modesto, si bien temporal, refugio. No hay que olvidar que la Orden de los Caballeros de Solamnia se había desmoronado y había caído en desgracia a raíz del Cataclismo, y sus escasos miembros supervivientes se habían dispersado por los cuatro puntos cardinales.

A juicio de Aril, tales sucesos debían de haber tenido una gran repercusión en este hombre y quizá lo habían hecho envejecer antes de tiempo, ya que tenía el rostro consumido y macilento; su cabello estaba encanecido por completo a pesar de ser espeso, y las manos enlazadas antes sí eran sarmentosas, casi artríticas.

Con todo, todavía era patente en el hombre mucho del orgullo de la antigua grandeza de su Orden. Vestía armadura completa, una espada enorme prendía de su costado y el yelmo sin visor y el escudo yacían en una cercana roca plana. A pesar de

estar arrodillado se advertía que era muy alto. Pero lo que más impresionó al semielfo fue el espeso bigote que lucía, un mostacho blanco y tan largo que las puntas retorcidas casi rozaban el suelo al estar en aquella postura postrada.

Aquel bigote guardaba mucho orgullo, se dijo para sí Aril mientras esperaba paciente a que el caballero terminara lo que fuera que estuviese haciendo.

El floklorista itinerante estaba convencido de que su presencia no había sido advertida hasta el momento y por tanto lo cogió desprevenido que el caballero se dirigiera a él con una voz profunda y cansada, sin levantar la cabeza ni mover un solo músculo.

—¿Qué deseas?

—¡Oh! Lo siento —dijo el semielfo al tiempo que adelantaba un paso, con la espalda encorvada como si hiciera una reverencia, aunque la verdad es que se inclinaba por el peso del voluminoso libro—. No quería interrumpir nada, pero me gustaría hablar contigo si has acabado ya.

—Estoy meditado.

—Sí, ya lo veo. Pero quizá podrías reanudar la meditación dentro de un rato —sugirió Aril—. Esto no nos llevaría mucho tiempo.

El viejo caballero soltó un hondo suspiro.

—A decir verdad, no has interrumpido gran cosa —dijo, mientras abandonaba la rígida postura penitente—. Ya no tengo la concentración de antaño.

—¿Entonces podemos charlar?

El caballero se incorporó poco a poco, aunque resultaba evidente el esfuerzo que le costaba.

—¡Ag! He llegado a un punto en que ya no sé distinguir si lo que cruje es mi armadura o son mis huesos.

—Creo que esta vez ha sido la armadura —aseguró Aril con una sonrisa.

Ahora que el caballero se había incorporado, se hizo patente que, en efecto, era un hombre muy alto, tanto como el semielfo, que era un tipo muy espigado cuando no transportaba su libro. Cuando el caballero se volvió de cara a él, a Aril se le puso piel de gallina al fijarse en el brillante peto de la armadura, en cuyo centro aparecía grabada una rosa, el famoso símbolo de su Orden.

—Por otro lado, no me apetece mucho hablar —dijo el caballero con gesto ceñudo. Pasó ante el semielfo y tomó asiento en una roca; recostó la espalda en otra piedra y dirigió una mirada límpida al cielo azul y las nubes blancas que asomaban entre las paredes del valle—. Soy un hombre de acción, no de palabras.

—Lo comprendo —respondió Aril—. Pero a mi entender te encuentras en un momento... mmmm... digamos en un paréntesis entre acción y acción. El asunto es que soy un floklorista...

—Aril Viento Agostador.

—Sí, en efecto. ¿Has oído hablar de mí? Me siento alagado.

El caballero observó con los ojos entrecerrados a aquel hombre larguirucho y rubio que cargaba un libro enorme a la espalda.

—En verdad eres un tipo rato —comentó.

—En el mundo tiene que haber de todo —replicó el semielfo, esbozando otra vez una sonrisa—. Sea como sea, saber por qué estoy aquí.

—No me apetece hablar.

—Oh, debes hacer un esfuerzo. Un caballero como tú debe de conocer un montón de historias de actos heroicos y valentía. Fíjate que ésta puede ser una de las pocas oportunidades que se te presenten de dar testimonio de tu Orden antes de que el mundo la olvide.

Al principio, el caballero se mostró indiferente. Pero después, a despecho de sí mismo, asumió una expresión reflexiva mientras se daba suaves tirones de la punta del bigote.

—Tal vez, pensándolo bien... —dijo despacio.

—¡Sí, piénsalo bien! —lo animó el semielfo a la vez que se dirigía a otra roca más pequeña y tomaba asiento en ella de manera que sus huesudas rodillas quedaban dobladas a la altura del pecho.

—Eres un tipo muy insistente —dijo el caballero, arqueando una ceja con un gesto imperioso.

—Un floklorista tiene que serlo en los tiempos que corren —se justificó Aril—. Bien, lo primero es lo primero, ¿cómo te llamas?

—Warrex —repuso el caballero, cada vez más interesado. Incluso se apartó de la piedra en la que se recostaba y se sentó erguido—. Barryn Warrex.

—¿Warrex se escribe con uve o con uve doble?

—Con uve doble.

—Bien. Veamos, ¿qué vas a contarme? Apuesto que una historia de batallas épicas, castillos asediados, o misiones heroicas...

—No —respondió el caballero con gesto pensativo mientras se tiraba otra vez el largo mostacho—. No, creo que no.

—¿No? Entonces tal vez ser el relato de una lucha cruenta con un minotauro o un duelo con un feroz ogro.

—No, no., tampoco, aunque he participado en esa clase de combates.

—¡En tal caso, debes contarlo! La gente querrá leer algún día esas aventuras caballerescas.

—¡Por favor! —instó con brusquedad Barryn, cuyos viejos ojos opacos centellearon coléricos—. ¡No me prestaré a esto a menos que estés dispuesto a escuchar la historia que *deseo* relatar!

—Por supuesto, por supuesto —se apresuró a aceptar Aril, adoptando una

expresión contrita—. Perdóname. Eso es precisamente lo que quiero que hagas.

—Para un Caballero de Solamnia, al menos para este viejo Caballero de Solamnia, hay algo que es más importante, mucho más importante que la valentía, el deber y el honor.

—¿Más importante? Caramba, ¿y qué es?

—El amor.

—¿Me vas a contar una historia de amor? Bueno, también es algo interesante —opinó el semielfo mientras movía la cabeza en un gesto de aquiescencia y mojaba la pluma en el tintero—. Un relato de caballerosidad...

—Yo no he dicho «caballerosidad» —lo interrumpió Barryn con rudeza.

—Disculpa, supuse que...

—Pues deja de suponer, ¿quieres? Ésta es una historia que me contaron cuando era aún un niño, mucho antes de que pensara siquiera que me convertiría en caballero. Y aunque son muchas las cosas que me han ocurrido desde entonces, esta historia me ha acompañado a lo largo de los años. Ni que decir tiene que en la actualidad conmueve mi corazón más que nunca.

El semielfo garabateaba ya en su libro con rapidez.

—...más... que... nunca. —Repitió mientras escribía.

Barryn Warrex se recostó de nuevo en la piedra y asumió una actitud más reposada.

—Se refiere a los dos Árboles Entrelazados del bosque de Wayreth...

—¿Los Árboles entrelazados? —lo interrumpió Aril, levantando la nariz del libro al tiempo que empujaba con el índice las gafas que se habían deslizado nariz abajo—. ¡He oído hablar de ellos! ¿Sabes su historia?

—Así es —confirmó Warrex, que hacía aún esfuerzo evidente por mantener la calma—. Y eso es, mi locuaz amigo, lo que pienso contarte, siempre y cuando me des la oportunidad de hacerlo si permaneces callado un rato.

—Disculpa, disculpa, es que es justamente la clase de historia que busco. Los Árboles Entrelazados, sí. Comienza, por favor. No diré una sola palabra más.

El caballero dirigió a Aril una mirada incrédula. Sin embargo, tal como había prometido, el miope semielfo guardó silencio y se limitó a inclinarse sobre su libro, con la pluma preparada.

Satisfecho, Barryn recostó la cabeza en la piedra. Entonces su expresión sufrió un cambio notable: sus ojos parecieron quedar desenfocados, con una mirada remota, como si contemplaran algo ocurrido muchos años atrás; ladeó la cabeza, como si escuchara una voz lejana en el tiempo; y, cuando habló, su voz parecía pertenecer a otra persona..., en un pasado remoto.

Hace mucho tiempo, cuando el mundo era todavía joven, había un artesano tejedor

llamado Aron Tela de Rocío que vivía en una pequeña cabaña con techo de paja en las afueras de Gateway, donde las casas estaban separadas a tiro de piedra. Aron era viudo y tenía una hija: Pétalo, considerada, si no la más hermosa, sí una de las mujeres más bellas en kilómetros a la redonda. Pétalo era esbelta y delicada, sus ojos eran grandes y castaños y su cabello trigueño le llegaba hasta el estrecho talle.

No es pues de extrañar que cuando Pétalo alcanzó la edad casadera llegaran hasta su puerta todos los jóvenes solteros que buscaban esposa. Los muchachos pasaban ante la cerca simulando que daban un paseo y entonces, «por casualidad», reparaban en la joven que cuidaba del jardín y se paraban para charlar con ella.

—Hola, qué rosas tan bonitas —decían, por ejemplo.

Como es natural, Pétalo se sentía muy halagada ante tanta muestra de atención; dejaba los arreglos florales y empezaba a coquetear con los jóvenes, consiguiendo con ello alentar aún más a los muchachos.

Aron, que hasta el momento había sido el más afectuoso y feliz de los padres mientras Pétalo crecía, se tornó taciturno. Dejó de sonreír y rezongaba de manera continua por todo. En una palabra: se sentí celoso.

La verdad es que al principio intentó enfocar la situación con complacencia. Al fin y al cabo, las atenciones que recibía su hija eran las correspondientes a una muchacha joven, hermosa y casadera, y Aron intentó fingir que estaba preparado para afrontar esta circunstancia.

Pero no podía remediarlo. En el momento en que uno de los posibles pretendientes de Pétalo aparecía frente a la valla del jardín y lo saludaba con un «hola» y un ademán, Aron se limitaba a responder con un gruñido o, lo que era más frecuente, hacía caso omiso del joven y se metía en la cabaña.

—Mira, Aron, no puedes frenar el curso de la naturaleza —le decían algunos vecinos.

El tejedor los escuchaba con educación, pero sólo porque además de ser sus vecinos eran también sus clientes. A decir verdad, le importaba un pimiento la naturaleza ni su curso ni sus opiniones. No soportaba la idea de que cualquier zagal enamorado se llevara a su única y preciosa hija. A sus ojos, Pétalo sería siempre la niña que reía y chillaba feliz cuando la hacía brincar sobre sus rodillas.

—¡A la porra con todo! —decidió—. ¡Me da igual lo que pienses los demás! ¡Me fastidia lo que está pasando!

A partir de entonces cogió por costumbre espantar a los muchachos con un bastón nudoso que tenía al alcance de la mano en todo momento.

—¡Largo de aquí! —gritaba, a la vez que salía de la casa y corría hacia la cerca. Perplejo ante el ataque, el joven en cuestión se alejaba a todo correr y dejaba a Pétalo junto a la puerta de la valla—. ¡Y di a esos patanes amitos tuyos que tampoco quiero verlos por aquí!

—Estas escenas causaban una gran turbación a Pétalo.

—Papá, ¿por qué no pueden visitarme? —preguntaba, al borde de las lágrimas—. ¡Ya soy mayor!

—¡Porque...! ¡Porque no, y ya está! —replicaba Aron con el rostro congestionado y los nudillos blancos por la fuerza con que apretaba el bastón. Luego se daba media vuelta y entraba en la casa.

Pero ese «porque no» no era razón suficiente para Pétalo, que continuó alentando a sus pretendientes. Sólo tenía que guiñar un ojo para atraerlos de nuevo como una flor fragante atrae a las abejas; no obstante, ninguno de los muchachos se atrevía a cruzar la cerca.

Desde su telar, que casualmente era un artilugio ingenioso aunque bastante ruidoso que funcionaba por medio de varios pedales y manivelas, el taciturno tejedor miraba a través de la ventana y vigilaba el comportamiento de su hija. Y vio el efecto que surtía en sus admiradores que cada vez que volvían más atrevidos y algunos incluso se aventuraban a abrir la puerta de la valla. Al parecer, amenazarlos con un bastón ya no servía para ahuyentarlos; tampoco es que importara mucho, pues Aron empezaba a cansarse de tener que salir corriendo al jardín cada dos por tres. Así que, finalmente, llegó a la conclusión de que sólo podía hacerse una cosa: tendría que llevarse a Pétalo lejos de Gateway.

Eso fue lo que hizo. Metió su telar y demás posesiones en una carreta, sentó a Pétalo en el pescante a su lado, y se pusieron en marcha, arrastrados por un cansado y viejo buey que le había prestado un amigo. Pétalo lanzó un hondo suspiro mientras agitaba la mano despidiéndose de todos sus pretendientes, que se alineaban al borde del camino, a la puerta de sus propias casas, para decirle adiós. Ellos respondieron con el mismo ademán y expresiones entristecidas.

Aron se llevó a Pétalo muy lejos. Dejaron atrás la calzada pavimentada y continuaron por una senda cuajada de matojos que los condujo hasta el bosque de Wayreth. En este punto, Aron tuvo que dejar atrás la mayor parte de sus posesiones, puesto que los árboles crecían tan juntos que no había espacio para continuar con la carreta. Tendrá que hacer varios viajes para recogerlo todo, pero por el momento se cargó varios bultos a la espalda, cogió de la mano a Pétalo y los dos se internaron en el sombrío bosque.

Cuando llegaron lo bastante lejos, es decir, cuando el tejedor estaba demasiado exhausto para seguir adelante, soltó la carga en el suelo y anunció:

—¡Aquí! ¡Aquí será donde viviremos!

En efecto, en aquel mismo punto boscoso fue donde Aron construyó una nueva cabaña con troncos y techo de paja. Contaba con un cuarto pequeño para Pétalo, otro más grande para el tejedor y una habitación algo más espaciosa donde estaban la cocina, la mesa, las sillas y, por supuesto, el telar que había llevado hasta allí

haciendo que lo arrastrara el buey antes de devolver el animal a su dueño.

Convencido de que, por fin, tenía a su hija en un lugar donde ningún joven la encontraría o que, al menos estaba lo bastante lejos para desanimar a cualquier pretendiente, Aron reanudó su trabajo en el telar. El estar instalado en medio del bosque de Wayreth, que tenía fama de ser mágico, tenía sus inconvenientes, ya que Aron se veía forzado a hacer largos viajes para visitar a sus clientes de Gateway. No obstante, valía la pena tales molestias a cambio de gozar de la paz de espíritu que le proporcionaba el saber que nadie le arrebataría a su hija.

Por su parte, Pétalo estuvo llorando días y días. Quería regresar a Gateway. Quería que sus pretendientes la cortejaran.

—Te acostumbrarás a vivir aquí —dijo Aron—. Pronto todo volverá a ser igual que antes de que empezara esa estúpida situación.

En efecto, los lloros de Pétalo cesaron, pero las cosas no volvieron a ser lo mismo. La muchacha se sentía sola y nunca sonreía ni se mostraba alegre.

—¿Qué te ocurre? —inquirió con brusquedad Aron un día, desde su asiento frente al telar, al fijarse en el rostro serio de su hija—. ¡Mi compañía te bastó durante todos estos años!

—Oh, padre... —Pétalo esparcía fragantes agujas de pino en el suelo de la cabaña e hizo un alto en su trabajo—. Aún te quiero, pero... eres mi *padre*. Ha llegado el momento de que ame a otro, como a mi esposo.

—¡Pamplinas! —exclamó el tejedora la vez que hacía un gesto desdeñoso con la mano—. ¡Tendrás tiempo de sobre para eso cuando yo haya muerto!

—¡No hables así! —protestó Pétalo, que tiró el resto de las agujas de pino y se acercó a su padre.

—¿Qué no hable cómo? ¡Un día ya no estaré aquí y entonces podrás divertirte con todos los jovencitos que quieras!

Sin añadir una palabra más, Aron le dio la espalda a su hija y reanudó su trabajo en el telar.

Las conversaciones giraban casi siempre en torno al mismo tema y acababan igual; la actitud de su padre le partía el corazón a la muchacha.

Llegó el momento en que Pétalo dejó de sacar a colación el asunto que, dicho sea de paso, era lo que quería Aron.

Los días se hicieron rutinarios. Aron trabajaba en su telar de manera metódica y constante, y Pétalo cuidaba de la casa y el jardín. Apenas hablaban. La muchacha no perdió el aire de tristeza y el padre siguió sintiéndose inquieto a pesar de vivir apartados en el bosque: ¿y si uno de esos golosos moscones les seguía el rastro a pesar de todo? ¿Y si toda la pandilla se presentaba ante su casa y empezaba a revolotear y zumbar ante su puerta?

O lo que era peor: ¿Y si Pétalo se escabullía?

Esta última idea empezó a preocupar a Aron. No le quitaba los ojos de encima y ello tuvo por consecuencia que muchos hilos de la trama iban mal tejidos. Llegó a estar tan nervioso que, si no tenía a la vista a Pétalo y tampoco la escuchaba, se levantaba de un salto del telar con tanta brusquedad que tiraba la silla y empezaba a llamarla a gritos:

—¡Pétalo, ven aquí!

—¿Qué ocurre, padre? —respondía la joven, que regresaba a toda prisa a la cabaña llevando, por ejemplo, un cesto con setas que había estado recogiendo en el exterior.

Aron nunca contestaba. Le bastaba ver a su hija para recobrar la calma, levantaba la silla caída y reanudaba su trabajo.

Lo peor para Aron eran las noches. Durante esas horas tenía que dormir y por tanto no podía vigilar a la muchacha. Temeroso de que escapara, se pasaba las horas en vela yendo hasta el cuarto de su hija cada dos por tres para comprobar que seguía allí. Siempre la encontraba acurrucada bajo la manta en el jergón relleno con fragantes agujas de pino.

Pero una cálida noche de verano, poco después de la media noche, Aron se asomó a la habitación de la muchacha y descubrió que el lecho estaba vacío.

—¡Pétalo! —llamó a voces mientras regresaba a la sala— ¡Pétalo!

Ella no respondió.

El tejedor salió corriendo al bosque envuelto en el manto de la noche, donde sólo algunos haces de luna alcanzaban el suelo al traspasar el espeso dosel de los árboles.

—¡Pétalo! ¡Pétalo!

No obtuvo respuesta, salvo el ulular de un solitario e invisible búho.

El tejedor estuvo recorriendo el bosque a trompicones durante el resto de la noche, llamando a su hija e hiriéndose al golpearse la cabeza con las ramas o al chocar contra los invisibles troncos.

Cuando por fin amaneció y el sol salió derramando sus tempranos rayos en el aire húmedo y despertando a los pájaros que empezaron a trinar y gorjear de inmediato, Aron estaba a punto de desmayarse por el agotamiento. Se había pasado toda la noche llamando y buscando.

Derrotado y angustiado, pero decidido a ir hasta Gateway para recobrar a su hija, volvió a la cabaña para coger su bastón.

Sin embargo, cuando llegó a la casa se encontró con que Pétalo dormía acurrucada en su lecho, tan inocente como una cierva.

Aron se frotó los ojos abotargados. Su corazón rebotó de alegría. ¿Sería posible que, abrumado por la preocupación, no la hubiese visto tendida en el lecho la noche anterior? Todo parecía estar en orden... salvo unas pequeñas manchas de humedad, más bien unas huellas que llegaban hasta la cama de Pétalos, advirtió Aron. Aunque

era algo extraño, el tejedor no le dio mucha importancia. Se sentía feliz de tener a su hija. Se dijo que trataría de ser más amable con ella de ahora en adelante, pues lo último que deseaba era que su brusquedad la hiciera marcharse de su lado.

Aquella mañana, cuando la muchacha despertó, Aron se mostró más jovial mientras desayunaban. Este cambio de actitud sorprendió a Pétalo, pero la muchacha le aceptó complacida. También ella parecía más feliz.

—¿Te das cuenta? —dijo Aron mientras sorbía el té—. ¿Ves lo fácil que nos resulta ser amigos?

—Sí, padre. Te pido perdón por actuar como una niña mimada —respondió la muchacha.

—No, no, soy yo quien debe disculparse. Me he comportado como un ogro.

—Sólo porque me quieres. Ahora lo comprendo.

Aron alargó la mano y le dio unas suaves palmaditas en la cabeza; el cabello rubio de la muchacha estaba algo húmedo. Pero tampoco esta vez le dio importancia al asunto. Durante el resto del día, el tejedor trabajó en el telar silbando alegre en tanto que Pétalo tarareaba mientras cuidaba el jardín en el que, por cierto, no crecían tan bien las plantas como en el de Gateway al estar a la sombra del bosque.

De todos modos y a pesar de esta aparente situación amable y placentera, al llegar la noche Aron dio vueltas y más vueltas en la cama sin lograr conciliar el sueño; de nuevo estaba convencido de que su hija había desaparecido la noche anterior. Además, aquellas manchas de humedad en el suelo lo tenían perplejo.

No pudo evitarlo. Aron se levantó del lecho. Tenía que asegurarse. Pero no quería que su hija supiera que la vigilaba, pues entonces se enfadaría de verdad con él. Así pues, se dirigió de puntillas, en silencio, al cuarto de Pétalo.

No estaba allí.

Lo embargó una cólera creciente. Salió corriendo de la cabaña. Iba a gritar el nombre de su hija cuando, a la luz difusa de la luna que se colaba entre las copas de los árboles, divisó el flotante vestido blanco de la muchacha un instante antes de que desapareciera entre dos inmensos tuliperos.

Aron estuvo a punto de llamarla, pero se contuvo en el último momento. ¿Acaso iba a reunirse con alguien? Tenía que enterarse. Decidió seguirla y cogerla *in fraganti*. Regresó al interior de la cabaña y cogió el bastón; segundos después salía corriendo para alcanzar a su hija.

Pasó entre los dos tuliperos y se encontró en una senda que ni siquiera sabía que existía. Era estrecha y estaba cubierta de frondosos helechos, pero la iluminaba perfectamente la luz de la luna llena, ya que había una brecha en el dosel del bosque que seguía el mismo trazado de la senda.

Aron no divisaba a su hija, pero avanzó por el sinuoso sendero, convencido de que lo llevaría hasta ella. Caminó a buen paso, sin hacer demasiado ruido. Todo era

bosque a su alrededor, y sólo los árboles más cercanos a la senda estaban iluminados de manera parcial y sus troncos oscuros y grises le marcaban el camino. Más allá, el bosque estaba sumido en sombras; y, aún más allá, la oscuridad era total.

El croar de las ranas se hizo más nítido, y poco después el tejedor llegaba a un pequeño claro en cuyo centro había un estanque. Pétalo se encontraba en la orilla del agua, cerca de un dique de castores; la luz espectral del cielo bañaba su vestido blanco. Durante unos segundos la muchacha no hizo nada, salvo contemplar las aguas oscuras en cuya superficie flotaban infinidad de nenúfares, con sus blancas flores abiertas a la luz de la luna. Entonces habló con voz queda.

—Mi amor, mi amor, llévame a tu casa.

Acto seguido, algunos de los nenúfares se hundieron bajo la superficie, como si tiraran de ellos. Pétalo se quitó el vestido y caminó hacia el agua. Avanzó hacia el centro del estanque, apartando a su paso los nenúfares. El agua fue cubriendo poco a poco sus esbeltas piernas, alcanzó el fino talle y subió más aún al inclinarse ella hacia adelante.

Aron estaba desconcertado, sin alcanzar a comprender lo que ocurría. Pero cuando vio a su hija en el estanque sumergida hasta el cuello y la rubia melena flotando en el agua, salió de su escondite a toda carrera.

Demasiado tarde. La cabeza de la joven desapareció bajo la superficie, su cabello flotó un instante más y después también se hundió bajo el agua.

—¡Pétalo! ¿Qué haces? —gritó el tejedor—. ¡Pétalo!

Aron corrió por la orilla del estanque de un lado para otro mientras escudriñaba para atisbar algo a través de las oscuras aguas. Pero solo cuanto vio fue el reflejo de la blanca y redonda luna y su propia silueta. Por último saltó al estanque.

El agua estaba fría y era tan negra que no le permitía ver nada. Salió a la superficie para coger aire y después se zambulló más hondo manoteando ciegamente en el agua, arrancando los tallos de los nenúfares y espantando a unos pocos peces. Al fin, cuando ya estaba tan agotado que a poco se ahoga, Aron se arrastró hacia la orilla y se desplomó en el suelo. Allí mismo se quedó dormido, agitando brazos y piernas como si todavía estuviera buceando, hasta que se despertó con el sol y los trinos de los pájaros.

Convencido de que su hija se había ahogado, el tejedor regresó a la cabaña con la idea de quitarse también la vida dándole vueltas en la cabeza. Pero cuál no sería su sorpresa cuando al llegar a casa encontró a su hija acurrucada en su lecho, como si no hubiese ocurrido nada.

Aron sacudió la cabeza. Casi se había convencido de que lo había soñado todo cuando, de pronto, se fijó en las manchas de agua que se dirigían hacia la cama de Pétalo.

Aunque rebotante de alegría, el tejedor también estaba furioso. Iba a sacudir a su

hija por el hombro para despertarla cuando lo pensó mejor. «No, dejemos que sea ella quien se confiese por propia iniciativa. Así será mejor».

¿Pero, confesar qué, exactamente? ¿Qué había salido a darse un baño nocturno? Seguramente era eso lo ocurrido. Seguramente no había nada, ni nadie, esperándola en el estanque.

Aún así, en el bosque de Wayreth nunca se sabía.

En consecuencia, Aron aguardó durante todo el día a que su hija le contara lo sucedido. La estuvo observando desde su telar, pero la muchacha no hizo otra cosa que llevar a cabo sus tareas con actitud alegre.

«¡De acuerdo! —pensó Aron, frustrado—. ¡Que crea que ha engañado a un estúpido viejo! ¡La pillaré en el momento oportuno!»

Durante el resto del día, el tejedor actuó como si no pasara nada. Sonreía a su hija, mantuvo una conversación agradable durante la comida y la cena y se comportó como si no le estuviera dando vueltas a una idea..., aunque, mientras trabajaba en el telar, su mente discurría un plan. Luego, a última hora de la tarde, pero más temprano que de costumbre, anunció:

—Estoy cansado. Creo que voy a acostarme.

Pétalo zurcía ropa sentada en la mecedora, junto a la lumbre.

—Muy bien, padre. Yo apagaré el fuego de la chimenea —dijo.

Aron soltó un sonoro bostezo, se estiró y se marchó a su cuarto. Sin embargo, en toda su vida había estado más despejado que ahora. Se agazapó junto a la ventana del dormitorio y aguardó alerta a que su hija saliera de la cabaña.

No obstante, la espera fue tan larga que durante un instante cabeceó vencido por el sueño. Sobresaltado, corrió hacia el cuarto de Pétalo y vio que la muchacha se había marchado. Casi se dejó llevar por el pánico ante la idea de que había perdido una oportunidad; agarró el bastón, una linterna y una red, y salió a toda prisa de la cabaña. Pasó entre los tuliperos.

Cuando llegó al estanque, Pétalo se encontraba ya a la orilla del agua, de cara al dique de los castores.

—Mi amor, mi amor, llévame a tu casa —susurró. Después se quitó el vestido y se metió en el agua.

Aron aguardó. Quería atrapar a su hija y a quienquiera que viniera a su encuentro. Cuando el agua llegaba ya al cuello de la muchacha y su cabello flotaba como un manto a sus espaldas, el tejedor saltó de su escondrijo y lanzó la red al estanque. Pero Pétalos se sumergió muy deprisa, y Aron capturó sólo a una tortuga y a un par de ranas. Acto seguido encendió la linterna y alumbró el estanque. Lo que vio bajo su superficie lo horrorizó.

A no mucha profundidad, pero sumergiéndose más y más, se divisaba la pálida figura de Pétalo agarrada de la mano de otro ser, una forma borrosa, inidentificable a

causa del agua y la noche. Aron se acercó tanto al lago para atisbar algo que su nariz y la linterna rozaron la superficie y la llama se apagó con un siseo. Las dos figuras desaparecieron tragadas por la oscuridad.

El tejedor se incorporó y se sentó en la orilla, cerca de donde estaba caído el vestido de su hija. Cogió la prenda en sus manos. El corazón le latía con fuerza, pero estaba decidido a conservar la calma. Estaba seguro de que Pétalo regresaría. Y esta vez estaría esperándola. Pero, arrullado por el croar de las ranas, se quedó dormido.

Cuando despertó a la mañana siguiente, el vestido ya no estaba en sus manos. Regresó a todo correr a la cabaña, donde, ni que decir tiene, encontró a Pétalo tumbada en su cama y los consabidos charcos de agua en el piso.

—Con qué inocencia duermes ahora —musitó el tejedor, mirando a la muchacha a través de los párpados entrecerrados—. Como si fueras la misma niña de antaño, ¿eh? Pero estas manchas de agua desmienten esa pretendida inocencia. Muy bien, duerme tranquila, hija mía, porque ya no tendrás que engañarme más.

Aron salió del cuarto sabiendo lo que tenía que hacer. Actuaría un días más como si no supiera nada, como si ninguna preocupación lo agobiara. Incluso silbó mientras trabajaba en el telar, con lo que consiguió su propósito de no despertar las sospechas de Pétalo.

Pero, tan pronto como se hizo de noche y su hija se fue a la cama, Aron dejó de disimular. Sin hacer ruido, atrancó las contraventanas y la puerta de la habitación de Pétalo con ramas, cogió la linterna y el bastón y se dirigió presuroso al claro del bosque.

Cuando llegó junto al estanque, se situó frente al viejo dique de castores y con voz aflautada llamó:

—Mi amor, mi amor, llévame a tu casa.

Después encendió la linterna, se agazapó en la orilla y esperó a que la criatura emergiera en la superficie.

Pero aguardó en vano. El ser no apareció ya fuera porque la luz lo asustaba o porque sabía que no era Pétalo quien había llamado.

«No importa —pensó Aron, incorporándose—. Te mostrarás a ti mismo, lo quieras o no».

Acto seguido cogió el bastón con las dos manos y empezó a romper el viejo dique. Lo atravesó uno y otra vez, resquebrajando en diferentes sitios las ramas enlazadas y el barro. El agua empezó a correr a través de cada rotura de la presa. El mismo estanque empezó a bajar de nivel poco a poco, dejando al aire un bancal de fango cada vez más ancho, tapizado de nenúfares y sus flácidos tallos. Algunas ranas que se habían quedado en el terreno más alto y ya seco empezaron a cavar bajo el barro buscando protección; sus ojos bulbosos parpadearon un instante antes de desaparecer bajo la capa de lógamo. Aron acometió con más brío la destrucción del

dique, sintiendo los alocados latidos de su corazón.

—¡Vamos, vamos! —gritó por encima del cada vez más ruidoso correr del agua—. ¡No seas tímido! ¡Déjame contemplar tu rostro de pescado!

Soltó el bastón en el suelo y dirigió la linterna hacia la superficie del estanque.

Sus esfuerzos se vieron recompensados. En medio de un banco de asustados peces, divisó otra forma más grande y de apariencia humana... No, eran dos, aunque todavía indistinguibles bajo las oscuras y fangosas aguas.

Por un breve instante, el tejedor creyó identificar una de las formas como la de Pétalo, pero se recordó que la había dejado encerrada en su cuarto. Estuvo tentado de regresar corriendo a la cabaña para asegurarse, pero el nivel del agua ya había descendido mucho y pronto descubriría lo que quería saber.

Sin embargo, cuando la profundidad del agua apenas superaba un palmo y los peces brincaban enloquecidos y muchos de ellos coleteaban sorbe el lecho fangoso, las dos criaturas empezaron a escarbar el barro, como las ranas.

—¡No! ¿Qué hacéis? —chilló Aron mientras avanzaba un paso y hundía el pie en el fango.

Pero las dos figuras se hundieron más en el lógamo en tanto que el estanque se convertía en un charco embarrado en el que fino chorro de agua corría sinuoso entre los aplastados nenúfares, los convulsos peces y las desconcertadas tortugas que permanecían inmóviles mirando con expresión estúpida, sin saber hacia dónde ir. Y en el centro quedaba lo que ahora era aún agitado barrizal a causa de los esfuerzos de las dos criaturas por introducirse en el fango a fin de escapar de la luz de la linterna, o del aire, o del propio Aron.

Por fin la agitación cesó y el montón de barro se quedó quieto, liso. Sobrevino un profundo silencio. Incluso los peces yacían inmóviles, exhaustos, abriendo y cerrando las agallas en vano. Aron se sintió decepcionado por no ver el rostro de la criatura a quien su hija había llamado «mi amor, mi amor», pero se daba por satisfecho con saber que ya no representaría un problema.

¿Quién sería la otra criatura?

El tejedor regresó presuroso a la cabaña y lo primero que hizo fue inspeccionar el cuarto de Pétalo. Comprobó con gran alivio que la muchacha estaba tumbada en la cama. En consecuencia, se dirigió a su habitación aquella noche durmió como hacía mucho tiempo no dormía.

A la mañana siguiente se despertó y fue directamente a su telar, esperando que Pétalo se levantara y le preparara el desayuno. Pero la muchacha tardaba hoy mucho en despertarse. Por fin, sintiendo el ronroneo de las tripas, Aron la llamó.

—¡Pétalo! ¡Vamos, arriba! ¡Prepara el desayuno a tu hambriento padre!

No le respondió. «Tal vez sabe lo que he hecho y está resentida conmigo», pensó el tejedor.

—¡Vamos, muchacha, levántate! —insistió.

No le respondió. Aron fue hacia su cuarto y la vio tumbada todavía en el lecho, acurrucada bajo la manta. Como era lógico, hoy no había manchas de agua en el suelo, cosa que satisfizo en extremo a Aron.

—¡Arriba, hija mía! —llamó acercándose a la cama y retirando la manta.

Los ojos casi se le salieron de las órbitas. Pétalo no estaba en la cama; había colocado las almohadas de manera que simularan la forma de su cuerpo.

Sin perder un instante, el tejedor salió corriendo de la habitación, cogió una de las palas que la muchacha utilizaba en el jardín y se dirigió a toda carrera al estanque seco.

Cuando llegó allí vio algo en lo que no había reparado la noche anterior a causa de su ansiedad: el vestido blanco de su hija, tirado en el bancal. De inmediato se metió en el barrizal para llegar al centro; pero, cuanto más avanzaba, más se hundía en el fango. Llegó un momento que el barro le llegaba más arriba de las rodillas y le costaba un gran esfuerzo caminar. Pero no se dio por vencido, acuciado por la imagen de su adorada hija enterrada bajo el fango.

Entonces, cerca ya del centro del estanque, Aron sintió algo extraño. Allí, en el mismo punto donde pensaba cavar, asomaba el verde y pequeño vástago de una planta. O, más bien, dos pequeños vástagos. Estaban enlazados entre sí con gran delicadeza. Antes de que Aron tuviera tiempo de sacar la pierna del barro para avanzar otro paso, aquellos dos vástagos verdes empezaron a crecer ante sus maravillados ojos.

En cuestión de momentos, se convirtieron en esbeltos arbolillos, entrelazados entre sí. Pero la transformación no acabó ahí.

Continuaron creciendo hacia el cielo al tiempo que sus troncos se ensanchaban al mismo ritmo. Brotaron más ramas y hojas verdes e incluso algunos frutos rojizos que colgaban en racimos.

Poco después, los que segundos antes eran sólo unos delicados brotes, se habían convertido en dos sólidos árboles en pleno esplendor, con los troncos enlazados uno den torno al otro, las raíces asomando por encima del barro, y las densas copas entretejidas formando una bóveda que cubría toda la extensión de terreno ocupado antes por el estanque.

Aron salió del barro y se encaramó sobre una de las raíces. Contempló los dos troncos abrazados y el dosel de hojas encumbrado en lo alto, a través del cual se filtraban los rayos del sol.

—Pétalo —sollozó—, perdóname. Creí que mi amor te bastaría.

Y allí, bajo la sombra de los dos árboles, Aron Tela de Rocío lloró en silencio. Cuando el sol se hubo puesto y salió la luna derramando sus haces plateados a través de la verde corona de los dos árboles. Aron murió de tristeza. Una lluvia de hojitas se

desprendió de los árboles y lo cubrió.

Así terminó Barryn Warrex su historia.

Cuando Aril levantó la vista de su libro, atisbó el brillo del llanto contenido en los ojos del anciano. El propio semielfo suspiró acongojado y tuvo que limpiar uno o dos lágrimas que le habían caído en la página y amenazaban con correr la tinta.

—Bueno, he de admitir que ésta no es la clase de historia que esperaba escuchar en labios de un caballero —dijo.

Barryn se estremeció como si saliera de un sueño, y de nuevo sus ojos y sus oídos percibieron lo que tenía ante sí. Cuando habló, su voz tenía otra vez el timbre profundo y cansado.

—Te lo advertí —dijo—. Es la que llevaba en mi corazón.

El caballero se incorporó en medio de crujidos de huesos y armadura.

—Bueno, ahora también está plasmada en mi libro —dijo el semielfo mientras secaba la tinta de la hoja e intentaba sacudirse la tristeza—. En cuanto al título, ¿qué te parece «Historia de un amor eterno?»... No, no demasiado sensiblero. ¿Qué tal «Historia de dos amores»? Trata sobre dos clases de cariño, ¿comprendes?

Barryn, a quien no parecía interesar lo más mínimo el título que el folklorista le pusiera la relato, se dirigió hacia la roca plana donde estaban el yelmo y el escudo.

—En fin, pensaré un poco más en ello —continuó Aril mientras se daba golpecitos con la pluma en la mejilla, donde despuntaba el suave vello de la barba—. Hay un dato de mayor importancia: ¿clasifico esta historia como un hecho real o como un fábula?

El caballero se puso el yelmo; el enorme mostacho blanco le caía por los bordes como dos elegantes adornos.

—En lo que a mí concierne, la historia es real.

—Bueno, no estoy seguro —dijo Aril, que estrechó los ojos tras las gafas para mirar las páginas—. Resulta difícil de creer... aunque transcurriera en el bosque de Wayreth. Tal vez si hubieses visto los Árboles Enlazados con tus propios ojos, le daría más credibilidad a la historia...

No sin esfuerzo Barryn Warrex se agachó y recogió el pesado y deslustrado escudo.

—Amigo mío, lo único que sé es que hubo un tiempo en que también yo tuve una hermosa hija y que ella alcanzó asimismo la edad casadera. Mi comportamiento no fue mejor que el del tal Aron Tela del Rocío.

—Oh... lo siento —musitó Aril turbado, sin saber cómo reaccionar ante esta confesión—. Eh..., yo no tengo hijos...

El anciano caballero se echó el escudo a la espalda y se quedó tan encorvado bajo su peso como lo estaba Aril cuando cargaba con su libro. Barryn echó a andar por el

herboso y floreado suelo del valle; las mariposas revoloteaban a su paso, como si quisieran levantarle el ánimo. A medida que se alejaba, se le oyó decir.

—Han pasado muchos años desde que mi hija escapó con su amante.

Aril siguió encaramado a la roca y aguzó el oído para escuchar al caballero mientras empezaba a escribir en otra página del libro.

—Ahora este viejo caballero tiene una única misión en la vida —añadió Barryn, cuya voz se perdía poco a poco en la distancia—. Y es encontrar a mi hija y a su esposo...

—... y... —musitó Aril, repitiendo con exactitud las palabras del caballero mientras las escribía— darles... mi... bendición...

La inspiración del pintor

Barbara Siegel y Scott Siegel

Parece tan real —dijo Kyra Rizos con admiración. Se apartó los negros cabellos ensortijados que le caían sobre los ojos y contempló el cuadro, haciendo caso omiso de las veces que pedían otra ronda de cerveza desde una mesa de la taberna—. Es una barca preciosa. —Con voz queda y maravillada añadió—: Casi parece que vaya a salir navegando del lienzo en cualquier momento.

—Casi, pero no del todo —contestó Seron Ojos Tristes, el pintor. Era un hombre delgado, de rostro afable. Las cejas trazaban una curva descendente por los extremos que le daba una perpetua expresión de tristeza y de ahí venía su apodo. Sin embargo ahora sonreía, satisfecho del efecto que su nuevo cuadro había causado en la joven y encantadora camarera a la que había cortejado todo el verano.

—¿Se pagará bien? —preguntó ella esperanzada.

La sonrisa de Seron se borró de su rostro.

—A veces creo que tú eres la única a quien le gusta mi obra. Cualquier otra persona de Flotsam dice «¿Por qué comprar una pintura de algo que pudo ver con sólo asomarme a la ventana?».

—¡Eh, Kyra! —llamó a voces un parroquiano alzando su jarra vacía—. ¿Vas a servirme otra o tendré que ir yo mismo a llenarla?

El dueño de la taberna asomó la cabeza por la puerta de la cocina.

—Vuelve a tu trabajo —advirtió a la camarera.

—Vale, vale. Ya voy —contestó Kyra. Pero no se movió. En lugar de ello, sacudió la cabeza mientras contemplaba extasiada la marina que Seron había pintado con maestría.

Si las dotes del artista no eran reconocidas, no ocurría otro tanto con las de Kyra Rizos. Todos los hombres solteros y muchos de los casados anhelaban hacerla suya. La piel de la joven parecía alabastro, sus ojos marrones relucían y sus labios carnosos parecían estar hechos expresamente para besar, Y aún más invitadora que sus labios era su figura plenamente femenina: desde que ese verano había alcanzado la mayoría de edad, tenía que propinar más cachetes para apartar manos de hombres que para espantar moscones.

Con Seron, en cambio, había sido diferente. Oh, por supuesto que él también quería hacerla suya y no lo disimulaba, pero la quería de verdad y lo demostraba de mil maneras distintas. Ayudó a reparar el tejado de la cabaña de la familia de la joven sin pedir siquiera a cambio un vaso de agua. Le daba clases de pintura y le enseñaba todo, desde el modo de mezclar los colores hasta su técnica para manejar los pinceles. Y, cuando Kyra estuvo muy grave con una enfermedad desconocida durante la cual

llegó a parecerse a un enano particularmente feo que Seron había retratado en una ocasión, el joven artista arriesgó su propia vida por cuidarla.

La pareja estaba acodada en el mostrador, con la marina entre los dos.

—Estás perdiendo el tiempo trabajando en esta taberna —afirmó Seron con gravedad—. Lo he dicho desde el principio; eres inteligente, tienes talento y sensibilidad. Estás capacitada para hacer algo más en la vida que servir cerveza.

—Te parezco inteligente sólo porque digo que me gusta tu obra —se burló Kyra.

Él sonrió y sacudió la cabeza.

—Lo digo en serio —insistió.

Absorta en la conversación, Kyra hizo caso omiso del creciente clamor de voces de clientes que pedían ser atendidos.

En cuanto a Seron, todavía no había intentado vender este último cuadro, pero al ver cuánto le gustaba a Kyra y llevado por el profundo amor que sentía hacia la joven, dijo sin pensarlo dos veces.

—Quiero que te lo quedes. Es un regalo.

Su oferta dejó estupefacta a la muchacha, que enrojeció y pareció que se quedaba sin aliento.

—¿Te encuentras bien? —preguntó él preocupado.

Por toda respuesta, Kyra le echó los brazos al cuello y lo besó en la boca. Aquella tarde Kyra perdió su trabajo, pero encontró un marido.

Su confianza en el talento de Seron no era infundada; poco después de casarse, el artista empezó a vender algunas de sus pinturas. No le pagaron grandes sumas, pero al menos era un comienzo. Como suplemente a sus escasos ingresos, Seron pintaba retratos de familia para los comerciantes locales. Aún así, no era suficiente.

—¿Por qué no das clases? —propuso Kyra una tarde mientras recogía la colada tendida en una cuerda.

—¿Qué? ¿Y contribuir a crearme competencia? —respondió risueño, en tanto doblaba la ropa que ella le iba dando.

—Tienes un talento maravilloso —prosiguió Kyra, sin hacer caso de su broma—. Podrías dar clases. Estoy convencida de que a los kendens les encantaría; serían incapaces de rechazar la oportunidad de desarrollar la agilidad de sus manos con el dibujo.

—¿Y qué te hace pensar que sería un buen maestro?

—Porque supiste enseñarme a mí.

—Sólo porque tú eras una alumna excelente. Puedes hacer cualquier cosa que te propongas. Te has conformado con muy poco. Si hubieses...

—¡Por favor! No saques a relucir otra vez el mismo tema —protestó Kyra.

—Pero es verdad. Habrías hecho cosas importantes si lo hubieses intentado —

insistió Seron mientras le acariciaba la mano.

—¿No era eso mismo lo que tu hermano te decía siempre? —replicó la mujer—. ¿No te repetía que estabas descuidando tu vida con la pintura?

—No cambies de tema —dijo con gesto ceñudo—. Estamos hablando de ti. Y sabes que tengo razón. Eres capaz de hacer cualquier cosa; te conformas con poco —repitió.

—¿Qué me conformo con poco? Ni hablar. —Esbozó una sonrisa seductora. Dejó caer la sábana que estaba doblando y empezó a desabotonarse la camisa.

—Sabes cómo poner punto final a una discusión —dijo él mientras se quitaba la camisa.

Se lecho fue una alfombra de hierba verde, su techo, el cielo crepuscular, y sus almas fueron una aún mucho después de que la pasión se hubiera consumido.

El ocaso avanzaba, y Kyra sintió frío. Se acurrucó contra su esposo, que la abrazó con cariño. Se sentí a segura y protegida entre sus brazos. Sentía la fuerza y la ternura de su amor cuando la tenía ceñida así. No había nada en todo Krynn que igualase aquella sensación. Nada.

Siguiendo su consejo, Seron dio clases a los kendens y a cualquiera que pagara por ello. Los resultados económicos no fueron brillantes. A despecho de su entusiasmo, los kendens eran unos estudiantes inconstantes y atolondrados que por lo general se marchaban llevándose las pinturas, los pinceles y la mitad e la comida del día siguiente.

A fin de mantener mejor a su esposa, Seron aceptó un trabajo pro las tardes como cocinero en la posada El Señor del Mar. Kyra no quería que se dedicara a otras cosas que lo apartaran de su arte, pero él no soportaba la idea de verla pasar privaciones. Le prometió que trabajaría en la posada sólo hasta que sus cuadros les dieran dinero suficiente para vivir sin agobio.

Esperaba que tal cosa ocurriese pronto, ya que se le había presentado la oportunidad de expresar su arte ocn un tema nuevo y excitante cuando conoció a un dragón.

—¿Tienes una manta roja? —preguntó un ejemplar joven de dragón bronceo que se encontraba al borde de un claro del bosque.

Seron no daba crédito a sus ojos y menos aún a sus oídos; ¡el dragón le hablaba a él!

—¿Eres... eres real? —balbuceó el pinto.

—Eso no parece la respuesta adecuada a la pregunta: «¿Tienes una manta roja?». ¿Te importaría intentarlo de nuevo?

La curiosidad de Seron superaba su temor. Adelantó unos pasos y tocó una de las alas del dragón.

—Eres real —musitó perplejo. Al punto retrocedió.

—Vaya, todo el mundo reacciona igual al verme —dijo el dragón sacudiendo la cabeza con actitud triste—. ¿Es que no habías oído hablar de los de mi especie?

—Sólo..., sólo en las leyendas —contestó Seron en tanto examinaba con detenimiento al alto y majestuoso dragón que tenían ante sí. No quería que se le olvidara ningún detalle cuando lo plasmara en el cuadro que sabía pintaría algún día. Por fin se le presentaba la oportunidad de triunfar para Kyra. ¡Este cuadro le reportaría una fortuna!

—Es terrible —se quejó el dragón—. Vaya donde vaya, la gente se queda aturdida y boquiabierta. De verdad, no lo comprendo. Lo entendería si luciera colores llamativos. Lo que, dicho sea de paso, me lleva otra vez a lo de la manta roja. ¿Tienes una o no?

Seron no quería que el dragón se marchara. Todavía no. Necesitaba más tiempo para estudiar a esta criatura fabulosa.

—Te conseguiré una manta roja —prometió—. Espérame aquí.

El pintor corrió de vuelta a la cabaña.

—¿Dónde estás, Kyra? —llamó al encontrar la casa vacía.

—Aquí atrás, en el huerto.

Para no perder tiempo, Seron buscó en el armario y en el arcón. Estaba seguro de que tenían algo parecido a una manta roja. Una petición un tanto extraña, ahora que lo pensaba. La búsqueda fue infructuosa.

—¿Ha habido suerte? —preguntó el dragón, que se había plantado a la puerta de la cabaña.

—Te dije que me esperaras allí —lo reprendió Seron con nerviosismo mientras salía a reunirse con la criatura. Temía que el dragón le hiciera algún daño a su esposa.

—¿Quién anda ahí? —sonó la alegre voz de Kyra mientras daba la vuelta a la cabaña—. Me pareció oír otra vez y...

La joven se frenó en seco, con una expresión de pasmo.

—¡Una manta roja! —exclamó entusiasmado el dragón, señalando el mantón rojo que Kyra llevaba sobre sus hombros.

Seron parpadeó. Ésa era la prenda que había estado buscando. Kyra sonrió al dragón. Había crecido escuchando historias referentes a estas criaturas mágicas.

—¿Te gusta? —preguntó mientras se quitaba el mantón y se lo tendía.

—Oh, sí, mucho —contestó el dragón.

—Entonces, tuyo es. Tendrás un aspecto maravilloso con él. Te sentará mejor que a mi.

—Vaya, eres un ser humano que podría llegar a caerme bien —dijo el dragón—. ¿Cómo te llamas?

—Kyra —esbozó una cálida sonrisa—. ¿Y tú?

—Tosch. He de decir que estoy encantado de conocerte. —El dragón la saludó con una inclinación de cabeza. Luego señaló a Seron—. En cuanto a él, tengo que pensarlo todavía.

—No me ofendas —reprochó Kyra con suavidad—. Seron es mi esposo y, si yo te gusto, también tiene que gustarte él.

—¿Es esa una norma de los humanos? —preguntó Tosch.

—Es una norma *mía* —dijo Kyra.

El dragón aceptó con un cabeceo.

—Estupendo. Vamos, acércate para que te ponga tu nueva capa.

Tosch agachó la cabeza y Kyra ató el mantón rojo alrededor del cuello del dragón. La prenda resultaba una insignificante pincelada roja en comparación con el inmenso corpachón de la bestia, pero a Tosch no pareció importarle. Estaba entusiasmado con su nueva apariencia y lo puso de manifiesto adoptando diversas posturas, el tiempo que preguntaba qué tal aspecto tenía.

En opinión de Seron, todo el asunto era un ridículo, pero Kyra se lo tomó muy en serio y aconsejó al dragón cómo ponerse la capa para sacarle el mejor partido.

Por fin Tosch guardó silencio y se volvió hacia el pintor.

—Tu esposa me ha hecho un regalo maravilloso —afirmó—. ¿Qué vas a darme tú?

—Te haré un retrato —contestó con voz tranquilo—. Una vez que los humanos te hayan visto en un cuadro, no se sorprenderán tanto cuando te vean en carne y hueso. ¿No era eso lo que querías?

Tosch dirigió una mirada dubitativa a Kyra.

—¿Sabes pintar? —le preguntó.

—Levanta un poco más el ala derecha —instruyó Seron, que pintaba el retrato de Tosch en el claro del bosque donde se habían conocido—. Un poco más. Así, eso es. No te muevas.

—Creo que estaría mucho mejor con las alas más bajas y la cabeza más erguida —protestó el dragón—. Y mi perfil izquierdo es fantástico. Tú mismo lo dijiste.

—Mi intención es crear un efecto dramático —le recordó el pintor—, lo que no implica necesariamente representarte lo más atractivo posible.

—No veo la diferencia —objetó Tosch con altanería—. Si ofrezco una imagen atractiva, el cuadro será bueno, ¿no?

—Es justo al contrario, amigo mío —se rio Seron—. Si el cuadro es bueno, tendrás una imagen atractiva.

El dragón resopló con desdén.

Nadie más se había ofrecido a pintar su retrato, así que Tosch se avenía a posar como modelo a despecho de la diferencia de opiniones con Seron. Kyra era quien

pacificaba los ánimos. Se reunía con ellos a menudo en el claro del bosque y acariciaba al dragón en la cabeza cuando su marido le permitía descansar tras una larga y agotadora sesión.

La verdad es que Tosch no era un modelo fácil de pintar. El dragón bronceo llegaba tarde a las sesiones cada dos por tres y a veces ni siquiera aparecía. A menudo, musitaba en voz baja las palabras de un conjuro, golpeaba con la cola el suelo tres veces y hacía que los pinceles de Seron desapareciera. Al dragón parecía divertirse irritar a Seron.

Pero Kyra apaciguaba siempre a su iracundo marido con la explicación de que en las historias que le habían contado de pequeña los dragones eran de sobre conocidos por su carácter caprichoso e independiente.

—Un dragón bronceo va y viene a su antojo y le gusta hacer travesuras —comentaba—. Está en su naturaleza.

De este modo continuaron las sesiones. Al menos durante un tiempo...

Tosch podría haberse quedado durante años en lugar de unos pocos meses, pero, cuando la Señora del Dragón y sus tropas invadieron Flotsam, el joven dragón bronceo huyó a las montañas.

Seron y Kyra pudieron haber hecho los mimos, pero Flotsam era el único lugar que conocían; los dos habían nacido en la ciudad y ni el uno ni el otro habían salido de ella nunca.

La verdad es que tenían miedo de marcharse.

La situación empeoró después de que el ejército ocupó la ciudad. Aún así, Seron se ganó la vida, aunque a duras penas. Se las ingenió para vender los cuadros de Tosch y a pesar de que ahora los dragones eran ya un espectáculo casi cotidiano. Una de las pinturas la adquirió el propietario de la posada donde Seron trabajaba como cocinero. Otra se la vendió a una feroz capitana de barco que dijo que la colgaría en su camarote. Otra la compró un vendedor ambulante. A todos los compradores les encantaba la maestría con que el artista había sabido captar por igual la inocencia y la arrogancia natural del dragón bronceo.

Con cada venta, Kyra se sentía más y más orgullosa de su marido. Crecía su reputación de pinto, pero la verdad es que tal circunstancia no había cambiado las cosas. Seguían viviendo en la misma choza, sus ropas eran aún viejas prendas de segunda mano, servibles gracias a los hábiles remiendos de Kyra, y Seron tenía que seguir trabajando en la posada para incrementar sus ingresos.

—¡No lo vas a creer! —exclamó Seron una tarde mientras entraba en su hogar de manera precipitada—. Me encontraba en el cabo de Roca Fría y vi a la Señora del

Dragón montada en su dragón azul —explicó—. Dirigía una falange de soldados que también montaban dragones. Cubrían todo el cielo. ¡Donde quiera que mirases había dragones! Batían las alas con tal fuerza que casi me lanzaron por el borde del acantilado y de sus inmensas fauces salían unos alaridos que casi me dejaron sordo. ¡Pero qué gran espectáculo, Kyra! ¡Tengo que plasmarlo en un cuadro!

Durante semanas trabajó para representar la imagen que había contemplado. Era como si la idea lo consumiera. Tenía que pintarla antes de olvidar el espectáculo que ofrecía, lo que hacía sentir, lo que significaba.

Kyra lo observaba trabajar. Al principio solamente vio unos trazos imprecisos, después aparecieron los dragones, uno tras otro. Y cada uno era más maligno que el anterior. Se percibía el peligro en el cuadro. La Señora del Dragón y su ejército adquirieron forma con rostros amenazantes, y el cielo asumió una apariencia tenebrosa y abominable. Kyra podía sentir el aire frío levantado por el batir de las inmensas alas de las bestias, percibir el aliento ardiente de sus fauces rugientes y supo —como en una repentina revelación— que el cuadro había captado el horror inefable de los invasores.

Por supuesto, no podían vender la pintura. Si la Señora del Dragón o cualquiera de sus hombres lo veían, cortarían las manos a Seron. A pesar de todo, el pintor no se arrepentía de haberlo hecho.

Tampoco Kyra se lo reprochaba. Ambos esperaban que algún día quedaran atrás esos tiempos tenebrosos, y entonces el cuadro adquiriría un gran valor como recordatorio de un época de maldad. Lo que es más, estaban convencidos de que esta obra daría a conocer a Seron como uno de los artistas más relevantes de Krynn.

Escondieron la obra maestra en una caja de madera bajo su cama. No obstante, no pasó mucho tiempo antes de que a ambos los sacara de quicio el hecho de que la mejor creación de Seron quedara para siempre en el anonimato. ¿De qué servía haber pintado el cuadro si nadie podía admirarlo?

Así fue como concibieron el arriesgado plan de pasar de contrabando el cuadro y hacerlo llegar hasta Palanthas, donde se podría exhibir. Pero para llevar a cabo el proyecto necesitaban ayuda.

—¿Por qué no le pides ayuda a Tosch? —sugirió Kyra—. Podría volar hasta aquí una noche oscura y llevarse el cuadro con él.

—¿Crees que Tosch querría hacerlo? ¿Arriesgaría su vida por un cuadro?

—Por preguntarle no perdemos nada.

Dos días más tarde, el vendedor ambulante que había comprado uno de los retratos de Tosch a Seron sacaba una nota de la ciudad y se adentraba en las laberínticas montañas. En la nota pedían a su amigo que se reuniera con ellos después del ocaso durante la noche en que las tres lunas estuvieran en su fase nueva. Era un gran favor que no le pedían a la ligera. También le decían que, si le parecía muy

peligroso, no acudiera; lo comprenderían.

A pesar de todo, los dos confiaban en que el dragón aparecería planeando en el oscuro cielo.

Las noches pasaban con la misma lentitud con que un gnomo fabrica una máquina. Los días se hacían aún más largos. Pero por fin las lunas alcanzaron su fase nueva. Casi había llegado el momento.

A medida que el sol descendía en el horizonte proyectando largas sombras sobre la triste ciudad conquistada, el nerviosismo se apoderó de Kyra y de Seron. Ésta era la noche acordada.

—¿Crees que la nota le llegaría a Tosch? —preguntó la mujer.

—No lo sé.

—¿Y si detuvieron al vendedor? Si la Señora del Dragón hubiese interceptado nuestro mensaje...

De repente sonó un fuerte golpe en la puerta. Con una reacción instintiva, la pareja se abrazó. Los dos guardaron silencio. Al parecer, había ocurrido lo peor: los habían descubierto.

El golpeteo en la puerta continuó al mismo ritmo que le latido de sus corazones. Seron respiró hondo y besó con suavidad la frente de su esposa.

—Intentemos ser valientes —dijo con una voz que lo traicionaba.

Ella asintió en silencio, y Seron se incorporó y fue hacia la puerta.

—¿Qué pasa, os he pillado en la cama? —gruñó Cheb Mandíbula Larga, el hermano de Seron—. ¿Por qué has tardado tanto en abrir? No es tan largo el trecho que te separa de la puerta —añadió mientras dirigía una mirada desdeñosa a la pequeña choza.

—No..., no esperábamos verte aquí —respondió Seron cuando recobró el aliento—. Es una gran sorpresa. ¿Qué te tres por Flotsam? ¿Es que... ocurre algo malo?

—¿Acaso tiene que ocurrir algo para que venga a ver a mi única familia?

—Seron no quería decir eso —intervino Kyra en defensa de su marido—. Se alegra de verte, como yo.

—Eres muy amable —dicho Cheb, sonriendo a su cuñada—. Y permíteme decirte que verte a ti sigue siendo una alegría para los ojos —agregó—. Como siempre he dicho, mi hermano ha hecho un montón de tonterías en su vida, pero casarse contigo no fue una de ellas.

Aceptar el cumplido significaba aceptar el desaire a su marido y por ello Kyra guardó silencio. Se limitó a inclinar la cabeza en un gesto cortés y con un ademán le ofreció asiento en una de las sillas que estaban junto a la mesa.

Cheb vestía como un príncipe, pero sus ropas no lo hacían más atractivo. Su rostro era largo y descarnado, tenía los ojos verdes, pero muy hundidos, rasgo que le

daba un aspecto cadavérico que en cierto modo resultaba fascinante.

Mientras su hermano cruzaba el umbral pavoneándose, Seron lanzó una mirada nerviosa por la ventana al cielo cada vez más oscuro. Tosch no se dejaría ver si había una persona desconocida en la cabaña; tenían que librarse de Cheb cuanto antes. Si es que Tosch venía, claro está.

—Te alegrará haber recibido esta visita inesperada cuando te diga a lo que he venido —anunció su hermano con grandilocuencia. Soltó su mochila en el suelo y tomó asiento en la silla más cómoda—. Pero antes sírveme un poco de cerveza, muchacha.

Cuando su cuñada regresó con una jarra llena, Cheb le guiñó un ojo.

—Una camarera nunca olvida su oficio —comentó.

Kyra cruzó la salita hasta donde estaba su marido.

—Dijiste que nos traías una noticia —dijo con frialdad.

Cheb apuró de un trago la jarra de cerveza.

—Éste es el mejor quitapenas. Con un buen trago se palan los malos tragos. ¡Eh, no diréis que no soy chistoso!

—¿Qué querías decirnos? —preguntó Seron.

—Oh, desde luego. Estarás ansioso por saberlo. Bueno, está claro que os hace falta recibir buenas noticias —añadió, señalando en derredor con un ademán—. En fin, el asunto es que un día recibí un pedido de veinte cuadros de un hombre rico que quería decorar su nuevo hogar con un toque artístico. Naturalmente no quería pagar mucho, pero nos las arreglamos para acordar un precio razonable. No le dijo que tenía un hermano pintor, desde luego. Ni tampoco que mi hermano artista tenía su cabaña rebotante de obras sin vender.

—¿Y qué precio alcanzaste para la venta de mis cuadros? —preguntó Seron.

—El precio es lo de menos —comentó Cheb al tiempo que hacía un ademán desdeñoso—. Todo lo que precisas saber es que voy a llevarte veinte cuadros elegidos por mí y que te daré un cinco por ciento de las ganancias.

Seron se encogió ante las palabras de su hermano como si lo hubiese abofeteado. Aunque el engaño era casi tangible, luchó por dominar la ira y cuando habló su voz era sosegada.

—Perdona que paso esta oportunidad por alto, pero no acepto. Sé cómo has hecho tu fortuna: comprando mercancías que no tenían salida en una ciudad a un precio mucho más bajo de su coste para después venderlas en otra localidad con unos márgenes muy altos. Estás en tu derecho de sacar beneficio, pero un cinco por ciento de veinte cuadros significa que doy gratis diecinueve pinturas. No, muchas gracias.

—Oh, vamos, no seas necio. Esto te reportará dinero —adujo Cheb—. ¿Por qué pones tantas pegadas? De todas formas jamás venderías este material. Deberías agradecerme que te lo quitara de en medio.

Seron guardó silencio. Se había vuelto de espaldas y miraba pro la ventana; después giró la cabeza hacia Kyra.

—¿Qué opinas? —le preguntó.

—Yo digo que no —respondió ella con firmeza—. En un día no muy lejano tus cuadros, todos, tendrán un valor mucho más alto —añadió con intención, al tiempo que seguía la mirada de él hacia el oscuro cielo.

—Ya tienes tu respuesta —dijo Seron a su hermano.

—Esto es ridículo —insistió Cheb—. Encuentro un comprador poco exigente y tú rechazas la oportunidad. En fin, seré generoso. Subo la oferta a un diez por ciento. ¿Qué respondes?

—No —contestó Seron con un tono enfático—. Será mejor que te marches —agregó, temeroso de que la ira echara abajo su fingida actitud calmada.

Los dos hermanos se observaron con fijeza. Cheb no alcanzaba a comprender que le artista tuviera tan poca cabeza. Por su parte, Seron sabía pro experiencia que jamás lograría hacerse entender por un hombre tan hambriento de dinero.

—Toma, coge una vela —ofreció Kyra—. Podrás encender una de tus antorchas para alumbrarte el camino por el sendero.

Seron acompañó al enfurruñado Cheb hasta la puerta.

—Si te das prisa, encontrarás todavía una cama libre en la posada El Señor del Mar —le aconsejó—. Di al propietario que vas de mi parte. Me conoce.

Cheb había salido ya y encendía una antorcha cuando recordó que se había dejado la mochila en la cabaña. Entró de nuevo en la casa de manera precipitada, con la antorcha encendida, y se agachó para recoger el morral.

—Déjame que te ayude —se ofreció Kyra, agachándose al mismo tiempo.

—Chocaron de manera accidental al intentar coger la mochila, y Cheb perdió el equilibrio. Cayó de espaldas y la antorcha escapó de su mano.

La ardiente tea fue a parar a un rincón de la cabaña, justo en medio de los cuadros de Seron. Las pinturas se incendiaron con un estampido y surgió una llamarada naranja. Cheb se incorporó con rapidez.

—¡Corred si queréis salvar la vida! —gritó. Agarró de un manotazo su mochila y salió disparado por la puerta sin volver la vista atrás.

—¡Sal de aquí! ¡Ponte a salvo! —gritó Seron a su esposa, que intentaba sacar a rastras la pesada caja de debajo de la cama.

—¡No me marcharé sin tu cuadro! —chilló ella.

El fuego se propagó con rapidez pro la choza. Poco después, la cama y el resto de los muebles eran presa de las llamas. Dos de las paredes y parte del techo ardían; un humo espeso y mortal se extendía por la única habitación de la cabaña.

Seron agarró a su esposa por la cintura y la obligó a levantarse. Los dos tosían, los ojos les lloraban y la piel empezaba a chamuscárseles. El fuego lamió el borde de

sus ropas en el mismo momento en que Seron cruzaba la puerta de la cabaña con su mujer en los brazos y la soltaba sobre la suave hierba del exterior.

Pero él no la siguió a la seguridad de la noche. En lugar de ello, regresó a toda prisa al interior de la ardiente choza y se metió de cabeza bajo la cama. El mueble de madera empezaba a prenderse, pero el pintor sabía que aún tenía tiempo; el cuadro guardado en la caja no había sufrido daños todavía. Sacó rápidamente el bastidor de debajo de la cama y lo levantó. La puerta estaba a escasos metros de distancia...

Aunque la puerta estaba abierta, las llamas y el humo impedían a Kyra ver el interior de la cabaña.

—¡Olvídate del cuadro! —chilló—. ¡Seron! ¡Sal de ahí! ¡Aprisa!

El techo se desplomó. La choza se derrumbó y Seron quedó enterrado bajo un rugiente infierno. Kyra lanzó un alarido que se prolongó durante minutos, hasta que se quedó sin aliento y se dejó caer sobre la hierba húmeda del rocío.

Kyra no se movió. No había razón para hacerlo. Más tarde, a altas horas de la noche, una voz le susurró al oído:

—¿Llego tarde?

Al principio la mujer se sobresaltó. Alzó la cabeza y vio a Tosch. La presencia familiar del dragón bronceo hizo que Kyra prorrumpiera otra vez en sollozos. Él hizo cuanto pudo para consolarla, rodeando su frágil cuerpo entre su ala derecha y su corpachón, aunque no comprendía qué era lo que causaba tal turbación.

Kyra explicó a Tosch lo que había ocurrido y después siguió sollozando el resto de la noche. Por fin, poco antes del amanecer, Kyra se sumió en un sueño exhausto. El dragón suspiró. El sol saldría pronto... Supuso que lo mejor que podía hacer era llevársela con él. Aquí ya no había nada que la retuviera. La subió sobre su espalda y después levantó el vuelo con delicadeza.

Tosch observó que una hembra de dragón bronceo planeaba en lo alto trazando lentos y pequeños círculos. De manera inconsciente, el dragón se giró de modo que ofrecía su mejor perfil hacia la hembra.

—Creo que nunca te lo he dicho, pero me gusta Palanthas —comentó Kyra, que estaba sentada en un tocón de árbol cercano.

Tosch asintió en silencio, con gesto ausente, y dirigió la vista hacia los tejidos de color azul, amarillo y naranja que Kyra cosía para él.

—¿Cuándo tendrás terminada mi nueva capa? —preguntó.

—Ya te dije que tardaría seis meses. Y sólo han transcurrido cuatro —respondió la mujer.

—Sabes que sólo los humanos lleváis cuenta del tiempo —dijo el dragón mientras encogía los hombros gigantescos—. ¿De verdad han pasado cuatro meses?

—También a mi me parece imposible —contestó ella con voz vacía y dolida.

—Ah, parece sentirte tan sola, Kyra... Tal vez convendría que te casaras otra vez.

—¡No! —replicó con énfasis. Un instante más tarde, una sonrisa triste distendía su rostro—. Sé que piensas que sería lo mejor para mí, pero jamás podré amar a otro hombre después de haber amado a Seron. No sólo éramos amantes, sino también amigos. Adivinábamos nuestros pensamientos, reíamos los chistes del otro. —Cerró los ojos—. Apenas duermo por las noches, lo busco a mi lado en el lecho —admitió en voz baja. Se frotó los párpados—. Te he visto que mirabas de reojo a esa hembra —señaló hacia arriba mientras sonreía—, y lo primero que me pasó pro la cabeza fue comentar con Seron que no habías cambiado nada.

—No señales, por favor —dijo el dragón con cortedad—. Se dará cuenta de que hablamos de ella.

—Lo siento —se disculpó Kyra bajando la mano.

—Disculpa aceptada —contestó él con actitud indulgente.

Kyra le acarició la cabeza como solía hacer en los viejos tiempos, y el dragón sonrió.

La mujer había pasado la mayor parte de las horas de vigilia, así como también muchas de sueño, reviviendo el tiempo compartido con Seron. Cada conversación, cada abrazo, cada noche apasionada acudían a su mente una y otra vez. Recordaba la insistencia de él para que hiciera algo importante en su vida. Le había repetido que era capaz de hacer cualquier cosa que se propusiera. Sin embargo, su única meta había sido amarlo. ¿Acaso no era eso más que suficiente?

Él se había esforzado pro darle cuanto podía. Nunca había traído grades sumas de dinero, pero había llenado la casa de ternura, de alegría y afecto. Si siempre deseó para ella que alcanzara una meta en la vida, ¿por qué no intentarlo ahora, en memoria de él?

Kyra se rio de sí misma. Seron le habría dicho: «No lo hagas por mí, sino por ti».

¿Sería demasiado tarde para ambos? Bajó la vista a sus manos. Luego se planteó una pregunta. «Si puedo hacer cualquier cosa que me proponga, ¿qué podría ser?». Pero su mente estaba blanco.

—Oye, ¿qué te parece el nuevo estilo d emis escamas? —preguntó Tosch, sacándola de sus reflexiones.

—¿Qué?

—Mis escamas... En la espalda —contestó el dragón mientras se daba la vuelta para que la mujer lo viera mejor—. He doblado un poco los bordes. Bonito estilo, ¿verdad?

—Muy actual, sí. Quizá se ponga de moda.

—¿Tú crees?

—Si hay alguien capaz de conseguirlo, eres tú —contestó risueña.

—Bueno, el único modo de implantar una moda es exhibiéndote ante todos —dijo Tosch con gesto pensativo—. Así que supongo que será mejor que me ponga en marcha. —Batió las alas y remontó el vuelo despacio—. Volveré pronto para recoger mi nueva capa. Adiós.

Kyra consiguió un empleo en el único negocio que conocía: servir cerveza. Trabajó largas horas en una nueva taberna donde gozaba de la confianza del dueño y los parroquianos que apreciaban su diligencia. Pero los años de penalidades y trabajo duro le habían pasado factura. Ahora las camareras más jóvenes eran las que tenían que eludir pellizcos y rechazar proposiciones, y sólo los clientes habituales se fijaban en la pálida y desaliñada Kyra. A ella no le importaba. A decir verdad, no le importaba ni eso ni nada.

Transcurrieron seis años antes de que Tosch regresara. Kyra no estaba enfadada con él porque comprendía que para un dragón broncíneo seis años significaban poco más que una semana para ella. Además, en su inmensa y duradera tristeza eran tan escasos los momentos de felicidad que los valoraba al máximo, y el ver de nuevo a un viejo amigo significaba un cambio agradable que aliviaba aquella continua sensación de pérdida que la agobiaba.

Se sentaron en la arena de la playa en un extremo de la bahía. Kyra alzó la cabeza y sonrió; entrecerró los ojos. Tosch iba cubierto con telas de todos los colores imaginables y casi la cegaba cada vez que volvía la vista hacia él. Era evidente que ya no estaba en la capa tricolor que le había confeccionado con tanto trabajo.

—Fíjate, me he arreglado los dientes —dijo el dragón, empeñado en atraer su mirada sobre él—. ¿Qué te parece? Rectos y perfectos, ¿verdad?

Kyra se llevó la mano a la frente para resguardarse los ojos y mirarle las fauces.

—Cada vez que te veo tienes un aspecto diferente. Apenas recuerdo cómo eras hace seis años.

De improviso una lágrima se deslizó por su mejilla, y la barbilla le tembló.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Tosch, inquieto.

—Lo siento. Es que a veces también olvido cómo era Seron.

El dragón inclinó la cabeza adornada con penachos de plumas y soltó un suspiro exasperado.

—¿Todavía te acuerdas de él?

—En todo momento.

—Todavía no entiendo qué viste en él. Admito que era un pintor medianamente bueno, pero contaba con un modelo maravilloso. Nunca le gusté mucho, ¿sabes?

—Eso no es cierto. Le caías muy bien —objetó Kyra con actitud desafiante—. Y no quiero que vuelvas a decir ni una sola palabra en contra de Seron. Jamás.

—Lo siento —se disculpó Tosch, un poco amilanado ante su cólera. Pensó que era un buen momento para decirle algo agradable de su esposo muerto—. Es una

pena que nunca hiciera un autorretrato. Así habría tenido siempre una imagen de él.

Kyra asintió en silencio, con expresión entristecida.

—Oye, déjame que te lleve a dar un paseo —propuso el dragón para cambiar de tema—. Te levantará el ánimo. ¿Adónde quieres ir?

—A casa —contestó apesadumbrada—. No soy una compañía agradable cuando me siento así.

Estuvo tumbada en la cama durante horas incapaz de contener el llanto. «Han pasado seis años —se dijo—. ¿Por qué sigue afligiéndome su pérdida? ¿Por qué no encuentro consuelo?»

La respuesta era tan clara como sus lágrimas. Su amor no se había consumido en aquel instante. Sí, su memoria fallaba, pero sus sentimientos eran tan fuertes como siempre.

Por fin, a última hora de la tarde, se incorporó vacilante del lecho y prendió la lumbre para prepararse un tentempié. Después, tras sentarse a la destartada mesa para comer, reparó en que tenía las manos manchadas de carbón. De manera inconsciente se limpió los dedos en el desgastado mantel blanco trazando un boceto de la imagen de su marido.

Cuando cayó en la cuenta de lo que había hecho, se quedó paralizada y contempló con fijeza el dibujo. El esbozo le devolvía la mirada. No tenía una gran semejanza con Seron, pero aun así resultaba evidente que se trataba de él. Lo que es más, mientras estaba dibujando había sentido por primera vez después de seis años la misma sensación de paz y seguridad que sentía al estar en brazos de su esposo.

Al cabo de tanto tiempo, Kyra supo por fin lo que podía hacer con su vida aparte de servir cerveza. Con los ojos prendidos todavía en el boceto, susurró:

—Voy a pintarte, Seron. No soy tan buena artista como tú lo fuiste, pero me esforzaré por hacerlo lo mejor posible. No me conformaré con menos. No puedo conformarme con menos, porque es la única manera de tenerte cerca de mí.

Kyra compró pinturas, pinceles y un lienzo con sus escasos ahorros y empezó el retrato de su esposo esa misma noche. Trabajó a la luz de la chimenea hasta el amanecer. Le dolía el cuerpo, tenía los ojos hinchados y estaba totalmente agotada. Cuando el sol salió estaba también totalmente insatisfecha. Propinó un manotazo al lienzo, que cayó boca abajo en el suelo.

—Horrible —musitó—. Esa no era su apariencia.

Fue entonces cuando Tosch aterrizó frente a la puerta de la casa y la llamó.

—¡Eh, sal a ver mis nuevas alas!

Kyra se asomó por la venta y advirtió los destellos dorados que titilaban en las

alas del dragón a la luz del amanecer.

—Te has superado a ti mismo —afirmó.

—También tú —gritó alegre Tosch al fijarse en las manchas de pintura que tenía la mujer en el rostro—. ¿Has decidido adornarte el cuerpo con colores como yo?

—No. —Suspiró con cansancio—. He decidido pintar un cuadro.

—Ooooh, déjame verlo. Quiero verlo. —Tosch reventaba de excitación.

—Todavía no hay nada que ver —explicó Kyra. Pero sabía en lo más hondo de su alma que, aunque lo hubiese habido, no se lo habría enseñado a nadie. Ni siquiera a Tosch. Su trabajo era algo muy íntimo, muy personal. Más adelante, sólo cuando su técnica hubiese mejorado, cuando fuera capaz de captar la imagen de Seron tal como la recordaba, mostraría al mundo su obra. No antes.

A Tosch le desilusionó no poder ver lo que había pintado, pero la expresión en el rostro de la mujer lo animaba.

—Te llevaré a la taberna —se ofreció alegre—. Vamos.

—Hoy no. Quiero seguir trabajando.

Su viejo amigo se encogió de hombros.

—De acuerdo. Te veré más tarde.

Y, en efecto, Tosch la vio más tarde. Catorce años después. Para entonces, Kyra era ya una camarera que había ido envejeciendo mientras trabajaba sólo lo preciso para ganar el dinero que necesitaba para procurarse pinturas, pinceles y lienzos. Nunca había dejado de pintar a su amado Seron.

—¿Me ves algo diferente? —preguntó con tono superficial el dragón, como si continuase una conversación mantenida el día anterior.

Pero Kyra estaba acostumbrada a la forma de ser del dragón, y su rostro se iluminó de alegría al verlo aparecer a la puerta de su destartada choza.

—Tu nariz —dijo, tras observarlo un momento—. Es distinta... ¡Ahora es más pequeña!

—¡Exacto! ¡Sabía que te darías cuenta!

—¿Pero qué te ha pasado? Parece que está..., en fin, apretada y respingona.

—¿No es una preciosidad?

—Bueno...

—Le pedí a un puñado de gnomos que me la arreglaran. Tenía que tener una nariz más pequeña. No sé con exactitud qué es lo que hicieron. Construyeron un artilugio extraño, pero creo que funcionó. Mírame. ¿A que estoy monísimo?

—¿Puedes respirar bien?

—No del todo mal. Te gusta, ¿verdad? —preguntó, preocupado de repente ante la idea de que hubiese cometido un error.

—Te demostraré lo que pienso de ella. Acércate a mí.

El enorme dragón bronceo agachó la cabeza y Kyra le dio un beso cariñoso en la nariz.

—Para mí serás siempre el dragón más atractivo, más adorable y más encantador del mundo —le dijo.

Tosch se sonrojó, aunque apenas se notó a causa de la capa multicolor que lucía. Carraspeó para disimular su turbación.

—¿Qué tal vas con tus cuadros? —preguntó—. ¿Puedo ver alguno ahora?

—Lo siento —contestó de manera evasiva—. Todavía no son muy buenos. Algún día te los enseñaré —prometió.

—¿Pronto?

Una sonrisa apareció en el semblante de la mujer, todavía encantador a pesar de las arrugas.

—Considerando tu concepto del tiempo, sí. Pronto.

Unos Señores de los Dragones sustituyeron a otros. Grandes ciudades se levantaron y se derrumbaron. Se libraron guerras, se perdieron y se ganaron. Pero Tosch, a su modo, fue algo constante. Ne el transcurso de los años visitó a su amigo que iba envejeciendo; vino a verla once años después, luego a los nueve años, y después a los doce. Pero en ninguna de esas ocasiones le enseñó sus cuadros.

El asunto empezaba a enojarlo. En tanto que el dragón seguía siendo tan joven y vital como el día en que había conocido a Kyra y a Seron, la mujer había llegado a una edad en la que parecía estar de mal humor siempre. Sobre todo durante la última visita. Se había reunido con ella por la mañana y no se había mostrado muy impresionada con su nuevo sombrero de color púrpura. Lo único que quería era volver a sus pinturas. Le dijo que ya estaba cerca de conseguir lo que se había propuesto durante todos estos años. Al dragón le parecía todo aquello muy bien, pero ¿pro qué no mostraba más interés pro su sombrero? Al fin y al cabo, todos los demás opinaban que era un detalle original y llamativo. Llevó a la conclusión de que tenía que hablar con ella acerca de su comportamiento caprichoso y malhumorado y decidió ir a verla aquella misma noche.

Kyra experimentaba siempre una sensación de dulce melancolía después de cada visita de Tosch; era un esos momentos cuando se daba cuenta de su soledad. En esta ocasión no fue diferente, pero después de una tarde agotadora de servir mesas estaba ansiosa por coger sus pinceles y seguir pintando mientras le restaran fuerzas para hacerlo.

No sabía cuántos retratos de Seron había pintado; había perdido la cuenta hacía mucho tiempo. De hecho, eran muchas las cosas que había olvidado... Pero no el

rostro de su esposo.

La imagen de su marido, con toda su dulzura, colgaba sobre su lecho.

Otra retrate de Seron, en el que se reflejaba su firmeza y aspiraciones, estaba colgado en la alcoba que ella llamaba su estudio.

Incluso en el reducido espacio donde cocinaba y comía, su faz la contemplaba rebosante de su encanto infantil y su humor.

Había retratos de Seron por todas partes. Se apilaban unos sobre otros y colgaban de todos los rincones de la choza. Kyra estaba rodeada de su imagen. Y, no obstante, todavía no había concluido su obra.

A pesar de sentirse débil y enferma no había dejado de pintar. Había perdido vista, le dolían las articulaciones, los dedos le temblaban, pero continuaba embadurnando los lienzos con sus pinceles confiando en que al final lograría captar la imagen perfecta del hombre al que todavía amaba.

La noche estaba avanzada, y Kyra respiraba de manera entrecortada mientras pintaba a la luz de las rojas brasas de la lumbre agonizante. Estaba cansada, pero no quería pararse ahora... No hasta que finalizara su última obra.

En este retrato Seron estaba tendido sobre una sábana que había extendida sobre la hierba, en la parte trasera de la cabaña. A su izquierda se veía un montón de ropa limpia y doblada de la reciente colada. En su rostro se reflejaba una expresión anhelante y sus ojos tenían una mirada triste. Estaba solo en el cuadro, mirando al frente, con los brazos extendidos ante sí.

«¿Era ésta realmente su apariencia?», se preguntó Kyra.

Contempló con fijeza la imagen de Seron. Los ojos tristes de su marido le devolvían la mirada. Poco a poco, al igual que la niebla rojiza del Mar Sangriento desaparece cuando el sol alcanza su cénit, asimismo se disipó la bruma que envolvía la memoria de Kyra.

Así era exactamente su marido. Aquél era Seron hasta el último detalle. Sus manos, con los largos y esbeltos dedos; sus pómulos prominentes; su marcada mandíbula; sus hombros, en los que ella había recostado la cabeza tan a menudo... Era exacto.

¿Lo era de verdad?

Kyra sintió los alocados latidos de su corazón. ¿Había algo mal en el cuadro? ¿Le faltaba algo? Daba la impresión de que la pintura le estuviera pidiendo a veces el último toque de perfección. No alcanzaba a ver qué era, pero estaba segura de que había pasado por alto un detalle vital.

En este momento se sintió tan poco merecedora de su Seron que dio la espalda al húmedo lienzo. Pero no podía escapar a la triste mirada de su esposo; sus ojos la contemplaban desde todos los rincones de la choza. Alzó los brazos hacia su imagen.

—Quiero que todo Krynne se detenga ante ti y te contemple con amor, al igual que

yo. Quiero que todos sientan algo de lo que yo siento. Pero mira —sollozó mientras señalaba con un ademán a su alrededor—. No he conseguido captar tu amor ni en una sola de estas pinturas. ¡En ninguna!

Kyra cayó de rodillas y lloró con tanta angustia como aquella noche en que el fuego le arrebató a su marido. A pesar del dolor que le comprimía el pecho consiguió gritar:

—¿Te he decepcionado todos estos años? ¿Te avergüenzas de mí? Oh, Seron, ¿no soy siquiera la mitad de la mujer que esperabas que fuera?

Cuando Tosch llegó a la cabaña de Kyra llamó a su vieja amiga, pero nadie le respondió. Repitió su nombre, y de nuevo sólo hubo silencio. Por fin rugió exasperado, con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Kyra!!

La mitad de los habitantes de Palanthas rebulleron en sus lechos, sobresaltados por el temible rugido.

Pero Kyra no le respondió.

A Tosch se le acabó la paciencia. Empujó con una de sus inmensas patas la puerta, que se abrió de par en par.

La ira del dragón bronceo se tornó de inmediato en pena al ver la figura de Kyra desplomada en el suelo, al pie de un cuadro.

Tosch soltó un suspiro hondo y apesadumbrado. A pesar de la avanzada edad de Kyra, no esperaba de ella que actuara como cualquier otro humano y se muriera. Siempre había estado allí para opinar sobre su apariencia, para aconsejarle lo que debía ponerse..., para ser su amiga. Y ahora se había marchado.

Había muerto en soledad, en esta choza destartalada.

Echó un vistazo al interior y por primera vez se fijó en el cuadro que estaba sobre el cadáver de Kyra. Los ojos del dragón se abrieron de par en par. Era Seron, tal como lo había sido en vida. Era una semejanza magnífica; hasta el más mínimo rasgo de su carácter, el más leve matiz de sus sentimientos, estaba plasmado en el rostro del pintor muerto mucho tiempo atrás.

El dragón asomó más la cabeza en el interior de la cabaña y vio decenas y decenas de retratos de Seron en cualquier pose y actividad imaginable. Pero la mirada de Tosch volvía una y otra vez al cuadro del caballete. La pintura estaba todavía húmeda. Comprendió que ésta era la postrera y apasionada obra de su amiga.

Nunca había sabido lo que había estado pintando durante todos esos años; ni siquiera lo había imaginado. Incluso ahora, contemplando aquella muestra evidente de la devoción de Kyra por Seron, Tosch sólo fue capaz de sacudir la cabeza con perplejidad. No alcanzaba a comprender que pudiera amarse a una persona tan profundamente. Aunque quizá sí lo entendía. Después de todo, ¿no lo amaba también

a él a su manera?

Sintió un temblor en las alas y supo que estaba a punto de hacer algo muy raro: iba a llorar. Kyra había significado mucho en su vida, y él había hecho muy poco por ella. Se sintió avergonzado al comprender que había sido un egoísta que sólo había recibido sin dar a cambio. ¿Por qué no le había regalado polvo de oro para sus vestidos? ¿Por qué no había hecho que le arreglaran también los dientes? Podría haber hecho por ella todas esas cosas, pero no lo había hecho. ¿Y qué podía darle ahora?

Contempló su cuerpo flácido y frío y entonces alzó la vista hasta el cuadro de Seron. Lo observó con más detenimiento...

Faltaba algo. El cuadro no era del todo perfecto. Lo estudió durante un largo instante en silencio, intentando descubrir qué era lo que pasaba por alto.

«Ah, ya sé qué es —se dijo Tosch—. ¡Es evidente!». Articuló un conjuro y a continuación golpeó el suelo tres veces con la cola.

Kyra se encontraba ahora junto a Seron en el cuadro. Ahora era perfecto.

Se abrazaban el uno al otro riendo y llorando, renacidos en su arte. En los confines del lienzo estaban los espíritus de Seron y Kyra, vivos, palpitantes, enamorados. Tosch batió las alas con alegría. Había hecho feliz a su amiga. Cuando se volvió para emprender el vuelo oyó a Seron decir a su amada:

«Eres la mujer completa que esperaba que fueras».

—Ése sí que es un buen cuadro —comentó el dragón mientras volaba en la noche. Después, mientras planeaba entre las nubes, agregó—: Aunque para mi gusto no le habría venido mal un poco de colorido.

Destino fatal

Nick O'Donohue

A la luz del día, el ciervo apareció ante el caballero mediante un acto de voluntad. El entusiasmo del caballero resultó gratificante, si es que existía algo en el Bosque Oscuro que fuera grato. El caballero mencionó incluso que Huma había seguido al ciervo. El animal se dirigió hacia el Pico del Orador, pues sabía que el caballero y sus compañeros irían tras él. Si su destino era conducir a otros, el de otros era seguirlo.

Pero no lo hicieron de inmediato. Escuchó a sus espaldas la discusión del grupo.

—No estoy seguro —decía el semielfo—. Aunque yo no haya visto al ciervo blanco, conozco a alguien que una vez los siguió, tal como el anciano contó en su historia.

El ciervo se volvió para mirar y vio que el semielfo jugueteaba con un anillo de hojas de hiedra entrelazadas, sin duda porque le recordaba al compañero de antaño que había visto al ciervo. Pero ni el semielfo ni el anillo le traían recuerdo alguno al animal.

El mago que estaba entre ellos, un humano con las pupilas en forma de reloj de arena, comentó algo más de la historia que al parecer había oído contar hacía unas cuantas noches, en una posada. Un anciano había relatado cómo Huma elevó una plegaria a Paladine tras haberse perdido en un bosque. Un ciervo blanco se le había aparecido y lo había conducido a casa.

«De eso sí me acuerdo —pensó el ciervo—. Pero no imaginaba que ningún otro ser vivo lo recordara. Quienquiera que fuera al que conocieron en esa posada, aunque se tratara de un anciano, debería evocarlo como un canto, no como una historia». Una leve punzada de nostalgia por otros días más apacibles y una fe más sencilla estremeció al ciervo, al igual que los ancianos, se conmueven al evocar el pasado. Sacudió con energía la cabeza astada y se esforzó por seguir escuchando.

El enano que iba en el grupo resopló como si él mismo fuera un animal.

—¿Creéis las viejas historias? Entonces escuchad otra: hubo una vez un ciervo que ocasionó que el Bosque Umbrío se convirtiera en Bosque Oscuro.

Otro de los compañeros, de talla baja y orejas puntiagudas, se acercó interesado al enano.

—No hay nada mejor que un buen relato. ¿Cuándo ocurrió eso, Flint?

El enano miró ceñudo al otro; el ciervo cayó en la cuenta de que se trataba de un kender. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que había visto a un miembro de esa raza.

—Antes del Cataclismo —respondió el enano—. Y no es un cuento agradable, ni mucho menos. El ciervo decidió traicionar al Señor del Bosque, el que rige esta

floresta, sea quien sea. Así pues...

—¿Por qué? —lo interrumpió el kender. El ciervo estiró las orejas hacia adelante, esforzándose, pro escuchar.

—No sé por qué —admitió el enano. El cuerpo tenso del ciervo se relajó—. Pero quería hacerlo. Así que...

—Si no sabes el por qué no tiene sentido. —Al parecer, al kender le encantaba interrumpir a su compañero.

—Para ti nada tiene sentido. Déjame continuar. El ciervo se presentó ante el rey que había prometido custodiar el bosque...

—¿Custodiarlo contra qué?

El enano alargó las manos hacia el kender con gesto furioso.

—Te ataré esas orejas ridículas y te obligaré a escuchar...

—Suéltalo, Flint —intervino el semielfo, interponiéndose entre ambos—. Tas, deja que Flint cuente la historia.

—Eso está mejor. —El enano respiró hondo, tanto para calmarse como para lanzarse a relatar el cuento—. Ignoro qué indujo a este ciervo a traicionar al Señor del Bosque, fuera quién fuese ese Señor del Bosque. Es una historia muy vieja y algunos detalles son muy confusos en la actualidad. Lo fundamental es que traicionó al Señor del Bosque cuando el Bosque Oscuro era sólo el Bosque Umbrío.

—Eso no es lo fundamental ni por asomo —musitó el ciervo, convencido de que no podían escucharlo—. Siempre creí que el motivo era más importante que los sinsabores que siguieron. No obstante, me alegro de que la razón se haya olvidado.

—Hubo un rey humano que vivía en el bosque en aquellos tiempos, al igual que soldados vivos que patrullaban por él. Habían prometido que protegerían sus fronteras contra invasores o salteadores de caminos, pero sobre todo con el ejército de la Oscuridad.

—¿Contra quién?

La pregunta la había hecho el pequeño kender. Flint contuvo su mal humor y repitió.

—El ejército de la Oscuridad. Una tropa formada por muertos que los clérigos oscuros habían levantado de sus tumbas. Los muertos ayudarían a los clérigos a arrebatarse la floresta al Señor del Bosque para de este modo convertirla en un lugar propicio para la Reina de la Oscuridad.

Todos, incluida el cierto, se estremecieron.

—A cambio los clérigos realizarían un conjuro que haría el bosque un paraje donde los muertos volverían a vivir —continuó el enano—. Por eso el Señor del Bosque había apostado centinelas en los linderos, para preservar la floresta de cualquier mal..., pero sobre todo para guardarla del ejército de la Oscuridad.

—Pero los defensores fracasaron —conjeturó el semielfo en voz baja.

Flint resopló otra vez.

—¿Qué fracasaron? ¡Rompieron su promesa! El ciervo ofreció al rey y a sus hombres la oportunidad de cazar en el bosque. En este punto la historia se hace confusa; no sé si la pieza de caza era el propio ciervo o algún otro animal, pero el rey aceptó la idea con entusiasmo. Era un rebelde, o indigno de la confianza depositada en él, o tal vez quiso tomarse un descanso de sus obligaciones. Éste es otro detalle confuso. Sea como fuere, el rey y sus hombres abandonaron sus puestos en la linde del Bosque Umbrío durante un día.

—Pero fue suficiente. —La voz del caballero que había visto al ciervo era severa.

«No cabe duda de que éste se toma en serio los juramentos», pensó el ciervo mientras pateaba el suelo con inquietud.

—Suficiente y de sobra —continuó el enano—. Mientras el rey y su tropa estaban de caza, los clérigos condujeron a los muertos al interior del Bosque Umbrío. Una vez allí, los muertos formaron un círculo dentro del cual los clérigos oscuros llevaron algo a cabo, un ceremonia que se denomina Canto de la Tierra Muerta, o Canto de...

—La Maldición de la Tierra Corrompida —intervino con brusquedad el mago encapuchado—. Si se echa ese maleficio sobre un lugar, las sombras se tornan tinieblas y los muertos se alzan de sus tumbas. —Sonrió satisfecho de sus conocimientos—. No es un sortilegio difícil de ejecutar una vez traspasadas las fronteras del lugar en cuestión.

Tras un incómodo silencio, Flint reanudó el relato.

—Eh..., bien. Entonces los muertos persiguieron al rey traidor y a sus hombres como si fueran piezas de caza, los mataron y los enterraron.

»Pero los clérigos oscuros habían cometido un error. Las tumbas de donde habían sacado al ejército de la Oscuridad no estaban en el Bosque Umbrío, que ahora era el Bosque Oscuros, pero sí estaban las del asesinado rey traidor y sus hombres. En consecuencia, cuando llegó el ocaso del primer día, el ejército de la Oscuridad volvió a morir y esta vez para siempre. Aquella noche el rey y sus hombres enterrados se levantaron de sus tumbas y persiguieron a los clérigos hasta expulsarlos del bosque. —Flint dirigió una mirada inquieta a su alrededor—. Pero la Maldición de la Tierra Corrompida permaneció inalterable. Por ese motivo el Bosque Oscuro es un lugar maligno. Y, cada noche, el rey traidor y sus guerreros espectrales salen de caza y no habrá descanso para ellos hasta que de algún modo rediman la promesa quebrantada.

El kender lanzó un sonoro suspiro que resonó en el silencio e hizo que sus compañeros se sobresaltaran.

—¿Qué pasó con el ciervo? ¿Es que la historia no tiene un final? —preguntó.

«Olvidaos del ciervo —pensó el animal que escuchaba atento—. Y no: no hay un final. Jamás lo habrá».

—El ciervo, sí... —El enano reflexionó un instante—. Había algo... —El

expectante animal sintió un gran alivio cuando Flint admitió—: No sé con exactitud qué fue de él. Creo que murió también y que recibió asimismo algún castigo por su traición. El rey y él están unidos por alguna clase de vínculo, pero en la actualidad la verdad se desconoce. En algunas versiones el rey y sus hombres dan caza al ciervo: en otras van tras un unicornio; y en otras persiguen al Señor del Bosque, sea quien sea. Pero lo que es seguro es que el ciervo sufre un castigo todas las noches por haber sido un traídos, como el rey. Tiene que llevar a cavo su desleal acción una y otra vez, y tanto él como el rey no pueden escapar de este destino a menos que cumplan el juramente de lealtad y servicio que prestaron al Señor del Bosque. Pero les es imposible. Alguien tenía que prometer custodiar el Bosque Oscuro a partir de entonces y la historia cuenta que el ciervo era demasiado orgulloso o estaba demasiado furioso para renovar su juramento de servicio. Así pues, no hay un final. Todavía —concluyó con un dejo de inseguridad.

—No es un buen relato —opinó con firmeza el kender—. Conozco otros mejores.

—También yo —replicó Flint—. La cuestión es: ¿qué clase de ciervo es el que estamos siguiendo? ¿El que condujo a Huma o el traidor del Bosque Oscuro?

El ciervo dejó de prestar atención a la discusión. «Quizá se trate del mismo, el servidor y el traidor —dijo para sus adentros—. ¿Se le habrá ocurrido a alguno de estos necios plantearse siquiera tal posibilidad?». Se sintió aliviado cuando el grupo decidió seguirlo tras deliberar los pros y los contras. Los condujo en silencio, pensativo.

Al llegar la noche presenció el encuentro de la compañía con el rey de los guerreros espectrales.

«Están muy asustados —observó el ciervo—. Eso debe satisfacer sobremanera al rey Peris».

Más tarde, el ciervo los vio montar en los centauros, que eran los actuales guardianes ligados al Señor del Bosque bajo juramento, y cabalgar hacia el Claro Central. Dos centauros se quedaron para guardar el camino. El ciervo, libre ya de sus obligaciones como guía, estaba a punto de ir en pos del grupo que se alejaba cuando oyó cantar a uno de los centinelas con voz áspera y bronca.

Hubo un orgulloso y noble ciervo
nacido en el Bosque Umbrío
en él creció y en él conoció
y amó a una hembra de unicornio.

En ciervo se quedó paralizado, escuchando.

—¿Qué te parece? —dijo el centinela a su compañero con gesto ufano—. Hace un montón de años que no cantaba esto y todavía me acuerdo bien de la entonación.

—No sé —contestó el otro, dubitativo—. ¿Son las rimas correctas? No puedo

asegurarle, ya que es una canción nueva para mí, pero me suena algo rara.

—¿Nueva? ¿Nueva? ¡Vaya, pero si es la canción más antigua que conozco! Se remonta al tiempo en que nuestra raza huyó al interior del bosque, cuando tuvo lugar el... ¿cómo se llama? Cuando se sacudieron los océanos y las rocas se precipitaron colina abajo como bestias salvajes.

—El Cataclismo —dijo el otro.

—El Cataclismo —repitió despacio el cantante—. Sí, eso es. Y fue entonces cuando juramos custodiar este lugar. El Señor del Bosque no disponía en aquel tiempo de guardianes vivos, ya que los anteriores habían muerto y eran un puñado de traidores.

—¿Traidores? ¿Por qué? —preguntó su compañero.

El ciervo contuvo el aliento mientras pensaba para sí: «Que no lo recuerden. Que se pierda en la noche de los tiempos. Con que lo sepa yo y lo sepa ella, y también el rey, es más que suficiente».

El primero centauro se dio una palmada en el áspero lomo peludo.

—¿Que por qué? La canción lo explica. Déjame pensar un momento a ver si consigo recordar algo más de la letra. Se refería a que el ciervo servía a la hembra de unicornio... —Vacilante, empezó a cantar otra vez.

Sirvió a su amada bien, largo tendido
sirvió a su amada en lo poco y en mucho,
hasta que una noche en el Claro Umbrío,
le abrió su corazón de amor verdadero.

—Si la canción se vuelve obscena, no quiera seguir escuchando —dijo el otro centauro con firmeza.

—No, no. Lo rechazó. «Ella no rio...». No, no era así. «Le dijo que no...». Tampoco. Me acuerdo de la música pero no recuerdo la letra.

Los dos centauros reanudaron su ronda. El ciervo continuó parado en el mismo sitio y poco después empezó a cantar en un susurro, para sí mismo.

Ella no hizo mofa de su confesión,
mas se negó con suave firmeza;
él no se lamentó, pero se alejó de ella
dispuesto a planear una traición.

Buscó pues a los hombres del rey Peris;
sus palabras fueron frías y concisas:
«Oh, huestes vigilantes, abandonad vuestros puestos
y disfrutad de la caza que os ofrezco».

El ciervo dejó de cantar y susurró con amargura:

—Una porquería ramplona de malas rimas y peor métrica. El canto que relata cómo guie a Huma se olvidó hace tiempo, claro, pero estos malditos versos... —Él mismo captó el tono rencoroso de su voz. Sacudió la testa y emprendió la marcha en pos de la compañía que cabalgaba hacia el corazón del bosque.

Los vio alzar la vista a lo alto de la roca y contemplar maravillados al Señor del Bosque. El ciervo evocó la primera vez que él se había encontrado con la hembra del unicornio; guardó silencio y nutrió su rencor al verla dar la bienvenida a los compañeros y agasajarlos con un banquete y ofrecerles consejo.

Por fin partieron, montados a lomos de los pegasos. El ciervo observó a los ridículos bípedos, en particular al enano, y le asqueó el abyecto servilismo de los corceles alados; los animales de pezuñas hendidas se sienten superiores a los que tienen cascos: los caballos, los centauros e incluso los pegasos.

«Típico de ellos que se humillen con semejante obediencia, a pesar de estar tan cerca de las estrellas», se dijo el ciervo para sus adentros.

Aun después del mucho tiempo transcurrido y lo doloroso de su historia, el animal seguía siendo muy susceptible con respecto a su orgullo. Penetró en el claro y llamó en voz alta, con un tono en el que había tanta autoridad como súplica:

—¡Señora!

—Aquí estoy. —La hembra del unicornio había regresado a lo alto de la roca que se encumbraba sobre el claro.

Ambos animales se quedaron inmóviles, confrontados, como si hicieran una breve pausa antes de acometer de nuevo su antiguo ritual. Cada uno de ellos sabía lo que el otro diría a continuación.

A pesar de ello sus miradas se quedaron prendidas, como si no pudieran evitarlo. El ciervo se mantuvo erguido y orgulloso, como si posara para un escultor. Cada músculo y cada tendón, cada línea de las extremidades y de las mortíferas puntas de la cornamenta, se perfilaban en las sombras. Como todas las sombras en el Bosque Oscuro, éstas parecían profundas y rebosantes de muerte.

La hembra de unicornio semejaba ser en sí misma luz, como si la maldición que pesaba sobre el bosque no pudiera tocarla. Su crin relucía y parecía flotar, en tanto que la grácil curva de su cuello daba la sensación de continuar ininterrumpida a lo largo de los flancos hasta llegar al suelo. Sólo sus ojos eran oscuros, pero no con las sombras mancillantes del bosque maldito, sino con la negrura pura, salvaje y pujante de la naturaleza. Fue el ciervo quien rompió el silencio.

—Te he servido esta noche.

—Lo sé.

—¿Y te serví bien?

—Sí, lo hiciste.

—¿Acaso no te he servido siempre bien?

—Lo has hecho a menudo.

El ciervo no pareció advertir la distinción.

—Y no es mucho lo que he pedido a cambio.

—Era un servicio voluntario, libre de recompensas y aceptado de buena gana. — Bajó la vista hacia él, con el cuerno apuntando a la noche—. Ahora, ¿tienes algo más que pedir?

—No. Tengo algo más que ofrecer.

—Es lo mismo.

Aquello casi lo hizo enmudecer. Al cabo, no obstante, el ciervo prosiguió.

—Te ofrezco mi amor. Te lo entrego generosamente, por propia voluntad. Y, puesto que no hay otro como yo, es un presente sin par.

—Lo sé.

Se produjo un breve silencio.

—Y no obstante lo rechazas —concluyó furioso el ciervo.

—He de hacerlo. —El Señor del Bosque rompió la sensación de ritual al añadir—: Los humanos dicen que sólo una virgen puede tocar a los de mi especie.

—Es una vieja leyenda. Y no es el motivo pro el que me rechazas.

—Es vieja, sí. Y sí es ése el motivo. —Su voz perdió firmeza y se hizo más triste—. Y, como ocurre con la mayoría de las leyendas, se ha tergiversado y es cierta sólo a medias. No es una humana quien tiene que ser casta. Para ser quien soy, para server a quien debo...

—Basta —instó con aspereza el ciervo—. Votos sublimes aparte, lo cierto es que rechazas mi amor.

La hembra de unicornio miró aquellos ojos orgullosos a los que se asomaba la muerte y cerró los suyos.

—Sí, lo rechazo.

—¿Por qué? —La pregunta sonó afilada y dura, tan actual e hiriente como la primera vez que fue pronunciada—. ¿Por qué, ahora que te he revelado mi propia debilidad y he admitido que te amo? —Por un instante desapareció el orgullo del ciervo y el animal pareció casi un ser vivo al influjo de su angustia y su deseo.

—Porque tengo que hacerlo —respondió ella con voz queda.

—Porque quieres —objetó el ciervo, recobrada su compostura—. Pero es una elección que tendrá consecuencias.

—¿Para ti o para mí?

—Para ambos. ¿Cómo te atreves a rechazarme? —Su voz temblaba levemente a pesar de sus esfuerzos por mostrarse digno y arrogante.

—También he rechazado a otros.

—A nadie como yo. No existe otro igual.

—Y ello, en tu opinión, me obliga a dar la espalda a las necesidades del mundo por ti. Márchate pues —añadió—. Pero ten presente que yo no lo he querido.

El ciervo soltó un resoplido que sonó desdeñoso.

—Por supuesto que no. El servicio sin pago es más agradable que la soledad.

Mientras lo veía alejarse, la hembra de unicornio musitó:

—Cualquier cosa es más agradable que la soledad.

Pero él no la oyó.

—Ah, otra cosa —dijo el ciervo volviéndose hacia ella, que agachó la cabeza para escuchar sus palabras—. Les dijiste algo a los forasteros acerca del destino.

La hembra de unicornio subió y bajó la testa en un gesto de asentimiento; al hacerlo, las crines ondearon relucientes.

—Se lo dije al guerrero, aunque en quien pensaba era en el caballero. «No lamentemos la pérdida de aquellos que mueren alcanzando su destino».

—Fríamente expuesto. ¿Por quién te lamentas entonces? ¿Por quienes mueren sin alcanzar su destino? ¿Por quienes ni siquiera lo tienen?

—Todos tenemos un destino. —Alzó la vista al cielo. Desde la posición del ciervo fue como si el cuerno apuntara a la estrella del norte—. De igual modo que todos tenemos una estrella. Como tú.

Ella mantuvo su postura sin vacilar.

—Las estrellas perduran. Nosotros no. Rehúsala si es lo que deseas; te estará aguardando.

—Pero puedo rehusarla todo el tiempo que quiera. —Al no comentar ella nada, añadió—. Si no está a mi alcance elegir mi propio destino, al menos podré rechazar el que se ha marcado. Adiós... otra vez.

—Lo sé... otra vez.

El ciervo apenas oyó un susurro. Se preguntó si estaría lamentándolo.

El amanecer estaba próximo cuando el ciervo llegó a un paraje sombrío y triste. Los juncos estaban marchitos en torno al lago, y los pájaros no cantaban. Miró a su alrededor. Un poco más allá, al frente, se erguía la sombría figura de un espectro cubierto con armadura, que removía incansable los hierbajos con la espada, como si buscara algo. Se inclinó hacia adelante y sus labios pronunciaron unos denuetos demasiado antiguos para que significaran mucho para alguien que no fuera el ciervo.

El rey se irguió con brusquedad, sobresaltado, cuando el animal empezó a cantar en voz alta:

*Los hombres del rey Peris obligados estaban
a salvaguardar el bosque contra el mal.
El rey, con arrogancia, envainó la espada,
y se dispuso con el ciervo a negociar.*

El rey Peris respondió con la siguiente rima, moviendo la espada al ritmo de la música:

*No es para mí cara atractiva —argumentaba—
la de cualquier otra criatura aquí nacida,
a menos que en el Bosque Umbrío me ofrezcas
acosar y abatir al unicornio hembra.*

Tras un instante de vacilación, el ciervo continuó:

Nadie conoce tan bien su morada
como quien está al servicio de la da.
Te guiaré hasta ella si sigues mi consejo
y con su muerte tendrás un trofeo.

El rey reanudó su búsqueda entre la hierba.

—No esperaba escuchar otra vez esos viejos versos, con su métrica chapucera y todo lo demás. ¿Qué te hizo recordarlos?

—Oí cantar algunos fragmentos anoche —dijo el ciervo, que no hizo intento alguno por ayudar al rey.

—Vaya, vaya. Es sorprendente lo que perdura el arte popular, ¿no te parece? No imaginaba que quedara alguien vivo que lo recordara. —Dirigió una mirada penetrante al ciervo—. Porque doy por hecho que se trataba de alguien vivo, ¿no?

—En efecto. Uno de los centauros..., los que os reemplazaron como guardianes, ¿recuerdas? En fin, el caso es que todavía se acuerdan de algunas partes de la canción. Pero no debería sorprenderte. El escándalo es más duradero que el honor.

—Cierto. Por ejemplo, fíjate en nosotros... Aunque no se puede decir que sobrevivamos a muchas cosas.

Poco después el espectro lanzó un gruñido de satisfacción y levantó con la punta de la espada una corona deslucida por el paso del tiempo. Con la mano esquelética se la puso en la cabeza y la ajustó de manera que quedara recta. Durante un breve instante semejó el remedo de un monarca verdadero.

—Larga vida al rey —dijo el ciervo con actitud circunspecta.

—El rey ha vivido más que suficiente. —El monarca muerto se sentó y por un momento pareció un hombre agotado, ya que los fantasmas privados del descanso eterno experimentan una fatiga mucho mayor que la de los vivos—. Dime, ¿viste a alguien anoche?

—Sabes que sí. Un caballero, un mago, un semielfo... En pocas palabras, una amplia gama de bípedos. ¿Acaso con importantes para ti?

—Creo que lo son —respondió el rey con gesto abstraído—. Pareces sentir

curiosidad. Pensaba que todo te resultaba indiferente.

—Todo cuanto está por debajo de mí, lo que significa la casi totalidad del mundo. ¿Y tú, poderoso y leal Peris?

—Lo mismo, más o menos. Desde luego es mucho más lo que está por debajo de un rey muerto.

—A pesar de lo mucho que hemos soportado, nuestros principios han resistido el paso del tiempo mejor que nosotros —replicó con aspereza el ciervo—. Quizá perduren para siempre. ¿Qué importancia tienen?

—¿Los principios?

—Su importancia es evidente por sí misma o no lo es. Me refería a los forasteros. ¿En qué aspecto son importantes?

—En el futuro de nuestro bosque y nuestro mundo.

—Ah, enredos políticos. —El ciervo movió la cabeza arriba y abajo con actitud entendida—. Yo procuro eludirlos.

—Te comprendo muy bien —comentó el rey con tono coloquial—. También yo intenté eludirlos..., una vez.

—Una cuestión de permitir la entrada o que la entrada se hiciera a la fuerza, ¿no?

—En efecto. —El rey añadió con una franqueza poco habitual en él—: Una cuestión de dar paso a la maldad y su acceso a este bosque que por entonces no se llamaba Oscuro. Tal vez recuerdes aún las estrofas...

—Las recuerdo, sí. —El ciervo acometió el canto con una mordacidad excesiva para el gusto del rey:

*Mas uno de los soldados al rey previene:
«Esta cacería tiene un origen perverso,
propiciada pro aquellos con armas y hechizos
contra los que estar en guardia prometimos.*

*No se conformarán ya con miradas de odio
y corazones y almas de rencor rebosantes;
barrarán toda luz y bondad del bosque.
Que los dioses de nosotros se apiaden».*

El animal miró expectante al rey Paris, que lanzó un hondo suspiro y entonó la siguiente estrofa haciendo acopio de toda la entereza de que el espectro fue capaz.

*Mas Peris, arrogante, arengó a sus soldados:
«Abandonad los puestos, oíd del cuerno la llamada,
Dejad que esos hombres invadan bosque y claro.
Al unicornio salimos a dar caza».*

El rey bajó la espada que había levantado para dar énfasis a los versos.

—No ocurrió así, ni mucho menos. Y no fue una rebelión o un acto consciente de traición ni nada parecido. Mis hombres se aburrían, yo estaba aburrido. Fue suficiente con una pequeña sugerencia de su oficial al mando. —Hizo una burlona reverencia. Luego miró a su alrededor—. Y pensar que algo en una vida corta y feliz pudiera parecer aburrido... Desperdiqué un reino por un día de diversión y una eternidad de insufrible tedio.

—Me sorprende oírte admitirlo.

—También me sorprende a mi. Quizás algo me perturba. Cambiemos de tema.

—De acuerdo. ¿Hablaste con alguien de los forasteros? —Al asentir el rey con un cabeceo, añadió—. Lo suponía, ya que vi que uno de ellos se dirigía a ti.

—Ah, sí. Ése era el mago. Fue él quien habló primero. —A juzgar por su actitud, parecía que el rey no había intentado siquiera eludir la respuesta.

—¿Qué te dijo? No alcancé a oírlo.

—Sabía que éramos los fantasmas de unos hombres que habían incumplido y que estábamos condenados a realizar el mismo cometido una y otra vez hasta que, de algún modo, nos ganáramos el descanso eterno —explicó reacio el rey.

—Un hombre perspicaz.

—Los magos suelen serlo. Creo que su intención era recordarme que estaba a mi alcance ganarme esa paz eterna.

—¿Y qué le dijiste de tu actual situación, oh, gran rey? Porque, a fuer de ser sincero, tu apariencia no es la de un ser majestuoso. Más bien es de una majestuosa vaciedad.

—Le conté que estábamos destinados a que algún día fuéramos llamados a cumplir nuestro juramento.

—Presumo que al decir esto te referías a ti y a tus hombres —comentó el ciervo con cautela.

—No especifiqué. No te mencioné por tu nombre, pero ello no significa que él no supiera que tu sino es también cumplir lo que prometiste.

El rey rebulló en un gesto que habría sido de desasosiego en un ser vivo.

—No es fácil hablar de estas cosas. ¿Es que no comprendes lo bochornoso que resulta repasar una promesa rota mucho tiempo atrás?

—Tengo más sentimientos de los que dejo entrever. Cambiemos de tema, ¿quieres?

—De acuerdo. Algo te atormenta, ¿verdad?

—Desde luego. Estoy enamorado. —Incluso después de tanto tiempo era duro admitirlo.

—Eso trae siempre problemas. Presumo que es un amor no correspondido.

—Por muy extraño que parezca, así es. ¿Te imaginas que alguien rechace mi

amor?

—Ahora es más fácil imaginarlo que en su momento; la costumbre y la repetición dan realismo a las cosas. —Al advertir que el ciervo se ponía tenso, el rey se apresuró a añadir—: Pero, habida cuenta de que fue verdad en el pasado y de cuáles son tus sentimientos actuales, digamos que resulta inconcebible.

—Lo es. —El ciervo sacudió la cabeza—. Y, por supuesto, me vengaré por haber herido mis sentimientos.

—¿Sentimientos? —El rey se golpeó los fantasmales brazos. El golpe no dejó marcas, y la expresión del monarca no varió—. ¿Todavía eres capaz de hablar de sentimientos?

—Sí. —El ciervo miró hacia otro lado—. Prefiero hablar de ellos.

—El tiempo cambia los sentimientos. Puede cambiar todo, incluso a nosotros.

—Pues son ha cambiado lo que hacemos noche tras noche. —El ciervo giró la cabeza y dirigió una fugaz mirada a la estrella del norte—. No creo que pueda cambiar lo que soy ni tampoco lo que hago. Una vez más, elijo traicionar a la que..., a quien debo obediencia.

—Puede que otro hiciera esa elección. Si lo pensaras un poco, quizá ni siquiera tú la harías. —Al no responder el ciervo, el rey prosiguió—: Aunque ya me los has repetido con anterioridad, dime: ¿podría uno traicionar a quien ama y entregarlo a los cazadores?

—Sí. ¿Te sorprende?

—No más de lo que me sorprendería que no lo hicieras tú.

Sin previo aviso, el ciervo pateó un retoño de árbol con una de las patas delanteras. La pezuña dejó una huella profunda en la madera.

—¿Cómo pudo rechazarme? ¿Cómo puede rechazarme? —Soltó otra patada que astilló el arbolillo—. ¿Cómo *se atreve* a rechazarme? —Tembloroso de ira guardó silencio hasta recobrar el dominio sobre sí mismo—. Discúlpame. Estoy fuera de mí hoy, no parezco el mismo —dijo al rey.

—Y yo me temo que a pesar de los largos años de castigo sigues siendo el mismo —objetó pesaroso el rey.

—Tal vez tengas razón. Aunque prefiero pensar que no perdería los nervios si la noche no hubiera sido tan larga.

—Siempre te ha costado mucho dominar tus sentimientos; los siglos de parodia y fingida apariencia logran disimularlos. En cuanto a la extensión de la noche, para ti todas son igual de largas. —Hizo una pausa y luego agregó despacio—: Tengo noticias que tal vez te interesen. Ha irrumpido en el Bosque Oscuro un segundo grupo de forasteros que va tras los primeros para matarlos. Están en el mismo camino que tomaron los otros.

—¿Y ningún centinela les ha salido al paso? La historia se repite.

—En efecto, al igual que nosotros. Me siento inclinado a poner punto final a tanta reiteración.

El ciervo pasó pro alto el último comentario del rey.

—Si estos forasteros no son invasores, tal vez sean cazadores —comentó con indiferencia.

—Cazadores de humanos y otros bípedos. Quizá se sientan tentados por el señuelo de otra caza. En lo referente a invasiones, este grupo es asimismo importante desde el punto de vista político, aunque esté formado por... —vaciló, sin concluir la frase.

—¿Si?

—Seres perversos. Nadie habría imaginado que se pudiera hacer más mal al Bosque Oscuro, pero al parecer es posible.

—¿Y después del trato que has recibido a causa de este bosque te preocupa eso?

—Puede —dijo Peris con fingida indiferencia, aunque al punto dejó de lado el disimulo—. Me preocupa, sí. La paz del mundo es más importante que mi mezquino rencor por supuestos agravios sufridos.

—Hubo un tiempo, hace mucho, en que el destino del bosque no fue tan primordial para ti —apuntó el ciervo.

—Pues ahora lo es.

El ciervo estaba tan perplejo que no supo qué responder.

—Ya no soy el brazo armado que custodia el bosque Oscuro —añadió el rey—. Pero he decidido volver a mi puesto. Esta noche no te daré caza.

—A requerimiento mío has cazado, mejor dicho, me has cazado como castigo a mi falta, todas las noches durante... —el ciervo enmudeció. ¿Cómo medir el tiempo en este círculo interminable?

—Lo admito. Pero un rey está en su derecho de cambiar de opinión. Cuando veas a los forasteros lo comprenderás.

—¿De veras? Lo dices muy seguro. ¿Qué aspecto tienen?

El rey vaciló un instante antes de responder.

—Digamos que son totalmente extraños. —No quiso añadir nada más—. Vayamos a verlos. Quizás hayan cambiado de opinión.

—O tal vez vayan de caza si se lo propongo.

—Obsérvalos primero y recapacita acerca de sus intenciones. La caza tiene que terminar —respondió el rey, evidenciando mayor emoción que antes al alzar las manos mientras hablaba.

—La caza finalizará cuando yo lo disponga; lo que significa que nunca tendrá fin, oh, poderoso y leal monarca —concluyó el ciervo con acritud.

El rey Peris vahó de nuevo las manos.

—Vayamos pues y pregúntales si quieren cazarte. Que te maten, que oigan las

mismas frases amargas, que se repita el viejo sufrimiento de siempre, una y otra vez. Si es que alguna vez has amado estos bosques, este mundo..., si es que alguna vez has amado algo, reconoce lo que estos extranjeros suponen para nuestro mundo y elige romper el círculo.

El rey guardó silencio de nuevo. El ciervo rumió sus palabras con actitud pensativa.

—Evidentemente —dijo por último—, tienes un asunto pendiente con los que han entrado en el Bosque Oscuro. Ojalá te persuadieras de dejarlo...

—¿...para más adelante? Sí. Al fin y al cabo ya abandoné mi puesto con anterioridad, como tú mismo has señalado. Tal vez ahora puedo aplazarlo un poco más. Con los baremos del tiempo de mi vida actual... —esbozó una sonrisa espantosa y vacía—, tanto da una noche como otra, un días más o menos.

—Colijo que te resulta fácil postergar el deber. ¿Cuestión de hábito, quizá?

El rey se rascó la fantasmal barba con un no menos fantasmal dedo.

—O tal vez, por el contrario, esté renunciando a mi línea de conducta habitual. Quiero creer que tú, también, serás capaz de faltar a tus costumbres con la misma facilidad con que, en una ocasión y de manera constante a partir de entonces, traicionaste al Señor...

—¿Quién es ahora el indiscreto? —lo atajó el ciervo.

—Tienes razón. ¿Reflexionarás sobre lo que te he dicho? Todavía puedes elegir...

—Sí, lo tendré en cuenta.

El ciervo se alejó a brincos. Sabía que no era necesario acordar un encuentro posterior con el rey muerto. Hay citas que están predestinadas.

Cerca del lindero del bosque el sendero se interrumpía de manera brusca dando paso a un denso muro de matorrales y maleza. En la parte exterior había falsos vallenwoods que tenían la apariencia de esos árboles inmensos, pero que no alcanzaban mayor altura que un enano; también crecían arbustos de bayas, algunos con espinas y otros no, así como llamativas flores silvestres.

En la zona interior había rodales de retorcidas «raíces nocturnas», destructoras de toda vida animal; enredaderas tan densas que habrían podido atrapar entre sus ramas al incauto que no anduviera con cuidado; y Lágrimas de Paladine, las minúsculas flores azules que crecían entretejiendo una malla entre los troncos de los árboles. Aunque el muro vegetal mantenía alejados a los curiosos, el ciervo sabía que eran muchos los espíritus osados que habían quedado atrapados en su interior.

Vigilaba atento cuando los matorrales se agitaron y temblaron al empuje de unas manos.

Manos..., en cierto modo. El ciervo observó atento los primeros dedos con garras que emergieron en la barrera vegetal y tantearon el aire al fin de apartar más ramas

que no encontraron.

El ser escamoso con apariencia humana que asomó a continuación parpadeó a la luz del sol y extendió unas alas semejantes a las de los murciélagos a fin de abrirse camino en la densa maleza.

«Una especie afín a los dragones». En la mente del ciervo no cabía duda alguna, a pesar de que jamás había visto esta clase de criaturas. Sabía también algo más: si la aparición del ciervo a Huma se consideraba sólo una leyenda, la existencia de los dragones era un mito aún más increíble.

Varias figuras armadas siguieron a la primera. El ciervo retrocedió unos pasos temeroso, más por su mundo que por sí mismo. Sólo había unas pocas criaturas, aunque horribles, pero su presencia en este bosque guardaba un significado inenarrable. Sacudió la cabeza y murmuró:

—El rey Peris tiene un modo exageradamente comedido de definir las cosas. «Extraños». ¡Y tanto! —Tensó los músculos para darse a la fuga, pero en lugar de ello se adelantó—. Os saludo.

No ocurrió nada. Los hombres—dragón miraron en todas direcciones, sordos y ciegos a su presencia.

—Os saludo —repitió con más fuerza, concentrándose en las palabras.

El cabecilla dio un brinco y las alas lo sostuvieron un momento en el aire. En tanto que los pegasos ofrecían una imagen grácil cuando volaban, esta cosa tenía un aspecto repulsivo al agazaparse, como si la rechazaran por igual tierra y aire. Observó al ciervo con expresión desconfiada.

—¿De dónde sales? —preguntó.

El ciervo se estremeció al escuchar la voz hueca y tosca, pero respondió con valentía:

—Del Bosque Oscuro, que es donde os encontráis. ¿De dónde venís vosotros?

—¿El Bosque Oscuro? —Alzó la espada en actitud de alerta—. Este lugar es maligno —dijo, con un ligero ceceo.

No sin desagrado, el ciervo se preguntó si aquella cosa tendría la lengua bífida.

—Maligno para aquellos que traigan consigo el mal —contestó con la respuesta ritual—. Es el caso de muchos. Ninguno de ellos salió del bosque. —Por un fugaz instante pensó en el rey Peris, en el Señor del Bosque y en la traición—. Pero además del riesgo, este lugar ofrece grandes recompensas.

—Especifica —instó el hombre—dragón al tiempo que hacía un ademán a las tropas que estaban a sus espaldas. Los extraños se situaron al mismo borde del camino, sin traspasarlo, y formaron filas de a dos de manera que guardaban las espaldas sin necesidad de intercambiar una palabra. Estaban bien entrenados para la lucha. El ciervo se preguntó qué significaba esta maniobra, pero prosiguió con sus explicaciones.

—Hay alguien que custodia este bosque. —Vaciló un momento y después rectificó—: Que gobierna este bosque. Todo cuanto hay en él, vivo y... humano y animal, está a su servicio. —Hizo una profunda inspiración y terminó—: Par apoderarse del bosque solo hay que matarla.

La traición no sorprendió ni impresionó al hombre—dragón.

—¿Y ella es...?

—Se la conoce por el Señor del Bosque. La dirigente de este lugar. Una hembra de unicornio blanco.

Varios miembros de la compañía dejaron escapar unos siseos involuntarios. El cabecilla dio un respingo de sobresalto.

—¿Un unicornio? ¿Sugieres que una fuerza choque draconiana podría...?

—Darle caza y matarla, sí. —El ciervo añadió con aspereza—: Se han exagerado los requisitos morales para llevar a cabo esta caza. Parece lógico, puesto que no hay en tal acción moral alguna. No es preciso que seáis vírgenes.

El hombre—dragón agitó una garra como si desestimara su último comentario.

—No estamos capacitados para experimentar deseo. —Hizo un gesto que podría tomarse por una sonrisa—. Ni amor.

—Sois más afortunados de lo que imagináis —respondió el ciervo, más para sí mismo que para los otros. Luego repitió en voz alta—: Os he propuesto la caza de una hembra de unicornio. ¿Aceptáis mi oferta?

—¿Cómo la encontraríamos? —preguntó el hombre—dragón tras unos instante de reflexión.

—No podríais. Lo haré yo y vosotros me seguiréis. Por lo demás... —El ciervo hizo un gesto como si se encogiera de hombros—. Doy por hecho que no necesitáis preguntarme cómo acosar y dar muerte a un animal. —Un punzada dolorosa, antigua y conocida, le recordó lo que esta traición significaba tanto para el ser amado como para el amante. Por un instante tuvo la visión d aquellos dientes y aquellas garras desgarrando la carne blanca, sin mácula, del Señor del Bosque.

El hombre—dragón, draconiano como se había referido a sí mismo, permaneció inmóvil un momento. Por fin aceptó.

—Lo haremos para alcanzar una nueva conquista, así como por otros motivos que no son de tu incumbencia. —Sus fauces se distendieron en un remedo de sonrisa que dejó a la vista infinidad de dientes afilados—. ¿Por qué lo haces tú?

—Por razones que no te atañen. —Luego añadió con un tono más suave—: Por razones que no tendrían mucho significado para todos vosotros. —El ciervo se preguntaba cada vez con más insistencia por qué un amor desdeñado y un deseo frustrado significaban tanto para él—. No imaginaba que los soldados necesitaban excusas para matar. O quizá no os sintáis capaces de abatir a esta presa.

—Míranos bien. Podemos rastrear y acosar a cualquier criatura viva hasta la

muerte —respondió el draconiano sin el menor atisbo de enojo.

—Ya veo. ¿Y más allá? —preguntó con amabilidad el ciervo, pero ellos no captaron su ironía—. Seguidme pues. No demasiado cerca.

Mientras se daba media vuelta y echaba a correr escuchó una breve orden, una palabra en un lenguaje que le resultaba desconocido. De nuevo sintió miedo, pero por su mundo, no por sí mismo.

—Quizá me estoy volviendo un sentimental. Como siga así, lo próximo que haré será escribir canciones ramplonas y transportar ruidosos bípedos sobre mi espalda —rezongó a en voz alta.

Pero la chanza era insulsa y el ciervo comprendió que ya no podía escudarse tras el sarcasmo y la parodia para protegerse de sus sentimientos. A su espalda escuchó el sonido rasposo de las extrañas garras al rasgar a su paso el bosque que era todo su mundo.

Había recorrido más de la mitad del camino hacia el claro cuando una silueta voluminosa, medio oculta por la maleza, le salió al paso. El ciervo se frenó de inmediato y confió en que los draconianos que lo seguían hicieran lo mismo.

—Alto —ordenó una voz.

—Una vigilancia digna de admiración, aunque innecesaria —observó el ciervo.

—Tu actitud burlona con quienes son leales está de más. —La voz profunda no mostraba ofensa por el sarcasmo—. ¿Adónde vas?

—Llevo un mensaje. —El ciervo habló con frialdad, con la esperanza de que el centinela se sintiera ofendido por su tono y se diera media vuelta—. ¿Acaso es norma habitual en este bosque cuestionar el deber de otros?

—Ni yo ni los míos lo tenemos por costumbre. —La figura emergió de la maleza.

Como el ciervo había deducido por la voz, era un centauro. Aun así, lo observó con curiosidad.

—Ah, un híbrido humano domado —dijo zahiriente—. Dime, ¿qué tal se siente uno con los arreos puestos?

El centauro lo miró, como siempre, con el arrogante desdén que los seres medio humanos medio cuadrúpedos demostraban pro los que son sólo humanos o sólo cuadrúpedos.

—No estamos domados, sino en servicio activo..., como otros deberían estarlo —replicó con severidad el centauro. Sacudió la cabeza—. He oído rumores y también hoy he captado olores extraños. ¿Hay más forasteros en el Bosque Oscuro?

El ciervo eludió los ojos oscuros del centauro.

—Tal vez olfateas todavía el olor de los forasteros de anoche. ¿Hay algún motivo para que su efluvio se te haya quedado pegado?

—Los transportamos sobre nuestras espaldas, como bien lo sabe todo el bosque —respondió con dignidad—. ¿Hay más extraños en la floresta?

—¿Por qué me lo preguntas a mí? Estoy convencido de que crees saber más que yo; tu raza de eruditos interpreta las señales de las estrellas al igual que lo hace cualquier bestia de carga.

—Y tú lo único que sabes hacer mofa. —Soltó un resoplido semejante al de un caballo—. Intenta ocultar la verdad, si ése es tu deseo. He estudiado poco, pero conozco las estrellas. Durante las últimas noches has hablado de lucha. Y de vida y muerte para un ciervo. Está escrito en ellas, pues nada se les escapa. Tal vez es cierto que no has visto a los extraños..., pero los verás —añadió se dio medio vuelta.

—Podría darte la réplica adecuada, formulada a la perfección y cargada de ironía y alusiones literarias —le gritó mientras lo veía alejarse—, pero me niego a hacerte ese favor. Tengo mi dignidad.

A poco aparecieron los draconianos, con las armas prestas.

—¿Se ha marchado?

—Sí. —El ciervo miraba con fijeza en la dirección pro la que había desaparecido el centauro, con expresión absorta. Trató de imaginarse a los centauros derrotados y muertos en un charco de sangre mientras el bosque caía de nuevo en manos de extranjeros. Era inconcebible que los centauros se dieran a la fuga, o se convirtieran en traidores, o pensarán sólo en sí mismos.

—En tal caso nuestra presencia continúa inadvertida.

El ciervo reflexionó sobre las palabras del centauro.

—Digamos que todavía no se os ha visto. Procurad que no os descubran durante un tiempo más, siguiéndome como antes.

El draconiano miró al ciervo sin el menor aprecio y se alejó de él. El animal reanudó la marcha despacio, con actitud pensativa, en dirección al corazón del Bosque Oscuro.

—Es esa maldita canción —rezongó para sí—. Vulgar y chapucera, pero tengo la música metida en la cabeza.

De hecho, era la letra lo que se repetía en su mente. En contra de su voluntad, empezó a cantar:

El ciervo los guio desde el ocaso hasta el alba,
y cuando el alba se hizo día
en el Claro Umbrío envuelto en la penumbra,
su traición al unicornio quedó cumplido.

Ella le habló con voz severa;
«¿A qué te ha llevado la soberbia?
Sabes que conozco tu destino y a pesar de ello te rebelas.

¿Por vengarte me entregas a la muerte
y faltas al juramento dado?

En tal caso no ha sido voluntario el servicio que me has prestado».

Lo tocó una vez, dos,
tres veces con el cuerno lo rozó;
el ciervo se desplomó y en su lugar
un nuevo unicornio nació.

Oyó a sus espaldas el murmullo de los draconianos y dejó de cantar. Si los que lo seguían acababan con la vida del unicornio, entonces cesarían los cantos en el bosque e incluso, quizás, en el mundo entero. Y todo a causa de la mezquina venganza de un ciervo.

Una sombra alada planeó en lo alto. Se agachó llevado por el instinto, pero era sólo un pegaso que volaba en círculo sobre el bosque.

El ciervo imaginó algo de gran tamaño y con alas semejantes a las de los draconianos que caía en picado sobre los pegasos. Incluso escuchó sus gritos de dolor y sus aleteos desesperados mientras se precipitaban desde el aire.

—Ellos no —musitó—. Por mi causa, no. ¿Pero qué puedo hacer contra estos invasores?

Un instante después pensó perplejo: «¿Y renunciar a mi venganza? ¿No desquitarme por haber sido despreciado después de atesorar este momento durante tanto tiempo? Lo único que me sostiene en este ciclo continuo de dolor es la venganza».

Aquello era algo sobre lo que meditar durante la larga caminata.

Al mediodía el ciervo entró en el claro central, solo, muy por delante de los draconianos.

—¡Señora! —Su voz no levantó ecos, como si el bosque absorbiera su llamada.

—Aquí estoy —se la oyó decir desde lo alto de la roca—. Como siempre.

La fronda repitió la palabra «siempre».

—Quiero hacerte una pregunta.

—No es la primera vez. Adelante, plantéala.

—Existen muchos y diversos seres que v... viven... —la palabra se le atragantó—, habitan este bosque. Unos son cuadrúpedos, otros humanos, y otros ambas cosas; algunos están vivos, otros están muertos, y también los hay que son una mezcla de vivos y muertos.

—Es verdad.

—¿Qué opinión tienen de mí? ¿Me consideran uno de ellos? —La tristeza de su propia voz lo sorprendió. Pensó en aquellos a quienes conocía y zahería por

costumbre. Después pensó en los draconianos—. Yo no lo creía así, pero recientemente he descubierto algo amenazante que no quiero que haga daño a las criaturas de este lugar; es como si fueran algo mío y me preocupara su muerte.

—Entonces esa preocupación los hace tuyos y a ti parte de ellos. ¿No te complace eso?

Tras un largo silencio, el ciervo dijo con voz queda:

—En contra de lo que pensaba, sí.

—Me alegro. Pero ése no es el motivo por el que has venido esta vez, como todas las anteriores —añadió la hembra de unicornio.

—Cierto. —El ciervo se acercó a la roca—. He venido a ti por última vez. ¿Me aceptas?

—Tu servicio, sí. Tu amor, no. —Bajó de la peña de un salto y llegó al suelo en medio de una cascada de luz semejante a una lluvia de estrellas, aun siendo de día. Al igual que el rey al igual que el propio ciervo no se mostraba sorprendida por los acontecimientos.

Pero sí se sorprendió cuando el ciervo se hincó de rodillas en el polvo ante ella, con torpeza. Se tambaleó por la falta de costumbre de estar arrodillado.

—En tal caso te serviré por última vez. Es el ulterior acto que realizo por propia iniciativa, porque así lo elijo.

Ella contempló con fijeza su testa humillada.

—¿Puedo preguntar por qué?

—No creas que soy inconstante —comentó el ciervo sin alzar la cabeza.

—Eso sería lo último que pensaría de ti.

—Bien. Mis sentimientos, todo cuanto he querido y he deseado... —le tembló la voz—, no han variado. Pero con tantas veces incontables que me he marchado de aquí, que he regresado aquí y que he traicionado aquí, en ninguna de ellas comprendí la simple realidad de este lugar: el bosque es más importante que yo, más que mi anhelo. Al final, perdurará más de lo que perdurará mi amor. Ofrezco ese amor al bosque y a ti, por propia voluntad y sin esperar nada a cambio..., ya que, sin haberlo perdido, tanto tú como el bosque y todo lo que hay en él me habéis dado cuanto podíais. Me ofrezco para servirlos —finalizó con humildad—, y espero hacerlo lo bastante bien para que os sea de utilidad.

La hembra de unicornio lo contempló largo rato repasando cada detalle, cada pelo, cada punta de la cornamenta, cada pestaña. Por fin su suave voz rompió el silencio.

—Lo harás bien, querido. Y recuerda que dije que no *podía* amarte..., no que no te amara. Ve pues con los cazadores.

Lo rozó en la frente con el cuerno tres veces.

Él se desplomó de lado y las patas se sacudieron con tirones espasmódicos. Lanzó

alaridos terribles que se incrementaron cuando se le rompió la cuerna. La capa de pelo perdió su color con rapidez y se tornó pálida, y en el punto donde le había tocado el Señor del bosque emergió un cuerno espiral manchado de sangre que se abrió paso a través del astillado hueso frontal.

Cuando los draconianos salieron al claro vieron un picacho rocoso y un solo unicornio que trotaba tambaleante sobre sus inseguras patas. En medio de gritos triunfales se remontaron en el aire y se lanzaron en persecución del animal blandiendo las espadas y con las afiladas fauces abiertas de par en par.

El ciervo transformado se internó en el bosqued, tambaleante al principio. Los draconianos se posaron en el suelo uno tras otro y siguieron a pie el rastro del animal.

En aquella larga tarde, el ciervo aprendió de nueva la vieja lección: a algunos cazadores se les puede ganar en velocidad, pero no en resistencia. Cada vez que salía a un claro, los draconianos cubrían más terreno que él y descansaban de la marcha planeando un rato. Se preguntaba si serían capaces de volar de verdad, pero pronto se sintió demasiado cansado para pensar siquiera. Mientras permanecía en la espesura, sus perseguidores no podían planear, pero a él tampoco le era fácil correr.

Lo que es más, en la floresta tenía que abrirse camino y ellos por el contrario no tenían más que seguir la trocha dejada a su paso, con lo que les ahorra un trabajo. Si paraba para descansar aunque fuera un momento, enseguida escuchaba los chasquidos de ramas y arbustos, más cercanos de lo que habían sonado cuando se había detenido la vez anterior.

«No imaginaba que fueran tan perseverantes —se dijo para sus adentros mientras echaba a correr tras hacer un alto—. Es como ser perseguido por los muertos; algo de lo que yo, con más motivo que nadie, puedo dar fe».

Tenían espadas y dagas, y tal vez contarán también con otra clase de armas, pero en lo que el animal perseguido pensaba era en aquellos dientes afilados, los ojos crueles, el aliento siseante. Lo habían perseguido..., ¿cuántas veces?, por diversión, por competir, incluso por su cuerna o por el juramento, pero que le dieran caza para se devorado...

El corazón le palpitó desbocado en el pecho, al mismo ritmo y con la misma fuerza que resonaban sus cascos en el suelo sembrado de piedras.

Tras él se escuchaban los gritos crueles de los cazadores draconianos. Al compás de su galope evocó sin poderlo remediar las estrofas más oscuras de la canción, que hacían referencia al rey Peris y a él.

Los centinelas han partido; la tierra confiada
ha quedado indefensa.
A través del bosque los invasores cabalgan
con mirada siniestra.

Sin que surjan alarmas realizan los conjuros
que toda luz destierran
y el Bosque Umbrío se convierte en el Bosque Oscuro
en esta noche negra.

Más tarde, con caballo, jauría y cuerno
con lanza y con espada
al rey Peris y a sus hombres persiguieron
como a bestias acosadas.

El rey fue abatido y cayó su cuerpo desmembrado
entre sus huestes devastadas.
Sin estar aún fríos en sus tumbas se alzaron al mandato
de salir otra vez de caza.

El ciervo corrió por la verde y soleada colina conocida como El Pecho de Huma, pero tampoco allí tuvo un momento de sosiego. Con el Pico del Orador a la vista, galopó a lo largo del río llamado Noche, pero no durmió en su ribera.

Dejó atrás el Valle de la Tristeza, las Quebradas de la Ira, el Pantano de la Traición. Los draconianos iban ganándole terreno.

«No creía que el Bosque Oscuro fuera tan extenso —pensó en un momento dado—. Desde luego, jamás debí burlarme del rey por tener un único fallo en la custodia de una zona tan extensa». Recordó brevemente el desdén mostrado al rey y aún más fugaz acudió a su mente el recuerdo de cómo lo había tentado para que incumpliera su promesa. Pero ya no quedaba tiempo para disculpas.

Dos veces, durante la tarde, lo rodearon y empezaron a cerrar el cerco. En la primera ocasión saltó por encima de un sorprendido draconiano cuando toda la compañía estaba a la vista. El soldado arremetió a lo alto con su espada, pero sólo consiguió hacer un arañazo superficial en el lomo del ciervo transformado en unicornio.

—No es más que un rasguño —se animó a sí mismo mientras huía renqueante. Estuvo tentado de lanzar una pulla zahiriente, pero lo pensó mejor: «Con ello sólo me estaría rebajando». Además, admitió para sus adentros, no debía desperdiciar un aliento que posiblemente necesitaría después.

En la segunda ocasión lo rodearon en la Cañada de los Espinos; jadeante y exhausto, se tumbó inmóvil como una estatua bajo las ramas florecidas de un arbusto y aguardó a que los draconianos pasaran ante sus escondrijo para alejarse a hurtadillas; pasó inadvertido hasta que uno de los soldados echó un vistazo atrás y atisbó la blanca crin del ciervo transformado cuando el animal salió corriendo entre los espinosos arbustos con la cabeza gacha.

—La argucia de un cervatillo —jadeó el animal, avergonzado—. Rehúyo el

peligro camuflándome como un indefenso cervato. —Eché una ojeada a su costado, marcado con los arañazos de los espinos y los rasguños de las rocas—. No es de extrañar que diera resultado. Aunque tal vez estas criaturas no ven bien a la luz del día.

Alzó la vista al cielo, donde el sol empezaba a esconderse tras las copas de los árboles y comprendió que no lograría escapar por tercera vez.

Al anochecer trotaba a poca distancia de los draconianos, tan agotado que apenas podía mover las patas. Tenía un círculo blanco exterior en los ojos, y a sus ollares llegaba el olor de su propia sangre. Cada paso era un tormento, cada inhalación una punzada en el costado.

Era indiscutible que lo mataría, pero lo importante era cuándo y dónde.

Una vez estuvo a punto de hundirse en un parche de plantas descompuestas y se sintió tentado de poner punto final a la persecución. Si ésta era otra muerte más en una serie interminable, ¿qué importaba si moría bien o mal? Pero los oyó acercarse y se obligó a incorporarse.

—Tengo una cita —jadeó—. Con un amigo y con... otros. No les fallaré esta vez.

El sol no era más que un fino segmento rojo como la sangre en el horizonte cuando salió de la senda al pequeño claro.

Miró aturdido a su alrededor, aunque conocía bien el lugar. Aun en los puntos donde no había árboles parecía estar sombrío. Incluso la hierba daba la impresión de que estuviera teñida por la muerte. El ciervo transformado en unicornio movió la cabeza arriba y abajo.

—Aquí es. —Su voz sonaba ronca, estrangulada.

En el mismo momento en que los draconianos irrumpían en el claro, el animal se dejó caer sobre la hierba, a corta distancia. Uno de los soldados lo divisó.

—¡Capitán!

El oficial draconiano lanzó un grito de triunfo y corrió hacia el claro. Los otros lo siguieron.

—El honor de darle muerte corresponde al capitán Zerkaz —gritó uno de los soldados.

El ciervo se incorporó.

—Al parecer, el orgullo es algo universal, capitán. Al igual que la muerte.

Propinó una coz con la pata delantera. Zerkaz tuvo tiempo de soltar un alarido antes de que el corazón le estallara por el impacto y su cuerpo se tornara piedra.

Aprovechando el desconcierto de los soldados, el ciervo cargó de nuevo contra uno de ellos, con la cabeza gacha.

Había olvidado que ahora sólo tenía un cuerpo, no las astas ramificadas. A la vez que ensartaba al draconiano, el moribundo soldado arremetió con la espada tan fuerte como se lo permitía el estar tan cerca de su adversario. El cuerno se quebró a todo lo

largo, desde la punta hasta el interior del cráneo del ciervo.

El animal reculó con los ojos cerrados, sin apenas advertir que el segundo draconiano se convertía en piedra. Un tercer soldado le hacía frente, con la espada desenvainada; pero los demás, que lo habían rodeado pro la espada, tenían la mirada prendida en el claro. Las manos que empuñaban las armas vacilaron, casi temblaron.

A si alrededor, los guerreros humanos muertos, los mejores guardianes del Bosque Oscuro, se levantaban de sus tumbas dispuestos a cumplir por fin su vieja promesa. A su lado se encontraba el rey Peris, equipado para la batalla con pertrechos de mil años de antigüedad.

La armadura del rey era de plata y acero, decorada con rubíes por la sangre del enemigo, y esmeralda sy zafiros p la vista penetrante de un arquero. Era un objeto muy ostentoso, como el ciervo le había hecho notar a menudo. Tal vez ello fuera el motivo pro el que el rey y sus tropas habían fracasado en su momento de proteger el bosque contra una amenaza real.

Los soldados del rey muerto se levantaron de la hierba desenlazándose de ella como si sus cuerpos se estuvieran recomponiendo. Equipado con espadas pero sin escudos, se situaron en formación de combate; sus ojos vacíos no mostraban compasión, ni odio, ni esperanza.

El ciervo lanzó un último grito con el aliento que le quedaba.

—¡Al ataque!

Saltó con torpeza y recibió una estocada en mitad del pecho al mismo tiempo que coceaba a otro draconiano. Al salir el arma de la herida, el ciervo no articuló el menor sonido.

El rey Peris saltó obre el animal caído.

—Soy yo quien dirige a mis hombre, no tú. ¡Al ataque!

La tropa de hombres muertos avanzó y las filas draconianas, ya debilitadas, vacilaron.

La batalla semejó un espeluznante espectáculo de mimo. Las armas de los muertos no producían ruido, pero sus oponentes de desplomaban sangrando un líquido verde y convirtiéndose en piedra en posturas agónicas. Los golpes contra los muertos traspasaban las figuras fantasmales, y las formas insustanciales de muchos soldados espectrales caían en espiral, de regreso al suelo, y sus ojos sin vida brillaban con un extraño destello de alivio mientras hundían en la tierra.

El combate se libraba en desorden, pero no eran precisas las órdenes; los muertos luchaban con la determinación de siempre, y los draconianos luchaban para salvar la vida. Salvo algunos gritos de furia y dolor por parte de los draconianos, el único sonido que rompía el silencio era la lenta caída de los cuerpos petrificados a medida que los draconianos caían uno tras otro, se desplomaban en el suelo llevándose las garras a las heridas invisibles en tanto que sus rostros escamosos se contraían con

gestos de agonía. La luz de las estrellas se reflejaba en las armas reales al igual que en las fantasmales; los cuerpos se retorcían o se venían abajo sobre las sombras herbosas y dejaban de ser cuerpos.

A los ojos de un espectador habría parecido una extraña danza interpretada sin música. Era una batalla sin estruendo y sin cadáveres, una batalla de pesadilla.

En medio de la refriega se encontraba el rey, propinando mandobles a derecha e izquierda con el brazo extendido. Durante el breve combate derribó a tres draconianos y su corazón pareció palpar de nuevo enorgullecido de sí mismo al ver caer a sus pies al enemigo. Sus brazos ya no sentían la eterna debilidad de los condenados a ser muertos en vida, sino el creciente entumecimiento y agotamiento de un guerrero vivo. Sus ojos se movían alerta a uno y otro lado, advirtiendo incluso la suave brida nocturna que agitaba la hierba sobre la que aliados y enemigos se desplomaban.

Al frente, un draconiano se inclinaba sobre el ciervo caído y dejaba caer la espada con toda su fuerza sobre el cuello del animal. El ciervo ni siquiera alzó la vista, y la hierba apenas se movió con el leve aliento que salía de sus ollares.

El rey arremetió con la espada dirigida al corazón del draconiano. No hizo el menor intento de esquivar el arma enemigo cuando atravesó su armadura ornamentada.

Su ataque surtió efecto un instante después; el draconiano se dobló en dos con las fauces abiertas y se quedó petrificado en esa postura, como si fuera una estatua tallada en la roca. El rey, llevado por su impulso, chocó contra la figura de piedra e hizo un gesto de dolos mientras caía al suelo. «Mañana tendré un moretón», pensó vagamente, sin saber con certeza, después de tantos años, qué se sentía con una contusión o qué aspecto tenía.

Yació inmóvil y escuchó atento, pero el único sonido que percibía era la trabajosa respiración del ciervo. Se esforzó en incorporarse, sin apenas fuerzas para sostener su espada, pero consciente del triunfo y de un agudo dolor. El ciervo abrió los ojos.

—Peris... ¿y los draconianos?

—Muertos. —Nunca se había pronunciado esta palabra en el Bosque Oscuro con tanta satisfacción.

—Un final poco corriente para una cacería, al matar a los cazadores.

—Eso ya lo has dicho antes. —El rey se arrodilló y recostó la cabeza del ciervo en su regazo. La herida en el pecho del animal empezó a sangrar de nuevo, pero el rey hizo caso omiso—. Has repetido a menudo que al final de una cacería el cazador debería estar vivo y la presa muerta.

—Porque se me ha ofendido a menudo. —Sus ojos se pusieron vidriosos; merced a un gran esfuerzo logró sacudir la cabeza para aclararse la vista—. ¿Qué ocurrirá ahora?

—Si no me equivoco, los comandantes que ordenaron explorar el Bosque Oscuro

decidirán posponer una nueva expedición hasta que consideren oportuno correr el riesgo de perder más tropas. Esperarán también a que su presa, el grupo de la otra noche al que se le encomendó una misión, aparezca en cualquier otra parte y sea asimismo responsabilidad de otros. —Se estremeció—. En cualquier caso, habremos salvado esta parte del mundo durante un tiempo..., si, como se dice, sé algo de estrategia militar.

—Sabes mucho de eso. Y más aún de cómo dirigir a los soldados.

—Gracias. —El rey se sentó con pesadez junto al ensangrentado animal—. Una noche muy satisfactoria, pero nada fácil. Me han herido.

—¿Recientemente? —El ciervo gimió cuando el cuerno de unicornio quebrado por el golpe de espada, se astilló hasta la base del cráneo.

—Esta misma noche.

—En otros tiempos los chistes me hacían gracia.

—Lo digo en serio. —Un líquido rojo fluía por los agujeros de la armadura del rey, como si los rubíes se estuvieran licuando—. Había olvidado lo doloroso que es.

—Podrías habérmelo preguntado. —El ciervo alzó un poco la dolorida cabeza. El cuerno se abrió del todo y por la grieta quedó expuesta la raíz del hueso.

—Sí, podría habértelo preguntado, pero me parecía poco delicado. —El rey hablaba con dificultad—. Al parecer he cumplido la promesa y moriré en un acto de servicio.

—También yo. ¿Querría ayudarme a llegar hasta el draconiano que se ha quedado petrificado de pie? No me importaría morir tendido ante semejante monumento.

El rey, jadeante, arrastró al tembloroso cuerpo del ciervo al pie de la figura erguida de un draconiano.

—Éste tiene... —Un golpe de tos interrumpió la frase.

—¿No puedes hablar un poco más claro? Apenas te oigo. —El sordo rumor del rebullir de los cuernos en su cabeza parecía apagar cualquier otro sonido.

El rey apretó los brazos contra su pecho y dijo con voz clara:

—Éste tiene la marca de un casco en el pecho. ¿Es tuya?

—Asentiría con la cabeza, pero tengo una horrible jaqueca. —La sangre le corría por la frente hendida. Como si manaran de las dos mitades del cuerno partido, empezaron a brotar las puntas gemelas de su cornamenta.

—Entonces también llevará mi marca. —Sosteniendo al ciervo con un brazo, el rey se quitó la corona y la colocó en la figura de piedra antes de desplomarse lentamente de costado sobre la hierba.

—O tengo una sensibilidad exagerada, o esta vez me está resultando más duro de lo habitual —dijo el ciervo con voz ronca. Bajo su pecho, el chaco de sangre se extendía de manera continua—. ¿No se te ocurre hacer algo para distraerme?

—Lo intentaré. —El rey echó hacia atrás la cabeza con un gesto de dolor, respiró

hondo y empezó a cantar con voz temblorosa:

El espíritu que rompió un juramento,
debe vagar sin descanso
y hacer en la muerte lo que en vida hizo
y no tener jamás reposo.

Lo interrumpió un nuevo golpe de tos y un hilillo de sangre le escurrió por la comisura de los labios. Con la mirada borrosa prendida en lo alto, el ciervo continuó por él la canción.

Así cada noche el ciervo traiciona
el amor que no supo ganar;
rey y tropa sus puestos abandonan
para salir a la caza ritual.

Sus voces se unieron para concluir la canción. Les llevó mucho tiempo, ya que, uno u otro, tenían que hacer un alto para recobrar el aliento, pero para ambos parecía importante el acabar a la par.

Se repetirá el acto de traición y deserción
hasta el día en que hayan demostrado
de algún modo haber cumplido el juramento
que una noche remota quebrantaron.

Pronunciado el último verso se desplomaron el uno contra el otro.

—A decir verdad no está tan mal la canción —dijo el rey—. Necesita algún que otro toquecito final y le sobran algunas rimas repetitivas, pero al menos es algo nuestro que quedará cuando ya no estemos.

—Cierto. Muchos han muerto con menos fama y peor poesía. —La cornamenta del ciervo reapareció dolorosamente en el lugar original. El animal recostó la cabeza en el regazo del rey y alzó la vista hacia el draconiano—. Quién hubiera pensado que semejante ser me daría caza o que tú los cazarías a ellos.

—Es verdad. —La voz del monarca era débil y entrecortada—. Ellos eran infames y nosotros arrogantes. Pero, por una vez, tú y yo hemos dado la vida sin que nos moviera el egoísmo. Y cuando uno lleva muerto tanto tiempo como yo... —vaciló. Luego con un soplo de voz añadió—: Darlo un poco de variedad al modo elegido para morir no es mala cosa.

Mientras el ciervo se unía al rey en su último aliento, pensó aletargado que, tras mil años de noches de traición, transformación, persecuciones, muertes dolorosas y aún más dolorosos renacimientos, cualquier cambio resultaba agradable. Acunó la

cabeza en el estómago del rey Peris y ambos acogieron la muerte del mismo modo que, tanto tiempo atrás, la muerte les había acogido a ellos.

Nadie se ocupó de sus cadáveres, sólo el tiempo, a la larga desaparecieron. Los draconianos petrificados se hicieron polvo con el empuje de la vegetación y la erosión de los fenómenos atmosféricos. El tiempo vence a los guerreros. Sólo perdura hoy la figura de un draconiano, tocada con una antigua corona y el pecho marcado con la huella de un casco. Por razones que escapan a la comprensión de cualquier ser vivo, no se ha desmoronado. Id al bosque, que ya no se llama Oscuro, y puede que aún la veáis.

Un día, no che mucho tiempo, el Señor del Bosque llegó al claro y se detuvo frente a la figura del draconiano. La corona tenía una oscura pátina, la espada estaba herrumbrosa, pero la huella del casco permanecía clara y aguzada. El Señor del Bosque contempló fijamente la huella y después recorrió el claro con mirada pensativa. No había el más leve montículo que revelara que allí había muerto alguien; incluso el recuerdo de los draconianos empezaba a ser borroso en la memoria de quienes habitaban el Bosque Umbrío.

La hembra de unicornio alzó la cabeza y empezó a cantar dos nuevas estrofas que había oído recientemente, añadidas a la balada original.

La sombras del bosque son ahora inofensivas
y entrelazan con la luz un bello encaje;
juegan con el sol durante el día
y danzan con la luna por la noche.

De ser Oscuro fue redimido el Bosque Umbrío
al quedar el maleficio anulado.

Los que murieron en cumplimiento de lo prometido
se ganaron el eterno descanso.

Fue hacia el borde del claro, hincó el cuerno en la maleza y dio varios giros rápidos. Regresó hasta la estatua y alzó la cabeza hacia la piedra, de manera que dejó sobre ella la ofrenda floral. Las plantas se deslizaron demasiado y la hembra de unicornio se movió en paralelo a la espada a fin de sujetarlas. Por un instante, cuerno y espada apuntaron a la estrella del norte, que lucía tenue en el cielo del anochecer.

—Descansa en paz, mi amado —susurró.

Luego dio medio vuelta y se alejó.

El manojito de Lágrimas de Paladine perduró fresco largo tiempo.

Jugar al escondite

Nancy Varian Berberick

Pasó mucho tiempo sin que Keli supiera dónde estaba. A veces le llegaba el olor del bosque del río; a veces sólo el de tierra y rocas. En una ocasión, al chico le pareció escuchar el retumbar de un trueno muy, muy lejano. Luego, a pesar de estar en el estrecho filo que separa la conciencia del desmayo, comprendió con claridad meridiana que no era un trueno lo que había oído.

Era una voz de pesadilla: la de un goblin.

—Tigo, tiremos a esta rata de alcantarilla al ría. Ya tenemos lo que queríamos.

Keli temió que en cualquier momento las manazas grises del goblin lo cogieran y lo arrojaran a la corriente.

En algún lugar recóndito de su cerebro percibía que unas correas de cuero se le clavaban en los brazos y le ceñían asimismo las piernas a la altura de las rodillas y los tobillos. Notaba también la dureza del suelo y una piedra del tamaño de su puño que se le clavaba en las costillas. Sin embargo, el dolor no era tan acuciante como el miedo a una muerte inmediata.

—Tráelo aquí, Staag —dijo otra voz, que sonaba como el crujido de huesos—. Veamos primero qué lleva encima.

Alguien gritó primero y después chilló. Sobresaltado, Keli abrió los ojos con brusquedad al tiempo que el corazón le daba un vuelco y empezaba a latirle con fuerza. ¡No era él el único prisionero!

Su compañero de infortunio estaba magullado y maniatado como él, pero se encontraba en una situación más apurada que la suya, ya que la zarpa del goblin se cerraba en torno a su cuello con brutalidad. Era de talla pequeña, pero no era un niño; las orejas puntiagudas, su constitución menuda y corta estatura evidenciaban que era de la raza kender. Varios saquillos de diferentes materiales y tamaños colgados de su cinturón saltaban cada vez que el goblin lo zarandeaba; y Staag, aquella pesadilla de piel grisácea y hombros cargados, lo sacudía con fuerza una y otra vez por el mero hecho de que le divertía hacerlo.

Sin amilanarse, el kender encogió las piernas y golpeó con la rodilla el estómago del goblin. El resultado fue el mismo que si un ratón hubiese atacado a una montaña. Sin dejar de reír, Staag aflojó los dedos y dejó caer al hombrecillo.

—Cabestro apestoso con cerebro de serrín —farfulló el kender mientras se debatía contra las ataduras.

A Keli le dio otro vuelco el corazón. «Adiós kender —pensó—. Staag lo matará». Pero el goblin no lo hizo al impedírsele la seca orden de Tigo.

Si Staag era una criatura de pesadilla con sus brazos excesivamente largos, sus

piernas exageradamente cortas y su piel con el color de algo muerto hacía una semana, su compañero humano, Tigo, era una realidad horripilante. Alto y magro de carnes, hombros huesudos, extremidades más propias de un espantapájaros. Tigo tenía un garfio de cuatro puntas en lugar de su mano derecha. En sus turbios ojos castaños apenas quedaba un atisbo de cordura.

—¡He dicho que lo traigas aquí, Staag! —Tigo dirigió la vista hacia Keli, que se estremeció a despecho del ambiente templado de la mañana veraniega—. Y al chico también.

El kender había llamado cabestro al goblin y, en verdad, Staag tenía tanta fuerza como una de esas bestias. Se echó el kender al hombro y a Keli sobre el otro; luego, ni corto ni perezoso, tiró a ambos a los pies de Tigo como si fueran fardos.

El chico se quedó tumbado, sin moverse de donde había caído, faltar de aliento. El kender barbotó otro insulto, aunque resultó incomprendible por esta con la cara aplastada contra el suelo.

—Acabemos de una vez con el kender —gruñó Staag. Debimos rajarle el gáznate en la taberna, sin esperar más.

—Sí, claro —dijo Tigo despacio, arrastrando la sílabas—. Y dejarlo que se desangrara allí para que lo encontrara cualquiera. Dudo que viajara solo.

El goblin resopló con desdén.

—¿Y desde cuándo viajan sabandijas como ésta en compañía de alguien? Te digo que estamos perdiendo el tiempo. —Alzó la vista y escudriñó el cielo entre las densas copas de los árboles—. Es casi mediodía y estamos todavía muy cerca del pueblo. ¡Matémoslo a él y al chico y larguémonos de una vez!

Keli se mordió los labios para contener un gemido y empezó a rezar a todos los dioses que su madre le había dicho que eran verdaderos.

—Ten paciencia, no te quedarás sin diversión. Pero al muchacho no lo vamos a matar todavía. —Los hábiles dedos de ratero de Tigo se apoderaron de un pequeño estuche de cuero para mapas que llevaba el kender. Soltó una risa que a Keli le recordó el chirrido de unos goznes oxidados—. ¡Bonita colección de mapas, kender!

No sin esfuerzo, el hombrecillo rodó sobre sí mismo hasta quedar boca arriba, escupió la tierra que se había tragado y miró a Tigo con la expresión inocente de un niño.

—Te ganabas la vida limpiando letrinas, ¿verdad? Lo digo por el olor...

Keli gimió otra vez y confió en que la sangre del kender no lo salpicara mucho. A pesar de sus temores, Tigo guardó silencio, si bien la rabia lo hizo palidecer. Staag propinó una patada al kender.

—Por favor, guarda silencio —le advirtió Keli con un susurro.

A veces, cuando el chico tenía un mal sueño y el terror crecía hasta un límite insoportable, de repente daba un brusco giro y se volvía divertido. Y eso es lo que le

pareció que ocurría ahora, en el momento en que el kender le guiñó un ojo.

Antes de que Keli estuviera seguro de haber visto aquel gesto, Tigo propinó un bofetón al kender.

—Dime hasta qué punto son fiables y recientes estos mapas —instó.

Con una rapidez que dejó perplejo a Keli, el kender se convirtió en la amabilidad personificada.

—Algunos son muy antiguos. Los colecciono desde hace años, ¿sabes? Es una afición que tengo. Me gustan sobre todo los que llevan esos dibujos que hacen los cartógrafos cuando no sabes qué o quiénes habitan una zona. Y me encantan las anotaciones o los letreros que aparecen en los márgenes de los grandes. Por ejemplo, ese que está dibujado sobre un trozo de cuero; es el más antiguo que tengo y el que más me gusta. Lo conseguí en Schllsea. Me lo dio un anciano y me dijo... —el garfio de Tigo centelleó al reflejar un rayo de sol cuando el humano lo acercó a la cara del kender con gesto amenazados—. Vale, vale. Algunos son antiguos y otros más modernos. Supongo que todo depende de adónde quieras ir —se apresuró a añadir el hombrecillo.

—Lejos de aquí —gruñó el goblin—. Y cuanto antes, mejor.

El kender no se molestó siquiera en mirar a Staag, sino que se dirigió a Tigo.

—En tal caso, podéis consideraros afortunados de tenerme con vosotros. He recorrido toda esta región muchas veces y la conozco mejor que la palma de mi mano. Por eso no llevo ningún mapa de la zona. ¿Quién lo necesita? Yo no, desde luego. ¿Adónde queréis ir?

El humano emitió un sonido semejante al siseo admonitorio de una serpiente.

—¿Qué te hace pensar que te necesitamos de guía?

—Tú lo has dado a entender. —El kender era la viva estampa de la inocencia, y a Keli lo maravilló su presencia de ánimo—. Bueno, no es que lo hayas dicho con esas palabras, pero lo he deducido. ¿Para qué si no ibas a necesitar más mapas?

—Has llegado muy lejos con tus suposiciones, kender.

Keli pensaba también lo mismo y contuvo la respiración expectante. El hombrecillo se limitó a encogerse de hombros.

—Quizá me haya equivocado —comentó—. Pero si necesitáis un guía, y no digo que lo necesitéis, soy el más indicado. Como te he dicho, conozco bien toda...

—Esta zona, sí —lo interrumpió Staag con un gruñido.

—Exacto. Bueno, ¿qué me dices? ¿Necesitáis un guía o no? —el kender bajó la voz adoptando un tono confidencia—. Si, por ejemplo, queréis matar a alguien... —Staag lanzó un gruñido amenazador y sacó la daga que llevaba al cinto—. ¡Guau! ¡Espera! No he dicho que vayáis a hacerlo. Ni tampoco lo contrario. Pero puedo conducirlos a un sitio que conozco donde podréis hacer lo que queráis sin tener testigos.

—¿A cambio de qué?

El kender resopló con impaciencia.

—¡A cambio de mi vida, claro!

Keli se hundió en el desánimo. Tuviera el significado que tuviera el guiño del kender, no había sido un gesto de solidaridad. Tigo sacudió la cabeza y esbozó una sonrisa cruel.

—¿Y qué me garantiza que no te escabullirás en la noche, después de haberlos apuñalado por la espalda, kender?

Su pregunta hizo reír a Staag; fue un sonido de trueno y pesadilla que produjo a Keli una sensación de vacío en el estómago.

—Lo mismo que nos garantiza que siga aquí ahora, Tigo —apuntó el goblin—. Desátale los pies para que pueda caminar, pero déjale las correas de las muñeca y llévalo sujeto con una rienda corta.

Keli se arrastró para alejarse del kender. Ya no era un compañero de infortunio, sino un compinche de aquellos dos tipos que querían matarlo por una razón que no alcanzaba a comprender. Apretó los ojos con fuerza para luchar contra la fría desesperación que lo dominaba. Sólo escuchó retazos de la discusión entre el humano y el goblin sobre si saqueaban los saquillos del kender en aquel mismo momento o lo dejaban para más tarde. Tampoco habría merecido la pena prestar atención, ya que la disputa se zanjó enseguida. Tigo argumentó que no había tiempo que perder y resultaba evidente que incluso el goblin temía a aquel hombre.

«Aún no he muerto —pensó el chico—. Pero ya es sólo cuestión de tiempo y de estar en el sitio adecuado. ¡Y ni siquiera sé por qué!».

Durante todo el invierno, Tanis había sospechado que asistir a la boda de Runne era el propósito real por el que Flint había decidido viajar este verano, aunque el enano había hecho mención a la ceremonia una sola vez cuando planeaban la ruta del viaje sobre un mapa, e incluso entonces se limitó a dar una breve explicación acerca de que la muchacha era nieta de Galan, el hombre que había sido su primer cliente y con el que había trabado amistad hacía muchos, muchos años.

—Davron, el padre de Runne, murió de manera accidental en una cacería, hace unos cuatro años. Y Galan... también ha pasado a mejor vida. Alguien tiene que ocupar el puesto de su padre en la ceremonia, y aunque tiene muchos tíos, la muchacha se ha acordado del viejo amigo de su abuelo para ese cometido. Tengo que hacerlo, Tanis.

Aunque estaban en pleno verano y una ardiente brisa levantaba el polvo de la única calle de Siete Pozos y lo arremolinaba a los pies de los transeúntes, el semielfo recordaba, como si todavía fuera aquel día de invierno, la expresión nostálgica en los ojos del enano al reflejarse en ellos el fuego de la chimenea mientras hacía el sucinto

relato. Sin embargo, todos los sucesos ocurridos durante el verano parecían haberse confabulado para que Flint no llegara a Long Ridge ni a la boda.

El verano se había adelantado, con temperaturas más altas de lo normal que había secado los arroyos; ello había causado modificaciones y retrasos en su programa de viaje. Cerca de Gateway, una de las contadas tormentas estivales que se dieron durante toda la estación descargó con rayos sobre los secos bosques que ardieron como teas. Estuvieron durante dos semanas en el frente del incendio cavando trincheras para contener las llamas que amenazaban con devastar la ciudad, y ello supuso una nueva merma del tiempo programado para el viaje. El posterior retraso con que un comerciante acudió a la cita acordada en Cañada de Pino y la circunstancia de que otro cliente no se presentara en Paraje del Cervato como había convenido, acabó por mandar al traste el plan de viaje, de manera que ahora estaban en Siete Pozos obligados a cubrir en un solo día la distancia que los separaba de Long Ridge y que en circunstancias normales llevaba dos días recorrerla.

Para colmo, Tas había desaparecido.

Caramon se negó a buscar al kender por toda la ciudad.

—A saber dónde se habrá metido ese pequeño rufián. No estoy dispuesto a desaprovechar las horas frescas de la mañana buscándolo. Sabe adónde nos dirigimos. Ya nos alcanzará.

Raistlin ni siquiera entró en la discusión. Sturm pensó que era más eficaz echar una ojeada mientras los demás discutían, pero regresó poco después sin haber encontrado al kender.

—Muy bien —bramó Flint mientras se echaba el petate al hombro—. Sólo porque se le haya ocurrido largarse en mitad de la noche para hacer cualquier tontería, no voy a quedarme a esperarlo para recordarle dónde debería estar en lugar de andar zascandileando por ahí. Caramon tiene razón: ya nos alcanzará en el camino. Y si no lo hace..., tampoco pasa nada.

Nadie quiso llevarle la contraria. Los aguardaba una larga caminata bajo el calor. Tas se había adelantado, retrasado o detenido por algo que le llamaba la atención en tantas ocasiones que a ninguno le preocupaba ya su ausencia.

Tanis se cargó su petate y fue tras el enano. El kender era a veces tan fastidioso como un cachorro revoltoso, pero también era capaz de cuidarse a de sí mismo. Esta desaparición, como tantas otras, tendría una explicación inverosímil plagada de aventuras y descubrimientos. Además, Tasslehoff estaba muy interesado en la ceremonia de Long Ridge. Era de suponer que se reuniría con ellos allí.

El semielfo no estaba preocupado.

Keli caminaba con dificultad. Tigo lo llevaba atado a una correa, al igual que Staag llevaba al kender. Trastabilló y cayó al suelo de nuevo, pero esta vez ni siquiera

intentó levantarse. Estaba agotado, muerto de calor y demasiado asustado por la certeza de que, fuera donde fuera a donde los conducía el kender, sería el lugar donde Tiga los asesinaría a ambos.

Lo ayudó a levantarse el kender, que se dedicaba a buscar alguna vereda o camino. El chico se libró de su mano de un tirón y se esforzó por incorporarse sin su ayuda.

—¿De verdad piensas que no te van a matar a ti también? —preguntó con rabia.

El kender esbozó una mueca traviesa mientras sacudía la cabeza.

—No lo harán. Y tampoco te matarán a ti.

—¡Muévete, sabandija! —gritó Staag a la vez que propinaba un fuerte tirón a la correa que sujetaba al kender.

El hombrecillo regresó al mismo punto donde se encontraba antes de acudir en ayuda de Keli, pero antes de reanudar el rastreo miró al chico e hizo un nuevo guiño con el que parecía decir: «confía en mí».

Keli no se sentía inclinado a fiarse de nadie y menos de un kender que hacía tratos con asesinos. Sobreponiéndose al calor y al miedo, adoptó una postura más erguida y empezó a andar. Echaba de menos su casa, de la que tan orgulloso había partido hacía sólo una semana como mensajero de su padre, Ergon, quien le había encomendado entregar una carta a su viejo amigo Cathas.

—Dale el pergamino, hijo. Y no olvides decirle que le envió mis saludos y que lamento profundamente no poder acompañarlo este año en su expedición para comprar caballos. He de cumplir la promesa que le hice a la hermana de tu madre. Tu tío estuvo mucho tiempo enfermo antes de morir y, aunque hizo cuanto pudo para atender su negocio, tu tía necesitará mi ayuda para desenmarañar el embrollo que le ha dejado. Explícaselo a Carthas, él comprenderá.

Keli se había tomado la misión como si tuviera que entregar el mensaje al Príncipe de los Sacerdotes en persona.

La posada de Siete Pozos era la tercera parada que hacía. Y, a juzgar por la marcha de los acontecimientos, sería la última. Había anochecido cuando llegó y, tras dejar el caballo en el estable, tomó una cena ligera. No quedaban habitaciones libres y tuvo que conformarse con volver a la cuadra para pasar la noche junto a su montura. Un grupo de traficantes de caballos había ocupado todas las cuadras con su reata y casi todos los cuartos de la posada para alojarse en ellos.

El chico estaba tan cansado que el montón de paja le pareció un lecho principesco. Se había quedado dormido enseguida, arrullado por los resoplidos satisfechos de las bestias.

Despertó del tranquilo sueño para entrar en una pesadilla: el goblin y el destello del garfio de Tigo al reflejar la luz de la luna. Uno de ellos le dio un golpe fuerte. Después sólo hubo dolor, oscuridad y, por último, el bosque.

Sin duda sacaron su caballo del establo para que a la mañana siguiente nadie se extrañara de que el joven correo hubiese partido dejando atrás su montura.

Y también habían atrapado al kender. Keli no comprendía el porqué, ni se le ocurría una razón que lo justificara.

En ese momento Tigo dio otro tirón de la correo, como quien llama al orden a un perro retozón, y el chico se esforzó por recobrar el paso.

Como las únicas opciones que tenía eran mirar al suelo o la espalda del kender, Keli eligió esta última y no apartó los ojos del hombrecillo que los guiaba por el bosque como si recorriera las calles de una ciudad bien conocida. El kender le recordaba un arrendajo, con sus llamativas polainas azules resaltando en contraste con los matorrales, y el copete del cabello meciéndose a un lado y a otro al compás de sus pasos. Y era tan escandaloso como uno de esos pájaros.

A Keli no le molestaba la cháchara del kender, ya que el continuo parloteo, que discurría incansable como el agua del arroyo que habían dejado atrás, le hacía olvidar lo que le aguardaba al final de la jornada: la muerte.

El hombrecillo charló largo y tendido, pero no fue el único. De tanto en tanto, Keli captaba retazos de la conversación sostenido entre los dos delincuentes. Staag estaba a favor de entrar en negociaciones para cobrar un rescate, pero Tigo tenía otros planes.

—Sí, pediremos un rescate —gruñó el humano—. El tal Ergon está en deuda conmigo y lo va a pagar caro. Pero a cambio recibirá sólo el cadáver de su hijo.

El sudor que corría por el rostro polvoriento de Keli le entró en los ojos y le escoció. Poco después, el kender se quedaba un poco atrás para ponerse al lado del chico; simuló un tropezón para chocar contra él.

—No te preocupes —susurró—. Esto es como jugar al escondite, pero estoy seguro de que mis amigos nos encontrarán. Tanis es el mejor rastreador que existe. Y Raistlin, Sturm y Caramon han aprendido de él. El sitio hacia el que nos dirigimos es un lugar donde Flint me llevó hace dos años. Una vez que hayan encontrado nuestro rastro, Flint comprenderá enseguida hacia dónde vamos. Supongo.

¿Jugar al escondite? Keli miró a otro lado, enfadado.

—Esto no es un juego, kender. Esos dos piensan matarme, ya te lo dije.

Como en ocasiones anteriores, el hombrecillo sacudió la cabeza y esbozó una mueca.

—¿Esos dos? Flint puede despachar a tres o cuatro como ellos sin ayuda de nadie. O a cinco o seis, depende de las circunstancias.

Tigo dio un puntapié al kender obligándolo a que se situara a la cabeza del grupo; Keli se quedó pensativo.

El kender había hablado de unos amigos; lo miró con los ojos entornados. El hombrecillo le resultaba familiar. Quizá lo había visto en la posada anoche... Sí. Y a

pesar del comentario de Staag acerca de que los kender viajan a solas, a éste lo había vito en compañía de un tipo pelirrojo con rasgos elfos y aspecto de cazador, tres hombres jóvenes y un enano. Los recordaba porque uno de ellos, el humano delgado de ojos claros que no era guerrero como sus dos compañeros, había amenazado al kender con transformarlo en ratón y llenar la posada de gatos si volvía a ocurrírsele la idea de hurgar en sus saquillos. A juzgar por la amenaza debía de ser mago y a Keli se le había ocurrido la idea de que los otros viajaban con el hechicero con el único propósito de mantener a raya la kender.

¿Sería cierto que esos compañeros estaban buscando al kender? «Me estoy asegurando de que mis amigos puedan seguirlos la pista», le había dicho el hombrecillo un momento antes de recibir la patada. ¿Cómo? Keli respiró hondo y sintió renacer la esperanza. Pero era tan débil que casi se ahogó al momento de brotar. Al escondite se juega con amigos en las calles de la ciudad donde se vive, no con goblins y asesinos en medio de un bosque.

La novia parecía una princesa de verano, con su cabello dorado como el trigo y sus ojos azules como un amanecer brumoso. Sus mejillas semejaban rosas florecidas. Su risa recordaba el trino de los pájaros.

Tal era la opinión de Tanis. Y lo mismo debía de pensar Flint, pues le entregó la mano de la muchacha a Kavan, el hijo del molinero, como quien se desprende de una valiosa joya. Lo que sentía el novio resultaba evidente para cualquiera que lo mirara: todos los tesoros de Krynn eran simples baratijas comparados con ella.

—El Tal Kavan es un tipo con suerte —murmuró Caramon al finalizar la ceremonia.

Tanis lo miró de reojo y esbozó una sonrisa burlona.

—Al que han echado el lazo —comentó—. Para él se acabó la libertad. Pero no se puede negar que la carcelera es preciosa.

—Sí. Y le dará algo más que pan y agua. Claro que pasará algún tiempo antes de que le interese lo relacionado con la cocina y...

Caramon se interrumpió sobresaltado, sin terminar la frase, al sentir el seco golpeteo de un dedo en los omóplatos.

—Cuidado con los comentarios groseros, jovencito —lo reconvino el enano.

—No me refería...

—Sé muy bien a qué te referías. Hala, lárgate y ve a hacer lo que mejor sabes, ¡comer!

Aquella era una sugerencia a la que Caramon era incapaz de resistirse. Tanis sonrió entre dientes mientras lo veía alejarse.

—Runne es una preciosidad, desde luego —repitió el semielfo.

—Sí, ya lo creo. Su abuelo se habría sentido muy orgulloso hoy. —Los recuerdos

oscurecieron los ojos del enano como nubes en un cielo claro. Para ahuyentar la súbita tristeza que amenazaba con estropearle el día, Flint recorrió con la mirada la bulliciosa muchedumbre de familiares y amigos que rodeaba a los recién casados—l. Y ese condenado kender sin aparecer.

—No lo he visto, pero Tas no es de los que se pierden una fiesta —dijo Tanis. Llegará en cualquier momento y pronto estarás deseando que no hubiese venido.

Sin embargo la larga tarde veraniega dio paso a una noche calurosa y durante todo ese tiempo los invitados deambularon de un lado a otro con copas de vino y jarras de cerveza que se llenaban una y otra vez y consumieron platos de buena comida sin que nadie gritara: «¡Al ladrón!»; nadie echó en falta su bolsa de moneda; a ninguna mujer le faltó el chal o la más pequeña baratija.

Era evidente que allí no estaba presente un kender y, cuando la luna roja Lunitari alcanzó su cénit y la blanca Solinari desapareció tras el horizonte, Sturm se acercó a Tanis y comentó extrañado el asunto.

A la caída de la tarde el bosque empezó a clarear; los robles y los pinos se hicieron más escasos y dieron paso a matorrales y un suelo pedregoso. El oscuro manto de la noche no alivió el calor del día, y a Tigo no le estaba sentando nada bien aquel bochorno. Sus ojos semejaban dos pozos negros; su huesuda y prominente mandíbula se contraía de tanto en tanto con un tic involuntario. Los dedos de la mano indemne acariciaron el garfio de la otra como si hubiera decidido utilizarlo para matar.

A Keli y a Tas les dieron sólo un sorbo de agua. Les habían quitado las correas del cuello, pero había vuelto a atarles las piernas.

Sobrepasando el quejumbroso zumbido de los mosquitos y el canto de los grillos, Keli oyó al kender maldecir en voz baja. Giró sobre sí mismo para ponerse de cara al hombrecillo.

—¿Te encuentras bien? —preguntó de mala gana.

—Lo malo no es que esté medio muerto de hambre en tanto que esos dos han dejado mondados los huesos del conejo —gruñó el kender—. Lo que no soporto son estas ataduras. No es fácil respirar cuando se está atado de pies y manos.

Saltaba a la vista que lo estaba pasando mucho peor que durante todo el día y que estar inmovilizado era una tortura para él.

Respiraba de manera entrecortada, a bocanadas, como el perro que Keli había visto una vez enganchado por el collar a una valla. Decidió distraerlo para que olvidara sus problemas.

—Eh, kender —susurró—. Me llamo keli. ¿Y tú?

—Tasslehoff Burrfoot. Pero llámame Tas, como hacen todos mis amigos.

—¿Cómo te apresaron, Tas? ¿Y por qué?

—Me echaron un saco por la cabeza seguido de un golpe con un palo grueso; de

eso no me cabe duda. Estaba en las cuadras de la posada echando una ojeada. Alguien había llegado por la noche montado en un enorme corcel rojizo. Caramon comentó que nunca había visto un alazán con unas crines y una cola tan llamativas. Eran doradas, ¿comprendes? Y yo quería verlo de cerca. ¡Era una mala bestia! Casi me arrancó los dedos de un mordisco cuando le acariciaba la crin. Y de verdad era como oro, suave y amarilla. —Tas rebulló para ponerse con la espalda apoyada contra una piedra. Luego, con expresión de desasosiego, empezó a tirar de la correa que le ataba las muñecas—. Me di de bruces con ellos cuando te estaba atando.

Keli reparó en un hilillo de sangre que resbalaba desde las muñecas hasta los dedos del kender.

—No hagas eso —siseó—. ¡Estás sangrando!

Pasaron unos segundos antes de que Tas renunciara a romper las ataduras.

—¿Por qué te cogieron a ti? —preguntó.

—No lo sé.

La sombra de Tigo, afilada y negra como un cuchillo, se interpuso entre los cautivos. Keli enmudeció y confió en que el kender hiciera lo mismo. Por una vez, Tas guardó silencio.

Los ojos del hombre relucían siniestros, como estrellas negras.

—¿De verdad no lo sabes, chico? —inquirió.

Keli se mordió los labios y sacudió la cabeza.

—¿Es que no conoces el episodio del valeroso e intrépido caballero Ergon que se enfrentó con su espada a un rapero apenas armado?

—Mi padre jamás lucharía contra un oponente que estuviera en inferioridad de condiciones —replicó Keli, cuyo rostro se había encendido.

—¿Ah, no? —Tigo alzó despacio el brazo rematado con el garfio. Durante unos segundos contempló absorto el destello de la roja Lunitari sobre el acero. Los ojos se le oscurecieron como si los curvos ganchos hubiesen absorbido su brillo. Cuando habló lo hizo con un tono hueco, sin inflexiones. A Keli le pareció una voz de ultratumba.

—Este garfio se lo tengo que agradecer al valeroso caballero Ergon. Exigió mi mano a cambio de la bolsa de un viejo.

—¡Mientes! —gritó Keli.

—Cuidado, muchacho. Esta mano no es de carne y hueso y puede hacer runos cortes muy profundos.

—¿Y qué? Vas a matarme de todas formas. Es lo que has dicho, ¿no? ¡Prefiero morir defendiendo la verdad!

Los ojos de Tigo despidieron chistas y el tic de su mandíbula reapareció.

—¡No es mentira!

El calor de la noche no era nada comparado con la furia ardiente que sentía Keli.

Ser un caballero en esos tiempos turbulentos no era nada fácil, pero su padre había seguido las reglas de su orden con humildad y con honor, como si hubiese nacido expresamente para cumplir su código.

—Recuerdo bien lo ocurrido —comenzó el chico—. Pensé que mi padre moriría a consecuencia de las heridas que le infligisteis tú y tus compinches. ¡Y al pobre anciano lo matasteis, ladrón! No tenía la menor oportunidad de defensa contra vuestros cuatro cuchillos. Como casi ocurrió con mi padre. ¡No empleó su espada, sino su propia daga!

Cegado por la furia, Keli habría dicho más, pero Tas chocó contra él simulando un calambre y lo hizo callar. Tigo reaccionó a las frases del chico lanzando un aullido de rabia.

—Moritás por falsear la verdad, muchacho; y muy pronto. Pero todavía no. En este momento es el kender quien me interesa —dijo, mirando a Tas—. ¿qué guardas en tus saquillos, ratero?

—Nada —respondió, encogiéndose de hombros y sonriendo.

—¿Nada? ¿Por qué será que no te creo?

La mano del hombre se disparó sobre el kender como un halcón lanzado en picado, lo agarró por la pechera y lo sacudió como a un pelele. Keli tuvo la sensación de que el zumbido de los mosquitos y el escandaloso chirriar de los grillos subía de volumen. Deseó de todo corazón que el kender no hiciera nada que lo incitara a matarlo; según estaban los ánimos, no haría falta mucho para provocarlo.

Los oscuros ojos del ladrón se habían estrechado hasta hacerse meras rendijas. Los dientes, blancos en contraste con la luz de la hoguera, asomaron cuando el hombre gruñó como una alimaña. Arrojó al kender a los pies de Staag. El rictus de su boca se ensanchó en una mueca retorcida ante las protestas de Tas cuando el goblin empezó a despojarlo de los saquillos cortando los cordones que los sujetaban al cinturón.

Keli no entendía al kender. Lo que poco antes parecía un malestar insufrible —sus manos y pies atados— no tenía punto de comparación con el hecho de ser desposeído de sus pertenencias y ver desperdigados por el suelo lo que él llamaba sus tesoros.

—Un trozo de mecho —gruñó Staag—. Una pluma gris, dos puntas de flechas despuntadas, un ovillo de cuerda... ¡chatarra! ¡Sólo hay chatarra! —comentó mientras revolvía el contenido de los saquillos con sus zarpas. Al parecer le divertía el enfado del kender.

Se guardó un pendiente de oro en la bolsa colgada de su cinto, así como un anillo de cuarzo pulido y un pequeño prendedor esmaltado. El resto, un surtido de objetos carentes de valor salvo para el kender, lo tiró al suelo. Tigo se inclinó sobre Tas, como un buitre escuálido y negro.

—Dime adónde nos llevas, kender —lo apremió con suspicacia.

—Ya te lo he dicho; a un sitio que conozco donde podrás hacer lo que quieras sin que nadie te descubra.

—¿De veras? ¿Y no será a través de un atajo que nos meta en algún problema?

Desde donde permanecía tumbado, Keli percibió la furia del hombre, contenida pero todavía ardiente. Rezó para que el kender tuviera cuidado con lo que decía. Pero no fue así.

—Si tenéis problemas no es culpa mía. Vosotros os los habéis buscado.

Tigo propinó una fuerte patada a Tas. El impacto hizo que el kender soltara del golpe el aire de los pulmones. A Keli se le revolvió el estómago. Tas se quedó doblado en dos, casi enroscado en torno a la pierna del ladrón. Estaba furioso, pero no tanto como para que la ira le cegara y no supiera dónde dirigir su ataque. Lo mordió en la pantorrilla, donde la bota no lo protegía. Staag tuvo que emplearse a fondo para liberar a Tigo de los dientes del kender.

—¡Sujétalo mientras le saco las tripas! —rugió el hombre.

Keli protestó a voces en tanto se debatía contra las ataduras.

—Adelante, mátame —lo zahirió Tas—. ¿Qué harás entonces, cretino, cerebro de serrín, borrico mano de garfio? ¡Estarás perdido! ¡No tienes puñetera idea de dónde te encuentras ahora!

Tigo habría regado gustoso el suelo con la sangre del kender, pero a Staag no le apetecía quedarse sin guía. Se movió con una rapidez que Keli no sospechaba tuviera un goblin; puso al kender fuera del alcance de su compinche y lo arrojó junto al inmovilizado muchacho.

—Cierra el pico, sabandija —siseó—. La próxima vez no podré librarte de él.

Medio ahogado, Tas inhaló hondo y tosió. Keli se arrastró junto a él y lo empujó con el hombro.

—¿Te encuentras bien? —El kender farfulló algo ininteligible, ya que estaba tumbado con la cara contra el suelo—. ¿Qué?

—¡Que quiero mi daga, mi jupak, una piedra, cualquier cosa!

El chico apretó su brazo contra el de Tas en un gesto de camaradería, conmiseración y consuelo.

—Tal vez tus amigos estén ya sobre nuestra pista —murmuró, más para animarlo que porque se lo creyera.

Un sol de justicia caía a plomo, abrasaba el suelo y hacía reverberar los peñascos arracimados. Tanis se enjugó el sudor de los ojos con el dorso de la mano y se agachó a recoger algo que el enano había pasado por alto: una pluma de ala de uno de los cisnes grises de Cristyne.

Puesto que desde Long Ridge hasta Karse había una marcha de un día atajando

por el bosque, el semielfo y sus compañeros se habían despedido de los novios la noche anterior y habían partido con las primeras luces del alba en dirección sureste. A Runne le habría gustado que se quedaran más tiempo, pero Flint pretextó un negocio urgente y le prometió que volverían a visitarlos en su camino de regreso al norte.

—En cualquier caso, no creo que nos eche de menos a mí ni a nadie durante un tiempo —comentó a Tanis con ironía.

El semielfo no había olvidado el golpe en las costillas que Caramon se había ganado por hacer un comentario similar en consecuencia se limitó a esbozar una sonrisa evasiva. Al parecer, en lo concerniente a Runne ciertas cosas sólo podía decírlas el tío adoptivo.

Ahora, mientras evocaba lo ocurrido horas atrás, el semielfo acarició con gesto abstraído la pluma gris. Tas había pasado por aquí no hacía mucho.

O al menos, sus saquillos, que habían sido vaciados sin contemplaciones de manera que el contenido estaba esparcido por el suelo. La ardiente brisa trajo la voz profunda de Caramon desde la parte alta de la trocha y la de Sturm que le respondía. Tanis supo por el tono de sus voces que no habían encontrado señal de lucha ni tampoco el cuerpo del kender. Salió de los matorrales y se reunió con el enano, que estaba arrodillado a un lado del camino.

—Aquí hay otra cosa, Flint.

El viejo enano cogió la pluma gris sin mirarla y la puso junto al montón de objetos raros que iba guardando en los saquillos de Tas, con gestos bruscos e iracundos.

Una daga con la hoja rota; un tintero de loza; un pequeño yesquero; una hebilla de cobre de un cinturón, que Caramon había perdido sin saber cómo y que Tas habría jurado tener intención de devolver; un trozo de tela de color rosa pálido; un puñado de plumas verdes de las que Tanis prefería para hacer los penachos de sus flechas... Todos estos tesoros kenders y mucho más habían sido desechados como chatarra inservible.

Con su retahíla barbotada entre dientes, el enfado de Flint parecía dirigido contra un kender recogedor de basura; pero Tanis conocía muy bien al enano para dejarse engañar.

—Lo encontraremos, Flint.

El enano no alzó la vista y anudó con brusquedad el cordel que cerraba el último saquillo.

—¿Encontrasteis su estuche de mapas?

—No.

—Estupendo. ¡Le deseo a quienquiera que lo haya cogido la alegría que le reportará encontrar su camino siguiendo uno de esos mapas! Ni uno solo vale siquiera el papel en que está hecho.

Tanis sonrió. Pocos mapas de Tas servían de algo a menos que se contara con su propia interpretación, la cual, por otra parte, difería de una vez para otra.

—Vamos a llegar tarde a la cita en Karsa, Flint.

—Sí —gruñó el enano—. Y ten por seguro que eso también me lo cobraré en las costillas de ese bribón cuando lo encontremos.

Tanis pensó que la amenaza no sonaba convincente. Silencioso como una sombra, Raistlin se reunió con ellos.

—Si alguien se apoderó del estuche de mapas y no hay señales de que haya matado al kender, no es descabellado deducir que tanto el estucho, como Tas y quienquiera que lo asaltara siguen juntos. La trocha continúa por un terreno pedregoso más adelante, Tanis.

—¿Alguna huella?

—Ninguna. Pero hay otra cosa —contestó Raistlin señalando con un gesto hacia un pequeño grupo de peñascos—. Allí quedan señales de un campamento. Quizá convendría que les echaras una ojeada.

El semielfo inició un ademán para llamar a Flint, pero el joven mago sacudió la cabeza. El temor hizo que Tanis sintiera un vacío en el estómago.

La hoguera de campamento había sido pequeña y los restos estaban rodeados de piedras. Unos cuantos metros más allá se alzaba la pared lisa de un peñasco. En el lado más cercano de la roca, a un palmo del suelo, se percibía una marca no mayor que el puño de un kender. Aunque el dibujo era rústico y pintado con sangre, Tanis reconoció el símbolo de inmediato: un yunque estilizado partido con la runa enana «f». El cuño de Tas.

—¿Obra de Tas?

—¿Quién si no dejaría esa marca? —Raistlin rozó las líneas oscuras del dibujo—. Todavía no está del todo seca.

Los compañeros se volvieron al oír que alguien se acercaba. Flint se detuvo junto a Tanis.

—¡Maldito kender! —El viejo enano apretó los dientes—. ¡Sólo a él se le ocurre desaparecer ante nuestras narices para meterse en sabe Reorx qué embrollo! —Contempló largo rato el dibujo del cuño con que marcaba sus mejores y más bellas obras y que ahora aparecía impreso con sangre en la roca. Parecía que fuera la primera vez que veía aquel sello y quisiera memorizarlo.

Tanis guardó silencio, reacio a sacar ninguna conclusión en este momento. Raistlin se movió de manera que su sombra se interpuso entre el enano y el dibujo de la roca.

—La sangre es fresca, Flint, de hac épocas horas. Aún está vivo —dijo, mirando a uno y a otro—. Y, a juzgar por esto, le vamos siguiendo el rastro. Más vale que no perdamos tiempo preguntándonos qué habrá ocurrido.

Pero Tanis no pudo evitar preguntarse ni llegarían demasiado tarde.

El estruendo de la cascada semejaba el rugido furioso de algún dios enojado. En su discurrir tumultuoso, el río se precipitaba por un cortado de casi sesenta metros en una cortina de espuma blanca y desaparecía a un tercio de la vertical. Luego, como por arte de magia, reaparecía como un surtidor impetuoso bajo una pared escarpada y lisa de algo menos de diez metros de altura y terminaba su precipitada caída en un pequeño lago.

En la orilla, la neblina era densa como una llovizna y empapaba como tal. Keli y Tas estaban atados a la base de una peña puntiaguda, y la sed y el calor del día parecieron desvanecerse bajo la caricia de la refrescante niebla vaporosa. El chico se aproximó a Tas cuando le fue posible. Echó una rígida ojeada por encima del hombro para asegurarse de que los dos malhechores seguían ocupados llenando sus cantimploras y dejó escapar un largo y profundo suspiro con el que expresaba la fascinación que le producía el grandioso y agreste paisaje.

—Lo sabías —susurró—. Conocías el sitio.

—Oh, sí. He estado ya aquí. —Tas frunció el entrecejo y se encogió de hombros—. Aunque no es exactamente donde deberíamos estar.

—¿Qué?

—Bueno..., no es el sitio que Flint conoce. La trocha me parecía la que lleva allí, pero supongo que me equivoqué. Debemos de estar... —entrecerró los ojos para mirar al sol poniente— más al este. O al norte. O...

El ánimo del chico se vino abajo y con él cualquiera esperanza que hubiera albergado de ser rescatado.

—Oh, sí, claro que vendrán. Sólo que... tardarán más de lo que pensaba. Pero no importa. Todo saldrá bien si te pegas a mí. —Tas guiñó un ojo, un gesto que el chico empezaba a reconocer como señal de que se avecinaban más problemas—. Hasta el final.

—¿Hasta el final?

—Has allí arriba.

—¿Te refieres a lo alto de la *catarata*? —A Keli se le quedó la boca seca de repente, más de lo que la había tenido todo el día—. No creo... No estoy seguro de...

—¡Tranquilo chico! —Los ojos del kender brillaban de excitación—. En verdad te preocupas mucho más que cualquier persona que conozco. A excepción de Flint, claro. ¡Ése sí que es un alarmista! Por cierto, ¿cuántos años tienes?

—Doce.

—¡Doce! Demasiado joven para tomarse las cosas tan en serio.

—Siento que esos dos te capturaran, Tas —dijo Keli mientras cerraba los ojos para no ver la rugiente catarata.

—¿Qué me capturaran? —El kender parecía indignado—. ¡Vaya! Son ellos los que están atrapados. ¡Yo los he metido en una trampa! ¡Al fin y al cabo ni siquiera sabían adónde los conducía! ¡Ja! Claro que, tal y como han ido las cosas, tampoco yo lo sabía. Pero eso no tiene la menor importancia. Por cierto, ¿sabes nadar?

—Sí —contestó Keli, con un hilo de voz.

—¡Fantástico! Así queda resuelto el último inconveniente.

—¿El último? Pero...

—¿Qué hacen esos dos? ¿Los ves?

Keli echó otra ojeada por encima del hombro.

—Siguen junto al lago. Veo a Tigo, pero a Staag, aunque lo oigo.

—Con eso me vale. Mira.

El kender se giró un poco a fin de ponerse de espalda al muchacho. En sus manos atadas sostenía una daga.

—¡Tas! ¿De dónde la has sacado?

—Oh, pues... Verás... —El kender se encogió de hombros—. A veces la gente es algo descuidada y olvida dónde deja las cosas y yo..., en fin, las encuentro. —Esbozó una sonrisa pícaro—. Esta daga la encontré en el cinturón de Staag esta mañana. Tarde o temprano la echará en falta, pero para entonces estaremos lejos y temo que no podré devolvérsela. Vamos, date la vuelta y quédate muy quieto. No quisiera hacerte un rasguño.

Cortó a tuestas las ataduras de Keli, de espaldas al muchacho. La paciencia precisa para desenredar los nudos más complicados y unas manos firmes y ágiles eran cualidades innatas de los kenders. Keli estuvo libre antes de tener tiempo de preocuparse de que Tas le cortara una muñeca en lugar de la correa.

—Toma la daga y suéltame.

El chico lo hizo despacio, ya que tenía los dedos entumecidos y sentía punzadas en las manos al reanudarse el riego sanguíneo de manera tan repentina. Poco después el kender también estaba libre.

—¡Y ahora, sígueme! —susurró Tas.

Echando una mirada furtiva atrás, Keli siguió al kender, silencioso y veloz como una liebre. Se distanciaron haciendo un ángulo hacia el norte y después hacia el oeste, en dirección a la pedregosa orilla del lago. El kender se frenó con brusquedad junto a unas rocas y Keli chocó contra él.

—Tas, no creo que... —pero no tuvo ocasión de exponer sus dudas.

Tigo hacía descubierto la huída de los prisioneros, y su grito de alerta resonó en el aire. Un instante después, el humano y el goblin salían furiosos en su persecución.

Nada directamente hacia la catarata, Keli. Cuando sientas el empuje de la corriente, gira al norte. Pasa bajo la cascada. Te estaré esperando.

Tas se zambulló en medio de un remolino de brazos y piernas. Chocó con fuerza

contra el agua y después emergió limpiándose los ojos.

—¡Vamos! —gritó el muchacho.

Keli sentía la boca seca como un estropajo. Dirigió una mirada aterrada a sus espaldas y otra al lago y la rugiente catarata.

Estaba seguro de que si Tigo lo cogía ahora le arrancaría el corazón con los ganchos acerados del garfio. No habría falsa nota de rescate para su padre. Sólo la venganza de aquel loco por una ofensa inexistente.

Con la demencia era imposible razonar.

Había una altura de casi dos metros desde el saliente rocoso hasta la superficie del lago. Keli inhaló profundamente y se zambulló de pie en el agua, que estaba tan fría como si fuera el deshielo de un glaciar.

—¡Vamos! —le gritó Tas—. ¡Vamos!

El muchacho braceó con todas sus fuerzas y velocidad. El kender lo alcanzó un momento después deslizándose con la misma facilidad de una nutria juguetona. No habían cubierto la cuarta parte del recorrido cuando escucharon el ruido de dos chapuzones; sus perseguidores no se daban por vencidos.

—¿Dónde están tus amigos? —gimió Keli.

—¡No lo sé! ¡Por lo general no son tan lentos siguiendo un rastro!

El sol poniente entrelazaba cintas del fuego dorado en el agua de la cascada y sus haces se reflejaban en los resaltes de la pared vertical del risco como si fueran vetas de oro y rubíes. La cola del lago estaba en la orilla occidental. En la oriental, la violenta caída de la rugiente catarata convertía las aguas en algo blanco y mortífero.

Tanis olvidó hasta de respirar mientras escrudiñaba la cegadora neblina. No era la belleza del paisaje lo que lo había dejado sin aliento, pues apenas se había fijado en él. Lo que lo había paralizado era el espanto.

Lejos, al otro lado del lago, las diminutas figuras de dos nadadores flotaban en las proximidades del remolino. Algo en la manera juguetona de moverse y patear de uno de ellos hizo que reconociera a Tas de inmediato. El otro parecía un chiquillo. Los seguían otros dos nadadores que acortaban distancia con rapidez. Uno de ellos era sin duda un goblin, a juzgar por sus brazos enormes y su piel grisácea. El otro, un tipo delgado y manco, iba a la cabeza y maniobraba como si quisiera cortar el camino al chico.

El gemido que lanzó Flint denotó que estaba tan asustado como el semielfo. Con un esfuerzo de voluntad, Tanis salió de su estupor, se desprendió del arco y del carcaj y se quitó las botas de un tirón. La esbelta mano de Raistlin se cerró sobre su muñeca.

—¡Espera, Tanis! Que vayan mi hermano y Sturm. Eres un buen arquero y el que mejor vista tiene. Cúbrelos mientras nadan.

Aunque de mala gana, el semielfo tuvo que darle la razón.

Los dos jóvenes guerreros se habían despojado de casi toda la ropa y avanzaban a poderosas brazadas por el agua antes de que Tanis tuviera tiempo de recoger su arco y las flechas. Sin embargo, tenían que cubrir más de la mitad del lago y el goblin acertaba distancias con rapidez, en tanto que su flaco compinche tenía el chico casi al alcance de la mano.

—No llegarán a tiempo —susurró Flint.

El semielfo encajó una flecha en el arco, tensó la cuerda y apuntó. La flecha silbó a través de la neblina brillante y falló por un centímetro su blanco: la garganta del goblin. No obstante, fue suficiente para obligar al sorprendido sujeto a buscar protección bajo la superficie.

Tanis apuntó otra vez, pero no encontró diana alguna. El lago se había quedado repentinamente vacío, a excepción de sus dos compañeros. Caramon vaciló un instante y escudriñó las aguas mientras se apartaba el pelo de los ojos.

Tanto perseguidos como perseguidores habían desaparecido.

El agua estaba gélida, y Keli temía que los miembros le pesaban como plomo. Se agitó con frenesí y dio una patada y a continuación otra. ¡Al fin había conseguido zafarse del garfio de Tigo! A la derecha se atisbaban unas figuras borrosas que luchaban: Staag y Tas. Al frente, tan próximo que amenazaba con arrastrarlo al fondo, rugía el remolino.

El estruendo de la catarata lo envolvía. Las oscuras aguas del lago eran blancas y relucientes en este punto. De improviso, Tigo emergió a su lado, alargó el garfio, lo agarró por el cinturón y lo hundió bajo la superficie. El chico se debatió y pateó. Los pulmones le ardían. Tenía que respirar cuanto antes. Se sumergió un poco más, agarró a Tigo por las orejas y tiró de ellas como si quisiera arrancárselas de la cabeza. Cuando el hombro abrió la boca para gritar debió de tragarse varios litros de agua, pensó Keli, y el muchacho lo pateó en ese momento y de nuevo estuvo libre. Emergió y aspiró aire a bocanadas; vio que Tas salía también a la superficie. A sus espaldas, alzándose sobre las aguas como un monstruo marino, surgió Staag. El goblin lanzó un rugido y tuvo que hacer un brusco sesgo para aludir una flecha adornada con un penacho de plumas verdes.

—¡Tas! —Keli agitó las manos y señaló hacia la orilla—. ¡Bucea! ¡Ponte a cubierto!

El kender miró en la dirección señalada por el muchacho y lanzó un grito de alegría.

—¡No temas! ¡Ése es Tanis! ¡Vienen a rescatarnos, mira!

Dos hombres jóvenes, uno de pecho ancho y musculoso y el otro más esbelto pero también más rápido, cortaban el agua con brazadas potentes y veloces.

—¡Son Caramon y Sturm! —Tas echó a reír, feliz—. ¡Ahí llegan, siempre dispuestos a actuar! —Buceó y salió a la superficie junto a Keli.

Staag salió disparado tras él, alargó los brazos y faltó poco para que lo agarrara.

—¡Están muy lejos, Tas!

El kender arrastró al chico bajo el agua haciendo caso omiso de sus protestas. Las gruesas piernas del goblin pasaron a su derecho, por encima de sus cabezas, y Tio emergió en la superficie a unos palmos de su compinche.

Tas soltó a Keli y le hizo una seña con la cabeza, señalando hacia la izquierda. Rodearon a los dos malhechores bajo el agua, antes de que advirtieran su maniobra. Keli fue en pos del kender, deseando fervientemente que su amigo supiera lo que estaba haciendo.

Ahogarse no parecía la mejor solución a sus problemas.

Sturm dio un grito y a continuación otro. O había perdido la pista del hombre del garfio o había encontrado a Tas y al chico. Tanis no estaba seguro, pero no se atrevió a desviar ni por un instante su atención. Sus manos estaban sólo para manejar el arco; sus ojos, para divisar la diana de sus flechas. Y esa diana era un enloquecido goblin de piel gris que había arrastrado a Caramon bajo la superficie del agua.

Con los pies asentados firmemente en el suelo, contuvo la respiración y aguardó a que su compañero emergiera durante el interminable espacio de tiempo en que su corazón latió cinco veces, temeroso de soltar la flecha y que Caramon se interpusiera entre ésta y el goblin. Percibió que Raistlin también contenía el aliento y oyó a Flint maldecir primero y después musitar una súplica.

Caramon no emergía.

El semielfo alzó una plegaria a los dioses pidiendo su gracia, su favor, su misericordia... y disparó la flecha.

Un arco iris relucía titilante a todo lo ancho del pie de la cascada. Su súplica a los dioses y su flecha alcanzaron su destino al mismo tiempo. La flecha voló con precisión y alcanzó al goblin en la garganta. En medio del velo de la neblina apareció Sturm grácil como un delfín.

Al ver que estaba solo volvió a sumergirse. Poco después emergía para coger aire. Repitió aquella operación otras dos veces. En la segunda, salió llevando consigo a Caramon, que daba boqueadas.

Estaban solos en el lago. El remolino había arrastrado el cadáver de Staag, y Tigo había desaparecido. De Tas y del chico no había señales.

Aunque los dos guerreros bucearon y buscaron durante más tiempo de lo que cualquier ser humano podía aguantar sin respirar, no encontraron a Tas ni a su compañero.

Caramon levantó los puños hacia la rugiente cascada en un gesto de impotencia. El sol poniente tiñó de rojo y dorado sus brazos musculosos. Su grito de ira retumbó en las orillas del lago, fue un alarido tan fuerte y doloroso que Tanis no oyó el

golpeteo de su arco contra el suelo rocoso cuando sus flácidos dedos lo dejaron caer.

Aturdido, el semielfo miró a sus dos amigos mientras regresaban a nado hasta la orilla. Ayudó a Raistlin y a Flint a sacarlos del agua. Siguió sumido en el estupor largo rato, sintiendo un gran vacío en su interior. Vio el mismo estado de ánimo reflejado en los ojos de Caramon, en los de Sturm, en la expresión aturdida e incrédula de Flint.

Más tarde, cuando el sol casi se había puesto y todavía seguían esperando no sabían qué, Tanis sintió que el enano daba un respingo.

—¡Se ha vuelto loco! —Las palabras de Flint no encajaban con su tono perplejo, atemorizado—. ¡Por la forja de Reorx! Si es que ese cerebro de mosquito ha tenido alguna vez un pizca de sensatez, ya la ha perdido. ¡Mira, Tanis!

El semielfo estaba sentado con las piernas recogidas contra el pecho y levantó la cabeza que había reclinado sobre las rodillas. Miró hacia donde señalaba Flint. «Imposible —pensó aturdido—. Se ha ahogado. Está muerto».

Pero «imposible» no era un apalabra que pudiera aplicarse a las mañas de un kender sin caer en un error. Con el copete ondeando pro el aire de la catarata y los brazos extendidos para equilibrarse, Tanis cruzaba un puente natural de piedra de unos dos palmos de ancho, que salvaba el último tramo de la cascada, donde el agua se desplomaba en un rugiente surtidor sobre el lago. Mientras Tanis lo observaba, el kender volvió la cabeza como si hablara con alguien que le seguía a gatas.

El semielfo se incorporó de un brinco y corrió a la orilla del lago. Sturm y Caramon se le unieron y escudriñaron con atención las figuras apenas visibles con la mortecina luz del ocaso.

—Sí, es él —musitó Sturm—. ¡Y está también el canalla del garfio que se me escabulló en el lago! ¿Cómo han llegado hasta allí? —Miró frenético en derredor, buscando un camino que llevara al arco suspendido sobre la catarata. Pero no divisó ningún otro que no fuera atravesando a nado el lago. Y lo habría hecho, pero Tanis se lo impidió.

—No llegarías a tiempo, Sturm.

—¿Y adónde irán después de que hayan cruzado ese paso? ¡Al otro lado sólo hay la pared vertical del risco!

—A ninguna parte —dijo Tanis, sacudiendo la cabeza. Dio la espalda al lago y vio a Raistlin encaramado a un saliente rocoso. El joven mago observaba con fijeza los colores titilantes del arco iris que se formaba al pie de la catarata; sonreía y en sus ojos claros había una mirada penetrante y vehemente.

—¿Puedes ayudarlos, Raistlin?

El mago movió despacio la cabeza arriba y abajo en un gesto de asentimiento. Estaba pensativo, sin apartar la mirada de la brillante neblina y de los últimos rayos del sol.

—Creo que sí. Por fortuna nuestro amigo es un hábil escalador, ya que le va a hacer falta esa pericia.

Las aristas de la roca se le hincaban a Keli en las manos. Paralizado en mitad del estrecho paso, no se atrevía a mirar abajo ni podía mirar atrás.

En el extremo de la pasarela, Tigo se agazapaba como un depredador escuálido y hambriento que espera a que su presa comprenda que está atrapada. No tenía necesidad de aventurarse por el paso, no tenía que continuar la persecución. ¡Por fin obtendría su venganza mortal!

Al otro lado estaba Tas, con la espalda apoyada en la pared afilada.

—¡Keli! ¡Vamos, sigue adelante! —le gritó.

—No... puedo... No puedo. —El chico era incapaz de moverse, sólo podía balbucear.

—¡Tienes que hacerlo! ¡No puedes quedarte ahí! ¡Eh, imagina que eres una araña! ¡Las arañas nunca se caen! ¡Ánimo, será divertido!

¡Divertido! Keli sentía un nudo en la garganta, epro tenía la boca tan seca que le era imposible tragar saliva; intentó con empeño imaginar que era una araña, aunque en el fondo lo que habría deseado ser era un pájaro. Poco a poco, muy despacio, gateó pro la resbaladiza piedra en tanto que farfullaba vanas maldiciones infantiles en voz baja. ¡Divertido!

—¡Muy bien, eso es! ¡Te dije que sería divertido! —gritaba Tas.

Al otro lado de la pasarela, Tigo se echó a reír. Su risa era fantasmagórica, apenas un susurro audible con el estruendo del agua. Keli hizo caso omiso de él y se concentró en Tas y en el puente.

—¡Vamos, Keli, un poco más! ¡Casi lo has conseguido! ¿A que no habías hecho nunca algo tan divertido?

El chico gruñó y sacudió la cabeza. Al instante se arrepintió de haberlo hecho. El paso pareció balancearse debajo de él.

—No —jadeó, sin apartar la vista de sus nudillos, blancos por la tensión—. ¡Nunca he hecho algo parecido!

Adelantando primero una mano y luego otra, una rodilla y a continuación otra, Keli gateó mientras intentaba no dejarse dominar por el vértigo y deseaba que no le costara tanto esfuerzo respirara.

Tas lo que pareció una eternidad, los dedos del chico tocaron los frío y resbaladizos del kender. Éste se adelantó un poco para agarrarlo por la muñeca y después por el brazo.

—¡Arriba! Ponte en pi. ¡Ya te tengo!

Keli se incorporó, se tambaleó ligeramente y luego recobró el aliento.

—Muy bien. Ahora avanza hasta aquí y pégate contra la pared. Cabemos los dos

en el saliente. Creo...

¡Creo! «Loco como un kender» era una expresión que Krli había oído alguna vez. Antes creía saber lo que significaba. Ahora estaba seguro. El chico hizo acopio de las escasas fuerzas que le quedaban para llegar tambaleante hasta la pared. Apoyó la cara contra la roca oscura y húmeda, sacudida por los temblores.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

—No podemos regresar, pero no parece que él tenga intenciones de venir —fue la evasiva respuesta del kender.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—Podemos esperar.

En el lago, los tonos brillantes del atardecer reflejaba en la neblina se habían apagado. En la orilla surgieron las sombras púrpuras del ocaso, mensajeras de la noche.

—Sería fantástico que pudiéramos volar —dijo Keli con voz tensa.

—Ya lo creo. Y mucho más entretenido que estar atascados aquí.

El muchacho apretó los dientes para contener el impulso de chillar.

—¿Para qué hemos venido aquí? —susurró—. ¡Supuse que conocías un camino que nos sacaría de este atolladero!

—No imaginé que nos seguiría. —Tas se encogió de hombros—. Creí que se había ahogado en el lago.

Al otro lado del paso, Tigo tomó asiento con la espalda recostada en la roca, tan paciente como una condena inevitable. Keli era incapaz de mirarlo sin ponerse enfermo, sin sentir —en su imaginación— la desgarradura de aquel garfio, seguida de una larga y mortal caída al lago.

Una luz, mezcla de los últimos rayos dorados del sol y los tintes plateados del anochecer, ondeaba en la oscura superficie del lago, se entretejía y se alzaba en el crepúsculo como una promesa de esperanza.

Allá abajo, lejos, el arquero pelirrojo al que Tas había llamado Tanis y uno de los jóvenes que se había echado al agua para ayudarlos se encontraban de pie en la orilla. El otro se había zambullido de nuevo en el lago y nadaba hacia la catarata. El enano y el joven delgado se dirigían presurosos en dirección norte.

—¿Qué hacen, Tas?

—No lo sé. Pero planean algo. ¡Mira! Tanis nos señala. —El kender se inclinó hacia adelante para ver mejor, y Keli tuvo que sujetarlo por el cinto.

—¡No hagas eso!

Era evidente que al kender no le preocupaba el hecho de haber estado a punto de precipitarse a una muerte segura. Se echó a reír, y el alegre sonido se alzó pro encima del rugir de las aguas.

—¡Mira, Keli! ¡Raistlin está haciendo algo al aire! —Dio una palmada al chico en

la espada que a poco no lo lanza fuera e la estrecha repisa—. No sé qué se propone. Bueno, casi nunca lo sí; ni yo ni nadie. Pero siempre es algo mágico y siempre merece la pena esperar.

Aferrado a la pared como un murciélago empapado, Keli contuvo la náusea. Si lo que se proponía hacer el mago merecía o no la pena esperar, era algo que el chico ignoraba, pero no había otra alternativa.

Las manos de Raistlin se movían con destreza y seguridad en una extraña danza mágica. Recogieron los translúcidos colores del arco iris y el destello de la neblina; separaron los brillantes filamentos y los trenzaron rápidamente los unos en torno a los otros de manera que tejieron una cuerda de reluciente embrujo.

La cuerda mágica creció a pasos agigantados desde las manos del joven mago y se dirigió a su destino merced a la voluntad y el poder del hechicero. Voló a través de la superficie del lago y se remontó en el aire con la gracia de un halcón y la precisión de las flechas de Tanis.

Sturm saltó al lago y avanzó sobre las gélidas aguas con brazadas potentes. Cuando alcanzó a Caramon, la cuerda reluciente los había sobrepasado en su vuelo hacia la pasarela rocosa y a la mano extendida de Tas. En la orilla, Flint lanzó un grito de triunfo que dio paso a otro de alarma.

Tigo se encontraba a mitad de camino del puente, la mortecina luz del anochecer arrancó un destello siniestro en el garfio.

Tas se situó delante de Keli y enrolló la reluciente cuerda mágica en torno a las manos del chico.

—Iremos juntos. Aguantará, lo juro. Sólo tienes que deslizarte por ella. No temas, no te quemará..., casi no se nota al tacto.

Keli lanzó una rápida ojeada al lago y después a Tigo, que avanzaba poco a poco por el puente.

—¡Tas, esto no es una cuerda! ¡Es luz y aire! ¡No nos sostendrá!

—Oh, seguro que sí. Es magia de Raistlin. —Tas ladeó la cabeza como si acabara de ocurrírsele algo—. No estarás preocupado otra vez, ¿verdad?

—¿Preocupado? ¡Tas, estoy muerto de miedo!

—Te aseguro que aguantará. Ya te lo he explicado: es magia. Y Raistlin es el mejor mago que conozco. No te dejará caer.

—¡Tas. La cuerda no es real!

—¡Lo es! Pero..., en fin... ¡Mira! Allá abajo, en el lago. Son Caramon y Sturm... ¿Te he dicho que Sturm quiere ser Caballero de Solamnia? Como tu padre. Y será muy bueno. Se sabe eso del Código y la Medida como si la hubiese inventado él...

—¡Tas!

—Bueno, vale. Sea como sea, si te caes, cosa que no ocurrirá, ellos te cogerán.

No te pasará nada. Vamos, salgamos de aquí o vamos a tener un encuentro de Tigo muy pronto.

Más que todas las frases de ánimo del kender, este último comentario fue lo que decidió a Keli. Agarró la cuerda de oro y plata tejida con magia y luz. Cerró los párpados con fuerza, respiró hondo y saltó al vacío.

Tas fue a continuación.

A sus espaldas, Tigo lanzó un aullido de rabia, como una bestia cuya presa escapa de sus garras y la deja sola con su impotente furia.

El aire nocturno era frío junto al oscuro lago. En la distancia, sobre la negra superficie, se reflejaban las estrellas. Sentado junto a la hoguera. Keli creyó ver algo más el brillo fantasmagórico de una luz plateada y el débil titilar de un arco iris. ¿Algún residuo de la magia de Raistlin?

A aquella hora tardía sólo quedaban despiertos Keli, Tas, el semielfo Tanis y el enano Flint. El joven mago había sido el primero en dormirse. Keli no sabía nada de magia ni del alto precio que exigía su práctica, pero sí se dio cuenta de que ese tejer luz había dejado exhausto a Raistlin. En su opinión, el joven hechicero no era lo bastante fuerte como para realizar semejante esfuerzo muy a menudo. «O quizá sí lo sea», rectificó para sus adentros mientras echaba una mirada furtiva al mago dormido. Incluso en su agotamiento, algo poderoso y fuerte había iluminado los ojos del hechicero.

El fornido guerrero, Caramon, era su hermano y a sus ojos castaños asomaba una expresión alegre y traviesa que le confería un gran encanto personal. Se había dormido casi inmediatamente después de su hermano y ahora sus ronquidos resonaban como un trueno lejano.

—Míralo. Dormido en un visto y no visto —gruñó Flint—. Tal vez estemos presenciando el inicio de una nueva era de maravillas.

Keli se habría echado a reír de buena gana, pero se contuvo. Lo atemorizaba un poco el perpetuo gesto ceñudo del enano, que se irritaba con facilidad y gruñía por todo. No era la clase de persona con la que se intima con facilidad.

Durante un rato pareció que Sturm permanecería despierto el tiempo suficiente para cumplir hasta el final su oferta de hacer la primera guardia. Pero el sueño acabó por vencerlo. Sin embargo, Keli comprendió que sus amigos lo conocían lo bastante para no llevarle la contraria y también para saber que no tardaría en dormirse por el cansancio de los esfuerzos realizados en el lago.

Tanis, con su cabello rojizo que a la luz de la hoguera semejaba cobre, sus almendrados ojos elfos de color avellana que a veces parecía tornarse verde, dividía por igual su atención en suavizar los rezongos del enano y en escuchar la inagotable cháchara del kender. Esto último lo hacía con la actitud de quien sabe que la tormenta no terminará hasta que haya descargado el último rayo y la última gota de lluvia.

Así pues, éstos eran los compañeros de Tas en los que el kender había confiado ciegamente. De todos ellos, sólo Tanis y Flint habían permanecido despiertos para escuchar la narración de su captura y fuga que relataron a medias entre Tas y él. No obstante, a Keli le indignó que ninguno de los dos diera crédito a los actos heroicos que él atribuía al kender.

Con la espalda recostada en una piedra y los pies tan cerca de la hoguera como le aconsejaba la prudencia, Keli miró primero a Flint y después a Tanis.

—De no ser por Tas, Tigo me habría matado. Es un héroe.

—¡Un héroe! —rio Flint—. ¿Éste? ¡Sí, muchacho, y yo soy el capataz de la forja de Reorx!

—¡Lo es! —insistió Keli con tozudez.

Tanis intentaba contener la risa para no aumentar el enfado del chico. Miró de reojo a Tas, que se sentaba en cuclillas ante la fogata. La dignidad del kender no parecía haberse resentido ni una pizca por la habitual actitud burlona del enano.

—Me salvó la vida —insistió Keli—. Se las ingenió para que esos dos se perdieran, les dio esquinazo, encontró la cueva detrás de la catarata y las escaleras que conducían a la pasarela. A mí jamás se me habría pasado por la imaginación que hubiera una cueva, ni una escalera, ni el paso de piedra.

—Supongo que el impecable rastreo de Tanis o la cuerda luminosa de Raistlin no tienen nada que ver con que ahora estés a salvo ¿verdad, muchacho? —preguntó Flint.

Keli no se acobardó con la brusca pregunta del enano e insistió en la defensa de su amigo.

—Claro que tienen que ver. Y os agradezco todo cuanto habéis hecho por mí, pero... Casi llegasteis tarde. Y... —el chico vaciló y miró a uno y a otro. Sus expresiones seguían siendo divertidas y no entendía qué les hacía tanta gracia—. Y... ¡Tas me salvó!

—Más bien te puso en peligro en más ocasiones de las que recuerdas o imaginas —rezongó el enano—. Ha sido cuestión de suerte el que estés ahora aquí para contarlo. Tienes un aspecto famélico a pesar de haberte comido un conejo y medio, chico. Y también pareces agotado. Anda, échate a dormir. Por la mañana verás el asunto bajo otra perspectiva.

—Lo veré como ahora —dijo con firmeza Keli, a la vez que volvía los ojos hacia Tas.

El kender se encogió de hombros.

—Son un poco duros de mollera —comentó con voz cansina. Luego sonrió y fue como si un cometa cruzara el oscuro cielo nocturno—. Pero al final la comprensión se abre paso en sus cerebros obtusos. —Se desperezó a la par que soltaba un bostezo descomunal. Miró de reojo a Flint y luego hizo un guiño a Keli. Aquel gesto siempre

precursor de que alguien iba a tener problemas, arrancó una sonrisa en el muchacho.

Flint inició una protesta, pero Tas se limitó a sonreír otra vez, se despidió hasta el día siguiente con un ademán y buscó un sitio donde tumbarse a dormir.

A pesar del cansancio, el muchacho estaba desvelado. Se acomodó mejor frente a la hoguera y suspiró.

—Tenemos que llevarte de vuelta a casa, Keli —dijo Tanis tras unos minutos de silencio.

—Bastará con que me acompañéis hasta Siete Pasos —susurró el chico—. Mi caballo seguirá allí y aún he de entregar la carta al amigo de mi padre.

—Oh, no —gruñó Flint—. Si te dejamos marchar solo, quién sabe en qué clase de lío te volverás a meter. A casa, muchacho, a casa. El mensaje lo entregaremos en el camino.

El enano rebuscó en su mochila, sacó un pedazo de madera y se puso a tallarlo con una navaja, sumido en el silencio. Keli habría querido darle las gracias, pero Tanis atrajo su atención y sacudió la cabeza en un gesto de negación a la vez que sonreía. Cuando Flint alzó de nuevo la vista, sus palabras iban dirigidas al semielfo.

—Si nos quedara un poco de sentido común, nosotros también deberíamos regresar a casa después de entregar esa carta.

Su comentario cogió a Tanis por sorpresa.

—¿Volver a casa a mediados de verano?

El enano guardó silencio unos instantes. Cuando volvió a hablar su voz era brusca, ronca.

—Pensé que había muerto. —Keli comprendió que se refería a Tas—. De verdad. No es que lo temiera. En el temor hay siempre un resquicio para la esperanza. Creí que había muerto desde el momento en que vi mi cuño dibujado en aquella piedra. Perdí toda esperanza. Mal asunto cuando eso ocurre. —Carraspeó para aclararse la voz—. Y después, Caramon. Cuando no salía a la superficie y Sturm tuvo que bucear para buscarlo, también pensé que estaba muerto.

Keli percibió el miedo del enano en su voz. Ya no había dureza o severidad en sus ojos. Sus rudas facciones se ensombrecieron con una expresión extraña que Keli no supo interpretar. Pero había visto aquella misma expresión otras veces en el rostro de su padre.

Tanis atizó la lumbre y el resplandor de las llamas. Keli constató que también el semielfo había creído que sus amigos habían muerto. Sin embargo, sus siguientes palabras fueron para tranquilizar al enano.

—No les ha ocurrido nada. Están a salvo.

El viejo enano respiró hondo y soltó un sonoro suspiro. Echó una ojeada a sus jóvenes amigos dormidos alrededor de la hoguera: Caramon, con su espada envainada cerca de la mano; Sturm, que a pesar de dormir profundamente se

despertaría en el momento en que lo necesitaran; Raistlin, que seguramente vivían sueños algo sólo comprensible para él; y Tas, enroscado como un cachorro exhausto contra la espalda de Caramon. Cuando Flint habló de nuevo, Keli percibió en su tono que el enano había tomado una determinación. Se echó hacia adelante y escuchó atento.

—Sí, Tanis, están a salvo. Pero se están produciendo cambios, muchacho. Siento en mis huesos que algo tenebroso está tomando forma. Al principio me alegré de que nos acompañaran en nuestros viajes, pues así disfrutaba de su compañía. Ahora me alegro de tenerlos a mi lado porque me habría sido imposible continuar con mi negocio y recorrer las rutas sin ellas. ¡Fíjate lo que le ha ocurrido a este chico! ¡Goblins y malhechores! Sin olvidar los rumores que corren de que cosas aún más extrañas andan al acecho en las calzadas.

Con gesto abstraído, Tanis alargó la mano y revolvió el cabello de Keli.

—Aunque quieras, no conseguirás sujetarlos en Solace fuera de peligro, viejo amigo.

—No, los conozco lo bastante para saberlo. Tú y yo somos socios y lo hemos sido durante mucho tiempo. Esto nos incumbe a ambos y no tengo derecho a tomar una decisión sin contar contigo. —Flint sacudió la cabeza. Esbozó una sonrisa en contraste con su gesto adusto, pero fue este último el que prevaleció—. Tampoco hemos hecho muchas ganancias en estos últimos días, persiguiendo a esa peste de kender desde un extremo a otro de la región, ¿verdad? La idea de regresar a casa me resulta más apetecible por momentos.

A diferencia de lo que le ocurría con el enano, a Keli le resultaba fácil adivinar lo que Tanis pensaba: Solace no retendría por mucho tiempo a Tas ni a ninguno de los otros compañeros, a pesar de ser su hogar.

—De acuerdo, Flint —dijo en voz alta, pese a ella—. Volvemos a casa. Tanto Keli como nosotros.

«No —pensó el muchacho—. No estarán mucho tiempo en Solace». Su padre le había dicho en una ocasión que los halcones se posaban en el brazo un rato, pero jamás se los domesticaba por completo.

Flint se echó hacia adelante y acarició con ternura la mejilla de Keli.

—Vamos a casa, ¿eh, chico?

Keli sonrió.

—Oh, sí. A casa.

Por el código y la Medida

Richard A. Knaak

Sentía un martilleo doloroso en la cabeza y tenía la boca seca. Hacía dos días que no comía ni dormía, desde que había incinerado el cadáver de Standel tras un día de luto. Standel, su mejor compañero. El único caballero que lo había acompañado en su deserción de una Orden que había entrado en decadencia. El valeroso y fuerte Standel, que no llegó a entender su propia muerte.

Garrick examinó el terreno en la medida que sus ojos ofuscados se lo permitían. Lo mismo de siempre: aldeanos procedentes del sur que escapaban del avance del ejército enviado por el Señor del Dragón. Buscaban refugio en la guarnición Peña de Hierro. Una sonrisa amarga distendió los labios agrietados del caballero. ¿Cuánto tiempo pensaban que una guarnición de cien hombres podía contener a un ejército que centuplicaba su número? Por no mencionar la dificultad adicional de tener que alimentar a varios cientos de refugiados.

Condujo a *Auron* en una dirección que los alejaba del grupo. El caballo de batalla obedeció su orden reacio, quizá porque olisqueaba el grano que llevaban los aldeanos. El animal había tenido que subsistir con el escaso pasto que ofrecía esta zona desolada. Garrick comprendía el estado famélico de su montura; la última comida del caballero había consistido en un puñado de bayas y un poco de queso y pan duro que le proporcionó el posadero que de manera indirecta fue el responsable de la muerte de Standel. Las tierras por las que viajaba desde entonces no ofrecían recursos naturales para la subsistencia. Los propios habitantes de la región habían acabado haciendo tiempo con cualquier cosa comestible.

A Garrick le resultaba difícil aceptar en lo que se había convertido la Orden. Los caballeros de mayor edad sonreían con aire de superioridad cuando escuchaban sus quejas; algunos de los jóvenes se mofaban de él. No obstante, otros eran de su misma opinión. Comprendían que incluso los Caballeros de Solamnia se habían apartado de Paladine más de lo que estaban dispuestos a admitir. La hermandad ya no era una Orden que ayudaba a los oprimidos y desamparados, sino una secta patética que vivía del esplendor de glorias pasadas y que rechazaba a quienes consideraba hostiles. Poco importaba que la Orden tuviera que borrar de su pasado estigmas como el de lord Soth.

En su estado de agotamiento, Garrick no reparó en un segundo grupo de campesinos hasta que casi los tuvo encima. Como tantos otros con anterioridad, escupieron a su paso y lo maldijeron por ser quien era. Un hombre corpulento de pelo canoso y gesto ceñudo se interpuso en su camino con un carro tirado por dos bueyes. Varios campesinos se situaron detrás del hombre.

—¿A qué se debe tu presencia por estos contornos, oh, importante y noble caballero? —Las palabras rebosaban veneno.

Garrick suspiró.

—He jurado por el Código y la Medida defender a mis semejantes del mal que es la Reina de la Oscuridad. Intento cumplir ese juramento.

Los hombres se echaron a reír. Sus carcajadas se multiplicaron por mil en la mente de Garrick, a pesar de que esperaba tal reacción. Ya había ocurrido en otras ocasiones. Risas estruendosas y amargas.

El fornido cabecilla del grupo adelantó unos pasos mientras observaba de manera alternativa a Garrick y a su caballo de batalla. Era evidente que no se fiaba del uno ni del otro. Desde tan corta distancia estudió la abollada armadura del caballero, sus armas melladas y torcidas, su faz demacrada y sudorosa.

—Sí, tu aspecto aterrador pondrá en fuga a esas fuerzas tenebrosas. ¡Se llevarán tal sus que renunciarán a conquistar el mundo!

Hubo más risas, si bien fueron más amortiguadas que antes. Las miradas que los campesinos dirigían a Garrick estaban cargadas de odio. Odio por no haber estado allí cuando lo necesitaban. El cabecilla adelantó otro paso con intenciones inequívocas: arrojar al caballero al fango, donde merecía estar. Garrick desenvainó su deslustrada espada con una rapidez que desmentía su aparente cansancio. Mantuvo a raya al grupo con el arma, impidiendo que ninguno se acercase a menos de un metro.

—Por vuestro bien os aconsejo que reanudéis la marcha.

Aunque murmurando, así lo hicieron, con más presteza y comedimiento de lo que Garrick esperaba. Al comprender el motivo se apoderó de él una tristeza que lo hundió aún más en la oscuridad por la que caminaba desde la muerte de Standel. No significaba nada para ellos. Como mucho, lo despreciaban. A él y a todos los caballeros.

Lo que más le dolía era que el desprecio de estas gentes tenía fundamento.

Las cabañas ante las que pasó estaban despojadas de cualquier cosa que mereciera la pena transportarse. Simples cascarones vacíos. Esqueletos. Era como si la guerra ya hubiera pasado por allí. Y, en cierto modo, así era. Standel habría sido más estoico, habría aguantado mejor los gritos, las maldiciones, las miradas. Garrick no entendía por qué seguía vivo en tanto que un caballero de más valía había muerto de una manera ignominiosa. No por primera vez desde el fallecimiento de su compañero, flaqueó su fe en el Código y la Medida.

Sufrió un leve vahído. Se esforzó por recobrar la estabilidad y se enjugó el sudor de la frente. Sería imperdonable sufrir un colapso ahora y no llevar a buen término su misión cuando estaba ya tan cerca. Paladine no se le perdonaría. Temía que el agotamiento se apoderara de él, pero algo evitaba la caída final. Una calidez en el pecho y la nuca; una sensación de amor que lo guiaba.

Su mano temblorosa tiró de la cadena que le rodeaba el cuello. El medallón que le habían entregado mucho tiempo atrás relucía a pesar de que estaba nublado. En ambas caras del medallón iban grabadas palabras del Código y la Medida. Y lo más importante: llevaba impresa la imagen con la que los Caballeros de Solamnia representaban a Paladine.

Recobró la paz de espíritu. Después de todo, Paladine no lo había condenado. Su vida tenía todavía un propósito, alguna razón por la que el dios aún velaba por él. Le dio las gracias por ello y soltó el medallón dejando que reposara de nuevo sobre su pecho. Aunque su cuerpo estaba exhausto más allá de los límites de casi cualquier ser humano, sonrió agradecido. Se le concedía la oportunidad de cumplir su juramento.

En cualquier parte hacia el sur se encontraba su objetivo. A cuatro jornadas, quizá sólo a dos, estaba parte del ejército invasor del Señor del Dragón; una parte bastante numerosa dirigida por uno de los generales más peligrosos. En su incontenible avance ofensivo, el único obstáculo que se interponía a su paso era la pequeña guarnición que se encontraba al norte, a cuatro días de jornada de la actual situación de Garrick.

Tendrían que cruzar el bosque para acceder al paso. En el bosque serían vulnerables. En el bosque él tenía una oportunidad.

Se topó con los cadáveres nada más cruzar un arroyo. Los habían apilado a un lado, de cualquier manera. Víctimas de la plaga. El hedor era insoportable. El caballero se estremeció. Mejor morir en combate que consumido por la enfermedad. Se cubrió la boca y la nariz con un trapo deshilachado y sucio y azuzó a su montura para que se moviera a trote más ligero. Que los seres queridos de estos pobres despojos los hubieran abandonado para que se pudrieran, no le incomodaba. Era el momento de pensar en los vivos, de ayudar a aquellos en los que alentaba el soplo de la vida. Los muertos podían esperar.

La luz se fue apagando a medida que el sol descendía en el cielo nublado hacia su propia muerte. Garrick divisó las cabañas de esta región. A diferencia de aquellas por las que había pasado no hacía mucho, éstas estaban, más o menos, intactas. Sin embargo, al saberlas contaminadas, fue incapaz de entrar en una de ellas para descansar. En cualquier caso, tampoco debía concederse un descanso. Cada minuto era precioso para él, como si fuera el último.

Al cabo de una hora tenía el bosque a la vista; señalaba el comienzo del paso antes incluso que los grandes riscos que lo flanqueaban. Garrick parpadeó, sorprendido de haber llegado tan lejos. Ello era en sí mismo un milagro. Dio las gracias a Paladine y una repentina sensación de calidez le recorrió todo el cuerpo.

Los primeros árboles era poco más que tocones. Esta parte del bosque había sido esquilmada por los desesperados campesinos. Al final el pánico se había adueñado de las gentes. A un lado había un pequeño montón de leña. Un poco más allá, el tronco de un árbol. Un poco más allá, el tronco de un árbol aparecía cortado en parte.

Garrick se preguntó tontamente si los leñadores habrían huido a causa de la plaga o de la horda que avanzaba.

Auron se mostró reacio a entrar en la floresta y sólo lo hizo después de que su jinete lo azuzó con insistencia. Garrick frunció el entrecejo. Su caballo de batalla no era dado a esta clase de vacilaciones. El caballero se llevó la mano a la empuñadura de la espada, si bien no desenvainó el arma. Azuzando de nuevo a su montura consiguió que avanzara a buen paso.

Un silencio mortal reinaba en el bosque. Ni pájaros ni animales terrestres. Ni siquiera había el más leve soplo de brisa. *Auron* resopló. Garrick apretó el puño de la espada. Escudriñó los alrededores, pero no atisbó señal alguna de actividad draconiana en la floresta. Pese a ello, la sensación de muerte flotaba en el aire. Era como si la vida animal hubiese abandonado la zona en manos de la Reina de la Oscuridad. Parecía que incluso los árboles se habían dado por vencidos; muchos estaban muriéndose... Otra muestra de lo que ocurriría si los ejércitos de las tinieblas salían triunfantes de la contienda.

Continuó cabalgando. Con la caída de la noche y la temperatura más baja, su estado febril pareció mejorar. Olvidó en parte su dolor. A ambos lados, los riscos se volvían más y más altos. Garrick hizo que su montura se detuviera un momento y escogió un puesto idóneo en la escarpada ladera. Cuando quiso reanudar la marcha, *Auron* y no se movió. El animal se había esforzado al máximo y por fin había llegado a su límite. Ni siquiera la disciplina de su entrenamiento consiguió superar tal extenuación.

Garrick dio unas palmadas suaves al caballo y desmontó. Lo dejó que descansara en tanto él iniciaba el ascenso a la cumbre del risco. La ladera era escarpada pero no inaccesible.

El caballero se libró de la carga de su equipo más pesado y progresó a buen paso.

En cualquier caso, agradeció a Paladine el no tener que hacer una larga escalada. Las hogueras del campamento se divisaron nada más sobrepasar las copas de los árboles. Al fondo, el paso se hundía en una pronunciada vertiente d emane raque proporcionaba a Garrick una visión panorámica de la región mejor de lo que había esperado. Al ver el incontable número de hogueras, el caballero comprendió que había localizado a las fuerzas de la Reina de la Oscuridad. Habían acampado con toda tranquilidad en un área donde podrían haber quedado atrapados fácilmente si hubieses existido un ejército que los cercara. La guarnición septentrional, ni que decir tiene, era muy pequeña. Y cualquier otra clase de resistencia había sido aplastada. El comandante del ejército invasor tenía razones para sentirse seguro.

Mañana se dirigirían a través del paso y entrarían en las indefensas tierras. No tardarían mucho en llegar a la guarnición y menos aún en poner fin a la batalla.

Por enésima vez deseó que Standel hubiese sobrevivido y no él. Standel habría

observado imperturbable el masivo ejército y luego resoplaría burlón. Se habría organizado y hico planes. Garrick sólo tenía unas cuantas ideas descabelladas y la confianza en que Paladine le diera una oportunidad para actuar.

Los dolorosos latidos de las sienes se habían reanudado cuando el caballero llegó junto a su montura. El caballo pastaba tranquilamente. No vio razón para molestarlo. *Auron* ya había hecho más que suficiente por su amo, y Garrick se sentía incapaz de exigirle más. Ahora todo dependía de él.

Sus dedos temblorosos alzaron el medallón. Su tacto seguía siendo cálido, y aun en la oscuridad parecía brillar. Lo acarició brevemente y después se hincó de rodillas para orar.

Aparecieron en el momento de desaparecer el alba.

Garrick acababa de apagar la última hoguera y ahora descansaba recostado contra un árbol con la espada desenvainada y el escudo presto. Había dejado libre a *Auron* y lo había obligado a alejarse; no quería que el fiel animal pereciera en vano.

Fue sencillo encender las hogueras. El suelo del bosque muerto estaba alfombrado de ramas y leña, la mayoría tan secas que enseguida prendieron. Las hogueras ardieron con fuerza, si bien no duraron mucho tiempo. A pesar de ello, sirvieron para el propósito de Garrick.

A juzgar por la precaución con que se movían los exploradores, era evidente que habían encontrado los rescoldos de varias lumbres. Garrick había tenido la precaución de esparcir en torno a cada hoguera algunos desechos que había recogido durante el viaje; lo suficiente para confirmar las sospechas del enemigo: que los adversarios de la Reina de la Oscuridad esperaban a su ejército en este bosque.

Garrick escuchó el sonido siseante de una respiración y un instante después atisbó un pie deforme de piel coriácea. La espada del caballero se movió con tal rapidez que apenas fue un borrón en el aire. Entró y salió del cuello del draconiano antes de que la criatura hubiese muerto. El cuerpo se convirtió en piedra y cayó hacia adelante. Garrick se asomó por detrás del árbol y acto seguido se escabulló con presteza.

No se detuvo hasta encontrarse a cierta distancia del área donde había matado al guerrero draconiano. De nuevo se recostó contra un árbol, pegado contra el tronco, y se quedó al acecho. En esta ocasión la espera no fue tan larga.

Estos exploradores eran humanos. El primer golpe alcanzó al que estaba más cerca. El hombre tuvo tiempo de dar un respingo, pero nada más. Aún no había llegado al suelo cuando Garrick se lanzaba ya sobre su compañero. El segundo explorador tuvo tiempo de alzar su arma, pero su habilidad como espadachín era muy inferior a la de un Caballero de Solamnia entrenado para el combate. Garrick lo desarmó primero y después lo alcanzó con un golpe en el hombro. Cuando el soldado trató de huir a gatas, Garrick lo dejó sin sentido propinándole otro golpe en la cabeza.

Arrastró al inconsciente explorador y lo escondió detrás de un árbol. Los ojos del caballero empezaban a estar borrosos; a no tardar, habría perdido la vista. Se obligó a concentrarse en el curso de la acción a seguir. Había ciertas cosas que tenían que hacerse ineludiblemente.

Permaneció en el mismo sitio mientras lo consideró seguro y después se encaminó hacia lo que sería su tercero y probablemente último enfrentamiento. No se atrevía a alargarlo más. Los oídos le zumbaban y la cabeza parecía a punto de estallar.

Se apoyó con pesadez contra un árbol y procuró recobrar el aliento. Ahora no estaban desprevenidos. Los cadáveres de sus compañeros los habían alertado del peligro que los acechaba. Ya no se metían entre los arbustos sin tomar precauciones. Garrick calculó que eran cinco adversarios como mínimo, dos de los cuales se encontraban casi al alcance de su arma. Procuró dominar el temblor de los dedos para aferrar bien la empuñadura y parpadeó repetidas veces en un vano intento de aclararse la vista. Escuchaba el siseo de los draconianos con tanta claridad como si respiraran junto a su oído.

El primero en llegar a su posición cometió el error de mirar hacia el lado equivocado mientras lo sobrepasaba. Garrick casi lo descabezó. Por desgracia, sus reflejos habían mermado de manera considerable. El draconiano se petrificó y se desplomó, arrancando en su caída la espada de los débiles dedos del caballero.

A pesar de estar desarmado, la suerte no abandonó a Garrick. El súbito ataque había dejado momentáneamente perplejo al segundo draconiano. Antes de que tuviera tiempo de reaccionar, Garrick ya se le echaba encima. Pelearon con fiereza, pero la peculiar constitución del draconiano representaba una desventaja para él en la lucha cuerpo a cuerpo. No obstante, el agotamiento del caballero nivelaba la balanza.

Se oyeron gritos pro los alrededores, tanto voces humanas como draconianas. Llegó una patrulla. A Garrick lo apartaron con rudeza de su adversario, que permaneció tumbado en el suelo respirando a boquadas. Mientras lo reducían propinó un puñetazo en el estómago a un humano que lo hizo recular cinco o seis pasos. Un instante después le sujetaban los brazos a la espalda y lo obligaban a inclinarse. Un draconiano lo abofeteó con fuerza. Se oyó el sonido siseante del acero al salir de una vaina, pero alguien murmuró algo ininteligible para Garrick. El murmullo fue seguido del sonido del arma al ser envainada de nuevo. Como había supuesto, les habían ordenado que cogieran prisioneros.

Dos de los draconianos cuyas alas se agitaban por la furia lo sujetaron con fuerza mientras uno de los humanos lo maniataba. Alguien sacó unas cadenas con las que le ataron los tobillos de tal manera que cuando Garrick intentó andar a pasos normales se tambaleó. Lo despojaron del yelmo y le pusieron un collarín de cuero que casi lo ahogó, al que iba unida una correa. Trastabilló y cayó de rodillas. Sólo gracias a fuerza de voluntad consiguió incorporarse. Apenas sentía ya los golpes que le

propinaban sus aprehensores.

Un humano que debía de estar al mando de la patrulla condujo al grupo de regreso al campamento. Estaban convencidos de que una numerosa partida de caballeros estaban al acecho en alguna parte del bosque. Tras enfrentarse a un caballero que pese a su aparente agotamiento era capaz de presentar batalla a media docena de adversarios no estaban muy ansiosos por tener un encuentro con una fuerza superior. Los distintos miembros de la patrulla se turnaron en tirar de la correa que lo arrastraba. De no ser porque estaban convencidos de que podían sacarle alguna clase de información, lo habrían matado con gusto allí mismo para de ese modo apresurar la retirada.

Llegó un momento durante la marcha en que Garrick no lo pudo resistir más. Su cabeza parecía a punto de estallar. Hacía un calor insoportable. Era incapaz de coordinar los movimiento; ni siquiera era consciente de lo que ocurría su alrededor.

Por fortuna, perdió el sentido.

Volvió en sí con la brusca sensación de algo frío que se estrellaba en su rostro y le resbalaba por el cuello. Garrick se estremeció e intentó enfocar la vista. La deslumbrante luz del mediodía le hirió los ojos obligándolo a cerrar de nuevo los párpados. Quiso levantarse, pero se encontró con que estaba atado a alguna clase de silla. Alguien se movió cerca.

—¿Le echo otro cubo de agua a la cara, general?

—No creo que sea necesario. —La voz tenía un timbre tan frío como autoritario—. Si nuestro caballero tiene agallas, abrirá los ojos y hará frente a la realidad. Pero si es un cobarde, tal vez haga falta otro cubo de...

Garrick apretó los dientes y se obligó a abrir los párpados y resistir la luz a despecho de la agonía que significaba. Tras varios segundos de no distinguir nada salvo el cegador resplandor, por fin logró enfocar dos figuras borrosas. Una de ellas tenía la constitución ligeramente encorvada propia de los draconianos. La otra correspondía a un humano..., por así decir. Todo cuanto Garrick podía distinguir al principio fue que el humano superaba con creces los dos metros de estatura.

Se encontraban en una tienda de campaña bastante amplia. A un lado había mesas y sillas, y por todas partes se apilaban armaduras y equipamiento de batalla. En apariencia, la tienda no estaba destinada a un propósito determinado. Por el momento era su prisión. El gigantesco hombre soltó una suave risita.

—Muy bien. Después de todo, veo que la reputación de los Caballeros de Solamnia está en parte justificada. Empezaba a creer que todo era un mito.

—Desatadme. —La palabra fue apenas un susurro que salió entre los labios agrietados de Garrick, pero el general la captó.

—Oh, no pienso correr ese riesgo. Podrías reducirnos, escapar y ponerte a

salvo..., dándote una ventaja de seis o siete horas.

El draconiano soltó una siseante risa jocosa. Garrick estudió a los dos al aclarársele la vista poco a poco. El asistente reptil se parecía mucho a sus semejantes, salvo en el abigarrado color de la piel, distinto de los que el caballero había visto antes.

No obstante, en sus ojos había una expresión perversa que ponía de manifiesto su disposición a arrancar a Garrick los dedos de las manos y los brazos del tronco si se le presentaba la ocasión. La conclusión lógica es que era el designado por el general para llevar a cabo la tortura.

El propio general era sin discusión un gigante entre sus semejantes, y no sólo por su estatura. Su peso superaba en un tercio el de Garrick y en esos kilos no había ni un gramo de grasa. Pero la fuerza física no era suficiente para coordinar y dirigir con éxito un ejército tan numeroso. El caballero no dudó ni por un momento que la inteligencia del general era acorde con su físico impresionante.

—Soy el general Krynos de Culhairai, una tierra de la que estoy seguro no has oído hablar y que tampoco merece la menor referencia. Cuando me enteré de que su Oscura Majestad había regresado y se estaban organizando ejércitos, aproveché la oportunidad para unirme a sus fuerzas y demostrar mis aptitudes militares. Pero hasta le momento no he encontrado un reto digno de mí.

A decir verdad, incluso a los Caballeros de Solamnia les habían impresionado algunos informes recibidos acerca de Krynos y su reputación como militar. Los ejércitos que había aplastado habrían hecho retroceder no sólo a muchos generales, sino a algunos de los Señores de los Dragones. Se rumoreaba que en la primera oportunidad en que fuera preciso cubrir un puesto en las filas de los Señores de los Dragones, Krynos sería el elegido.

Y en su camino se interponía sólo una pequeña guarnición. Un ejército de apenas un centenar de hombres. Eso... y Garrick.

—¿Cómo se llama, Caballero de Solamnia?

—Garrick.

—¿Sólo Garrick? ¿Nada como Garrick el Grande, o el Paladín, o el Azote de Draconianos?

Las alas del torturador se extendieron con ansiedad anticipada. Los rasgos de reptil del draconiano se distendieron con una sonrisa que hablaba de la mortal diversión que preparaba para Garrick cuando lo tuviera su disposición. De manera explícita, el caballero hizo caso omiso de la criatura.

—Sólo Garrick —respondió.

—Como quieras, «Sólo Garrick». Dime: ¿cuántos compañeros tuyos hay apostados en el bosque? Los exploradores y las patrullas han contado al menos tras docenas de hogueras. Aunque tengáis otras faltas, los Caballeros de Solamnia nunca

os dais a la fuga. Aunque os enfrentéis a un enemigo muy superior en número.

—Soy el único. Podéis buscar cuanto queráis, pero no encontraréis a nadie más. Vine sólo.

Krynos se echó a reír y el desagradable siseo del draconiano le hizo eco. La afilada garra de este último abofeteó con fuerza al caballero. Garrick notó el cálido flujo de la sangre en la boca. El general alzó la mano para detener el siguiente golpe del torturador.

—Todavía no... Y no le des en la boca. Quiero entender lo que dice cuando responda a mis preguntas. YU hablarás, caballero, tenlo por seguro. Ssaras es muy bueno en su trabajo, sobre todo con los humanos. Te aconsejo que te dejes de historias absurdas y nos digas dónde se esconden tus compañeros. No puedo permitirme el lujo de perder días rastreándolos por el bosque. Nada se interpone en mi camino, salvo una guarnición minúscula e insignificante que además ya ha sido castigada por la guerra. La fuerza más cercana con un contingente de tropas a tener en cuenta se encuentra a dos semanas de camino y tiene suficientes problemas propios como para preocuparse por mí.

Garrick no se sorprendió de que el general estuviera tan bien informado de la situación de la región. Y tal circunstancia era una baza a favor del caballero. Acostumbrado a la precisión de su compleja red de informadores, Krynos no podía admitir que Garrick actuara solo. Si había un caballero al acecho, tenía que haber otros. Eran sobradamente conocidas las aptitudes militares de los Caballeros de Solamnia. ¿Quién sabe qué añagazas eran capaces de perpetrar? Krynos no podía permitirse cometer un error en estos momentos. La más mínima equivocación sería un desprestigio.

Garrick guardó silencio. Krynos frunció el entrecejo y después hizo un gesto con la cabeza a Ssaras. El draconiano se acercó ansioso a una mesa sobre la que había una serie de objetos tanto reconocibles como desconocidos. La criatura seleccionó uno y se lo mostró a su señor. El general lo miró con un interés casi analítico antes de sacudir la cabeza. Decepcionado, el draconiano dejó el instrumento en la mesa y aguardó a recibir nuevas órdenes. La atención de Krynos volvió otra vez al caballero.

—¿Dónde estás tus compañeros, Garrick? ¿Cuáles son sus planes? ¿Una carga masiva en campo abierto? Sería una maniobra estúpida, pero conozco a los de tu Orden. Quise ingresar en ella antes de que recobrara el sentido común y ofreciera mis servicios a su Oscura Majestad.

Esta declaración habría herido a Garrick antes. Ahora, sin embargo, estaba más allá de tales nimiedades. Bastante esfuerzo era mantenerse consciente como para entrar también en el juego de prestar oídos a las pullas de su adversario.

El general chasqueó los dedos. Ssaras se dirigió a un montón de objetos dispares y recogió algo. Garrick lo identificó de manera gradual como su propio escudo. El

general se lo cogió al draconiano y lo miró con expresión divertida.

—Tal vez he sobrevalorado a los nobles Caballeros de Solamnia. Tal vez se estén escondiendo en el bosque, moviéndose a hurtadillas y luchando como elfos o enanos gullys, sin dar la cara y sorprendiendo a sus enemigos por la espalda. Es decir, un honor. —Arrojó el escudo al suelo y lo escupió. Luego una fuerte bota cayó sobre el mismo centro.

Apenas sin esfuerzo, Krynós había hecho una mella en el metal del escudo.

La creciente ira de Garrick amenazó con apoderarse de él en ese instante, pero el cálido roce que sintió en el pecho contuvo su estallido. Fue entonces cuando cayó en la cuenta de que lo habían despojado de su armadura, pero no del medallón. Era imposible que no se hubieran fijado en él cuando lo registraron.

Ssaras dirigió una mirada esperanzada al general. Krynós sopesaba todas las posibilidades a su alcance.

—Ve a buscar a Thaygan.

—Thaygan es un ambaucador —siseó el draconiano—. Todos los clérigos lo son, general.

—¿Te gustaría decirle eso mismo a su Oscura Majestad, Ssaras? Tal vez sienta tener que disentir con tu opinión.

El draconiano enmudeció de inmediato. Sin añadir más, salió en busca del clérigo. Garrick musitó una plegaria a Paladine. Si el tal Thaygan era un clérigo con la fuerza suficiente, serían escasas las oportunidades que tendría el caballero de defender su mente del asalto al que lo sometería. A diferencia de muchos de sus compañeros, Garrick sentía un profundo respeto por el poder de los clérigos.

Una mano fuerte y enguantada lo obligó a alzar la cabeza tirándole del pelo. Krynós se aproximó a él; se acercó tanto que Garrick sintió en el rostro el ardiente aliento del otro.

—Dime ahora lo que quiero saber y te ahorraré el tierno tacto de Thaygan. A su modo, deja a los prisioneros en peores condiciones de lo que lo hace Ssaras.

—Estoy solo. No hay nadie más.

Los ojos del general relampaguearon.

—¿Lo juras?

Garrick eludió el compromiso repitiendo las mismas palabras. Como esperaba, su oposición a prestar juramento sirvió para que Krynós se convenciera aún más de que había otros caballeros deambulando por los alrededores del bosque.

El general le soltó la cabeza. Paseó de un lado a otro de la tienda varias veces antes de que la súbita aparición de un clérigo oscuro lo hiciera detenerse sobresaltado. El recién llegado contempló a fijeza al militar y después al prisionero, que se debatía débilmente con las ataduras. Del clérigo lo único visible eran sus manos.

—¿Necesitas mi servicios, general krynos?

—Por desgracia, sí. Necesito que este hombre me dé cierta información y ya sabes lo testarudos que llegan a ser los Caballeros de Solamnia.

—¿Un Caballero de Solamnia? ¿Aquí?

—¿Tienes los oídos taponados con los cánticos y los encantamientos de tu orden? Un Caballero de Solamnia, sí. Los capturamos en el bosque..., y, donde hay uno, hay más. Quiero que me diga la verdad. Pero lleva cuidado. Sus condiciones físicas no son óptimas. Me temo que a mis hombres se les fue un poco la mano cuando lo prendieron.

El clérigo se echó atrás la capucha. Garrick pensó por un instante que tenía ante sí a la propia Muerte. El color demacrado del viejo clérigo superaba los parámetros normales. El prisionero tuvo la impresión de que el rostro de Thaygan se iba a desmenuzarse en pedazos cada vez que hablaba.

Krynos palideció un poco cuando el clérigo se acercó al caballero. En medio del aturdimiento, Garrick se preguntó qué podía asustar a un hombre de la reputación del general. Este pensamiento se desvaneció junto con todos los demás cuando el clérigo alargó las manos y las puso una a cada lado de la cabeza del prisionero.

Garrick se hundió en un abismo y no dejó de gritar mientras caía en él. De alguna parte le llegó una voz autoritaria que le exigía algo. Pero las palabras no tenían ningún sentido para él y siguió cayendo en la negrura.

Una mano inmensa apareció en las tinieblas. Brillaba con luz propia. Sin el menor esfuerzo frenó la caída de Garrick y lo sujetó con firmeza. Pero la presión de la gigantesca mano no era sofocante; por el contrario, le proporcionaba una sensación de seguridad. Abrumado por la inmensurable oleada de paz y amor, Garrick se sumió en la aterciopelada negrura de la inconsciencia.

Volvió en sí brevemente y vio a dos hombres deliberando. Uno era increíblemente viejo y más semejaba un cadáver momificado. El otro era un gigante que parecía capaz de partir en dos al escuálido viejo con poco que se lo propusiera. Discutían sobre algo. De tanto en tanto señalaban a Garrick. El caballero aguardó pacientemente a que le hicieran alguna pregunta. Pero no le plantearon ninguna y se deslizó de nuevo, poco a poco, en la nada.

El hombre de la reluciente armadura bajó la vista hacia Garrick y lo contempló con cariño y respeto. Garrick se sentía incapaz de mirarlo cara a cara. No se creía digno de la audiencia concedida. El otro sonrió.

«Ha llegado el momento, Garrick. La hora de que te incorpores a las filas. De que te unas a Huma y a los demás».

Por vez primera, el joven caballero vio las filas alineadas detrás de Paladine. En ellas estaba alguien que conocía bien. Desde su puesto, Standel movió la cabeza en señal de asentimiento con gesto circunspecto... y después esbozó una gran sonrisa. Paladine la indicó con un ademán que se levantara.

«Es la hora, Garrick».

—¡Vamos! ¡Despierta, caballero! —Una mano le sacudió la cabeza.

Garrick tenía un velo rojo en los ojos y comprendió tardíamente que la sangre le escurría de la frente. No sentía el pie derecho, sus brazos ardían con un dolor brutal. Escupió sangre.

Un draconiano estaba de pie junto al general. Era Ssaras y la expresión que se plasmaba en su faz de reptil denotaba la furia extrema que lo consumía. La respiración del draconiano era entrecortada, como si hubiese realizado un trabajo extenuante. Del clérigo, a quien Garrick recordaba sólo vagamente, no había señal. El general Krynos lo miró con gesto ceñudo.

—¿De qué estás hecho, caballero? ¡A lo largo de tres días has soportado torturas que han hecho de otros hombres unos lunáticos vivientes! ¡Has pasado todo ese tiempo sentado ahí y balbuceando insensateces a tu dios! ¡Ni siquiera Thaygan fue capaz de sacarte algo!

Garrick no respondió. No lo creía necesario, y además la cabeza le dolía demasiado para pensar.

—No me vales para nada, caballero. Estén o no apostados tus compañeros ahí fuera, y admito por primera vez que tal vez me has engañado diciéndome la verdad, conduciré a mi ejército cuando amanezca mañana. Cruzaremos el paso y habremos llegado a la guarnición antes de que acabe el día. Su Oscura Majestad sabrá quién es el más meritorio entre sus seguidores.

Ssaras se tambaleó ligeramente. El general frunció el entrecejo. No sin esfuerzo, el draconiano logró mantenerse erguido. Su piel moteada parecía tener más manchas que antes.

Krynos se enjugó el sudor de la frente.

—Para ser justo, he de admitir que has sido un reto magnífico. ¿Tienes alguna petición que hacer antes de que Ssaras ponga fin a tu vida?

Con un esfuerzo sobrehumano, Garrick se obligó a sentarse derecho. La mirada borrosa había desaparecido de sus ojos.

—Exijo morir en combate.

—¿En combate? —repitió el general, con una ceja arqueada—. Apenas puedes sostenerte en pie, y menos luchar. Haré que Ssaras te corte la garganta con rapidez, antes de que te des cuenta. Sí, será mucho mejor, más eficiente, en mi opinión.

Garrick tuvo que empujar literalmente las palabras para que salieran entre sus

dientes apretados:

—Exijo morir en combate... contigo, a menos que tengas miedo.

Una mano enfundada en guantelete fue hacia un arma. El general se contuvo a duras penas. Aflojó despacio los dedos crispados en la empuñadura de la espada.

—Muy bien —dijo—. Te concedo tu último deseo.

El torturador draconiano lo miró escandalizado.

—¡Señor! ¡Piensa lo que dices! ¡Es una trampa!

—¡Es el deseo de un hombre a punto de morir, Ssaras! Si quiere luchar conmigo, lo hará. Me servirá de diversión antes de iniciar los preparativos para nuestra marcha. Desátalo, Ssaras.

—Mi señor Krynós, poderoso general, te suplico...

—Desátalo... Salvo, claro está, que me creas incapaz de derrotar a alguien en sus condiciones.

El draconiano se acercó a Garrick y sacó un cuchillo. Por un breve instante, la mirada del torturador se quedó prendida en la garganta desprotegida del caballero. En la frente del hombre reptil se formaron unas arrugas al intentar en vano discernir algo.

—Estoy esperando, Ssaras.

El draconiano hizo su cometido con premura. Las ataduras cayeron al suelo. Despacio, con cuidado, Garrick se levantó de la silla a la que había estado atado casi cuatro días. Tenía los músculos agarrotados, pero por lo demás apenas sentía dolor.

Movió un pie y comprendió cuál era en parte la razón. La mayor parte de su cuerpo estaba insensible, quizá de manera permanente. Todavía sangraba por algunas heridas. Garrick se obligó a poner toda su atención en proveerse de alguna clase de arma.

—Ssaras, obséquialo con un juguete apropiado.

El draconiano se dirigió a un montón de objetos en el que se encontraba el equipo de Garrick y recogió la espada mellada y sucia del caballero. En una parodia burlona, la criatura hizo el saludo ritual de los caballeros con el arma a la vez que siseaba durante todo el proceso. Krynós esbozó una sonrisa sarcástica e hizo un ademán imperioso al draconiano.

Ssaras arrastró la espada y la dejó caer en los pies de Garrick. El caballero se agachó despacio y la recogió; cada movimiento le produjo un espasmo doloroso en el sistema nervioso. De no ser por el medallón, todavía oculto bajo su túnica, se habría rendido al dolor. Sólo gracias al calor y la fuerza que le proporcionaba consiguió resistir.

Con un esbozo de sonrisa, el general Krynós desenvainó su arma. Era un espadón enorme que la mayoría de los hombres habrían tenido que sostener con las dos manos. En cambio, el general lo blandió fácilmente con una sola. Saludó a Garrick.

—¿Estás listo?

En respuesta, el caballero enarboló su espada y probó su equilibrio. Era como sostener a un viejo amigo. En algún punto, cerca de la entrada de la tienda, Ssaras siseó con desagrado.

—Listo —dijo Garrick.

La expresión divertida desapareció del rostro del general Krynós en el momento en que vio la espada de su contrario dirigirse hacia él. Apenas tuvo tiempo de frenar el golpe. Maldiciendo en voz baja, retrocedió para recobrar el equilibrio. Garrick se adelantó, sin dar tiempo a su adversario, más corpulento, a hacer poco más que defenderse. El draconiano brincaba frenético, siseando de manera continua. Sus garras afiladas acariciaban sin cesar el puño del cuchillo que la criatura llevaba metido en el cinto pro costumbre, en prevención de que algún prisionero se soltara las ataduras. El temor del draconiano a usar el cuchillo radicaba en no saber si su señor aprobaría tal intención o por el contrario mandaría que le cortaran la cabeza.

Krynós sangraba por tres heridas superficiales, pero los ataques de Garrick perdían velocidad pro momentos. Ahora el general podía darse un respiro y pensar. Las tornas cambiaban poco a poco.

Toda la fuerza abandonó los brazos de Garrick de una manera tan súbita que sorprendió a ambos contendientes. La espada del caballero salió volando hacia la entrada de la tienda, donde el vigilante Ssaras apenas tuvo tiempo de saltar a un lado antes de que el acero se hincara en el punto ocupado un momento antes por el draconiano. Garrick parpadeó y dejó caer el brazo junto a su costado. Krynós se adelantó para poner fin al combate y a su oponente con un golpe certero.

Garrick se desplomó en el suelo, sin que lo hubiese tocado el arma del general.

Krynós se quedó inmóvil, contemplando fijamente el cuerpo tendido. El torturador se acercó presuroso y giró al caballero boca arriba. El rostro del reptil se acercó a escasos centímetros del de Garrick. Tras un rápido examen, el draconiano alzó la vista hacia su señor.

—Está muerto. Las heridas debieron de ser más de lo que podía soportar.

—Lo sorprendente es que haya aguantado tanto. —El general envainó la espada —. Estaba medio muerto cuando lo trajo la patrulla. Me pregunto por qué.

—¿Qué hago con él, mi señor?

—Enterradlo. Es lo menos que se merece..., aunque fuera un necio.

—Como ordenes. —El draconiano salió de la tienda.

El general Krynós, antes de Culthirai, estudió en silencio la figura desplomada a sus pies y suspiró. Había esperado mucho más de un caballero. La guerra era cada vez más aburrida.

Los cuatro soldados que se encargaban de enterrar a Garrick, Caballero de Solamnia, estaban amodorrados. Casi todos sudaban copiosamente a pesar de que soplaban un

aire frío. Uno tuvo que ser relevado del servicio para buscar un clérigo después de haber estado a punto de caer al agujero que cavaban. Los tres restantes continuaron con su trabajo, procurando terminarlo cuanto antes y dedicarse a cosas más importantes como era la partida de cartas. Con las prisas, ninguno se fijó en el medallón que quedó al descubierto cuando arrojaron el cadáver al hoyo. Mientras lo enterraban junto con el cuerpo, el medallón pareció relucir más y más, a despecho de no haber luz.

Al amanecer del día siguiente el ejército no se puso en marcha. Un gran número de soldados se quejaba de tener mucho calor y estar sedientos. La mayoría tuvo que guardar cama. El número de enfermos se incrementó con rapidez.

Los clérigos no pudieron prestar la menor ayuda. Habían sido los primeros atacados por la enfermedad y, cosa curiosa, con más virulencia. La mayoría murió aquél mismo día.

El general Krynós intentó organizar las tropas disponibles. Había separado a los sanos de sus compañeros enfermos. A pesar de ello, más y más hombres caían presa de la enfermedad. En un solo día, la cuarta parte del contingente del ejército.

Reinaba una gran confusión. Algunos soldados intentaron desertar. Muchos fueron capturados y ejecutados, al resto les siguieron el rastro. Uno tras otro fueron encontrados muertos a pocas horas de distancia del campamento.

Fue el general Krynós el primero en comprender lo que había pasado. Se había tragado el señuelo de la trampa que lo había llevado a enfrentarse a un enemigo imbatible. Incluso cuando él mismo fue presa de la plaga, que para entonces ya se había cobrado un número de víctimas que sobrepasaba la mitad de su ejército, todavía no entendía cómo ni él ni los otros, en especial Thaygan, se habían dado cuenta de los síntomas.

Cuatro días después, la plaga que se había incubado en el organismo de Garrick manteniéndose en un punto muerto durante más de una semana había barrido la casi totalidad de lo que había sido un poderoso ejército, a excepción de unos pocos supervivientes. Merced a su testimonio se evitó que cualquier otro ejército avanzara por aquella ruta durante el resto de la guerra. Incluso los clérigos de la Reina Oscura rehusaron aproximarse a la zona, ya que notaban que el poder de Paladine estaba involucrado de algún modo.

Con el tiempo, los campesinos regresaron y la guarnición recibió refuerzos para enfrentarse a un enemigo que jamás apareció. Nadie recordó al solitario Caballero de Solamnia que cumplió su juramento del único modo que lo entendía.

Los exiliados

Paul B. Thompson y Tonya R. Carter

Soñaba con una batalla. El pequeño lecho tembló con el choque en combate de la caballería fantasmal y el tremor del avance de la infantería espectral. En medio del alborozo una voz profunda penetró en la bruma del sueño.

—Sturm, despierta. Levántate, muchacho.

Sturm Brightblade abrió los ojos. Un hombre alto, fornido, de ojos oscuros y poblado mostacho se alzaba imponente junto a su lecho. La antorcha que transportaba ponía de relieve el peto de acero y la capa de piel de lobo.

—¿Padre? —dijo adormilado el muchacho.

—Levántate, hijo —repitió lord Brightblade—. Es hora de partir.

—¿Partir? ¿Adónde, padre?

Lord Brightblade no respondió y se volvió con rapidez hacia la puerta.

Ponte ropa de abrigo —advirtió antes de salir del cuarto—. Está nevando. Y apresúrate, muchacho.

La hoja de madera se cerró con un sordo portazo a sus espaldas. Sturm se sentó en el lecho y se frotó los ojos. La vela de la palmatoria estaba encendida, pero en el brasero quedaban sólo cenizas frías. Se echó por encima una bata gruesa y torció el gesto cuando sus pies descalzos tocaron el suelo de piedra. Mientras se incorporaba sin saber bien qué hacer a continuación, se oyó un toque en la puerta.

—Adelante —dijo.

La señora Carin, doncella de su madre, entró a toda prisa. Su rostro, por lo habitual sonrosado, estaba pálido bajo el embozo de paño.

—¿Todavía no estás vestido, joven amo? —preguntó—. Tu madre me ha enviado para que te ayude a terminar de hacer el equipaje. ¡Date prisa!

—¿Por qué? ¿Qué ocurre? —preguntó Sturm mientras se frotaba la nariz en un gesto de desconcierto.

—No soy quién para responderte, joven amo. —Cruzó presurosa el cuarto hacia un arcón oscuro de madera y empezó a sacar ropa de su interior—. Esto y esto también. Eso no. Esto sí —musitaba. Echó una rápida mirada al muchacho—. ¿A qué esperas? ¡Trae tu bolsa de viaje!

Sturm sacó de debajo del lecho una bolsa de cuero alargada. El muchacho estaba muy crecido para sus once años, pero el saco era casi tan largo como él alto. Mientras las ropas llovían sobre la cama, Sturm fue cogiendo las prendas y doblándolas una por una.

—No hay tiempo para eso —declaró Carin—. Échalo en la bolsa, Sturm.

—¿Adónde vamos? —preguntó, a la vez que tiraba a un lado un calcetín

desparejado—. ¿Y por qué nos vamos?

—Por los campesinos —contestó Carin.

—¿Las gentes de Avrinet? No lo comprendo. Padre dice que el invierno es muy duro y lo están padeciendo, pero...

—No hay tiempo que perder con charlas, joven señor. Hemos de apresurarnos. —Carin sacudió la cabeza y se inclinó sobre el arcón medio vacío—. Es terrible que la gente olvide cuál es el lugar de cada uno...

Sturm continuaba doblando metódicamente cada prenda, pero la doncella se las cogió de las manos y las embutió de cualquier manera en la bolsa.

—Ya está. Terminado. —Arrastró la bolsa hacia la puerta—. Vendrá alguien a recogerla. Entretanto, termina de vestir. Ponte la capa más gruesa..., la que tiene la capucha de piel.

—Carin. —El tono desconcertado de Sturm hizo que la mujer se detuviera—. ¿Vienes con nosotros?

—Donde vaya mi señora, iré yo —dijo, irguiendo su figura bajita y regordeta. Luego salió del cuarto.

El salón principal del castillo Brighblade resonaba con un apagado tumulto. Sólo había encendidas unas cuantas velas en los candelabros de las paredes, pero a su mortecina luz Sturm vio que todo el servicio estaba levantada. En los últimos tiempos, muchos sirvientes se habían marchado llevándose con ellos utensilios y objetos de poco valor. Sturm tenía sólo una vaga idea de lo que ocurría al otro lado de los muros del castillo.

Había hombres armados en cada puerta, con las picas dispuestas. Sturm se encontró en medio de un río de sirvientes apresurados que lo arrastró hasta la puerta del cuarto de guardia. Su padre estaba allí, junto con otro hombre que levantó la cabeza al ver entrar al chico. Sturm reconoció al amigo y compañero de armas de su pare, el caballero Gunthar Uth Wistan.

—He hecho el equipaje, padre —dijo.

—¿Eh? Oh, sí, bien. Ve con tu madre, muchacho. La encontrarás en el corredor norte. —Volvió de nuevo la vista al mapa que tenía extendido sobre la mesa ante él.

Sólo es un muchacho, Angriff —oyó decir a lord Gunthar—. Todavía no es un hombre, y mucho menos un caballero.

—Sturm es hijo y nieto de Caballeros de Solamnia —replicó lord Brightblade—. Nuestro linaje se remonta a Berthal el Espadero. Debe aprender a hacer frente a las adversidades y fatigas.

Sturm alzó la barbilla y echó a andar. Siguió la línea de antorchas en el corredor pasando el dedo por una juntura de argamasa de los bloques de piedra, como lo había hecho cada día desde que fue lo bastante alto para llegar a ella. Quizá ésta era la última vez que siguiera su trazado. Aflojó el paso a fin de alargar un poco más la

sensación.

En lo alto, el postigo suelto de una tronera golpeaba al impulso del viento. Sturm remontó los estrechos peldaños que llevaban a la tronera y sacó el brazo por el hueco para agarrar el postigo. A través de la nevada que caía silenciosa atisbó un fulgor rojizo en el horizonte. Era muy temprano para que estuviera amaneciendo.

—¡Cierra ese postigo!

Sturm giró veloz sobre sí mismo. Soren Vardis, sargento de la guardia, se dirigía hacia él a grandes zancadas. Subió los peldaños de dos en dos. Soren alargó el brazo por encima de la cabeza de Sturm, cerró la contraventana, y la atrancó con el pestillo. Luego sonrió al muchacho.

—Hay arqueros en el bosque —dijo—. Una silueta al contraluz de la ventana es una diana perfecta.

—¿Qué van a hacer los campesinos, sargento?

El resplandor rojizo se colaba a través de una grieta del postigo y dibujaba una pincelada sangrienta en el rostro de Soren. El soldado contempló a Sturm y su actitud correcta y erguida.

—Supongo que tienes derecho a saberlo —dijo—. Los campesinos se han sublevado. Han prendido fuego al bosque norte y han quemado los pastizales en barbecho del este y del sur. El ganado de tu padre ha sido robado o sacrificado. Mataron a varios de mis hombres en Avrinet, pero no antes de que informaran que los campesinos preparaban un ataque.

—No podrán entrar al castillo. —Arguyó Sturm.

—Por desgracia, sí que pueden, joven señor. Tengo a mi mando menos de cien hombres para defender la muralla, y de éstos no llegan veinte los que gozan de mi confianza.

Aquellas revelaciones escapaban a la comprensión de Sturm.

—¿Por qué hacen esto, Soren? ¿Por qué? Mi padre nunca los trató con arbitrariedad.

—La gente corriente, aquí como en todo Krynn, culpa a los caballeros de que Paladine no acudiera en su ayuda en los tiempos nefastos. —Soren sacudió la cabeza con actitud pesarosa—. En su furia desmedida han olvidado todo cuanto los caballeros hicieron por ellos.

Los dos bajaron los peldaños.

—Es decir, que padre luchará para abrirnos paso —comentó Sturm.

Soren carraspeó para aclararse la garganta.

—Mi señor Brighblade se quedará para defender su hogar y sus tierras.

—¡Entonces yo también me quedo!

El sargento hizo un alto y posó la mano encallecida por la batalla sobre el hombro del muchacho.

—No, joven señor. Tu padre ha ordenado que tú y lady Ilys vayáis a Solace para vuestra seguridad. Nuestra obligación es obedecer. —Se agachó ante Sturm con una rodilla en el suelo y enjugó sus lágrimas con los ásperos pulgares—. No es momento de llorar, muchacho. Tu madre necesitará de toda tu entereza durante este viaje. En ti recaerá ser el hombre Brighblade del grupo, ¿sabes?

El viento susurró por el corredor norte. Las puertas dobles que daban al patio estaban abiertas. Un carro de dos ruedas aguardaba hundido en la capa de nieve que llegaba a las pantorrillas de los hombres. Espléndida en su capa de pieles de conejos blancos, lady Ilys se despedía de su esposo.

—Que los dioses te acompañen —dijo lord Brightblade mientras apretaba entre sus manos las de ella—. Siempre serás mi dama.

—Y tú mi señor —respondió lady Ilys.

Sus mejillas se rozaron. De la parte delantera del carro llegó el gimoteo contenido de Carin. Sturm y Soren se detuvieron ante lord Brightblade. El sargento se cuadró. El señor del castillo palmeó los fornidos hombros del guardia.

—El mejor soldado a mi servicio —dijo—. Protégelo, Soren Vardis.

—Sí, mi señor.

Angriff Brightblade se volvió hacia su hijo.

—Sturm, haz caso de lo que te digan tu madre y el sargento.

—Sí señor. —¡Cómo ansiaba que lo abrazara! Pero no era el estilo de su padre, ni siquiera cuando iban a separarse.

Soren lo subió al carro y a continuación montó en su caballo. La seora Carin sacudió las riendas, y el vehículo se puso en marcha con un tirón. Sturm hundió el rostro en el brazo. No soportaba partir. A despecho de la advertencia de Soren, de nuevo las amargas lágrimas le humedecieron las mejillas.

Apagaron las antorchas en el acceso oeste antes de que se abriera el portón. El carro y el guardia salieron a la noche. El castillo se perdió de vista rápidamente tras los remolinos de nieve.

La calzada del oeste estaba pavimentada con piedras y se alzaba sobre el resto del terreno; era una reliquia de los días de grandeza anteriores al Cataclismo.

Sturm y su madre iban acomodados entre los bultos del equipaje. Aunque a resguardo del frío y mecidos por el traqueteo del carro, ninguno concilió el sueño. El muchacho oía el rítmico trapaleo de los cascos herrados de *Nuitari* el negro corcel castrado de Soren. El sargento llevaba un paso comedido y vigilaba la calzada al frente, el prevención de algún peligro. Tan pronto como fuera factible, abandonarían el camino bien marcado y pavimentado a fin de seguir una ruta menos visible. De ese modo, si los campesinos planeaban perseguirlos, les costaría más trabajo encontrarlos.

Soren dio un tirón a las riendas de su montura, agarró la brida del caballo del

carro y condujo al animal fuera de la calzada. El grupo acababa de meterse tras unos cetros que ocultaban el camino cuando Sturm oyó el sordo tumulto de unas voces. El corazón le latió con fuerza mientras se asomaba por el costado del carro.

Una partida de hombres de aspecto rudo avanzaba trabajosamente por la nieve. Algunos se cubrían con pieles sin curtir en las que se veía la marca del hierro Brightblade.

—¡Tengo frío! —protestó uno en voz ronca.

—Cierra boca, Bron. ¡Entraremos en calor cuando le prendamos fuego a los salones del caballero!

Unas riss desagradables acogieron la bravata. Sturm escuchó el susurro de su madre elevando una plegaria a Paladine.

Poco después, Soren los conducía de regreso a la calzada y alcanzaban la bifurcación que buscaba el sargento. La señora Carin tiró de las riendas y el carro salió del empedrado para entrar en los surcos de una senda estrecha y embarrada. Las ramas desnudas y negras de los árboles despojados de hojas se cerraron sobre sus cabezas. Por fin Sturm cayó en un inquieto duermevela. Lo despertó el sonido de unos sollozos quedos.

—¿Madre? —llamó. Ella le cubrió la boca con la mano.

—Silencio, hijo.

Sturm vio la huella de las lágrimas en su rostro. Se sentó y descubrió lo que la hacía llorar.

Abajo, al otro lado del campo cubierto de nieve, ardían tres casas. En contraste con el brillante fondo de las llamas, las siluetas oscuras de unas figuras se movían. Vacas y teneros mugían con dolor mientras se desplomaban bajo los golpes de los garretos. Hombres enfurecidos y hambrientos los cortaban en pedazos con hoces y guadañas.

—Harían lo mismo con nosotros —dijo lady Ilys.

Sturm miró al sargento con impotente furia. Soren había desmontado y estaba de espaldas a *Nuitari*, con la espada desenvainada. Bajo la visera del yelmo, sus azules ojos ardían con el resplandor del fuego. Él sólo no podía hacer nada contra veinte. Además, tenía que proteger a las mujeres y al chico.

Se alejaron a hurtadillas, como si fueran ellos los malhechores. Siguió nevando hasta el amanecer, cuando el sol se abrió paso entre el denso manto de nubes grises. Pero, a diferencia del cielo, los corazones siguieron sumidos en la lóbrega tristeza. Comieron pan y queso y bebieron agua de nieve derretida en el odre del sargento.

Sturm relevó a la señora Carin en las riendas. Se limitó a seguir la senda sin que lo guiaran. Carin se ocupó de su señora, intentando resguardarla del sol y del frío viento. Sturm sabía que la mujer estaba agotada. Se preguntó por qué consentiría su madre que la doncella siguiera con las menudencias protocolarias del castillo.

Sturm llevó las riendas hasta el mediodía, cuando Soren hizo otro alto para comer y deliberar.

—Si no recuerdo mal, el camino se bifurca otra vez un poco más adelante —dijo, mientras masticaba un trozo de tasajo—. Si seguimos recto, llegaremos a las montañas que hay a lo largo de la costa. Bordeándolas hacia el sur alcanzaríamos la costa en un jornada, a un paso regular.

—¿Qué parte de la costa? —preguntó lady Ilys.

—Cerca del puerto de Thel, donde suelen atracar los barcos en el Nuevo Mar.

—Barcos, si... Un viaje por mar será más cómodo que el continuo traqueteo del carro —dijo la dama—. ¿Encontraremos en Thel pasaje para Abanasinia?

—No será difícil, mi señora. Es una ruta muy frecuentada.

—En tal caso nos dirigiremos a Thel y allí tomaremos un barco.

El tembloroso caballo de tiro resolló.

—Ruego porque este animal aguante hasta entonces —dijo Soren.

Pero no fue así. Cuando alcanzaron la bifurcación, el pobre caballo de tiro se desplomó y ya no se levantó.

—Oh, señora, ¿qué haremos ahora? —gimió Carin.

—*Nuitari* tendrá que servir —dijo lady Ilys.

Soren no tuvo más remedio que obedecer en silencio. Desenganchó al animal muerto y lo arrastró a un lado de la senda. Después metió al negro corcel de esbeltas patas entre las lanzas del carro sobrecargado. El guardia le dio unas palmadas apaciguadoras en el cuello.

—No hay por qué avergonzarse —dijo en voz baja al animal, aunque Sturm lo oyó al estar cerca—. Todos hemos tenido que servir alguna vez en una tarea inferior a nuestros méritos, amigo mío.

Pasó el día y llegó la noche. Las dos lunas se alzaron luminosas sobre Krynn y de nuevo se pusieron. La señora Carin condujo durante toda la noche, Sturm advirtió que su madre le entregaba uno de sus finos pañuelos de cabeza para que la doncella tuviera cierta protección contra el viento que soplaba de cara.

Con el día el aire se hizo más templado y el hielo del sendero se tornó barro. Se aferraba a las ruedas del carro y a las botas del sargento con tenacidad, pero ni Soren ni el esforzado *Nuitari* protestaron. Subieron la cuesta prolongada de una colina herbosa en cuya cumbre se alzaba un círculo de viejas piedras. Los dólmenes tenían grabadas extrañas imágenes. Sturm notó que había unas fuerzas oscuras presentes en la zona y se acercó a su madre cuando se detuvieron en medio del círculo de ruinas.

Soren subió a lo alto de la cima y señaló el panorama que se extendía abajo, fuera de la vista de Sturm.

—Allí está Thel —dijo.

Thel era una villa pequeña de quinientos habitantes, pero para Sturm era toda una ciudad. Algunos de los edificios construidos en parte con maderaje tenían hasta tres plantas; no eran tan altos como las torres del castillo Brightblade, ¡pero estaban tan llenos de gente! El muchacho estaba fascinado.

Soren condujo el carro por la calle mayor. Eran evidentes en los viajeros las secuelas de pasar cuatro días con sus noches en el camino. Incluso lady Ilys estaba desaseada, tenía el rostro agrietado por el viento cortante y el alma abrumada por el dolor y la amargura.

Los thelitas apenas les prestaron atención a su paso. Los forasteros y refugiados eran cosa común en la ciudad. Por su parte, lady Ilys hizo caso omiso de ellos.

—Gentura. Canalla —dijo con un mohín altanero—. Recuerda, Sturm, que eres hijo de un caballero. No hables con esta gente a menos que se dirijan a ti con el debido respeto, con la deferencia que nos deben.

Soren encontró una posada en primera línea de puerto. Fue a regatear el precio con el dueño dejando a las mujeres y al muchacho en el carro. Sturm se encaramó sobre el equipaje y contempló absorto el ir y venir de los transeúntes.

Un tipo en particular atrajo su atención; era bajo y delgado y se cubría con un manto verde. Sus orejas terminaban en punta y los ojos eran ligeramente almendrados; caminaba con un donaire natural.

—Tiene sangre elfa —comentó la señora Carin.

Al otro lado de la calle, una figura corpulenta remoloneaba en el umbral abierto de una casa. La espesa mata de cabello no disimulaba su fealdad y sus labios no ocultaban los dientes aserrados que sobresalían de una mandíbula en exceso prominente.

—Un semiorco —afirmó Carin.

Soren regresó en ese momento.

—Mi señora —dijo—, el posadero tiene un pequeño cuarto privado para vos y para maese Sturm. La señora Carin podrá instalarse junto a la chimenea de la cocina y yo en un banco de la taberna. Costará cuatro piezas de plata.

—¡Cuatro! ¡Eso es un ultraje!

—Regateé con él hasta conseguir que lo bajara de las siete que pidió en principio.

—Está bien. Tendremos que conformarnos. —Olfateó la brisa húmeda y sala—. Supongo que aquí no hay *elfos* ni cosas por el estilo, ¿no?

—No, señora. En la estación fría esa clase de gente se desplaza por lo general a zonas más cálidas.

—Al menos hay algo por lo que hemos de dar las gracias. —Lady Ilys sacó cuatro monedas de su bolsa.

Soren la ayudó a descender del carro y los escoltó a ella y a Sturm al interior de la posada.

El posadero era un hombre gordo y caclvo que al sonreír dejaba a la vista una dentadura picada. Incluyó la cabeza varias veces mientras señalaba la escalera a lady Ilys. Antes de que sturm llegara a los peldaños, el posadero soltó un aullido.

—¡Devuélveme eso, rata de dos patas! ¡Y no me digas que te lo encontraste! ¡Sé que los han robado! —chilló.

Junto al tonel de cerveza estaba de pie un hombrecillo tan pequeño que Sturm le sacaba la cabeza; varios objetos de plata asomaban por sus bolsillos. Cuando el posadero chilló de nuevo, el personajillo se puso los pulgares en los oídos mientras agitaba los demás dedos y sacaba la lengua. Cucharillas, monedas y botones cayeron en cascado al suelo desde sus ropas.

—¡Te voy a matar, cucaracha! —bramó el posadero, alargando la mano hacia un escobón de mango grueso y sólido.

El hombrecillo, un kender según Carin, se agachó para recoger su botín. El primer golpe del escobón falló, pero el posadero agarró al kender por el fondillo de las calzas y lo arrastró hacia la puerta.

—Mis disculpas, señora —dijo el gordinflón dueño—. Nunca permito entrar a los kenders, pero de vez en cuando se cuelan aprovechando un descuido.

Lady Ilys dirigió al hombre una mirada gélida y dejó sobre su carnosa palma sólo tres monedas. El posadero estaba demasiado aturullado para protestar. Incluyó la cabeza y se alejó. Soren se cargó al hombre dos bolsas y remontó los peldaños en medio de risas contenidas.

La habitación era pequeña y las camas eran literas. A Sturm le entusiasmó esta novedad y trepó con ligereza hasta la que estaba arriba.

—Nos hará falta más dinero para el viaje —anunció Soren—. ¿Tengo el permiso de mi señora para vender el carro por el mejor precio que pueda obtener?

—¿Venderás también a *Nuitari*? —preguntó horrorizado Sturm. Soren asintió con un gesto.

—Ocuparos de ellos, sargento. Aguardaremos aquí vuestro regreso.

Hacía rato que había anochecido cuando Soren volvió. Llamó a la puerta, y la señora Carin lo dejó pasar. El sargento traía una gran fuente de comida. Se había encontrado con la mujer del posadero en la escalera y le había quitado la pesada bandeja de las manos. Soren la dejó sobre la única mesa que había en el cuarto.

—Tenemos pasaje —anunció.

Sturm pinchó un trozo de cordero asado con su cuchillo. La mirada severa de su madre lo dejó paralizado.

—¿En qué barco? ¿Y hacia dónde se dirige? —preguntó lady Ilys.

—Un velero llamado *Skelter* que va directo a Abanasinia, a la desembocadura del río de la Rabia Blanca. Desde allí podremos remontar la corriente hasta la misma Solace.

—¿Quién es el patrón del *Skelter*?

—Un tal Graff, un marino con muchos años de experiencia en la navegación de estos mares.

—Muy bien, sargento. ¿Cuándo zarpamos?

—Mañana temprano, con la marea alta, mi señora.

Con la marea alta. Las palabras se repitieron una y otra vez en la mente de Sturm. Desde que habían abandonado el castillo, había imaginado un rápido rescate. Oiría el golpeteo de unos cascos a sus espaldas y lord Brighblade remontaría a galope la colina a la cabeza una tropa. «¡Regresad! ¡Todo está arreglado!», les gritaría. ¿Cómo iba a llegar su padre a caballo hasta ellos a través del mar? La respuesta era evidente, y a Sturm no le gustaba.

El *Skelter* estaba atracado a un muelle de madera. Aunque de línea poco esbelta, la nave estaba calafateada y pintada. Sturm se preguntó qué cargamentos exóticos habría transportado bajo el verde tablazón de su casco.

Marineros de piel oscura se colgaban del aparejo haciendo cosas raras con cabos y montones de velas. Sturm no les quitó ojos de encima mientras seguía a su madre y a Soren por el cuello. El capitán del *Skelter* los recibió al pie de la pasarela. Cruzó las manos sobre su cintura e hizo una breve reverencia a lady Ilys.

—Capitán Graff a vuestro servicio, señora —dijo. Llevaba la barba trenzada en complejas coletas y un aro de oro adornaba uno de sus lóbulos—. Levaremos anclas tan pronto como el sol alumbre los tejados de Thel. ¿Queréis subir a bordo ya?

Ella se limitó a hacer un leve gesto de asentimiento. La señora Carin se adelantó y dos fornidos marineros se ocuparon del equipaje. Soren se mantuvo a un lado, con la mano sobre el puño de la espada. Sturm se quedó con él abarcando con la mirada la febril actividad de los preparativos para zarpar.

—¿Será un viaje largo, sargento?

—Depende del estado de la mar y el viento, joven señor. Y de la destreza de los marineros.

—¿No podríamos esperar un poco más pro si llegan noticias de mi padre? —Preguntó el muchacho.

Soren no respondió. Contempló fijamente los tejados de la ciudad, aguardando a que el cielo rosa se tornara dorado y después azul. El aliento le salía por la nariz como nubecillas de vapor en contraste con el frío ambiente.

—Sargento, voy a subir a bordo —dijo lady Ilys. Soren le ofreció el brazo—. Vamos, Sturm.

El muchacho suspiró. Subió la plancha de madera arrastrando los pies, volviendo la vista cada dos por tres hacia las áridas colinas del este de la ciudad.

Las amarras cayeron del barco al agua. Equipos de marineros manejaron dos

remos largos y pesados e impulsaron al *Skelter* fuera de la bahía de Thel. UUnos botes pilotos los guiaron por la bocana a mar abierto. Sturm los miró mientras se alejaban de regreso al puerto en tanto que se izaba la única vela del *Skelter*.

El capitán Graff instaló una mampara de cuero bajo el castillo de proa para lady Ilys y Carin. Los barriles y cajones de mercancías se apartaron a un lado para dejar un espacio libre para las señoras bajo la plataforma del castillo. Se encendió un humeante candil de aceite, y la señora Carin se ocupó de preparar unos catres para su señora y para Sturm.

El barco se mecía con un movimiento regular al que el muchacho se acostumbró enseguida. Quería subir a cubierta y ver a los marineros faenando, pero lady Ilys se lo prohibió. La tensión de los pasados días habían agotado casi su resistencia y lo único que deseaba era descansar.

—Quédate conmigo, Sturm —le dijo—. Necesito que un hombre fuerte vele mi sueño. Sólo así me sentiré segura.

Se despojó de la capa de pieles y se tumbó, echándose por encima la suave prenda a guisa de manta. Sturm se tendió de espaldas a su madre, vigilante como un caballero y cauto como un Brightblade..., durante diez minutos. También él se sumió en un profundo sueño.

Notó un cambio. El balanceo del barco había disminuido. En el espacio cerrado tras la mampara de cuero el ambiente era cargado y caliente. Sturm se incorporó, se ajustó los cordones de los pantalones y salió a cubierta. Una niebla densa y fría flotaba sobre el agua más cálida del mar. El *Skelter* se deslizaba al impulso de un débil viento de popa. Se habían internado bastante en el Nuevo Mar y no había tierra a la vista; de hecho, no se veía nada diez pasos más allá de la batayola. El muchacho deambuló por el combés de la nave, eludiendo a los marineros que tensaban la jarcia de la vela mayor. La enorme lona colgaba flácida en la brumosa atmósfera y sólo muy de vez en cuando ondeaba al sacudirla un sople de aire aislado.

Soren se encontraba en la popa. Detrás del sargento, el timonel se apoyaba sobre una pierna y movía el negro y grueso palo del timón con la facilidad que da la práctica. El maderaje y lso aparejos crujían al deslizarse el *Skelter* sobre la lisa superficie de la mar calma.

Las condiciones no mejoraron durante el segundo día de travesía. El capitán Graff y su primer oficial, un tipo achaparrado y rechoncho de ojos ambarinos, se pararon junto al mástil y juntaron las cabezas para conferenciar. Ni que decir tienes que Sturm merodeaba lo bastante cerca para escuchar la conversación.

—¿Crees que debemos recurrir al cabo de viento? —preguntó el oficial.

A Sturm le fascinó el diente de bronce que lucía el hombre.

—No. Todavía no. Esta maldita niebla se levantará pronto y soplará otra vez un

viento normal —contestó Graff.

S Sturm preguntó a Soren a qué se había referido el oficial con «el cabo del viento».

—Magia —respondió el sargento—. Los marineros suelen comprar viento a los brujos de las costas. Lo guardan atado en nudos en una cuerda mágica. Cuando el patrón de un barco necesita brisa, desata una ráfaga de aire tan fuerte como crea conveniente.

—¿Hay magia en el mar? —preguntó el muchacho con los ojos como platos.

Soren se limpió la humedad pegada a la visera del yelmo antes de que goteara.

—Demasiado para mi gusto, joven señor. Esta niebla aparece persistente en exceso para tratarse de un fenómeno natural.

La luz del mediodía eran tan escasa que más semejaba un amanecer. El mar entró en una calma chica que a Sturm le recordó el charco de cera derretida de la vela en su mesa de estudio del castillo Brighblade. El suave oleaje de horas antes cesó por completo, y la vela colgó flácida en el mástil. El capitán Graff salió de la cubierta inferior con una tira de cuero sin curtir de dos palmos de largo. Desde el castillo de proa, Sturm lo siguió con la mirada mientras cruzaba el combés y subía los peldaños que conducían a la popa.

—Sargo, voy a soltar un nudo —advirtió al timonel.

—Bien, señor.

Graff sujetó un extremo de la tira con los dientes. Había una docena de nudos desde una punta a la otra. La idea de un cabo mágico despertaba en Sturm una sensación mezcla de curiosidad y repulsión. El uso de esta clase de poder estaba expresamente prohibido a las órdenes de caballería. Graff cogió el primer nudo con sus toscos dedos. En el aire estancado sus rezongos se escucharon con claridad.

—Suéltate, engendro de serpiente.

—De pronto, Soren se apartó de la batayola y fue hacia el codaste. Escudriñó la niebla.

—Capitán Graff —llamó con voz tranquila. El patrón del *Skelter* farfulló unas cuantas maldiciones más al apretado nudo—. ¡Capitán! —bramó Soren, utilizando el tono de voz que Sturm había escuchado tan a menudo en el patio de instrucción.

El viejo marino alzó la vista.

—No me molestes ahora, muchacho. Estoy ocupado.

—Hay un barco allí —anunció el sargento—. Se dirige hacia nosotros.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Acaso eres clarividente?

—No, pero tengo un oído muy fino. ¡Escucha!

Graff se llevó una mano a la oreja. Sturm se acercó a Soren y escuchó también.

Se percibía... un apagado golpeteo... como si chocaran dos trozos de madera.

—¡Por los dioses, tienes razón! —exclamó Graff—. ¡O eso es el ruido de unos remos bogando, o yo soy un kender ratero!

Los ociosos marineros se arremolinaron en la popa para escuchar el barco que se aproximaba. Soren se abrió paso entre los hombres arrastrando a Sturm tras él.

—Ve a informar a tu madre de lo que pasa —dijo.

—¿Y *qué* es lo que pasa, Soren?

—Se acerca una galera, un barco con muchos remeros. Temo que no traiga buenas intenciones.

—¿Piratas? —preguntó el muchacho, sintiéndose asustado y excitado por igual.

—Puede ser. O quizá bribones de peor calaña. Corre y díselo a tu madre.

Sturm se deslizó por un estay como había visto hacer muchas veces a los marineros y bajó a la cubierta. Apartó la cubierta de cuero de la mampara. Dentro estaba oscuro pero atisbó a la señora Carin que vigilaba un cazo de cobre puesto sobre una pequeña lumbre.

—¡Madre! ¡Madre! —llamó.

—¿Qué ocurre? —respondió lady Ilys desde las sombras.

—El sargento Soren dice que un barco de remos se acerca a nosotros. ¡Tal vez sean piratas!

La señora Carin dio un respingo. El rostro de lady Ilys se adelantó en la oscuridad. Estaba muy pálida y su expresión era sombría.

—¿Por qué iban a molestar unos piratas a una pequeña embarcación como la nuestra? —preguntó.

—Mi señora, hay tanta niebla que ni Paladine nos reconocería —apuntó la doncella.

—Sturm, ve a buscar al sargento. Quiero tener la opinión de un soldado sobre este asunto.

El muchacho hizo una apresurada reverencia a su madre y salió a todo correr.

El rítmico golpeteo de los remos era más perceptible ahora, incluso a los inexpertos oídos de Sturm. La bruma absorbía el sonido, lo dispersaba, haciendo difícil distinguir el rumbo exacto de la nave que se aproximaba. A popa, definitivamente; de eso no había duda.

—¡Sargento! ¡Sargento! —gritó Sturm.

Encontró al guardia en la cubierta de popa, afilando la hoja de su espada. La tripulación del *Skelter*, compuesta por marineros enjutos y chabacanos, manoseaba con nerviosismo destales y cuchillos. Sólo el capitán Graff y Sargo, el viejo timonel, mantenían la calma.

—¡Sargento, mi madre desea hablar contigo! —informó el chico.

—Con todos mis respetos a tu noble madre, me temo que ahora no puedo abandonar el puente —respondió Soren—. El enemigo, si lo es, está muy cerca.

—¿Dónde, dónde?

—Pisándonos los talones.

Sturm se esforzó por atisbar algo. Los remos batían el agua con un ritmo incesante.

—¡Nave a babor, por la popa! —gritó un hombre.

Del denso manto blanco surgió un objeto enorme forjado en bronce. A Sturm le pareció la cabeza de un mazo.

—Es el espolón de la galera —le explicó Soren.

—¡Todo a estribor! —gritó el capitán. Sargo maniobró la barra del timón, pero el inmovilizado *Skelter* apenas notó el cambio de rumbo. Graff ordenó al timonel mantenerlo así. Alzó el cabo del viento y deshizo el nudo que tanto trabajo le había dado, a la par que exclamaba—: ¡Elementales del aire, os libero!

El velero se sacudió con un crujido, y la cubierta desapareció bajo los pies de Sturm. El *Skelter* viró bruscamente a estribor al mismo tiempo que la fantasmal galera se deslizaba sobre las aguas muertas y embestía el punto ocupado un instante antes por el velero.

El viento liberado del cabo mágico agitó silbante el aparejo.

—¿Cuánto durará? —preguntó Soren al capitán.

Graff se rascó la mejilla y se encogió de hombros con un gesto de manifiesta ignorancia.

El *Skelter* navegó por el mar sin olas, desgarrando la niebla como si fuera gasa. La galera los persiguió intentando alcanzarlos. Sturm se agarraba a la batayola de babor por el soplo del viento en el rostro cuando la galera se abrió paso en la niebla. El espolón de bronce dio paso a un casco de madera negra que cortaba el agua con ímpetu al impulso de los remos. La cubierta alta de la galera estaba embadurnada de un color rojo sangre. El movimiento en el puente sugería el faenar de hombres tras el tablazón sanguíneo, y un erizo de lanzas se erguía en el aire. Bajo las picas, confundiendo con la niebla, estaban los remos subiendo y bajando al compás del toque apagado de un tambor.

—Apártate de la batayola, chico —dijo el capitán a Sturm—. Tal vez lleven arqueros.

Sturm olvidó la petición de su madre y se quedó con el sargento Soren en el castillo de popa. El viento mágico impulsaba al achatado velero sin la menor vacilación. Poco después, la galera recogía remos. La tripulación del *Skelter* prorrumpió en vítores.

—¿Los hemos dejado atrás, capitán? —preguntó Sturm.

—Todavía no, muchacho. Todavía no.

Sturm vi ondear unos oscuros triángulos en los mástiles de la galera. Sus perseguidores habían izado las velas a fin de aprovechar el propio viento del *Skelter* y mantener su misma velocidad.

El sol abrió un hueco en las nubes. Al punto se hicieron visibles los detalles de la

negra galera. Un gallardete se sacudía en el palo del trinquete. Sargo estrechó los ojos para distinguirlo.

—No son piratas —dijo—. Es una nave de Kernaf.

—¿Quién es Kernaf? —preguntó Sturm.

—No quién, sino qué. Es una isla y ése es un barco de su armada —explicó Graff.

Sturm seguía mirando la galera cuando el viento mágico empezó a amainar y el *Skelter* perdió velocidad. La otra nave siguió navegando con pesadez y se acercó por babor.

—¡Saludos, barco de Kernaf! —gritó Graff, haciendo bocina con las manos—. ¿Qué queréis de nosotros?

—¡Poneos al paio! ¡Vamos a subir a bordo! —fue la respuesta.

Sturm distinguió hombres que se agolpaban en el casco de proa.

—Éste es un barco mercante independiente que procede de Solamnia. ¿Con qué derecho nos dais órdenes? —Chilló Graff.

—Navegáis por aguas que son del dominio de nuestro gran Señor del Mar —replicó el portavoz de Kernaf—. Poneos al paio u os abordaremos a la fuerza.

Los remos brotaron de los costados de la galera como las patas de un ciempiés.

—Márchate, joven señor. Ve con tu madre —dijo Soren. Sacó del cinturón una daga de dos palmos de largo—. Tendrás que defenderla cuando todo esté perdido.

Sturm aceptó el arma. Pesaba y la hoja estaba muy afilada; manejada por el guardia atravesaría con facilidad una cota de malla. Sturm corrió por el puente hacia el improvisado recinto privado. La señora Carin y lady Ilys estaban de pie junto al baluarte de estribor, rodeadas de barriles de vino y cántalos de aceite.

—¡Madre, he venido a defenderte! —exclamó el muchacho, blandiendo la daga.

—Acércate. —Atrajo a Sturm contra su pecho y lo abrazó—. Mi valeroso hijo, Carin y yo lo hemos oído todo.

Desde cubierta se oyeron gritos:

—¡El espolón! ¡El espolón!

El *Skelter* se sacudió y se inclinó mucho a estribor. Lady Ilys y Carin cayeron sobre los cántaros y los barriles. Sturm se golpeó la cabeza contra la cubierta y la daga se le escapó de la mano.

Arriba se oyó el estruendo de lucha; golpes bruscos, el choque de metal contra metal, los gritos de los heridos y los moribundos. Los hombres caían por la borda en medio de sonoros chapoteos.

Un rayo de sol penetró en el espacio cerrado. Los marineros kernaffis habían cortado la mampara de cuero. Sturm buscó aturdido la daga. Los asaltantes entraron a la carga. La señora Carin les hizo frente con coraje, pero el hombre más cercano la agarró por el pelo y la sacó a rastras a cubierta. Lady Ilys pidió ayuda a su hijo, pero Sturm seguía a gatas, buscando el arma que le había dado Soren. Los kernaffis se

acercaron a la dama, pero ella se adelantó y se mantuvo erguida, con actitud regia, en medio de un círculo de jabalinas.

Sturm vio a su madre plantar cara a los rudos kernaffis, que vestían una especie de falda plisada que les llegaba a las rodillas. Sintió un nudo en la garganta cuando el círculo de puntas afiladas se cerró aún más. Echó una mirada desesperada en derredor, buscando la daga. Entre los cajones de piezas de tela atisbó el brillo de la empuñadura tranzada. Sturm alargó los dedos hacia ella.

Una mano áspera lo agarró por la capucha y lo obligó a levantarse.

—¿*Koy esk ta?* —dijo el kernaffi, riéndose en las narices del asustado muchacho.

Cuando Sturm fue llevado a empujones a cubierta, el combate había terminado. Los marineros thelitas estaban apiñados junto al mástil, arrodillados y pidiendo clemencia. Un abrumador número de guerreros kernaffis armados con jabalinas había obligado a Soren a retroceder hasta la batayola de estribor. Allí lo redujeron, con las afiladas puntas de las jabalinas pegadas a su garganta. La espada del guardia yacía rota a sus pies, al igual que muchos kernaffis heridos.

Carin sollozaba y lady Ilys la consolaba. Hubo una agitación en el castillo de popa. Dos marineros tocados con unos extraños gorros cónicos de piel empujaron al viejo capitán Graff que rodó hasta la cubierta.

—¿Quién está al mando? ¡Exijo ver a vuestro capitán! —Gritó Graff mientras se incorporaba.

—¿*Polo karnay!* —dijo el kernaffi que sujetaba a Sturm. Todos los ojos siguieron su mirada.

Por una estrecha plancha de abordaje se acercaban dos figuras extraordinarias. El primer personaje, ataviado con peto dorado y telmo adornado con plumas, era evidentemente el comandante de la galera. Tras él y aventajándolo en media cabeza, caminaba una mujer con armadura de cuero y malla. Una corona de cabella cobriza brillaba alrededor del gorro cónico.

—¿Quién es el patrón del barco? —preguntó la mujer mientras ponía los pies en el *Skelter*.

—Yo, Graff.

—Capitán, esta nave pasa a ser de nuestra propiedad. Entrega el manifiesto de carga.

—¡Que lleven los demonios! —replicó Graff, a la vez que escupía a los pies de la mujer.

Ella le propinó un puñetazo con la mano enfundada en el guantelete de malla. La cabeza del capitán salió disparada hacia atrás, y la sangre le brotó del labio partido.

—Soy Artavash, teniente de nuestro gran Señor del Mar —dijo la mujer con voz potente y vibrante—. Ahora sois nuestros prisioneros.

El comandante del yelmo con plumas se dirigió hacia lady Ilys y Carin.

—¿Qué tenemos aquí? ¿Pasajeros? ¡Mira, Artavash!

La alta guerrera miró a lady Ilys de arriba abajo. Rozó con la yema del dedo el suave terciopelo del vestido que llevaba la madre de Sturm.

—¿Rica, noble o ambas cosas? —preguntó. Al no recibir respuesta por parte de la dama, desenvainó una daga y puso la punta en el estómago de Carin—. No me quitaría el sueño destripar a esta mujer como si fuera un pollo —advirtió—. ¿Quién sois?

—Lady Ilys, esposa de lord Brightblade de Solamnia.

—¿Y por qué viaja por mar abierto la dama de un gran caballero sin la compañía de su noble marido?

Lady Ilys apretó los labios con gesto firme hasta que Artavash hincó la punta de la daga a través de la tela del vestido de Carin. La criada dio un respingo.

—Viajamos por... motivos de salud —respondió lady Ilys.

Artavash se echó a reír y tradujo las palabras de la dama a los kernaffis, quienes se sumaron a su alboroto.

—¡*Mujat!* ¡Basta! —La guerrero se volvió hacia el comandante de la galera—. Bien, mi señor Radiz ¿qué hacemos con esta pandilla de infelices?

—No tienen nada que nos interese, señora. ¿Por qué no dejarlos que reanuden la travesía? —dijo el encopetado kernaffi.

En ese momento Sturm se las ingenió para sacar los brazos del abrigo y se dejó caer sobre los tablones; el marinero que lo sujetaba se encontró con una prenda vacía en las manos. El muchacho corrió hacia las mujeres, apartó de un empujón la caga que amenazaba a Carin y se interpuso entre Artavash y su madre.

Los extraños ojos ardientes de la guerrera se volvieron hacia él.

—¡Vaya! Aquí tenemos a un joven héroe. Apuesto a que es otro Brightblade.

—Sturm, hijo de Angriff —dijo el muchacho.

Artavash sonrió.

—¿Qué edad tienes, chico?

La pregunta, inesperada pro lo corriente, desconcertó a Sturm. Eso y la sonrisa de la mujer, que, de hecho, era muy hermosa.

—O... Once años.

Ella se quitó el guantelete de la mano derecha y pasó los esbeltos dedos entre el cabello largo y castaño del muchacho.

—Oh, sí. A nuestro gran señor le encantará conocerte.

—Señora, no creo que... —empezó Radiz.

—Yo, sí —lo interrumpió Artavash—. Llevad al chico y a las mujeres al *Cuervo Marino* —Radiz dirigió una mirada penetrante a la guerrera, pero no perdió los nervios. Un cuarteto de kernaffis condujo a las mujeres y a Sturm hacia la pasarela de abordaje. Soren empezó a forcejear contra los que lo sujetaban a despecho de ella

afilada hoja que tenía apoyada en la garganta. Una busca exclamación de uno de los soldados atrajo la atención de Artavash y Radiz.

—¿Qué hacemos con él? —preguntó el comandante.

—Matarlo —dijo la guerrera a la vez que se encogía de hombros.

—¡No! —Gritó Sturm. Eludió el cerco de jabalinas y corrió hacia el sargento—. ¡No le hagáis daño, por favor!

—¿Por qué no? —Exigió saber Artavash—. Es un hombre de armas. Y peligroso. No puedo llevarlo a bordo del *Cuervo Marino* como un invitado.

—Es m... mi amigo —suplicó Sturm.

Artavash se acercó hacia donde cinco kernaffis retenían inmovilizado al corpulento Soren. El sargento era el único hombre de los presentes lo bastante alto para mirarla cara a cara.

—Dame tu palabra de honor que actuarás de un modo pacífico y te perdonaré la vida —dijo.

—¡Por favor, Soren! —Pidió Sturm, mirándolo suplicante.

—¡No lo hagas! —Gritó el capitán Graff—. ¡No confíes en esta maldita bruja!

Artavash giró veloz sobre sus talones y arremetió con su daga al capitán. La hundió hasta la empuñadura en su pecho. El soldado que lo sujetaba dejó que se desplomara sobre la cubierta. Sturm contempló aturdido la creciente mancha roja que empapaba el jubón del capitán. Artavash miró al moribundo.

—Conmigo no se juega, viejo estúpido. Aquí soy yo quien tiene poder sobre la vida y la muerte. —Tendió la mano sin guante a Soren—. ¿Me das tu palabra?

—Me es imposible —respondió el sargento—. Mientras viva, no puedo permitir de buen grado que mi señora y mi señor sean los cautivos de nadie.

—Bien, bien —dijo—. Es lo que quería oír. ¡Mi señor Radiz! Que despojen a este hombre de sus armas y coraza. Encadenadlo a un remo del *Cuervo Marino*. Con dobles cadenas. No me gustaría que se soltara estando entre los otros esclavos.

Los kernaffis arrastraron al beligerante sargento hacia la pasarela. Lady Ilys y Carin esperaron a que pasaran los hombres. Artavash regresó a donde yacía Graff y dio la vuelta al flácido cuerpo con la puntera de la bota. Sacó su daga de la herida y limpió la hoja en la manga del capitán.

Lady Ilys y su doncella se dirigieron a la pasarela. Sturm fue en pos de su madre. Estaba a punto de subir a la plancha de madera cuando una mano lo agarró por el tobillo. La sorpresa casi lo hizo gritar, pues era el capitán quien lo sujetaba.

—Muchacho —susurró Graff.

Sturm se arrodilló junto a él. Tragó saliva con dificultad.

—¿Sí, señor? —preguntó.

—Toma... —Los dedos encallecidos de Graff sostenían el cabo de viento—. Toma... —repitió entre jadeos—. Muy poderoso... —Un siseo áspero y ronco ahogó

sus palabras, y el capitán exhaló su último aliento.

S Sturm contempló absorto al hombre muerto hasta que una voz lo hizo volver a la realidad.

—¿Qué tienes ahí? —preguntó Radiz. Sturm se lo enseñó; el corazón le latía desbocado por el temor de ser castigado. Radiz observó la basta tira de cuero con gesto desconcertado. La manoseó un momento y después se la devolvió al muchacho —. Vamos.

Desde el castillo de proa del *Cuervo Marino*, el *Skelter* parecía pequeño y desvalido. El impacto del espolón había sido oblicuo y el casco estaba más aplastado que hendido. Los marineros thelitas supervivientes se alinearon en la batayola mientras la galera se apartaba.

—¿Qué será de ellos? —inquirió Sturm.

—Con un poco de suerte lograrán arreglar la nave —contestó Radiz—. Si naufragan, será culpa de los dioses del mar, no nuestra.

Aún con su corta edad, a Sturm no lo convenció aquel razonamiento.

En la popa del *Cuervo Marino* se alzaba un lujoso pabellón. Paredes de palo rosa y cedro se asentaban sobre la cubierta de roble. En la parte alta había un dosel de lizo dorado y, en el interior, unas tintineantes campanillas de bronce colgaban de unas estilizadas vigas de marfil.

Artavash penetró en el pabellón y mandó a lady Ilys y a Sturm que tomaran asiento. Soltó las hebillas de la armadura y echó las distintas piezas en un arcón de ébano con herrajes de plata. Apareció un sirviente que vestía chaleco de terciopelo rojo y amplios bombachos de seda.

—Vino, Dubai —pidió Artavash. Se rascó los costados donde la armadura le rozaba, igual que Sturm había visto hacer a su padre en incontables ocasiones, y se acomodó en un montón de mullidos cojines de felpilla.

S Sturm giró la cabeza a un lado y a otro admirando la opulencia del pabellón. No pudo menos que preguntar:

—¿Es tuyo este barco, señora?

—¿Mío? No. Pertenece al Señor del Mar. Ni siquiera soy su capitán; mi señor Radiz es quien se encarga de que navegue.

Dubai regresó con un aguamanil de plata y tres copas. Sirvió el vino, de un color rojo oscuro. Artavash dio un sorbo, asintió con un gesto, y el sirviente ofreció las otras dos copas a lady Ilys y a Sturm. La madre de Sturm rechazó la bebida en nombre de los dos.

—Eso es un desaire a mi hospitalidad —dijo la guerrero con gesto sombrío.

—Prefiero que se me trate como prisionera y no como invitada —replicó lady Ilys.

—Artavash hizo que llevaran el vino a la señora Carin, pero también ella declinó beber.

—¡Bah! ¿Por qué sois tan arrogantes los norteños? ¿Acaso vuestra noble Orden de Caballeros fue capaz de prevenir el Cataclismo? ¿Vuestra devoción a Paladine os ha reportado gloria? Me desconcertáis. El poder y la riqueza con patrimonio de los fuertes. Si os aferráis a esas ideas anticuadas, acabaréis por desaparecer todos, como las antiguas deidades a quienes servís. —Artavash tomó un buen trago de vino y después ordenó con un gesto a Dubai que le llenara de nuevo la copa.

—¿Qué va a ser de nosotros? —preguntó lady Ilys.

—Eso lo decidirá el Señor del Mar.

—No conseguiréis rescate alguno por nosotros. Lord Brightblade no os pagará ni una moneda de cobre.

—Vuestro dinero no tiene la menor importancia para mi gran señor. El oro mana de sus dedos y sus lágrimas son de la más pura plata.

—¿Y si no es por dinero, por qué nos habéis capturado? —exigió lady Ilys.

—Artavash se recostó en los cojines y alargó la mano para acariciar el pelo de Sturm con gesto distraído.

—Mi gran señor sacará algún provecho de vosotros, no temas. —La guerrera apuró la segunda copa de vino y Dubai la relleno de manera automática—. Si os empeñáis en no acompañarme, acabaré por beberme todo el vino.

—La embriaguez es un defecto habitual en los bárbaros.

Los ojos de la guerrera ardieron con un brillo feroz. Arrojó la copa de plata contra lady Ilys. La dama cerró los ojos pero no hizo movimiento alguno para protegerse. El recipiente golpeó la pared de palo rosa que había a sus espaldas, y el vino los roció a todos como una lluvia escarlata.

—¡No consentiré que se me insulte en mi propio barco! —Declaró Artavash—. ¡Guardia! ¡Guardia! —Dos kernaffis armados entraron en el pabellón—. Escotad a esta *dama* y a su criada a uno de los camarotes. Poned un centinela en la puerta. —La guerrera se puso de pie para aprovechar la ventaja de su imponente estatura—. ¡Fuera de aquí!

Lady Ilys se incorporó y posó una mano en el hombro de su hijo. Sturm se levantó también, desafiante.

—Él se queda —dijo Artavash.

El muchacho notó la pugna sostenida entre las dos voluntariosas mujeres. En esta ocasión su madre no hizo del asunto una cuestión de honor; por el contrario, lo estrechó contra su pecho y lo besó en la frente.

—Sé prudente —le dijo en tono confidencial—. Y recuerda quién y qué eres.

Artavash hizo salir al sirviente para así quedarse a solas con Sturm.

—Eres un chico muy valiente —dijo—. Podrías haber muerto en el velero, pero

aun así saliste en defensa de tu madre y de tus amigos mostrando gran coraje.

—Mañana es tarde para demostrar la valentía, dice mi padre.

—Ajá, así es. Tu padre es un hombre sabio. ¿Es también un gran guerrero?

—Es un Caballero de Solamnia. Eso lo explicaba todo.

Artavash le tendió una mano.

—Ven, siéntate a mi lado. Quiero conocerte mejor. —Sturm se acomodó medio arrodillado en el montón de cojines, a la derecha de la mujer—. Has estudiado, ¿verdad?

—Sé leer y escribir y he estudiado las Crónicas de Huma.

—¿Huma? ¿Quién es ése?

—¿No lo sabes? Huma fue el héroe más grande de Krynn. —El muchacho se aclaró la voz y empezó a recitar:

*Así Huma, Caballero de Solamnia,
Portador de la Luz, Primer Lancero,
siguió su luz hasta el pie de las Montañas Khalkhist,
hasta los pies de piedra de los dioses,
hasta el agazapado silencio del templo.
Invocando a los forjadores de la Dragonlance,
tomó su indecible poder para aplastar al horrendo Mal,
haciendo que la garganta del dragón engullese la envolvente oscuridad.*

Cuando Sturm finalizó, Artavash sonreía otra vez.

—Y ese semidiós, ese tal Huma, ¿es antepasado tuyo? —preguntó en voz baja.

—De los tiempos antiguos, sí —repuso el muchacho con orgullo.

—Estoy impaciente porque te conozca mi señor.

La niebla se disipó y no volvió a aparecer. Los remos del *Cuervo Marino* bogaron día y noche.

Sturm estaba preocupado por Soren. No había vuelto a ver al sargento desde que había desaparecido en la oscura y maloliente bodega de la galera dos días antes. Artavash estaba ocupada, así que el muchacho recurrió a Radiz.

—No te gustaría lo que verías —argumentó Sturm.

Radiz accedió sin discutirlo más.

—Quizá sea instructivo para ti visitar los bancos de remeros —musitó.

El muchacho y el comandante bajaron el empinado tramo de escaleras que conducía a la bodega. Allí, una larga pasarela de madera discurría de popa a proa. A un nivel más bajo y a ambos lados se sucedían hileras de bancos. Cuatros hombres

iban encadenados a cada remo de los que había veinte a cada lado. Unos hombres de rostros crueles y sombríos recorrían la pasarela y azotaban a los remeros al tuntún. El aspecto y el olor de los desdichados esclavos eran espantosos.

No le costó mucho localizar a Soren. Comparado con los famélicos hombres que lo rodeaban parecía un gigante. Radiz dejó que Sturm avanzara por la pasarela para que hablara con su amigo.

—¡Lo siento, Soren! —dijo, medio ahogado por la rabia y las lágrimas—. ¡No sabía que te meterían en este espantoso lugar!

El sargento tiró hacia atrás del remo.

—No... te preocupes..., joven... señor... —jadeó al ritmo del tambor—. Mientras... hay vida..., hay... esperanza.

—La esperanza es un buen desayuno, pero un mísero almuerzo —replicó Radiz. Condujo al muchacho fuera de la bodega.

Sturm regresó junto a su madre. Se sentó entre lady Ilys y Carin y estuvo mucho tiempo sin hablar con nadi.

Después de cuatro días y tres noches, el *Cuervo Marino* avistó tierra. La costa de Abanasinia se extendía en el horizonte como un banco de nubes bajas y oscuras, por encima del bao de babor. Lady Ilys contempló con ansiedad la lejana costa.

—Tan cerca —susurró. Sturm apoyó la cabeza en su brazo—. Si supiera que no es mucha la distancia, te arrojaría por la borda para que huyeras a nado y buscaras ayuda.

—Puedo intentarlo —ofreció de buena gana el muchacho.

Ella le acarició el cabello revuelto.

—No, hijo mío. Me temo que te ahogarías.

Abanasinia se fue perdiendo de vista a medida que el *Cuervo Marino* viraba rumbo suroeste. Al cabo del tiempo apareció en el horizonte una columna de humo que salía de la cumbre de una montaña y que se extendía en la dirección del viento.

—Kernaf es un volcán —explicó Artavash—. Los nativos lo llaman *Hej maraf*, es decir, el Horno.

—¿No eres kernaffi? —preguntó Sturm.

—¿Yo uno de esos comedores de pescado? ¡A mis antepasados les haría mucho gracia la idea!

El chico miró de reojo a Radiz. Bajo el reluciente yelmo, su rostro curtido acusó el insulto.

El *Cuervo Marino* avanzó de manera constante a pesar de la brisa costera que soplaba en contra. No había otros barcos en el mar, aun cuando la nave tenía ya a la vista la bocana del puerto. Desde el castillo de proa se divisaba la ciudad de Kernaf, que se extendía en un semicírculo en torno a la bahía. Dos altas torres de piedra flanqueaban la angosta entrada al puerto. Las partes altas de las torres estaban

ennegrecidas por el fuego.

—¿Ha atacado alguien vuestra ciudad? —preguntó Sturm.

—No, muchacho —respondió Radiz, que tenía los ojos entornados para resguardarlos de la deslumbrante luz matinal—. Éstas son torres señalizadoras. Se encendía fuego en lo alto para indicar la entrada de barcos.

—¿Ya no se utilizan? —se interesó Sturm.

Radiz guardó silencio.

Artavash ordenó que se mandaran mensajes con los gallardetes mientras la galera entraba meciéndose en el refugio del puerto. Pasaron ante un gran número de barcos pesqueros amarrados a boyes. Estaban en muy malas condiciones y medio hundidos por el desuso. En el muelle principal había anclados grandes barcos mercantes que se mecían, abandonados, con los aparejos desgarrados y las vergas pudriéndose sobre las cubiertas.

—Qué extraño —dijo lady Ilys—. Todo tiene aspecto de abandonado. Imaginaba que éste sería un puerto próspero y activo.

—Y no se ve un alma —agregó la señora Carin.

Esto último cambió cuando un ligero queche salió al encuentro del *Cuervo Marino*. A bordo iba un kernaffi que dirigió unas palabras a la galera en su lengua nativa. Radiz respondió con una larga parrafada.

—¿Qué están diciendo? —preguntó Sturm.

—Es simplemente la bienvenida de nuestro gran señor a su barco que vuelve a puerto —dijo Artavash.

A Sturm no le parecía que el hombre del queche estuviera muy complacido. El *Cuervo Marino* echó anclas a pro y a popa. Los remos se recogieron. El piloto del queche cambió de rumbo y viró hacia un largo muelle de piedra. Radiz gritó algunas órdenes y todos los hombres salvo los esclavos se agruparon en la cubierta principal.

Un lanchón bogó hacia la proa de la galera. Sturm, su madre y Carin siguieron a Artavash a una rampa que descendía hasta la bamboleante barcaza. El muchacho se frenó en seco.

—¿Y el sargento Soren? —instó.

—Desembarcará con los otros remeros —dijo Radiz.

Sturm no se dio por vencido y recurrió a Artavash.

—Tiene que venir con nosotros —pidió.

La guerrera accedió de buena gana a los deseos del muchacho y mandó que trajeran al sargento. Unos marineros kernaffis lo sacaron casi a rastras de la bodega y lo arrojaron de bruces al pie de la rampa.

—Como verás, mi señora, cuatro días a los remos doman al guerrero más osado —comentó Radiz.

Artavash no dejó de reír mientras bajaba a la barcaza. Sturm ayudó a su amigo a

levantarse.

—¿Te encuentras bien, Soren? —se interesó.

—Lo bastante, mi señor. —Su túnica acolchada estaba hecha jirones, y unos verdugones rojos le surcaban la espalda. El capataz no había escatimado los latigazos con él. Las manos del sargento estaban en carne viva de manejar el pesado remo.

El lanchón bogó hacia el muelle. Una guardia de honor esperaba su llegada. Sonaron las vibrantes notas de los cuernos de bronce cuando Artavash se puso a la cabeza del grupo y remontó unos peldaños que llevaban a la calle. Se colocaron para marchar en formación: la guerrera con Sturm cogido de la mano, seguida de lady Ilys, cuyo gesto era sombrío, y Carin, Soren, Radiz y la guardia kernaffi cerraban la formación. Sonaron pífanos y tambores cuando el grupo se puso en marcha.

Las calles de la ciudad estaban tan vacías como el puerto. Varias personas atisbaron a hurtadillas por las ventanas, y unos cuantos curiosos holgazanes salieron a los umbrales abiertos. En el momento en que veían a Artavash, las puertas y contraventanas se cerraban.

—Verdaderamente extraño —dijo Sturm—. Un puerto sin barcos y unas calles sin gente.

—Los nativos prefieren no salir a esta hora del día —replicó Artavash—. Opinan que hace mucho calor.

Giraron en una esquina. Más adelante se alzaba una fachada imponente, una especie de palacio. Delante del edificio había una plataforma alta de madera, cubierta con un dosel dorado. Artavash hizo que Sturm se detuviera a diez pasos del estrado. Los guardias se adelantaron y formaron una doble fila que iba desde Artavash al pie de la escalera que subía a la plataforma. Las jabalinas resonaron contra sus hombros al saludar y ponerse firmes. La música cesó.

—¡Salve, Señor del Mar! —gritó la guerrera.

—¡*Kai, Nam karnay durat!* —Repitieron los guardias.

Sturm entrecerró los ojos. ¡Qué calor hacía! El sol de primera hora de la tarde caía a plomo sobre él haciendo que el rostro le sudara. Quizá los nativos sabían muy bien lo que hacían.

Algo se movió en el estrado. Una figura enteca y negra en contraste con la luz deslumbrante se adelantó al borde de la plataforma. Dos manos se alzaron con un gesto de saludo.

—Bienvenida, querida Artavash. ¿A quién me has traído? —dijo una vez de timbre agudo.

—Nobles huéspedes, mi señor. —La guerrera presentó a lady Ilys, Carin y Soren. Después empujó a Sturm hacia adelante—. Y éste es Sturm, señor, hijo de Angriff, de la casa de Brightblade.

De la plataforma salió un sonido tenue y gorgoteante.

—Vaya, vaya. Acércate, jovencito, para que te vea mejor.

S Sturm miró atrás en busca del consejo de su madre. Artavash actuó de inmediato; puso la mano en su espalda y lo condujo hasta el pie de la escalera de madera. Cuando la sombra del dosel dorado cayó sobre su rostro, Sturm vio al hombre conocido como el Señor del Mar.

Era alto y tan delgado que la espalda se encorvaba por el peso de la enorme cabeza. La túnica negra que vestía colgaba floja de sus hombros. Los dedos largos y suaves se entrelazaban a la altura de la cintura. Y su rostro... Sturm no lo olvidaría durante mucho tiempo. Los ojos negros relucían sobre una nariz afilada. La piel de las mejillas babilampañas tenía un tinte grisáceo y estaba tan seca como las hojas de otoño. Sus manos, en cambio, eran rosas y tersas, a pesar de la extremada delgadez. El Señor del Mar tenía sólo unos cuantos mechones ralos de cabello oscuro que colgaban de su cráneo globular.

—Me llamo Mukhari Ras —dijo. Su voz era como los goznes chirriantes de una puerta—. Es un gran placer conocerte. —Tendió una mano al muchacho.

S Sturm le estrechó con incertidumbre. Tenía un tacto seco y caliente, casi febril.

—¿Lo he hecho bien? —preguntó Artavash.

—Oh, muy bien. Mejor de lo que esperaba —contestó Mukhari Ras—. Y serás recompensada por ellos. Todos mis súbditos fieles lo serán. —Cogió un saco grande de lona que parecía muy esado y lo arrastró hasta el borde de la plataforma no sin esfuerzo—. ¡Hombres leales de Kernaf! Me siento muy complacido con los huéspedes que me habéis traído. ¡Probad la gratitud de Mukhari Ras!

Dicho esto, metió la mano en el saco y lanzó por el aire un puñado del contenido. Una lluvia de monedas de oro cayó sobre los soldados que formaban al pie de la plataforma.

Los hombres rompieron filas y gatearon en busca de las monedas que rodaban sobre los adoquines.

S Sturm parpadeó. Lo que veía caer al suelo eran monedas, pero sin embargo era arena, arena corriente, lo que Mukhari arrojaba a puñados del saco.

—¡Eres... eres un mago! —dijo.

—No, muchacho. No soy un vulgar conjurador, sino un humilde acólito de los misterios de la materia cósmica. Mi arte alquímico me ha hecho dueño y señor de esta isla. Y muy pronto gobernaré todo el Nuevo Mar. —Mukhari arrojó otro puñado de arena a los kernaffis—. ¡Más! ¡Tomás más! ¡Todo el oro del mundo será vuestro si me servís!

Los hombres habían tirado las armas y gateaban por el polvo. En medio de risas llenaban los yelmos con oro y se lanzaban a la caza de cada moneda que rebotaba en el suelo. Cuando el saco estuvo vacío, Mukhari lo tiró a un lado.

—Se acabó —dijo con una sonrisa que dejó ver una dentadura ennegrecida—.

Artavash, querida mía, acompaña al muchacho y a su noble compañía a palacio. Están invitados a cenar.

Condujeron a Sturm, lady Ilys y Carin a unos aposentos luminosos en el ala este del palacio. Allí, en medio de ondeantes colgaduras de gasa, aroma de incienso y el omnipresente tintineo de campanillas, les trajeron jofainas con agua perfumada para que se asearan. Los criados aguardaron con las toallas preparadas e incluso se ocuparon de secarles el rostro y las manos.

—Que gente tan rara —comentó Carin.

—Y el tal Mukhari Ras es el más extraño de todos. Es inconcebible que un alquimista charlatán sea el regente de una isla. Va en contra de todo lo establecido... Es... paradójico —opinó lady Ilys.

—¿Qué será de nosotros, madre? —preguntó Sturm, una vez que le retiraron la toalla de la cara.

—Lo ignoro —confesó la dama—. Un hombre que arroja oro en las calles no puede tener interés en un rescate. A decir verdad, si no fuera por el modo violento de traernos aquí, creería que somos unos huéspedes de honor.

Sturm se sentía intranquilo. ¿Por qué nadie más se había dado cuenta de que lo que Mukhari arrojaba era arena? Abrió la boca para comentarlo con su madre, pero antes de que tuviera ocasión de pronunciar una sola palabra Artavash apareció por la puerta.

La mesa de mi señor está dispuesta —anunció—. Acompañadme.

La cena en palacio fue todo un acontecimiento y presentada con un estilo muy rebuscado. A Sturm le encantó sentarse en el suelo frente a la mesa baja, aunque lady Ilys provocó una pequeña crisis al insistir en que le proporcionaran un asiento adecuado. Argumentó que no era digno de una dama sentarse de nalgas en el suelo como si fuera un mastín de la familia.

Todos los comensales, incluidos Radiz, Artavash y Soren se afanaban en cortar el melón que se había servido de primer plato cuando lady Ilys habló.

—Lord Mukhari, ¿puedo preguntaros cómo os convertisteis en el regente de este país? Vuestra sierva —señaló a Artavash— admite que no es nativa de Kernaf.

—Fui abandonado en la costa sur de la isla por hombres de mi propia tierra —contestó el alquimista, que estaba sentado frente a una fuente repleta de fruta.

—¿Y cuál es vuestra tierra? —inquirió Sturm.

—Maranoco o, como la llamáis vosotros, las Praderas de Arena.

—¿Sois, pues, un exiliado? —preguntó lady Ilys. Sin mirar a su hijo, le tendió una servilleta. Sturm se limpió el jugo de melón que le chorreaba por la barbilla.

—En efecto, señora. Como ocurre ahora con vos, también fui obligado a marchar al exilio. Merced a mi destreza en el Arte me gané la lealtad y el afecto de las gentes

de Kernaf. Sé muy bien las dificultades por las que estáis pasando y es por ello por lo que os doy una buena acogida.

—Vuestros siervos no han sido siempre tan amables —intervino Soren, a la vez que dirigía una mirada mordaz a Artavash. La guerrera hundió un cuchillo romo en el melón y partió la fruta en dos.

—¡Oh, entiendo! He sido informado que vuestro barco desobedeció las instrucciones dadas desde el *Cuervo Marino* y presentó resistencia armada cuando fue abordado. No es puel de extrañar que mi buena Artavash recurriera a medidas drásticas para traeros aquí. Si el asesinato y el saqueo fueran nuestros objetivos, ahora no estaríais aquí compartiendo la cena con nosotros —dijo Mukhari.

Carin parecía desconcertada.

—¿Por qué interceptan vuestros barcos a mercaderes libres en medio del mar? —inquirió lady Ilys.

—El tributo es necesario para mantener la posición de Kernaf —contestó Artavash. La guerrera engulló un trozo de melón. Sturm observaba todos y cada uno de sus movimientos con expresión fascinada.

Se hizo un breve silencio en la mesa. Todos comían salvo Mukhari. Sturm se preguntó pro qué tendría en su plato las piezas de fruta más exquisitas si no pensaba comérselas. Los negros ojos del alquimista miraron con fijeza a lady Ilys.

—¿Hacia dónde os dirigíais, mi señora?

—A Solace, en Abanasinia —contestó la dama.

Mukhari se limpió los labios con una servilleta de lino a pesar de que no había tocado la comida.

—Si lo deseáis pondré uno de mis barcos a vuestro servicio —ofreció.

—¡Será maravilloso! —Exclamó la señora Carin.

—¿Cuándo podría estar preparado para zarpar?

—En estos momento sólo disponemos del *Cuervo Marino* mi señor —intervino Radiz.

—¿Cuán podría estar preparado para zarpar?

—No antes de nueve días, mi señor. El casco sufrió desperfectos cuando embestimos al velero. Habrá que efectuar algunas reparaciones —informó Artavash. Radiz abrió la boca para decir algo, pero lo cortó la mirada severa de la guerrera—. No se espera el arribo de ninguna otra nave antes de un par de semanas.

—Al parecer tendréis que ser mis huéspedes otros nueve días más —dijo Mukhari—. Os ruego que os sintáis como en vuestra propia casa. Podéis ir y venir por palacio a vuestro antojo. —Se levantó para marcharse a pesar de que aún no se había servido el segundo palto—. Ahora he de retirarme. Me esperan mis estudios nocturnos. Que os aproveche, amigos míos.

Hizo un leve ademán, y un estrecho frasco de cristal apareció en sus dedos.

Mukhari lo arrojó al suelo. El frasco se hizo añicos y dejó escapar una espiral de humo rosa que rodeó al alquimista. Lo último que Sturm vio de Mukhari fue su rostro. En medio del halo de humo rosáceo tenía un aspecto bastante benigno. Cuando la nube se disipó, Mukhari había desaparecido.

—¡Oh! —Exclamó la señora Carin.

—Artimañas —rezongó en voz baja Radiz.

Hacía calor. Sturm giró sobre sí mismo y retiró la suave sábana de satén. Una leve corriente de aire agitaba las ligeras cortinas, pero el ambiente del cuarto resultaba agobiante. Se levantó, se puso los pantalones kernaffis y el chaleco y se acercó al lecho de su madre. Lady Ilys dormía profundamente; sus mejillas estaban frescas y su frente seca. «¿Por qué estaré sudando yo?», se preguntó el muchacho.

Cruzó de puntillas la columnata hacia la habitación central. El tacto frío de las baldosas en sus pies descalzos le resultaba agradable. Más allá de las columnas se extendía un atrio. Las estrellas brillaban en lo alto. Mientras Sturm observaba el cielo buscando las constelaciones conocidas escuchó unos pasos y el murmullo apagado de unas voces. Se dirigió hacia la puerta y alzó el pestillo.

Dos soldados kernaffis flanqueaban a un tercer hombre más alto que ellos. Un amortiguado tintineo metálico hizo que Sturm se fijara en las cadenas que el hombre del centro llevaba en las muñecas y los tobillos. El chico abrió un poco más la rendija de la puerta. Los hombres pasaron junto a un hachero en el que brillaba una antorcha encendida y entonces vio que el hombre encadenado era el sargento Sore; estaba también amordazado.

Sturm se apresuró a cerrar la puerta. Las ideas se agolparon en su cabeza al mismo tirmo desenfrenado con que latía su corazón. ¿Por qué estaba encadenado Soren?? ¿Adónde lo llevaban? Cuando las pisadas se perdieron tras una esquina, Sturm supo que no tenía más opción que seguirlos.

La enorme puerta de los aposentos se abrió sin hacer el más leve sonido. El muchacho reparó en que los goznes estaban hechos con rubíes. Al parecer, la opulencia del señor alquimista no tenía límites. Se deslizó sigiloso por el pasillo esforzándose por oír algún sonido que indicara la posición de los kernaffis y de Soren. El palacio estaba sumido en un profundo silencio.

Se mantuvo cerca de la pared, como hacía cuando jugaba a «Tomar al asalto la ciudadela» en el castillo Brightblade. Sus manos sudorosas tantearon los pulidos paneles de madera. Un aroma extraño e irresistible alcanzó las fosas nasales de Sturm; un olor de especias que le resultaba desconocido. Hizo un alto al llegar a una intersección del pasillo, dudoso de la dirección a seguir. Una bocanada de aire con olor a especias lo atrajo hacia la derecha. Al final del pasillo una escalera de mármol negro se remontaba en espiral siguiendo la curvatura de la pared del castillo. A medio

camino de la subida ardía una antorcha en un candelabro de la pared.

S Sturm remontó los peldaños. El olor se hacía más penetrante y más incitante a medida que subía los escalones. Al pasar bajo la antorcha, Sturm oyó un ruido extraño, como el gorgoteo que hace un líquido al salir de la botella. La escalera terminaba ante una puerta negra tachonada con clavos de plata. Estaba entreabierta.

S Sturm alargó la mano, titubeó... Era incapaz de resistir la tentación. Rozó la madera con un dedo, y la puerta se abrió de par en par.

Una luz amarilla y constante inundaba el cuarto que había al otro lado. Era una especie de taller, abarrotado de formas y colores extraños; animales disecados con cuentas de cristal a guisa de ojos que contemplaban con fijeza a Sturm; estanterías en las que se alineaban llamativos recipientes metálicos y manojos de hierbas secas, todos ellos pulcramente etiquetados con una escritura indescifrable; y libros. Más libros de los que había visto Sturm en toda su vida.

Encontró la fuente de gorgoteo y del aroma picante. Al otro lado de la habitación, sobre una mesa redonda, una instalación compleja de tubos transparentes y redomas producía un lento burbujeo. Al lado de este artilugio había una vela grande y roja, tan gruesa como la muñeca del muchacho. El olor provenía de ella.

—Cuidado, joven señor —dijo Mukhari Ras, que apareció como un fantasma de un profundo nicho—. La esencia se encuentra en un momento muy delicado del proceso y necesito disponer de ella cuanto antes.

S Sturm dio un respingo y se alejó de la mesa. El fluido que corría por los tubos era espeso y oscuro, muy semejante a...

—Sangre —confirmó el alquimista—. Simplemente los residuos nocivos de mi último experimento. —Se aproximó al muchacho, que retrocedió aún más.

—¿Sangre humana? —preguntó Sturm con un hilo de voz.

—Por supuesto. Es la única que me sirve.

—¿De qué está hecha? —inquirió el muchacho, señalando la vela aromática—. Huele muy bien.

—Me complace que lo hayas notado. Es una vela muy *especial*. Yo no huelo nada, ¿sabes? —Sturm no le creyó. El aroma era casi abrumador en la cerrada habitación—. Sólo personas muy especiales pueden olerlo; los jóvenes y puros.

La mano helada del alquimista se posó en la muñeca del chico.

—¿Y eso qué significa? —Preguntó Sturm.

—Significa, querido muchacho, que tenía que saber qué clase de chicos eres, comprobar si servirías para mis propósitos.

—¿Qué propósitos?

—A requerimiento de mi Oscura Soberana, busco la panacea, el elixir de la vida. Mis investigaciones me han procurado el hallazgo de la fórmula, pero para que funcione se precisa una sangre de cualidades sublimes: tu sangre.

—¡Mi sangre! —exclamó Sturm—. ¿Por qué la mía?

—Has superado la prueba con éxito. La vela te condujo hasta aquí.

Sturm chocó contra una mesa. Miró frenético en derredor en busca de una salida por donde escapar. Mukhari no pareció advertirlo. Tenía una expresión remota y musitaba divagaciones sobre sus experimentos.

—Artavash me trajo chicos de Kernaf, pero eran imperfectos, indignos. El elixir destilado de su sangre era sólo en parte efectivo. —Alzó un brazo y se subió la manga hasta el hombro—. ¿Lo ves? Tengo los brazos de un hombre de treinta años mientras que el resto de mi cuerpo acusa la decadencia de uno de sesenta y seis.

El miedo y el asco llevó el gusto amargo de la bilis a la garganta de Sturm.

—Así que ése es el motivo por el que la ciudad está vacía... ¡Porque matabas a los niños!

—No seas necio, muchacho. Es cierto que muchas familiar huyeron, pero regresarán una vez que haya rejuvenecido. ¡Volverán y caerán de hinojos para adorar a la Señora de la Oscuridad, que otorga la vida eterna!

—¡Una vida conseguida a costa de la de otros! ¡Paladine no lo permitirá!

—¿Y quién es el portavoz y representante de Paladine? ¿Tú? —Mukhari esbozó una mueca malévola—. Dentro de dos días saldrá la luna negra y se darán las condiciones celestes propicias para la elaboración del elixir.

—No lo conseguirás... El sargento Soren... —comenzó Sturm con un timbre demasiado agudo. El alquimista chasqueó la lengua.

—No podrá ayudarte. En estos momentos se encuentra encadenado en mis mazmorras. En cuanto a ti, joven señor, si me causas la más mínima dificultad, haré que paguen las consecuencias tu madre y su doncella.

—¡No te atreverás!

—No seas ridículo, muchacho. No están en Solamnia. Aquí soy el dueño y señor. Puedo hacer lo que me plazca.

Sturm tenía las manos a la espada, apoyadas en la mesa. Sus dedos se cerraron en torno a un objeto suave, frío: un frasco. Se lo arrojó a Mukhari y giró sobre sus talones para emprender la huida. El decrepito alquimista eludió el proyectil con torpeza y alargó la mano hacia un cordón trenzado. Unas campanillas ocultas repicaron; una puerta disimulada se abrió de golpe y Artavash penetró en la habitación. En su ansia por escapar, Sturm se precipitó en los brazos de la guerrera.

—Ocúpate de él, querida —dijo Mukhari—. Pero no le hagas ninguna magulladura. Lo quiero en un estado perfecto para cuando lo necesite mañana.

—Como ordenéis, señor —respondió artavash. Puso una mano firme en la nuca de Sturm y lo condujo fuera del cuarto.

—Así pues, éste... era tu plan desde el principio —dijo Sturm cuando estuvieron en la escalera.

—¿Por qué crees si no que me iba a tener mi maestro recorriendo los mares de punta a cabo? Otros barcos van y vienen buscando sangre pura para el experimento de lord Mukhari. Los vástagos de noble linaje son difíciles de encontrar; por lo general, están bien protegidos. Fue un inesperado golpe de suerte el que interceptáramos vuestro barco.

S Sturm no se sentía afortunado, ni mucho menos. No opuso resistencia cuando Artavash lo condujo hasta los aposentos de la guerrera. Durante todo el tiempo, incluso mientras lo ataba a una pesada silla con unos cordones de seda, el muchacho no dejaba de darle vueltas a la cabeza. Luchó por dominar la sensación de miedo e impotencia que le roía el cerebro. Soren, cautivo; su madre y Carin, rehenes. Y él... acabaría desangrado, perdería la vida poco a poco para que se llevara a cabo la perversa obra de la Reina de la Oscuridad.

Pensó en su padre, de pie en las murallas del castillo Brightblade con sólo un puñado de hombres leales mientras una horda de hombres enloquecidos y vociferantes los cercaba. Lord Brightblade haría frente al enemigo cara a cara, con nobleza, para vencer o morir. Era el estilo de los caballeros. El estilo de los Brightblade.

Los temblores que agitaban los miembros de Sturm cesaron, y en su lugar surgió una sensación ardiente en el pecho. Estaba furioso. ¡Su padre le había confiado su madre a su cuidado y le había fallado! ¿Y quién llevaría de nuevo el apellido Brightblade a su hogar ancestral si no era él?

—Tranquilízate, chico —dijo la guerrera. Se llevó una taza a los labios y bebió.

—Artavash —llamó Sturm con la voz quebrada por la emoción.

—¿Qué quieres?

—¿Me ayudarás?

—No seas tonto, muchacho. —La mujer bostezó y se quitó las sandalias de un patada.

—Sólo tendrías que desatarme. Yo iría en busca de Soren y los dos cogeríamos a mi madre y a la señora Carin...

—Tú no vas a ninguna parte. Mukhari Ras ha decretado tu suerte. —Artavash se acomodó en un diván y reclinó la espalda en la pared. Colocó la hoja desnuda de su espada corta sobre su regazo.

—¿Cómo puedes servir a un hombre como él? Es... ¡Es un monstruo que asesina niños! —protestó Sturm.

—Mueren niños a diario —respondió con tono indiferente.

En aquel momento el joven Sturm vio a Artavash como era en realidad: una mercenaria despiadada. Su lealtad estaba con el amo que le pagara. La mujer apuró otra copa de vino, otra entre las muchas que había tomado aquella tarde.

—Y ahora duérmete. —Artavash se tumbó pesadamente sobre un montón de

cojines. Sus dedos se aflojaron, y la copa rodó por el suelo.

Surm esperó a que la respiración de la mujer fuera suave y regular y entonces intentó arrastrar la silla. Las patas del sólido mueble rechinaron con fuerza en el desnudo suelo de piedra. Sturm se quedó muy quieto. Artavash soltó un suave resoplido y enterró el rostro en los mullidos cojines.

El muchacho miró anhelante la espada que Artavash había dejado caer y que ahora estaba apoyada sobre el diván, con la punta sobresaliendo por el borde. ¿Si pudiera cogerla! Se debatió contra las ataduras, pero sólo logró que los nudos del sedoso cordón se tensaran aún más. Sturm se obligó a recobrar la calma; se sacudió los mechones húmedos que le caían sobre la cara.

La lámpara que había sobre el diván ocupado por Artavash chisporroteó y se apagó. En medio de la densa oscuridad, Sturm sentía su pulso palpar en las manos y los pies. Movié los dedos bajo las ataduras. Tenía las manos cruzadas sobre el regazo de manera que la izquierda estaba sobre el bolsillo derecho y viceversa. Notó un bulto en el bolsillo izquierdo que reconoció como el cabo de viento del capitán Graff. Contó los nudos. Once. Once ráfagas mágicas de aire guardadas en aquel pedazo sucio de cuero sin curtir. Pero era magia. Y, como caballero, le estaba prohibido por la Medida valerse de la magia. Aun así... Luchar contra la Reina Oscura...

El día amaneció caluroso y radiante. Sturm despertó de un sueño intranquilo y ligero al recibir la caricia del sol en los ojos. Le dolía el cuerpo de estar toda la noche atado. Artavash no se movió hasta que un toque fuerte en la puerta la hizo levantarse.

—¿Qué rayos...? —farfulló con voz enronquecida.

—¿Dónde está mi hijo? —demandó lady Ilys a través de la puerta de madera.

—¡Aquí, madre! ¡Estoy aquí! —chilló Sturm.

Su grito hizo que Artavash diera un respingo. Tiró del cordón de una campanilla que colgaba junto al diván. Para cuando la puerta se abrió, ya había ocho soldados esperándola en el exterior. Otros dos soldados flanqueaban a Soren, cuyas manos estaban encadenadas.

Artavash cortó las ataduras de Sturm con la espada corta, y el joven Brightbrade se echó en los brazos de su madre.

—¡Van a matarme! —gritó.

—¡Eso es imposible! —se espantó lady Ilys, que se volvió hacia Artavash con actitud interrogante. La guerrera se limitó a encogerse de hombros.

—Mi señora, vuestro hijo dice la verdad. Esta gente intenta asesinar al joven Sturm —intervino Soren.

Lady Ilys tiró de su hijo y lo puso tras sus faldas. La señora Carin se adelantó y se situó junto al muchacho.

—¡Nadie se moverá de aquí mientras no se me dé una explicación de por qué se

nos está tratando de un modo tan bárbaro! —declaró la dama.

Artavash se frotó las sienes varias veces antes de hablar.

—Mi señor, Mukhari Ras, necesita la vida de vuestro hijo. Ésa es la explicación. Si creáis la más mínimo dificultad, vos, vuestra doncella y vuestro guardia seréis ajusticiados de inmediato.

—¡Pirata desvergonzada! ¿Crees que mi hijo es un cordero al que se pueda sacrificar para que espantapájaros del demonio logres sus propósitos?

—Poco importa lo que digáis, señora. Mukhari Ras es quien manda aquí y se hará su voluntad. —Hizo una demán a los soldados kernaffis, que apartaron a la fuerza a lady Ilys y a Carin de Sturm. Artavash fue a coger al muchacho.

Encadenado o no, Sroen no podía permitir que la guerrera les pusiera las manos encima a las personas que tenía a su cuidado. Cogió la cadena entre las manos y descargó un latigazo contra el hombre más cercano. El soldado se dobló con el impacto y tiró a sus compañeros. Soren se lanzó a la carga. Artavash soltó a Sturm y giró sobre sus talones para hacer fente al sargento.

—¡Soren, no! —gritó el muchacho.

La guerrera eludió sin dificultad la carga del guardia y lo golpeó en la cabeza con la parte plana de la espada. Soren se dobló y cayó de bruces en el frío suelo de mármol. Carin chilló. Artavash puso la punta de la espada bajo la barbilla de la doncella.

—¡No grites! ¡Me va a estallar la cabeza! —advirtió.

—Demasiado vino —dijo lady Ilys con frialdad.

—¡Basta! Por los dioses, tenéis una lengua más afilada que una docena de espada, señora. No puedo perder más tiempo con vos. Los guardias os encerrarán en vuestros aposentos. —Dio unas órdenes a los kernaffis. Dos hombres levantaron a Soren y el resto se colocó en formación alrededor de las dos mujeres.

—¡Sturm! ¡Sturm! —llamó su madre.

El chico dio un paso hacia ella, pero Artavash lo sujetó por el cuello.

—Se acabaron las contemplaciones —dijo con gesto ceñudo—. Si te resistes, las mujeres morirán.

—¡Madre! —gritó desesperado.

—Vamos. —Artavash lo agarró pro la muñeca y se lo llevó a rastras.

Radiz les salió al paso en el vestíbulo central. El comandante tenía n aspecto espléndido con su armadura y el yelmo, pero su rostro era una máscara inexpresiva. Él y Artavash intercambiaron una mirada que Sturm no supo interpretar. Después el kernaffi le tendió un pañuelo.

—Límpiate los ojos —le dijo con un extraño tono compasivo.

Radiz y Artavash se situaron unoa cada lado del muchacho y se encaminaron hacia la escalera que subía a la azotea de palacio. Sturm advirtió que el comandante

no apartaba la mano de la empuñadura de su espada durante todo el tiempo que tardaron en llegar a la azotea.

A un lado se encontraban cuatro sacerdotes kernaffis barbudos que ofrecían plegarias e incienso a la Reina Oscura. Radiz se detuvo e hizo una reverencia, pero a Sturm le pareció captar en su faz un gesto de aversión cuando se irguió. Artavash se cubrió los doloridos ojos para resguardarlos de la luz brillante del sol.

A diez pasos de distancia, Mukhari Ras preparaba una mesa especial para su grandioso experimento. Su figura enteca y encorvada yendo de un lado a otro le recordaba a Sturm los buitres que sobrevolaban la torre sureste del castillo Brightblade. La amplia túnica negra del alquimista contribuía a incrementar esa impresión.

No soplaban aire y el sol caía a plomo sobre los presentes. Sturm se estremeció a despecho del calor. «¡Paladine, sálvame, te lo ruego!».

—Traedlo aquí. Vamos, vamos —dijo Mukhari agitando sus manos juveniles.

Sturm se limpió las palmas sudorosas en los pantalones. Miró a Radiz esperando encontrar un gesto de apoyo, pero el comandante del *Cuervo Marino* miraba al frente con fijeza y se mantuvo en silencio.

Cuando Sturm había recorrido la mitad de la distancia que lo separaba de Mukhari dio un tropezón. Oyó el roce metálico de una espada al ser desenvainada. Una fuerte mano lo agarró por la parte trasera del chaleco.

—Ponte en pie, chico —dijo Artavash.

Mukhari aguardaba con las manos metidas en las voluminosas mangas de su túnica. Al estar más cerca, Sturm vio que la mesa era una especie de embudo de cobre lo bastante plano para tenderse sobre él y las patas eran unas pesadas columnas de mármol.

—Ponlo sobre la mesa —instruyó Mukhari.

Los sacerdotes cantaron con más fuerza y empezaron a tocar un gong de bronce.

De repente se alzó un alboroto de gritos y golpes metálicos en el hueco de la escalera. Radiz desenvainó su espada impulsado por un acto reflejo. Artavash empujó a Sturm hacia Radiz y enarboló su arma. Un grito agónico cortó el aire, y unos instantes después Soren aparecía en la azotea salvando los últimos escalones de dos en dos; en sus manos encadenadas sostenía una espada teñida de sangre.

—¡Sturm Brightblade, aquí me tienes! —bramó.

—¡Detened a ese hombre! —graznó Mukhari.

Artavash se adelantó para salirle al paso. El sargente arremetió con el arma robada, pero la mujer frenó la embestida y desvió la hoja de su oponente. Las cadenas obstaculizaban extraordinariamente los movimientos de Soren y sólo merced a su fuerza excepcional le era posible presentar batalla. Atacó a Artavash con una serie de golpes derecha, izquierda, derecha. La guerrera hizo una finta, se agachó y

alcanzó al guardia en el pecho. Soren retrocedió tambaleante. Artavash se movió en círculo alrededor del guardia; frenó un golpe descargado de arriba abajo, cambió de dirección en un abrir y cerrar de ojos y arremetió, aprovechando la debilitada defensa de Soren. La punta de su espada asomó por la espalda del sargento. Los rostros de los dos combatientes casi se rozaron.

—Debiste quedarte en el remo —dijo Artavash mirándolo a los ojos. Después retrocedió a la vez que sacaba su arma de un tirón, y Soren se desplomó.

Surm logró soltarse de Radiz y corrió hacia su amigo tendido en el suelo.

—¡Soren! ¡Soren!

—Mi señor... —Los ojos del sargento se quedaron abiertos mirando sin ver el cielo azul.

—Déjalo, muchacho. Ha muerto. —Radiz estaba de pie junto a Sturm con actitud indiferente.

Surm estaba estupefacto. Como si tuviera los pies de plomo, caminó hacia la mesa del alquimista, flanqueado por Radiz y Artavash. Toda esperanza estaba perdida. Cuatro pasos para llegar. Debajo del cuello del embudo de la mesa había una olla grande de hierro. Tras pasos. Mukhari estaba pálido y sudaba por el calor. Dos pasos.

No le quedaba nada, nada en absoluto, salvo el cabo de viento de Graff. Magia... prohibida... El último paso...

Artavash alzó al muchacho en sus brazos y lo tumbó sobre la mesa. El metal estaba caliente por el sol.

—Quédate quieto —advirtió—. Recuerda a tu madre.

La mujer se apartó de la mesa. Mukhari Ras se asomó sobre él. El alquimista aferró con ambas manos una daga de hoja curva. A Sturm le dio un vuelco el corazón. Apretó las mandíbulas y pronunció la plegaria más breve de toda su vida:

—Paladine, socórreme.

La daga osciló entre los frágiles dedos del alquimista. Artavash abrió el chaleco y la camisa de Sturm. Mukhari Ras bajó la mirada al muchacho y sonrió.

—Éste es tu destino —susurró—. ¡Te entrego a mi Oscura Soberana! —Cerró los ojos y levantó la daga para descargar el golpe.

La hoja descendió. Sturm alzó el cabo de viento que sujetaba tirante entre las manos crispadas. El cortante filo de la daga arañó durante un fugaz instante la tira de cuero.

Al sentir el roce, Mukhari abrió los ojos.

—¿Qué...? —Fue cuanto pudo decir antes de que el cuero se partiera.

Una ráfaga de viento poderosa, invisible, irresistible se expandió como un estallido por la azotea de palacio. La túnica del demacrado alquimista se hinchó con el aire como las alas negras de un murciélago y lo levantó en volandas. En medio de

aullidos de terror, Mukhari Ras voló hacia el borde de la azotea. Una ráfaga ascendente infló aún más sus vestiduras. El Señor del Mar se remontó en el cielo impulsado por el embrujado viento. Su frágil cuerpo aplastado por el torrente de aire subió y subió hasta perderse de vista en un remolino de nubes y polvo.

Mukhari desapareció, pero el peligro no había pasado todavía. El viento levantó a Sturm de la mesa, si bien el muchacho se las arregló para meter un brazo por el agujero del embudo y evitar que lo arrastrara. Se aferró con todas sus fuerzas mientras el vendaval aullaba a su alrededor. Retortas y alambiques para la destilación se volcaron y fueron barridos por el viento. Los sacerdotes khernaffis cayeron unos sobre otros hecho un ovillo, pero la brutal galerna los separó y los arrastró uno tras otro, los dos últimos todavía aferrados entre sí mientras salían lanzados de la azotea.

Sturm gritó de dolor, sacudido por el viento. Creyó que el brazo se le arrancaría de cuajo, pero consiguió aliviar un poco la tensión agarrándose con la otra mano. La mesa se volcó. El muchacho se aplastó contra la superficie de cobre. Una nube de polvo azotó el tejado y acribilló el pecho desnudo del muchacho. Cuando pensaba que ya no lo resistía más, el furioso vendaval amainó.

Sturm se quedó quieto, aferrado a la mesa, aquel instrumento de muerte que le había salvado la vida. Escuchó una débil llamada de socorro. Despacio, con toda clase de precauciones, el muchacho sacó el dolorido brazo del agujero del embudo. Estaba negro y morado desde la muñeca hasta el codo.

El grito de auxilio sonó otra vez.

—Socorro... Ayudadme...

Sturm estrechó los ojos para resguardarlos de la deslumbrante luz y miró en derredor. Estaba solo en la azotea. Todo, incluido el cuerpo de Soren, había desaparecido.

Radiz asomó por la escalera con la pluma del yelmo rata y la armadura abollada. Remontó cojeando los peldaños y miró a su alrededor. La quejumbrosa llamada se repitió. Radiz y Sturm avanzaron desde direcciones distintas y convergieron en el borde de la azotea.

—¡Por fin somos libres! —murmuró el kernaffi.

Artavash colgaba de una figura tallada que era un desagüe del canalón. Al precipitarse por el borde, su larga capa se había enganchado en las fauces abiertas del dragón de piedra y ahora estaba suspendida a gran altura sobre los tejados de Kernaf.

¡Ayudadme! —suplicó. La tela se rasgó un poco más y Artavash imploró que se apresuraran.

Sturm miró a Radiz. El kernaffi parpadeó, deslumbrado.

—Lo dejo a tu elección, muchacho. Si quieres, la subimos. O cortamos la capa y dejamos que se estrelle. ¿Qué decides?

Sturm miró de nuevo a la mujer. Sus ojos grises suplicaban compasión.

—Mató a Soren —dijo el muchacho.

—Cierto. —Radiz desenvainó su espada.

—No —lo detuvo Sturm—. La Medida enseña que hemos de ser clementes, incluso con el enemigo.

Se tumbó sobre el estómago y alargó la mano hacia la capa de la guerrera. Radiz hizo otro tanto. Subieron a Artavash y, cuando la mujer estuvo en la azotea fuera de peligro, rodó sobre sí misma y aspiró aire con bocanadas ansiosas. Radiz la despojó de espada y daga.

El kernaffila hizo ponerse boca abajo y le ató brazos y piernas con fuerza. Artavash maldijo y protestó en voz alta; Radiz sacó de un bolsillo se lo metió en la boca. Por fin se incorporó y se volvió hacia Sturm.

—¿Qué puedo hacer para recompensaros, joven señor? —preguntó.

Sturm se sujetó el brazo amoratado y frunció el entrecejo en un gesto pensativo.

—Deseo marcharme de aquí —dijo por último—. Pon a nuestra disposición un barco que nos lleve a mi madre, a la señora Carin y a mi hasta Solace. Es lo que mi padre quería y eso será lo que hagamos.

Radiz asintió en silencio. Mientras caminaban despacio hacia la escalera, el comandante posó la mano en el hombro del muchacho con actitud animosa.

—¿Cómo se te ocurrió utilizar el cabo mágico del marino? —preguntó.

—No lo hice a propósito —dijo Sturm, tragando saliva con dificultad—. Mi única intención era desviar la daga de Mukhari.

—¿No sabías que al cortar el cabo se liberaría el vendaval?

Sturm sacudió la cabeza en un gesto de negación.

—Desconozco todo lo referente a la magia. No es una materia adecuada para un caballero.

Paladine lo perdonaría pro haber faltado a la Medida.

—Radiz...

—¿Sí, joven Sturm?

—¿Harás que tus hombres busquen el cadáver del sargento Soren? Merece ser enterrado con honor.

—Así se hará. —Empezaron a bajar los peldaños—. ¿Sabes? Mukhari tenía razón en una cosa: eres un muchacho noble.

—Procuro ser digno hijo de mi padre.

Las veces de Sturm y del comandante kernaffi resonaron en los salones de palacio mucho tiempo después de que volvieran a reinar en la azotea un aire límpido, un sol brillante y una brisa suave y natural.

El camino al exilio era largo, muy largo. Para Sturm Brightblade acababa de empezar.

El corazón de Goldmoon

Laura Hickman y Kate Novak

Reinaba gran expectación entre la tribu que-shu, congregada ante la antigua tribuna que era el núcleo del poblado. Todos iban ataviados con las llamativas ropas de las festividades. Para deleite de los sentidos se sumaba el aroma de los alimentos que se estaban preparando para la inminente celebración.

No obstante, los alborozados hombres, mujeres y niños enmudecieron uno tras otro al atraer su atención una joven que remontaba los peldaños del estrado que se alzaba ante ellos. Poco después reinaba un gran silencio, ningún niño reía, ningún bebé lloraba. Era tal la quietud, que se percibía el suave roce de las zapatillas de la muchacho que subía a la plataforma.

La joven era Goldmoon, princesa y sacerdotisa de los que-shus. Los que la observaban sabían que tras su muerte, en un lejano futuro, Goldmoon se convertiría en diosa como había ocurrido con su madre, Tearsong, y con todos sus antepasados. Goldmoon era el eslabón que unía a su tribu con las deidades. Su padre, el Chieftain Arrowthorn, también alcanzaría la categoría de dios, pero, a pesar de la gran veneración que se le rendía, el silencio y el sobrecogimiento de la multitud estaban inspirados por su única heredera.

El largo y sedoso cabello de Goldmoon era más brillante que la hierba dorada que se mecía en las praderas cercanas al poblado. El espectáculo de su melena todavía dejaba pasmados a los miembros de la tribu, todos ellos de pelo negro. «Es la señal de que goza del favor de sus antepasados», decían. Cuando llegó a lo alto del estrado y saludó a la muchedumbre con una inclinación de cabeza, el sol se reflejó en aquellos mechones dorados; ante la contemplación de su gracia, su belleza y la reluciente corona de cabello, ninguno de ellos presentes tuvo la menor duda de que Goldmoon era merecedora del honor que otorgaba esa ceremonia.

La joven se volvió de espaldas a los reunidos e hizo una respetuosa reverencia a su padre, que había subido al estrado con anterioridad. Aunque era la ascendencia de su madre la que otorgaba su condición de sacerdotisa, fueron los méritos de su padre como guerrero los que ganaron la mano de Tearsong. Sólo la sabiduría y astucia de Arrowthorn evitaron que las riendas del poder pasaran a otra familia cuando sobrevino la dolorosa y temprana muerte de Tearsong. Había conseguido retenerlas hasta que Goldmoon alcanzó la edad establecida para convertirse en la sacerdotisa de su pueblo.

La joven se situó a la derecha de Arrowthorn, y su mirada fue más allá de las praderas para quedarse prendida en las montañas que se alzaban en el horizonte norte. Desde el estrado no la veía, pero sabía que cerca de la cumbre existía una enorme

caverna llamada la Morada de los Espíritus Durmientes, donde reposaban los restos mortales de sus antepasados al otro lado de la puerta que sólo se abría una vez cada diez años, cuando, al filo del amanecer, la iluminaban los rayos de Lunitari, la luna roja. Al día siguiente, Goldmoon viajaría a la caverna por vez primera para hablar con sus antepasados, sus dioses. Ello le producía excitación y también una cierta ansiedad.

Antes, sin embargo, debían celebrarse los juegos con los que se decidiría quiénes serían sus acompañantes. Sólo los dos guerreros que demostraran ser los mejores la escoltarían en el viaje. Veinte Hombres de las Llanuras jóvenes, fuertes y gallardos se alinearon ante su princesa en uno de los peldaños inferiores del estrado, formando un semicírculo, todos deseosos de ser honrados con el cometido. Aparentemente abstraída en la contemplación del paisaje que se extendía ante ella y que reverberaba por el aire caliente, Goldmoon parecía no reparar en la presencia de los jóvenes.

No obstante, cuando el último se hubo colocado en su puesto, la princesa volvió la vista hacia el historiador que se sentaba en el estrado detrás de su padre y que escribía en un pergamino con actitud circunspecta. Escucó a su padre soltar la respiración de un modo que bien podía ser un resoplido de fastidio dirigido a Loreman. Resultaba evidente que la concienzuda lentitud del historiador y curandero era una estratagema para demostrar ante la tribu la importancia de su propia posición. Loreman terminó de escribir los nombres de los participantes con un último trazo pomposo; después alzó la vista hacia la princesa y asintió con un gesto.

Goldmoon había celebrado ya incontables ceremonias religiosas. Desde la muerte de su madre habían recaído sobre ella todas las obligaciones inherentes al cargo de sacerdotisa: orar por su pueblo, sus cosechas, sus rebaños y su armamento; atender a los enfermos y a los heridos; resolver disputas; enterrar a los muertos. Pese a ello, debido a la infrecuencia con que se producía la apertura del acceso a la Morada de los Espíritus Durmientes, hasta ahora no se había presentado la ocasión de llevar a cabo esta ceremonia tan importante durante la cual Goldmoon consagraría su vida al servicio de su pueblo. Mas al fin había llegado el día señalado. Estos hombres alineados a sus pies lucharían por el privilegio de escoltarla, como su padre había escoltado a su madre. «Ojalá uno de vosotros demuestre ser digno», dijo para sus adentros.

Goldmoon desplegó su estandarte personal: la dorada luna creciente impresa sobre el paño oscuro relucía al sol con tanta intensidad como su cabello.

—Que la bendición de los Antepasados Muertos otorgue valor, entereza y fortaleza al más grande entre vosotros —dijo en voz alta.

En respuesta, los Hombres de las Llanuras prorrumpieron en vítores a la vez que alzaban los distintos estandartes de sus familias.

La princesa se agachó y sacó una daga de cristal de la funda sujeta a su bota.

Diseñada con gran pericia y hueca en su interior, la daga servía también como recipiente en el que se guardaba un puñado de tierra sagrada. Goldmoon sacó la empuñadura mediante un giro y derramó un poco del cálido y fino contenido en la palma de la mano. Con un ademán esparció el polvo dorado sobre los hombres alineados a sus pies, asegurándose de que cayera un poco sobre todas las cabezas.

La sacerdotisa contuvo el impulso de limpiarse los granos adheridos a la palma de la mano y bendijo a los participantes uno por uno tocando con las yemas de los dedos sus cabezas inclinadas. Cada guerrero se arrodillaba y la miraba con devoción y admiración cuando se detenía ante él. Todos, salvo el último.

El joven en cuestión vestía un peto de cuero bien cuidado pero muy usado, y sus ropas mostraban idénticos indicios de desgaste y remiendos. Su cara no le era familiar, pero Goldmoon reconoció su estandarte como el de una familia pobre que vivía en una choza situada en los límites de las tierras de pastos que los que-shus compartían con otras tribus vecinas. El guerrero se llamaba Riverwind y ocurría algo raro con él, aunque Goldmoon no sabía de qué se trataba, ya que, si entraba en la habitación cuando Arrowthorn hablaba del asunto con otros hombres, se hacía un silencio y cambiaban a otro tema.

La princesa se situó frente Riverwind preguntándose tontamente qué emoción vería reflejada en sus ojos mientras lo bendecía. Sin embargo, el joven retrocedió un paso con una gracia felina. Aunque desconcertada y molesta de que hubiese alterado el suave discurrir de la ceremonia, Goldmoon se las ingenió para que su rostro no denunciara su sorpresa. Supuso que el joven campesino era demasiado simple para comprender el ritual.

—Aún no hemos terminado —le dijo en voz baja—. Tienes que arrodillarte ante mí para que te bendiga.

—No necesito bendiciones para superar la prueba de hoy y no me arrodillaré ante ti ni ante ningún otro mortal —replicó Riverwind. Habló con voz queda, pero su timbre profundo resonó en el estrado.

Goldmoon se quedó rígida por el esfuerzo de contener la ira. No permitiría que se la avergonzara ante su tribu poniendo en tela de juicio su derecho a ser reverenciada. Llamó con un ademán a los guardias para que se acercaran. Los soldados se situaron detrás del infiel, dispuestos a llevárselo a rastras en cuanto diera la orden.

Pero antes de que hiciera el menor gesto para que los guardias lo quitaran de su vista, Arrowthorn se situó junto a su hija e intercedió pro el joven guerrero.

—Con tu permiso, venerada sacerdotisa —le susurró—. Su intención es faltarte al respeto. —Dirigió una mirada glacial a Riverwind—. Sencillamente no comparte nuestras creencias. —El jefe alzó el tono de voz a fin de que la multitud oyera sus palabras—. Riverwind, nieto de Wanderer ¿por qué has venido a esta ceremonia? No se ha requerido tu presencia.

Los ojos del guerrero fueron de la hija al padre. Goldmoon no salía de su asombro ante la actitud orgullosa y audaz de Riverwind. En los oscuros ojos del guerrero no había el menor asomo de nerviosismo. Con voz tranquila, pero lo bastante alta para que llegara hasta la tribu reunida a sus espaldas, contestó:

—Soy un guerrero y mi brazo armado está al servicio de mi pueblo. Aunque no compartas vuestras creencias, tenéis mi lealtad. También yo deseo que el viaje de la hija del Chieftain sea seguro. Los juegos de hoy probarán mi valía.

Los ojos de Riverwind se apartaron de Arrowthorn y se prendieron en los de Goldmoon a pesar de la resistencia de la princesa. El guerrero esbozó una sonrisa apenas perceptible. Goldmoon apartó la mirada con presteza y la enfocó en las lejanas montañas. Lo que había visto en aquellos ojos en ese breve instante le había producido un escalofrío a pesar del ambiente caluroso. Era la mirada del cazador al acecho de su presa.

—Bien dicho —sentenció Arrowthorn. Luego se volvió hacia la expectante muchedumbre—. Que empiecen los juegos.

Goldmoon estaba perpleja; no veía a los hombres que tenía ante ella ni las praderas extendidas a su alrededor. No daba crédito a lo que acababa de escuchar. ¿Cómo había podido su padre dar su aprobación a este gañán arrogante y rebelde? ¿Cómo se atrevía a pasar por alto su voluntad? Era su padre, sí; ¡pero *ella* era la sacerdotisa!

Los guerreros abandonaron el altar en fila, con Riverwind cerrando la marcha. Goldmoon fue tras él con porte tieso. Descendió cada peldaño plantando los pies con fuerza, como si pisara la cabeza del arrogante joven.

El jefe caminó tras su hija con aparente tranquilidad. Loreman permaneció en el estrado garabateando todavía en el pergamino con su pluma, dejando constancia escrita de su versión de los acontecimientos recientes.

Goldmoon entró en su alojamiento y cerró la puerta cuando entró su padre. Entonces giró sobre sus talones, libre de dar rienda suelta a su cólera y desconcierto.

—No comprendo cómo pudiste permitir...

—¡Silencio! —la interrumpió Arrowthorn.

Goldmoon se tragó sus palabras de reproche.

El jefe observó a su hija con mirada analítica. La muchacha vestía la túnica ceremonial que Tiarsong, su esposa muerta, también había llevado; y, salvo por el cabello, era la viva imagen de su madre. Cumplía con sus obligaciones como hija del Chieftain de manera irreprochable, sin plantear la menor queja. De hecho, Goldmoon era casi perfecta, pero Arrowthorn no creía conveniente decírselo. La divinidad no se ganaba con indolencia. Dominó pues el orgullo que sentía por la joven y adoptó un aire severo.

—Lleva torcida la diadema —espetó. La muchacha sintió enrojecer sus mejillas; alzó las manos a la cabeza para enderezar la fina banda de plata que le ceñía la frente —. ¿Cómo esperas que los jóvenes vean en ti a una diosa si no cuidas más tu aspecto? Con eso no es suficiente. Quítatela y haz que tus doncellas te peinen otra vez el cabello antes de colocártela bien.

Aunque era ya una mujer, y muy poderosa, sus súbditos se habrías quedado boquiabiertos si hubiesen visto cómo temblaba ante las duras palabras de su padre.

Para Arrowthorn no era fácil contemplar impasible cómo su única hija temblaba de vergüenza. Puso una mano sobre su hombro y con la otra le hizo levantar la barbilla para que lo mirara a los ojos.

—Nada de esto tendría importancia se si tratara sólo de Riverwind. Toda su familia está maldita.

—¿Qué quieres decir?

—Wanderer, abuelo de Riverwind, indagó demasiado durante sus viajes y su espíritu se ofuscó. Rompió el pacto con nuestros dioses e indujo a su familia a hacer lo mismo.

—¿Por eso son tan pobres? —Preguntó Goldmoon al recordar la destartalada cabaña de las praderas.

—Eso es lo de menos. Baste decir que no dudo de su lealtad a pesar de sus creencias peculiares.

—¿Cómo puedes estar tan seguro si rechazan lo que somos?

—¿Recuerdas lo que hablamos una vez sobre los que afirman que su fe es irme o su lealtad inquebrantable cuando la realidad es muy otra?

Goldmoon asintió en silencio. La prerrogativa de ser sacerdotisa de los que-shus pasaba de madre a hija, pero la peculiaridad entre las tribus de las Llanuras era que la posición de Chieftain recaía en el hombre que desposaba a la sacerdotisa. La valía del hombre en cuestión se juzgaba a partes iguales por la propia interesada y por el jefe actual, su padre. Era una tradición cuyos orígenes se remontaban a tiempos remotos, una tradición que mantenía estable las instituciones que-shus. Con todo, había hombres a los que sacaba de quicio que sus ansias de poder se vieran frustradas por una niña sana que llegara a la edad adulta, en especial los hijos de los jefes y los pretendientes rechazados. Arrowthorn le había advertido en una ocasión que muchos eran contrarios a esta tradición, pero ninguno se atrevía a manifestarlo en presencia de la familia real..., todavía. Por ello debía ser un ejemplo de perfección.

El pueblo obedecía a quien llegaría a convertirse en diosa, pero los que tenían malas intenciones podían hacerlos cambiar de opinión si conseguían ponerla en evidencia y hacerla parecer una simple mortal.

—Y por la misma razón que no sería prudente poner a prueba esas falsas alegaciones de lealtad —continuó Arrowthorn—, es aconsejable aceptar la lealtad de

quienes se declaran fieles a otras creencias.

—¿Pero por qué?

—Porque sólo son mortales, pequeña —dijo el jefe con un suspiro—. Y aunque los mortales no son infalibles, debe dárseles libertad para que hagan sus propias elecciones. ¿De qué otro modo si no podríamos decidir quiénes son los justos cuando nos llegue el momento de juzgar una vez convertidos en dioses?

La muchacha reflexionó unos momentos.

—Pero también debemos enseñarles el camino de la verdad —argumentó después.

—Enseñarlo, sí, pero no obligarlos a que lo recorran.

—Tal vez a Riverwind se lo podría convencer de seguir ese camino —sugirió Goldmoon.

Arrowthorn pensó cara sus adentros: «Puede que lo rastreara durante un tiempo hasta que se volviera atrás una vez cobrada la pieza». Sin embargo, en voz alta se limitó a advertir a su hija:

—Yo no le daría muchas vueltas al asunto. Los hombres como Riverwind acatan órdenes, pero la persuasión sólo consigue que saquen a la luz su carácter obstinado. Lo más probable es que te hiciera quedar como una necia.

—¿Es eso lo que discutes con Loreman y los otros cuando yo no estoy presente? ¿El que su familia nos haga parecer unas estúpidos?

Arrowthorn no sabía mentir y por consiguiente se limitó a encogerse de hombros.

—Entre otras cosas —fue su respuesta evasiva.

—¿Qué otras cosas?

Pero el jefe dio media vuelta y fue hacia la puerta.

—Que te arreglen el cabello, ponte bien la diadema y sigue con tus otras obligaciones —ordenó mientras se marchaba—. Hoy tienes muchas ¿no es cierto?

Próxima ya la hora de iniciarse el torneo, Golmoon cruzó la arena del estadio con el cabello y la diadema tan perfectos como el resto de su apariencia. Por todo el círculo exterior del palenque había guerreros haciendo ejercicios de calentamiento y entrenándose. Al reparar en ella cesaban sus actividades para contemplarla mientras se acercaba. La sacerdotisa mantenía la mirada fija en su punto de destino, la tienda donde se guardaban las armas. Por tal motivo, en tanto que todos los ojos estaban fijos en ella, Goldmoon fue la única que vio a un hombre que se escabullía a gatas por debajo de la lona, cerca de la parte posterior de la tienda.

La joven frunció el entrecejo al reconocer al intruso. Era Hollow-sky, el hijo de Loreman. El historiador era un hombre acaudalado e influyente en la tribu; su familia había redactado las crónicas de los que-shus durante muchas generaciones. Golmoon sabía que había sido uno de los pretendientes de su madre, pero a la sacerdotisa le

resultaba imposible imaginar que Tearsong lo hubiese elegido a él en lugar de Arrowthor. Tenía una estatura media, su constitución era enjuta y sus rasgos — aunque considerados atractivos y refinados por muchas mujeres— eran tan insulsos y poco definidos que a veces Goldmoon lo compadecía. Era una simple sombra comparado con la fortaleza y masculinidad de su padre y su figura todavía vigorosa. Loreman no era ni la mitad de buen guerrero que su padre, tenía un carácter arrogante, era avaro con su dinero y perdía los estribos o se volvía taciturno cuando no se salía con la suya. Después de que Tearsong muriera había discutido continuamente con su padre acerca del modo de dirigir los asuntos de la tribu. Aun así, Hollow-sky, su hijo, había sido uno de los pocos niños que Arrowthorn había considerado indicado para compartir los juegos de su hija durante la infancia.

La princesa había pensado en una ocasión que su padre era muy magnánimo al actuar así, pero con el tiempo comprendió que había sido la concesión del Chieftain a cambio de mantener la paz con Loreman. La unidad de la tribu era lo más importante para su padre. Por mantenerla pagaría cualquier precio, incluso si ello significaba vender el afecto de su hija al vástago de su enemigo.

Hubo un tiempo en que a Goldmoon no le habría importado, pues cuando era niña sentía un gran cariño por el muchacho. Sin embargo, Hollow-sky cambió cuando empezó su entrenamiento como guerrero. En los años siguientes, su antiguo compañero de juegos apenas le había hecho caso absorto como estaba en asuntos más «viriles». Después, cuando por fin le prestó de nuevo atención, era evidente que no estaba interesado en ella como una amiga, sino sólo como un trofeo a alcanzar.

Al principio sus cortesías le habían resultado satisfactorias en extremo, ya que por entonces Hollow-sky le parecía atractivo y enérgico; pero muy pronto su personalidad empezó a irritarla como la de Loreman irritaba a su padre.

Lo que es peor, su relación quedaba menoscabada por la firme convicción de Hollow-sky de que él era el más sabio, el más fuerte y el mejor en todo de los dos. Tomaba decisiones en su nombre sin consultarla siquiera o intentaba disuadirla de otras a las que ella había llegado tras concienzudas reflexiones. Cuando discutían, él recurría a evocar los juegos compartidos en la infancia para engatusarla y que olvidara el enfado, si bien con ello sólo conseguía empañar los únicos recuerdos agradables que la joven guardaba de él.

Por desgracia, su padre parecía interpretar la mengua de su compañerismo con Hollow-sky como señal de que estaba dando paso a otra clase de sentimientos, inducido por su propia necesidad de mantener unida a la tribu. Otros comentaban que hacían una pareja perfecta: él era tan fuerte y ella tan hermosa. Nadie se daba cuenta de los profundos cambios que se habían operado en los sentimientos de la princesa, y la muchacha no tenía a su madre para pedirle consejo.

Y ahora Hollow-sky tramaba alguna artimaña en la tienda del armamento, un

lugar al que ni siquiera habría debido acercarse. Goldmoon sabía que su obligación era preguntar qué se traía entre manos, pero no deseaba enfrentarse al guerrero hoy. No quería oír disculpas evasivas, ni siquiera hablar con él. En consecuencia, no hizo el menor comentario cuando se aproximó a los guardias apostados a la puerta de la tienda. Ajenos a lo ocurrido, se inclinaron respetuosamente ante la sacerdotisa y levantaron la lona de la puerta para que entrara.

A solas en el interior, Goldmoon no vio nada que se saliera de lo normal. Todas las armas se guardaban aquí en días de celebraciones; el motivo principal era el reconocimiento de la soberanía del Chieftain, pero también era una medida de seguridad para evitar que cualquier disputa desembocara en la lucha cruenta cuando los ánimos se exaltaban tras varias horas de celebración. Goldmoon se encogió de hombros. Fuera por lo que fuera lo que Hollow-sky había tramado, quedaba postergado para más tarde. Ahora su obligación era bendecir las armas que utilizarían los combatientes.

Inhaló hondo para tranquilizarse, pero su mirada se detuvo en unas plumas que reconoció como la marca identificativa del cayado de combate de Riverwind. No era astroso el aspecto de la extraña y preciosa madera, ni mucho menos; probablemente era un botín conseguido por su abuelo, Wanderer, durante sus viajes. Iracunda, Goldmoon lo cogió de un manotazo e hizo un gesto para apartarlo a un lado.

—Veremos qué maravillosa es esta arma y qué gran guerrero es él sintener ninguno de los dos mi bendición.

Entonces reparó en la fina grieta que se extendía a lo largo del tercio superior del cayado. Enseguida vio que no era una rotura natural.

—¡Hollow-sky! —Musitó.

Sabía que Hollow-sky y su hermano, Hawker, eran los claros favoritos para ganar el torneo, y su inmediata suposición fue que había hecho esto pro ella. Quizás el propio guerrero le contaría más tarde el modo que había ideado para que Riverwind pagara el insulto que le había hecho en público.

Insegura si quería esta clase de revancha, Goldmoon debatió qué hacer. Tal vez una derrota ignominiosa era lo que los antepasados tenían destinado a Riverwind. Pero... ¿por qué habían permitido entonces los dioses que ella descubriera la grieta si no para que le pusiera remedio?

Su deber estaba claro.

No era fácil encontrar otro cayado de la misma madera. Tuvo que reemplazarlo pro uno de los antiguos cayados de su padre, sujetar las plumas de Riverwind al bastón de Arrowthorn le resultó enojoso. Por fin, cuando hubo terminado la tarea y colocó el arma sustituta entre los otros cayados bendecidos, empezó a tener dudas.

El cayado de combate de su padre era un arma que a buen seguro había bendecido su madre; incluso tal vez era el que su padre había utilizado cuando se habló el

derecho de escoltar a Tearsong a la Morada de los Espíritus Durmientes. La joven se obstinó en recordar si había algún modo de anular la bendición realizada sobre un objeto.

—Goldmoon... —Arrowthorn penetró en la tienda y miró interrogante a su hija. Una leve sonrisa bailaba en sus labios—. ¿Todavía orando? ¡Sólo van a luchar entre ellos, no contra el enemigo!

La joven bajó los ojos para ocultar su preocupación desconcierto.

—Padre, por favor. Esto es muy serio para mí.

—Por supuesto. Lo siento. Pero todos están aguardando.

Goldmoon siguió a su padre y ocupó su sitio en la tribuna. Los participantes iniciaron los juegos con una serie de combates de lucha cuerpo a cuerpo. Toda la tribu se había reunido en el estadio y vitoreaba o abucheaba sin la menor reserva. Goldmoon observaba en silencio con gran interés. Era la dirigente de una tribu guerrera y ella misma había sido entrenada para la lucha, como el resto de mujeres que-shus.

Estaba a punto de iniciarse una nueva ronde de combates cuando oyó a una de sus doncellas, Clearwing, susurrar a otra sirvienta:

—Quizá sea cierto lo que cuentan de Riverwind.

Goldmoon no apartó la mirada de los juegos, pero la conversación de sus doncellas había atraído toda su atención.

—¿Qué cuentan? —preguntó en tono susurrante Starflower.

—Dicen que lo criaron leopardos —contestó Clearwing.

—¡Qué estupidez! —opinó Starflower con gesto remilgado—. En las Llanuras no hay leopardos.

—Mi abuela cuenta que creció entre las bestias y que Wanderer lo encontró en uno de sus viajes y lo trajo consigo —argumentó la otra joven, encogiéndose de hombros.

Goldmoon puso de nuevo su atención en la lucha cuerpo a cuerpo. En ese momento le había llegado el turno a Riverwind. Era innegable que en sus movimientos había una fuerza y una elasticidad felinas.

—Has de admitir que tiene la elegancia de un leopardo —añadió Clearwing, haciéndose eco de los pensamientos de su señora.

—¡Ya lo creo!! —dijo Starflower con un suspiro.

Goldmoon no quería escuchar más alabanzas al guerrero, así que dio a las dos jóvenes doncellas unas monedas para que compraran unos dulces y de ese modo conseguir que tuvieran la boca ocupada en otra cosa. El aroma del pan endulzado le hizo la boca agua, pero aguantó el ronroneo del estómago con estoicismo. La familia real sólo comía en público en contadas ocasiones ceremoniales con el propósito de no recordar a sus súbditos su condición de mortales.

Los combates de lucha libre, una carrera de velocidad y una competición de tiro con arco redujeron el número de participantes a ocho. Los antepasados aún no habían hecho morder el polvo a Riverwind, y Goldmoon se preguntó si el guerrero no atribuiría sus victorias a cualesquiera que fueran los dioses a los que adoraba. Cuando salió de la tienda junto con los restantes participantes tras recoger su cayado, la princesa lo observó con atención pero él no dio la menor señal de haber advertido el cambio realizado por Golmoon. Lo que sí hizo fue alzar la vara hacia ella y sonreírle.

La torva expresión de cazador había desaparecido de sus ojos y su sonrisa era la de un joven corriente: cálida y amistosa. Goldmoon vio en ella la lealtad que su padre reconocía sin ningún género de dudas.

La última disciplina era la lucha con cayados en la que se combatía dentro de un gran círculo; los participantes eran descalificados si perdían el arma o salían del círculo. A la señal de un juez, los hombres se enzarzaron unos contra otros, por parejas, arremetiendo con bastonazos peligrosos que alternaban con movimientos defensivos, y el crujido de madera resonó en el estadio.

Dos guerreros se golpearon al tiempo y se sacaron el uno al otro del círculo, de manera que ambos quedaron descalificados. Goldmoon vio que Hawker y Hollowsky peleaban con mucha agresividad y golpeaban las armas de sus oponentes sin darles un momento de respiro. Por su parte, Riverwind acosó a su oponente, Treewhistle, con una serie de golpes inflexibles y precisos hasta que el cayado de Treewhistle se le escapó de las manos. El arma resonó al caer a la arena y rodó fuera del círculo antes de que su propietario pudiera recuperarla.

Se produjo un súbito crujido de madera seguido a continuación por otro cuando los dos hijos de Loreman rompieron los cayados de sus contrarios. Goldmoon frunció el entrecejo. Esto no podía ser una simple coincidencia. Ahora estaba clara la magnitud de la acción llevada a cabo por Hollowsky en la tienda de armamento. ¡Era un sacrilegio! Le haría saber el desagrado que le causaba su comportamiento.

De forma simultánea, los hermanos se volvieron contra Riverwind. Parecía un resultado inevitable que actuaran en equipo para derrotarlo y así proclamarse campeones; pero Riverwind había tenido unos segundos de respiro para analizar sus movimientos. Sostuvo en alto su cayado, casi como invitándolos a que lo quebraran de un golpe. En cualquier caso, sólo uno de ellos podía golpear para no estorbarse mutuamente, de manera que Hawker cedió el puesto a su hermano.

Hollowsky arremetió, pero Riverwind se agachó con tal velocidad que su figura semejó un manchón de colores. El guerrero no bendecido estrelló su cayado de manera inopinada contra el confiado Hawker, que había bajado la guardia y no esperaba el ataque. El arma se le escapó de las manos, pasó sobre las cabezas de los espectadores y fue a caer en la tribuna, a los pies de Goldmoon.

Por un instante pareció que Hollow-sky iba a machacar la cabeza de Riverwind con su cayado al presenciar la derrota de su hermano, pero el juez se interpuso entre ambos y los proclamó vencedores. Riverwind y Hollow-sky serían la escolta de Goldmoon en el viaje a la Morada de los Espíritus Durmientes.

La multitud prorrumpió en vítores, pero la sacerdotisa observó a los dos con rigor mientras se aproximaban a la tribuna. Hollow-sky dirigió una mirada enconada a Riverwind y después adelantó un paso cuando Goldmoon extendió la mano para tocarle la frente en un gesto de bendición. Pero Hollow-sky le cogió los dedos y puso en ellos un largo y apretado beso.

Aunque tal gesto se salía del ritual establecido, la muchedumbre prorrumpió nuevamente en vítores, riendo alborozada. Al fin y a la postre, ésta era la otra finalidad de los juegos: encontrar un guerrero merecedor de cortejar a su princesa—sacerdotisa. No obstante, desazonada por el ardor de la mirada de Hollow-sky y todavía furiosa por los cayados rotos, la princesa estaba decidida a no darle un trato de preferencia. Liberó su mano y se la tendió a Riverwind para darle la misma ventaja.

Riverwind contempló desconcertado los esbeltos dedos que tenía ante sí. Tomó la mano como si fuera algo muy frágil y le dio la vuelta, al parecer sin saber qué tenía que hacer.

—¿Y bien, Riverwind? —Dijo la princesa, arqueando las cejas en un gesto expectante. En su fuero interno, la asaltó el súbito temor de que este... patán rehusara besarle la mano por razones religiosas y le hiciera un desaire en presencia de toda la tribu.

—Quizá te está leyendo la mano, mi princesa —se mofó Hollow-sky.

Goldmoon se sintió agradecida de que el hijo de Loreman hubiera roto el incómodo silencio salvando la situación.

—No —respondió con actitud circunspecta Riverwind—. Ésa no es una de mis habilidades.

—¿Qué? ¿Ni siquiera ves un viaje largo? —dijo Goldmoon con actitud jocosa, aunque la realidad es que empezaba a sentirse nerviosa.

La mano del guerrero le agarraba ahora la muñeca con gran firmeza. La expresión de Riverwind se hizo más solemne, si bien la sonrisa no desapareció del todo de sus labios.

—Harás un viaje, no cabe duda. Y bajo mi protección será seguro. Lo juro.

Sin volverle la mano, la alzó hasta sus labios. A Goldmoon le latió el corazón de manera apresurada cuando el guerrero olió el perfume de su muñeca y después, con gran delicadeza, le besó la mano.

La princesa Goldmoon pasó el resto de la tarde retirada en sus aposentos en tanto que

toda la tribu empezaba a festejar el acontecimiento con entusiasmo, comiendo, bebiendo, bailando, discutiendo y enzarzándose en peleas. La música llegaba hasta sus aposentos y la sacerdotisa deseó que hubiera sido posible reunirse con ellos como cualquier joven corriente. Estaba sentada ante el telar, pero la lanzadera permanecía abandonada sobre su regazo. Riverwind y Hollow-sky se sentarían a su lado en los festejos nocturnos y estaba ansiosa por descubrir qué otras sorpresas le tenían preparadas.

Por fin su padre envió a un sirviente para informarle que había llegado la hora de que la sacerdotisa se reuniera con la tribu para compartir la cena.

Una flauta y un tambor anunciaron su entrada en el área iluminada con antorchas donde se iba a celebrar el banquete. Tomó asiento a la derecha de su padre. Los dos guerreros elegidos hicieron entonces su entrada mientras la tribu entonaba un canto de victoria en su honor. Se sentaron frente a la princesa. Goldmoon se levantó e invocó una bendición sobre los alimentos, no sin antes dirigir una fugaz mirada a Riverwind. Si el pastor—guerrero tenía algo en contra, no lo dio a entender. Entonces empezó la fiesta.

Goldmoon apenas había comido dos bocados cuando Hollow—sky se levantó y pidió permiso para hablar.

—Quisiera hacerte un regalo, princesa, en honor de un día memorable —anunció.

Mientras el joven hablaba, su padre, Loreman avanzó con actitud orgullosa hacia la mesa presidencia. Iba engalanado con una capa ceremonial adornada con plumas y llevaba en las manos un voluminoso libro encuadernado con cuero repujado. Loreman dejó el libro sobre la mesa, al lado de Goldmoon.

—Me ha costado largas horas completar este trabajo. Es la historia de las generaciones que-shus desde el gran Cataclismo, hace trescientos años. He resumido muchos escritos antiguos y los he recopilado en un libro. Como verás, la última página describe los acontecimientos del día de hoy. Lo he hecho para que toda la tribu pueda leerlo, pero lo entrego al cuidado de nuestra princesa y confío en que ella sea la primera en leerlo.

Se alzaron murmullos de aprobación entre las personas sentadas en las mesas próximas a la familia real. Un libro era un objeto poco corriente y el regalo había sido algo por completo inesperado, sobre todo si se tenía en cuenta que procedía de Loreman, que no destacaba por su generosidad. Goldmoon acarició la suave superficie, encantada con su textura.

Hollow-sky se inclinó sobre la mesa y puso su mano encima de la de ella.

—Léelo con detenimiento, princesa —susurró.

Goldmoon estaba impaciente por leer la última página. Se preguntó si Loreman habría dado por hecho que sus dos hijos serían los vencedores en los juegos y no habría tenido más remedio que volver a escribir esa hoja. Hawker estaba sentado a la

mesa de su padre; era evidente que no sabía aceptar la derrota de buen grado y tampoco hacía nada por disimular su gesto hosco. De repente, Golmoon se alegró de que Riverwind lo hubiese derrotado.

—Será mejor que lo pongamos ahora mismo a buen recaudo en nuestro alojamiento a fin de evitar cualquier daño —sugirió Arrowthorn, que arrebató a su hija el libro con cierta brusquedad.

—Tal vez ella prefiera examinarlo un poco más o dejarlo para que los demás lo vean —argumentó Loreman.

—Disculpa mi premura, Loreman, pero puede llover y no queremos que se estropee, ¿verdad? —replicó el Chieftain con voz tensa y cortante.

Los dos hombres se miraron con fijeza en una evidente lucha de voluntades, pero al cabo de un instante el historiador se dio por vencido, inclinó la cabeza y volvió a la mesa.

Arrowthor encargó a varios de sus hombres que llevaran el libro a los aposentos de su hija.

Deseosa de aliviar la tensión del momento, Goldmoon pidió a los músicos que tocaran. Su padre sabía como ella que era preciso animar el ambiente y propuso:

—Tocad una melodía alegre que abra a la gente el apetito por el baile, y así evitaremos muchas indigestiones por comer en exceso.

Riendo la broma del Chieftain, los comensales empezaron el banquete con entusiasmo. Goldmoon advirtió que Riverwind gozaba de muy buen apetito, si bien sus modales en la mesa no eran refinados en exceso. Por su parte, Hollow-sky había sido educado en lo que entre los que-shus se entendía como la más estricta etiqueta cortesana, pero se limitó a picotear su comida con gesto malhumorado.

Apenas había transcurrido media hora desde el inicio del banquete cuando los jóvenes se empezaron a levantar de las mesas para bailar. Goldmoon sintió una momentánea punzada de envidia por la libertad que gozaban las chicas de su edad y comprendió que la emoción se había reflejado en su cara cuando Riverwind le preguntó:

—¿Te apetece bailar? —De nuevo asomó a sus labios aquella cálida sonrisa.

—La hija del Chieftain no baila —se apresuró a intervenir Hollow-sky—. Claro que es impensable que un pastor hereje la conozca tan bien como un viejo amigo de la familia. Tal vez un paseo sería muy adecuado —añadió mientras le ofrecía el brazo.

Goldmoon apretó los dientes. Era cierto que no bailaba. Su padre se oponía, ya que, si con la agitación de la danza se quedaba falta de aliento y jadeaba, sería otro detalle que recordaría a sus súbditos que era un ser mortal. Pero Arrowthorn había abandonado pronto la mesa para jugar a los dados con sus generales y, si él se

permitía la debilidad de participar en juegos de azar, Goldmoon no veía qué daño podía hacer bailar un poco. Además, había otra razón. Quería demostrar a Hollow-sky que no permitía que tomara decisiones por ella.

—La hija del Chieftain sí baila, si bien no siempre prefiere hacerlo —replicó con frialdad—. Y ahora decide bailar con Riverwind. Y decide pasear después con Hollow-sky, ya que tiene varias cosas que hablar con él.

—Cuánto lo siento, princesa, pero debo retirarme pronto si mañana quiero estar en plena forma para ser un buen guardián —objetó Hollow-sky.

—Entonces que descanses bien, guerrero —comentó la princesa con estudiada indiferencia. Enlazó su brazo con el de Riverwind, no sin cierta brusquedad, y se dirigieron hacia la zona de baile.

De hecho, Goldmoon *nunca* había bailado en público. Tarareando la música había practicado en la intimidad de sus aposentos, repitiendo cuantos pasos recordaba haber visto. Pero bailar *de verdad* era algo distinto por completo. Mientras Riverwind la conducía desde las mesas hacia la zona de baile empezó a ponerse tensa.

El roce de un dedo calloso pero delicado descendió por la parte interna de su antebrazo y la sobresaltó, haciendo que alzara la vista hacia su acompañante.

—Los músicos desean saber qué pieza prefieres —le dijo en voz baja Riverwind.

—Elige tú por mí, por favor —respondió en un precipitado susurro.

—En ese caso, elegiré algo simple para mis enormes y torpes pies —bromeó él.

Goldmoon miró los oscuros ojos del guerrero. «Sabe que en esto no soy infalible —pensó—. Y sin embargo es lo bastante delicado para disimular que el torpe es él».

Riverwind desató el ceñidor de tela de color rojo oscuro que llevaba anudado a la cintura y lo alzó sobre su cabeza con un pomposo ademán.

—La princesa elige «La caza del tigre» —anunció en voz alta.

Goldmoon se tranquilizó. «La caza del tigre» era una sencilla contradanza. Reparó en que la hermana de Hollow-sky, Ravenhair, la mirada y esbozaba una sonrisa forzada; era evidente que se sentía humillada. A excepción de Goldmoon, Ravenhair era la joven de más alto rango entre las mujeres de la tribu. Habría encabezado la danza si la princesa no hubiese olvidado cuál era su puesto y se hubiera mantenido apartada de la zona de baile.

Las notas penetrantes de las flautas se alzaron en la noche a para que Goldmoon se situaba unos cuantos pasos por detrás de Riverwind. El guerrero pateó el suelo con un pie y echó hacia atrás una de las puntas del ceñidor. Goldmoon hizo eco del pisotón de él con otro no tan fuerte, casi pisando el extremo del ceñidor. Riverwind avanzó unos cuantos pasos al tiempo que tiraba del ceñidor de manera incitante, como el cazador que provoca a una tigresa.

Goldmoon saltó hacia adelante y recogió la punta del ceñidor con un grácil movimiento. Le dio un tirón, y Riverwind giró sobre sus talones para ponerse de cara

a ella. De nuevo la mirada del cazador estaba en sus ojos y la luz de las antorchas se reflejó en sus oscuros iris otorgándoles un brillo rojizo. Sujetando el ceñidor entre los dos, el pastor y la princesa giraron uno alrededor del otro, Golmoon absorta, como hipnotizada por aquellos ojos.

Esta danza siempre le había parecido un poco tonta y no entendía pro qué era tan popular. Parecía más apropiada para un juego de niños. No obstante, mientras Riverwind se inclinaba sobre una rodilla y ella daba vueltas a su alrededor sosteniendo el extremo del ceñidor, comprendió de repente el verdadero significado de la danza.

El guerrero dio un tirón, y Goldmoon empezó a girar sobre sí misma enrollándose en el ceñidor, de manera que se acortó la distancia entre ellos. Tan pronto como la tuvo a su alcance, Riverwind la agarró y tiró de su cuerpo atado hasta sentarla sobre su rodilla. Con el brazo del guerrero rodeándola, Goldmoon pensó que Riverwind no era tan corpulento como su padre, pero no cabía duda de que era muy fuerte y había alcanzado la plenitud de su masculinidad.

Hubo una pausa en la música, y la princesa reparó en que todos los hombres jóvenes a su alrededor estaban aprovechando la oportunidad para robar un beso a sus «indefensas» parejas. El corazón le latió muy deprisa, expectante. Goldmoon se humedeció los labios, pero Riverwind la sujetaba muy tieso, sin mirarla con los ojos prendidos en la noche estrellada.

Aunque su gesto era austero, a Goldmoon no le pasó inadvertido que la respiración del guerrero era más agitada de lo que podía achacarse al ejercicio de la danza, y su brazo apretado contra el pecho desnudo del hombre sentía el fuerte latido de su corazón.

La joven se recostó más en él y la respiración de Riverwind se aceleró. Empezaba a volver su rostro hacia el de ella cuando las flautas sonaron de manera inesperada y la danza se reanudó.

Riverwind y los demás «cazadores» dieron un tirón de sus ceñidores y lanzaron a las «tigresas» hacia afuera, girando como trompos. En un revuelo de risas y ropas de brillantes colores cada mujer se movió hacia el bailarín siguiente.

—¡Haré que azoten a ese flautista! —musitó para sí Goldmoon, aunque sonrió cortés a su nueva pareja, Hartbow, hijo de Watcher. Repitieron la misma pantomima estúpida con el ceñidor azul del joven. Los ojos de Hartbow eran también oscuros, pero la luz no se reflejaba en ellos como en los de Riverwind y en la mirada de Hartbow no encontraba esa expresión depredadora. Tampoco él se permitió ninguna libertad con la princesa cuando se sentó en su rodilla, atada, sino que le sonrió con timidez.

Lo mismo con el resto de sus compañeros de danza. Notó que algunos la habrían besado de buena gana si hubiesen tenido más valor. Desde luego Hollow-sky no

habría vacilado, pero el hijo de Loreman no se había quedado para el baile. A Goldmoon le sorprendió descubrir que le daba rabia que ningún guerrero que-shu tuviera el coraje suficiente para poner sus labios en los de ella. Ninguno de los demás la ciñó siquiera tan estrechamente como lo había hecho Riverwind.

«¿Estará besando Riverwind a sus otras parejas? —se preguntó con curiosidad—. ¿Las mirará con la misma expresión de cazador?». Pero le era imposible echar un vistazo hacia el guerrero sin perder el ritmo. Las pausas de la música y el nerviosismo de sus compañeros se hicieron más y más insoportables. Turbada y frustrada, se juró, para sus adentros que no esperaría a su noche de bodas para saborear el primer beso...

Entonces la princesa se encontró emparejada con el bailarín que precedía a Riverwind. El guerrero danzaba con Ravenhair. La pareja se mantenía tan apartada como se lo permitían los pasos de baile. Goldmoon comprendió que Ravenhair estaba resentida con Riverwind por haber derrotado a su hermano, Hawker. Sin embargo, si su apuesto escolta había bailado tan separado de sus otras parejas era algo que la princesa no podía saber.

La última repetición de la danza se hizo con las parejas iniciales reunidas de nuevo. Goldmoon observó con detenimiento la hechura de la espalda y las piernas de Riverwind, sin apenas prestar atención al ceñidor que él agitaba ante ella y, en consecuencia, se retrasó un poco cuando tuvo que saltar y agarrar la punta. No obstante, cuando él dio el tirón, la joven tenía aferrada la prenda con firmeza y tiró de ella con igual ferocidad.

Él pareció un poco sorprendido, lo que la hizo sonreír. Si se hubiese visto a sí misma habría atisbado a la tigresa en sus ojos azules. Dio vueltas a su alrededor, tirando fuerte, observando cómo se tensaban los músculos del guerrero para que no se le escapara el ceñidor. Después giró sobre sí misma hasta encontrarse entre sus brazos. Atada, sentada en su rodilla y rodeada por sus brazos, la princesa comprendió que él estaba tan atrapado contra ella, que no podía tirar al suelo a su princesa ante toda la tribu. La tigresa habría vencido.

Le echó los brazos al cuello, lo atrajo hacia sí apretó sus labios contra los del, como había visto hacer a otras mujeres y ella nunca había hecho.

Los brazos de Riverwind la ciñeron con fuerza y le devolvió el beso con tal pasión que todo su cuerpo se estremeció con una sensación de placer desconocida. La boca del guerrero sabía a la fruta que había comido, y sus brazos desnudos eran cálidos en contacto con su piel fría. De repente, él retiró el rostro con brusquedad, como si acabara de darse cuenta de que estaba besando a la hija del Chieftain en presencia de toda la tribu. Un profundo sonrojo tiñó el rostro circunspecto del guerrero cuando se escucharon murmullos y risas contenidas.

Goldmoon, jadeante, giró sobre sí misma para desenredarse del ceñidor sin su

ayuda. Dio media vuelta precipitadamente y se alejó de la zona de baile dejando a su pareja cuando todavía sonaban las últimas notas de la danza.

Su padre, de pie en la primera fila de espectadores, la observó mientras se acercaba, pero Goldmoon se le anticipó sin darle oportunidad de reconvenirla.

—Me retiro a mis aposentos para orar por un viaje sin peligros al lugar de descanso de mis antepasados. Buenas noches, Chieftain. —Le dio un beso suave en la mejilla y se alejó. De pronto, su padre ya no le parecía mucho más imponente que Riverwind. Y, a decir verdad, tampoco Riverwind parecía tan intimidante.

Arrothorn se presentó en los aposentos de Goldmoon antes del amanecer, antes incluso de que los búhos interrumpieran sus cacerías nocturnas. Se sentó a su lado, al borde del lecho.

—Tenemos que hablar.

La joven se incorporó al tiempo que bostezaba. Pensó que se le avecinaba una reprimenda por lo ocurrido en el baile, pero cuando miró a su padre comprendió que ocurría algo mucho más serio. Arrowthorn parecía cansado, como si no hubiese dormido.

—Es acerca de Riverwind ¿verdad? —dijo con un suspiro. Su padre resopló con fastidio.

—Entre otras cosas —respondió—. Y, puesto que es el problema menos importante, empezaremos por él. ¿Sabes que nunca podrás casarte con él?

—¿No? ¿Y eso por qué?

—Porque ya es bastante problemático mantener la unidad de nuestra tribu como para asestarle un golpe de gracia. Riverwind es un hereje. El hombre con quien te desposes se convertirán en Chieftain cuando yo muera, y el Chieftain no puede ser un hereje. Si el Chieftain deniega tu autoridad, deniega la suya propia y deja una grieta que puede aprovechar otra fuerza para introducirse y forzar una ruptura que destruiría a la tribu.

—Riverwind me acompañará a la Morada de los Espíritus Durmientes —comenzó Goldmoon, encogiéndose de hombros—. Allí, cuando me vea hablar con los dioses, comprenderá su error.

—Lo más probable es que los dioses te hablen sin permitir que sus palabras las escuche un hereje —argumentó Arrowthorn.

—A no ser por su falta de fe, sería un buen Chieftain —replicó la princesa—. Incluso a ti te ha impresionado... Me di cuenta. Pediré a los dioses que le den una señal. Madre no me negaría algo así.

La mención de Tearsong hizo que el fuerte corpachón del Arrowthorn se estremeciera. Los años transcurridos desde que su esposa había muerto de fiebres y había accedido a la divinidad habían sido muy largos y muy solitarios. Había recaído

sobre él toda la responsabilidad de educar a su hija, gobernar y proteger a su tribu y evitar que las continuas maquinaciones de Loreman rompieran esa unidad. Sin embargo, le había sido negada la felicidad que habría recompensado todos sus afanes; descansar al lado de Tearsong cada noche. La ausencia de su esposa había debilitado su caudillaje, y eso lo sabía él mejor que nadie. Cada vez que dejaba que Loreman se salieron con la suya sin oponerse, cada vez que perdía tardes enteras jugando, cada vez que alguna vieja herida de guerra le dolía o sufría un ataque de tos, lo que se repetía con más frecuencia en los últimos tiempos. Arrowthorn sentía un profundo desprecio por sí mismo. Se maldecía por ser tan indigno y vivía con la duda de que jamás se reuniría con Tearsong al no convertirse en dios. De la único de lo que se sentía orgulloso era de Goldmoon, pero, si se empeñaba en defender con obstinación al hereje Riverwind, también habría fracasado en ese sentido.

No obstante, existía la amenaza de peligros más acuciantes que el que representaba el joven guerrero.

—Estamos perdiendo demasiado tiempo con este asunto —dijo—. Tenemos que hablar del libro.

—¿El regalo de Hollow-sky? Me preguntaba qué había pasado con él. Anoche no lo encontré. Quería leer la última página.

—Lo tengo en mis aposentos. Si estuviera en mi mano, lo quemaría antes de permitir que mancillara tus ojos.

—¡Padre! ¿Por qué dices eso?

—Está repleto de calumnias, viles insinuaciones que desacreditan el linaje de las sacerdotisas y de todos los guerreros con los que se casaron y a los que hicieron Chieftains. Al mismo tiempo ensalza el linaje de Loreman. Cualquiera que leyese ese libro pensaría que la tribu ha sobrevivido sólo gracias a la sabiduría y generosidad de los antepasados de Loreman.

—¿Cómo es posible? ¿No dijo Loreman que lo había recogido de antiguos escritos?

—Si pudiera poner las manos en esos documentos... Pero el abuelo de Loreman los puso a buen recaudo, fuera del alcance de la tribu para «su seguridad», dijo, con vistas, sin duda, a que llegara el momento en que su descendencia de chacales estuviera en disposición de representar una amenaza para nuestros derechos.

—Me lo entregaron en presencia de todos, para que la tribu lo leyese. No podemos quemarlo —razonó Goldmoon.

Arrowthorn hizo un gesto de asentimiento.

—Loreman debió confiar en que creerías lo que decía el libro y que al sentirte avergonzada te decidirías a desposarte con uno de sus hijos para de ese modo mejorar la respetabilidad de tu imagen.

—Eso es algo menso que probable —dijo la joven con gesto altanero.

—Hubo un tiempo en que sentías afecto por Hollow-sky —comentó su padre con voz queda.

—Goldmoon estrechó los ojos. Arrowthorn eludió la mirada de su hija; no quería que la joven viera las lágrimas que le empañaban los ojos. Había confiado en que su hija estuviera enamorada del hombre con quien tuviera que casarse por razones de los intereses de la tribu, pero su desagrado por Hollow-sky era evidente.

—Este asunto ha sido una pesada carga para mí durante muchos años —musitó—. No quiera que seas desdichada, Goldmoon, y comprendo que tus sentimientos hacia Hollow-sky se hayan enfriado ahora que eres mayor y razones con maduras. Pero, si no se presenta otro guerrero de valía y miembro de una familia respetable, tendrás que considerar a Hollow-sky como único pretendiente. Tu matrimonio con él mantendrá la unidad de la tribu. —Hizo una pausa antes de añadir—. Es tu deber.

Goldmoon respiró hondo para dominar el tumulto de emociones. No era corriente que su padre se mostrara interesado por su felicidad, y el que lo hubiera hecho la había conmovido. Pero ello no apaciguó su rabia. Cualquier acusación que hiciera ahora contra Hollow-sky por sabotear los cayados de sus oponentes el día anterior, tendría visos de un contraataque poco sólido. En la imagen que daba el libro de Hollow-sky no encajaba algo así; sólo se hacía patente su valía como guerrero y la posición predominante de su familia en la tribu. La injusticia le revolvía el estómago.

—¿Por qué he de interponer los intereses de la tribu en todo momento? —Preguntó—. ¿Por qué no puedo escoger al elegido por mi corazón como hace cualquier mujer?

—Porque no eres una mujer cualquiera. —Arrowthorn levantó las manos como si fueran los platillos de una balanza—. Piensa con detenimiento qué tiene más peso, si tu corazón o tu deber. Considera lo poderoso que es Loreman y que Hollow-sky puede llegar a ser aún más influyente. A menos que te cases con un líder enérgico y carismático al que sigan todos, jamás podrás imponerte a las ansias del historiador y sus hijos por ostentar el cargo de Chieftain. Enfrentarán y dividirán a la tribu. No habrá más sacerdotisas, ni Libro de los Dioses, ni fe. Debemos impedir que esto ocurra a cualquier precio, incluso a costa de nuestra propia felicidad. —Se incorporó y acarició con suavidad el cabello de su hija, como lo hacía cuando era una niña. Después se marchó sin pronunciar otra palabra.

Goldmoon continuó con la cabeza inclinada, abatida por las palabras de su padre y por las lágrimas que había visto relucir en sus ojos. Arrowthorn tenía razón. La unión de la tribu debía mantenerse a cualquier precio. No podía dejar a su pueblo sin la guía de una sacerdotisa. Y el Libro de los Dioses debía preservarse, pues en él estaban escritos los nombres de aquellos cuyo destino era convertirse en dioses a su muerte. La fe que había unido a su pueblo desde los tiempos de la oscuridad debía conservarse intacta. La princesa decidió aliviar la carga que agobiaba a su padre.

Echaría sobre sus hombros el peso de sus responsabilidades, pero pondría sus condiciones.

Era imperativo que Tearsong la ayudara a traer a Riverwind a la verdadera religión de los que-shus. Si el guerrero se convertía a la fe, su padre no tendría una objeción consistente para oponerse a su unión. Estaba convencida de que Loreman y Hollow-sky no serían contrincantes para ella teniendo a su lado a Riverwind.

La princesa ya estaba vestida con atuendo de montar hecho con suaves pieles de gamo cuando Clearwing y Starflower entraron en sus aposentos para ayudarla. También había empaquetado su petate para el viaje.

—Perdona nuestro retraso, señora —se disculpó Clearwing.

—No tiene importancia. Me levanté muy temprano. Sólo tenéis que peinarme un poco. Estoy ansiosa por partir.

Los primeros rayos dorados del amanecer iluminaban las praderas cuando Goldmoon cruzó el umbral de su casa dispuesta a emprender el viaje hasta el lugar donde hablaría con sus dioses. A despecho de la hora temprana, eran muchos los que-shus que había salido a la calle para verla partir. Riverwind sujetaba las riendas del caballo de la sacerdotisa y acariciaba la testuz del animal Hollow-sky adelantó un paso.

—Permíteme ayudarte, princesa.

Goldmoon hizo una pausa. Vio que su padre los miraba; parecía envejecido y también más cansado de lo que su hija lo había visto nunca. En sus manos estaba hacer la vida de su padre y la suya propia más llevadera. Hollow-sky tendió la mano para coger la de la princesa.

«¿Qué diosa no tiene orgullo?», pensó la joven. Dirigió una mirada altiva a Hollow-sky.

—He montado a caballo antes de aprender a caminar —dijo con un tono gélido—. ¿Acaso doy la impresión de que necesite ayuda, Hollow-sky, hijo de Loreman?

Dicho esto, agarró las crines del corcel y se subió a la grupa con ágil facilidad. Los dos escoltas montaron en sus caballos en tanto que Clearwing y Starflower se encaramaban a un pequeño carro que conducía el hermano pequeño de Clearwing.

De improviso, un revuelo de plumas negras hizo una pasada en picado sobre la princesa. Goldmoon sintió un pinchazo en el suero cabelludo y gritó más por la sorpresa que de dolor. Alzó la vista hacia un enorme cuervo que sobrevolaba en círculo sobre su cabeza a la vez que lanzaba furiosos graznidos, esperando la oportunidad para atacar.

—¡Otro mal presagio! —gritó Loreman.

—Tonterías —replicó Riverwind.

El ave se zambulló de nuevo sobre la princesa; se oyó el víbrate sonido de la

cuerda de un arco y una flecha atravesó su pecho. El cuervo se precipitó al suelo con un seco golpe. Un muchacho lo recogió y se lo entregó a Riverwind, pues había sido la flecha del pastor la que había batido al ave.

—Eres muy rápido y tienes buena puntería —lo elogió Goldmoon. Riverwind sonrió.

—Es un mal presagio —insistió Loreman alzando la voz—. Un presagio de guerra.

—Nos es más que un cuervo que quería robar el brillante tesoro de la princesa —dijo Riverwind entre risas. Con gran cuidado desenredó unos cuantos cabellos dorados que el ave tenía entre las garras. Los alzó para que la multitud los viera y comentó en voz alta—. Una riqueza que supera los sueños de cualquier hombre. ¿Quién podría reprochárselo al cuervo?

La muchedumbre prorrumpió en carcajadas y la inquietud se disipó al cálido influjo de los rayos del sol. El grupo se puso en marcha con Goldmoon a la cabeza, y el pueblo despidió a los tres jóvenes con aclamaciones.

Apenas se cruzó una palabra entre ellos. Atravesaron las tierras que los que-shus compartían con otras tribus, si bien también luchaban por ellas en ocasiones. Hollowsky se situó al frente, en el puesto que consideraba suyo por su rango superior, en tanto que Riverwind cabalgaba detrás de la princesa.

Establecidas ya las nuevas posiciones, Goldmoon refrenó a su caballo para apartarlo del de Hollowsky e hizo un ademán a Riverwind para que cabalgara junto a ella. La joven reparó en que el cuervo muerto iba atado a la silla de montar del guerrero.

—¿Qué vas a hacer con ése pájaro?

—Después comprobaremos si es un buen bocado —contestó él con una mueca—. Algunos son comestibles, ¿sabes?

Goldmoon sacudió la cabeza. No era la clase de plato que acostumbraban a servirle. Al advertir que el Hombre de las Llanuras llevaba todavía enrollados en los dedos los cabellos que le había arrancado el cuervo esbozó una sonrisa a pesar suyo, si bien que apresuró a disimularla. Riverwind bajó la vista hacia su mano para ver qué la había hecho sonreír.

—Oro robado —musitó mientras enrojecía—. Creo que esto te pertenece, señora. —Desenrolló los brillantes cabellos de sus dedos y se inclinó sobre su montura para entregárselos. Goldmoon los cogió con cuidado—. Tienen un color precioso. —Con un inesperado gesto de osadía alargó la mano para apartarle un mechón que le caía sobre los hombros.

Estremecida por su contacto y notando que las mejillas le ardían, Goldmoon se echó el pelo a la espalda con gestos nerviosos. Luego, a fin de ocultar su turbación y complacencia, alzó los cabellos que él le había devuelto.

—Gracias por recuperarlos —dijo con una risa forzada—. No sería Goldmoon^[1] sin el cabello dorado.

—Claro que lo serías —Riverwind la miró con fijeza—. Ya eras Goldmoon cuando naciste, y por entonces tu cabecita no tenía mucho pelo.

—¡Eso es ridículo! —Se escandalizó ella—. ¿Cómo te atreves?

Riverwind se encogió de hombros con despreocupación.

—Porque es cierto. Pregúntale a Hollow-sky, si quieres. Tiene que recordarlo. Aunque no creo que te diga la verdad si piensa que con ello te molestaría.

La princesa se tragó el comentario injurioso que estaba a punto de articular. Riverwind conocía bien a Hollow-sky, no cabía duda. Se quedó pensativa unos momentos y después argumentó:

—No creo que haya ningún bebé calvo. Yo por lo menos no he visto ninguno.

—Bueno, tampoco has visto a uno con el pelo como el tuyo, ¿verdad? —replicó el guerrero—. Tenía cinco años cuando te vi por primera vez. Recuerdo que le pregunté a Wanderer si es que estaban enferma, pues sólo tenías una pelusilla pálida en lugar de pelo. Me explicó que tendrías el cabello rubio y que por lo general el pelo claro tarda más tiempo en crecer. Me dijo que eso era algo corriente entre otras tribus lejanas. Ya lo comprobarás por ti mismo, no te quepa duda.

—¿A qué te refieres? —preguntó desconcertada.

—Que lo verás cuando tengas un hijo —explicó Riverwind.

Goldmoon se ruborizó y miró a otro lado, turbada por el rumbo que había tomado la conversación. Agachó la cabeza de modo que el dorado cabello le cubriera las mejillas arreboladas. ¡No soportaba la idea de criar pequeños Hollow-skys, nietos para Loremar!

Pero Riverwind...

—¿Ocurre algo, princesa? ¿He dicho algo que te ha ofendido? —Preguntó Riverwind al verla tan callada.

Goldmoon sacudió la cabeza.

—No. Háblame de tu familia —pidió, contenta de cambiar de tema—. ¿No era tu padre curtidor? ¿Por qué abandonó el poblado y se hizo pastor?

Riverwind alzó las cejas en un gesto de sorpresa.

—La historia es del dominio público —respondió.

—Yo la desconozco —dijo con firmeza la joven.

El guerrero se encogió de hombros.

—En el verano de la sequía, los que-shus combatieron con los que—kiris y mi abuelo, Wanderer, fue herido. Tu padre fue al poblado que—kiri para negociar la paz y, puesto que tú eras aún muy pequeña para ejecutar las funciones de tu cargo, Loreman ocupó tu puesto. Mientras Wanderer yacía en su lecho de muerte, Loreman fue a verlo y le ofreció escribir su nombre en el Libro de los Dioses, hacerlo dios por

su valor en la batalla. Pero Wanderer rehusó argumentando que los hombres no tenían poder para hacerse dioses unos a otros.

Goldmoon se mordió los labios, decidida a escuchar hasta el final la historia sin entrar en debates religiosos.

—Loreman se encolerizó —siguió el guerrero—. Afirmó que Wanderer había plantado una mala semilla, refiriéndose, por supuesto, a la fe de mi familia en dioses mucho más antiguos que los de la tribu. Loreman decretó que esa semilla no debía extenderse, así que confiscó el negocio de mi padre y nos expulsó del poblado. Sólo se nos permitía vivir en la frontera de las tierras que-shus. En consecuencia, nuestro medio de vida quedó limitado al pastoreo y la caza.

—Y, al haber delegado la autoridad en Loreman, mi padre no podía anular lo que había decretado —añadió Goldmoon. Decidió para sus adentros que cuando regresara haría algo a fin de dejar sin efecto la expulsión de la familia de Riverwind. Sólo tenía que demostrar al guerrero que sus antepasados eran los dioses verdaderos para que así renunciara a la ridícula fe en los dioses extranjeros de Wanderer.

Hollow-sky retrocedió para ponerse a la altura de la pareja; su maniobra hizo que el caballo de tiro del carro relinchara molesto y se encabritara hasta situarse de nuevo en su posición, detrás de los jinetes. Un gesto torvo afeaba las facciones del guerrero. Dirigió a Riverwind una ojeada desdeñosa y luego volvió su atención a Goldmoon.

—Mi señora —empezó—, si te adelantas y cabalgas junto a mí, me encantaría conversar contigo en un día tan espléndido.

La faz de Riverwind se oscureció en un gesto hostil, y Goldmoon deseó que Hollow-sky desapareciese en el aire.

—¿Señora? —Instó el arrogante joven con tono impaciente. Sus manos aferraban las bridas con crispación.

Los dedos de Riverwind se movieron con suavidad a lo largo del cayado de combate en un vago gesto de amenaza. Como respuesta, Hollow-sky hizo un movimiento, en apariencia fortuito, que agitó el penacho de su propia vara.

«Si no los separo —pensó Goldmoon—, lo más probable es que reanuden el combate de ayer».

—Discúlpame, por favor —fijo pesarosa a Riverwind—. Vamos, Hollow-sky. Azuzó a su caballo para que se adelantara un poco. Hollow-sky fue tras ella.

El grupo de jinetes y criados hizo sólo unos breves altos para estirar las piernas. Comieron tasajo y fruta en el camino. Hacía una típica tarde verano en las extensas praderas: calurosa y quieta. Los insectos zumbaban, revoloteaban y daban la lata. Lo único que rompía la monotonía del viaje eran los pájaros que alzaban el vuelo entre la hierba, espantados a su paso, o alguna culebra o algún pequeño animal que asustaba a los caballos.

Por fin, cuando Goldmoon pensaba que ya no podía soportar más tiempo el calor y la transpiración, iniciaron la ascensión de los cerros al pie de las montañas donde se encontraba su meta. Un aire fresco con olor a pino acarició a los viajeros, reanimándolos.

El sendero se hizo más escapado y angosto. Justo cuando parecía que el carro no podría seguir adelante apareció un prado alto. Goldmoon dio instrucciones a Clearwing para que desenganchara el caballo de tiro y cargara en el animal sus pertenencias. Las doncellas y el muchacho esperarían su regreso, previsto para el mediodía siguiente. Las muchachas eran reacias a dejarla marchar sin su compañía, pero la princesa repitió sus órdenes mirándolas con actitud severa. Sólo ella y sus escoltas estaban autorizados para pisar el suelo sagrado.

Goldmoon y los dos guerreros continuaron ladera arriba con el caballo de tiro. La senda empeoró; en algunos puntos era casi vertical. El caballo de carga se plantó firme, negándose a dar otro paso y Riverwind tuvo que desmontar y convencerlo para que siguiera mediante tirones, empujones o argucias. Hollow-sky se limitó a observar con expresión divertida, sin ofrecerse a ayudarlo. Por fin llegaron a un punto donde el caballo se negó a moverse, hiciera lo que hiciera Riverwind.

Goldmoon entregó las riendas de su montura a Hollow-sky con gesto desdeñoso, desmontó y se reunió con Riverwind. Tapó los ojos del animal con sus manos y le susurró unas palabras al oído. Cuando notó que la bestia se había tranquilizado, tiró con suavidad del ronzar y el caballo la siguió sumiso.

Riverwind la miró con admiración, pero la princesa no reparó en ello, montó de nuevo en su corcel sin pronunciar una palabra, y el grupo reanudó la marcha.

De improviso la senda se bifurcó en las vertientes bajas de la propia montaña: una de ellas ascendía por la pendiente hacia el oeste y la otra hacia el este.

—¿Por dónde, princesa? —preguntó Hollow-sky.

Goldmoon tenía el entrecejo fruncido en un gesto de desconcierto.

—No lo sé. Creía que había sólo una senda.

—Las sombras se están alargando —comentó fútilmente Hollow-sky—. Si tomamos la ruta equivocada y tenemos que volver, habremos de cabalgar en la oscuridad para llegar a tiempo cuando los rayos de Lunitari abran el acceso a la caverna, y podría ser peligroso.

La princesa se preguntó pro qué no le habría advertido Arrowthorn de este detalle. Buscó alguna señal que revelara que una senda era más reciente que la otra, pero no vio nada que le aclarara las dudas.

—¿Por qué no descansas, princesa? —Propuso Hollow-sky—. Exploraré una de las trochas y volveré lo antes posibles. Y tú, pastor, explorarás la otra.

Goldmoon se encrespó. Riverwind no estaba a las órdenes de Hollow-sky y, lo que era peor, el hijo de Loreman estaba otra vez tomando decisiones y dando

instrucciones pasando por alto su autoridad.

—Explorarás la senda, Hollow-sky —dijo con firmeza—. Y Riverwind se quedará de guardia aquí.

El tono de su voz no admitía réplica. Hollow-sky se quedó tieso sobre su montura en tanto que Riverwind desmontaba y dedicaba una sonrisa tirante a su rival. Los dedos de Hollow-sky acariciaron las plumas de su cayado, pero Riverwind hizo caso omiso del sutil desafío y le dio la espalda al otro guerrero.

El Hombre de las Llanuras se situó en actitud vigilante en el punto donde el sendero se bifurcaba y observó en silencio la marcha de Hollow-sky. Entretanto, Goldmoon se sentaba en el suelo, recostada contra el tronco de un árbol.

—Ven y siéntate, por favor —ordenó.

Riverwind se sentó con las piernas cruzadas, frente a la hija de su Chieftain.

—Tengo algo para ti. Lo hice mientras cabalgábamos por las praderas —susurró Goldmoon. Extendió la mano, en la que sostenía un pequeño aro dorado—. Tú los rescataste —dij, y Riverwind vio que la joven había trenzado los cabellos que él le quitó al cuervo y había hecho un delicado cordoncillo en forma de anillo. La joven lo puso en la palma de la mano del guerrero, donde relució como oro con la luz del sol.

Riverwind guardó un largo silencio, contemplando el regalo. Cuando por fin lo deslizó en uno de sus dedos, Goldmoon soltó el aire de golpe, ya que sin darse cuenta había contenido la respiración ante el temor de que él rechazara su ofrenda.

El guerrero tiró de una cadena que guardaba debajo de la camisa y se la sacó por la cabeza.

—Me gustaría que aceptaras esto —dijo.

Goldmoon se apresuró a sacudir la cabeza en un gesto negativo.

—No tienes que darme nada —objetó.

—Tienes que aceptarlo —insistió él—. Tú me has hecho ya dos regalos.

—¿Dos?

Riverwind alargó la mano y puso la derecha sobre el cayado atado a su espalda.

—Ésta no es el arma de Wanderer.

—Bueno, me temo que tu cayado esta... —Goldmoon vaciló—, dañado.

—Es lo que imaginé. ¿Por qué cambiaste sólo el mío?

—Ignoraba que los otros estuvieran en malas condiciones. Quería que el resultado de la competición fuera decisión de los dioses, no de los mortales.

—Entiendo.

—Pero no me disgusta que fueras uno de los vencedores —añadió la princesa.

Riverwind sonrió; una sonrisa amistosa.

—En tal caso, acepta esto, por favor —pidió.

Goldmoon cogió la cadena que le tendía y vio que era de bronce corriente, pero el amuleto que colgaba de ella —dos círculos unidos entre sí— era de un brillante y

pulido acero azul plateado, un metal tan valorado entre los que-shus que jamás lo utilizaban para hacer joyas con él.

—Se lo llama el rastro infinito. Pero es algo más que un símbolo. Te protegerá, te guardará de todo mal.

Goldmoon siguió con los dedos la figura de los círculos de hacer, con expresión desconcertada.

—Está relacionado con los antiguos dioses ¿verdad? —conjeturó.

—Sí. Es el símbolo de una diosa, pero su nombre se ha olvidado en la memoria de nuestro pueblo al igual que los nombres de los verdaderos dioses. Sospecho que Loreman lo sabe, pero no lo admitiría.

El primer impulso de Goldmoon al oír que el símbolo pertenecía a una deidad extraña fue rechazar el regalo. Sin embargo, si a Loreman no le gustaba, era de suponer que algo bueno había en ello. Se metió la cadena por la cabeza y guardó el amuleto debajo de la camisa.

Como había hecho antes la princesa, Riverwind dejó escapar la respiración contenida y sonrió con dulzura a la joven. Se quedaron sentados en silencio, rendidos por la fatiga. Goldmoon cerró los ojos.

La joven despertó sobresaltada al oír el galope de un caballo. Durante su sueño, Riverwind debía de haberla tapado con la capa de pieles. El guerrero estaba alerta, su arco preparado. Pero era Hollow-sky quien cabalgaba hacia ellos; tenía el rostro encendido por la excitación.

—Éste tiene que ser el camino correcto —anunció—. Conduce a una calzada distinta de cuantas conozco. Aprisa, el sol se está poniendo.

Goldmoon y Riverwind montaron y siguieron a Hollow-sky por la senda que había explorado. Cuatrocientos metros más adelante, el sendero se convertía de repente en una ancha calzada de al menos tres metros de ancho y pavimentada con enormes piedras lisas, un estilo de construcción desconocido para las tribus de las Llanuras. A pesar de todo a Goldmoon le resultaba familiar, si bien no sabía por qué.

La pendiente era pronunciada pero ahora avanzaban con más facilidad, ya que el piso era regular y los caballos podían ir al trote sin peligro. Habría todavía mucha luz cuando llegaron a una marca que Arrowthorn había descrito a Goldmoon: un gran arco de piedra que se alzaba sobre la calzada.

—Reconozco esta construcción —dijo la princesa, aliviada al comprobar que marchaban por el camino correcto—. Es del mismo estilo que la tribuna de nuestro poblado.

Condujo a su caballo hacia el arco y lo hizo frenarse para tocar la fría piedra. Alzó la vista y divisó los símbolos cincelados en la parte inferior del arco. Muchos resultaban irreconocibles, pero el de mayor tamaño, el esculpido en el ápice,

representaba dos círculos unidos entre sí. Goldmoon sacó el amuleto que le había regalado Riverwind y dio un suave respingo. El colgante de acero emitía un tenue resplandor azulado bajo la sombra del arco.

—¿Ocurre algo, princesa? —preguntó Hollow-sky, que había vuelto la cabeza para ver por qué se había detenido.

Con un gesto instintivo, la princesa cerró la mano sobre el símbolo para ocultar su fulgor y después lo guardó bajo la camisa.

—No, nada —dijo con frialdad, a la vez que reanudaba la marcha.

Al otro lado del arco había un claro amplio y herboso rodeado de altos y viejos pinos. El claro formaba una suave pendiente que conducía a una escalera tallada en la roca de la montaña. Encajadas en la cara del risco había dos puertas inmensas de piedra. Goldmoon permaneció inmóvil sobre su montura varios minutos, contemplando las puertas. Tras ellas yacían sus antepasados, ahora convertidos en dioses y diosas. Pero para la princesa lo más importante era que allí descansaba su madre, Tearsong.

Goldmoon la recordó en vida, hermosa y alegre. También la evocó enferma y consumiéndose. Y la recordó muerta, metida en el sarcófago que guardó sus restos hasta que las puertas que ahora tenía ante sí se abrieron diez años atrás, permitiendo por fin que Arrowthorn los enterrara. El mayor y más secreto deseo de la princesa era volver a su madre, como una diosa hermosa y sonriente.

Un roce en su brazo hizo que Goldmoon volviera la cabeza. En silencio, Riverwind señaló con un gesto las praderas que habían cruzado. Allá abajo, a lo lejos, el sol se ponía sobre los campos dorados tiñéndolos con matices rosas y púrpuras. La joven divisó al menos un centenar de halcones que se remontaban en las corrientes térmicas del anochecer, al acecho de la presa, cayendo en picado sobre su cena. En lontananza, apenas perceptibles, se elevaban tenues rastros de humo que sabía que procedían del poblado de su padre.

—Es maravilloso —susurró.

—Pastor, prepara la cena mientras yo atiendo a los animales —ordenó Hollow-sky, al tiempo que arrojaba un saco de grano molido a los pies de Riverwind.

Éste apartó el saco con la bota.

—Asaré el cuervo —dijo con tono tajante—. Pero después de ocuparme de mi caballo y de plantar la tienda de la princesa.

Hollow-sky apretó las mandíbulas, estrechó los ojos e inhaló hondo, a punto de articular una réplica iracunda. Goldmoon advirtió la tensión y tomó la iniciativa.

—Eres muy amable al montar mi tienda, Riverwind —dijo con un tono ligero. Se volvió hacia Hollow-sky—. Tú puedes encargarte de hacer las gachas de avena después de atender a los otros animales.

—Como ordenes, princesa —replicó de manera fría Hollow-sky.

Una vez que Riverwind hubo instalado su tienda, Goldmoon colocó su equipaje en el interior. Extendió las ropas ceremoniales que vestiría más tarde; era una túnica larga, azul claro, con bordados en forma de media luna en el repulgo y las mandas.

Fuera, Riverwind asaba el ave que había robado los cabellos de Goldmoon, en tanto que Hollow-sky removía el cazo donde cocía el cereal y dirigía miradas desdeñosas al cuervo. Al vivificante aire de la montaña y después de una larga jornada de viaje, a Goldmoon le habría parecido delicioso cualquier cosa. Las gachas preparadas por Hollow-sky tenían buen aspecto, pero el aroma del asado de ave le hacía la boca agua. Así pues, cuando el guerrero anunció que estaba hecho y le ofreció un pedazo, Goldmoon fue incapaz de resistirse. Por su parte, Hollow-sky se limitó a hacer un gesto de desprecio y se negó a probarlo.

Ahíta, la princesa se levantó y fue hacia su tienda. Sonrió al sorprender a Riverwind queriendo contener un bostezo con escaso éxito.

Por otro lado, Hollow-sky parecía lleno de energía.

—Si te parece bien, princesa, me encargaré de la primera guardia. Riverwind parece cansado y le vendrá bien echar un sueño.

Goldmoon miró perpleja al hijo de Loreman, sorprendida ante su inesperada actitud considerada; por no mencionar el hecho de que le había pedido permiso antes de tomar una decisión.

—Es lo menos que puedo hacer —dijo Hollow-sky al advertir su estupor.

Goldmoon accedió con un cabeceo y se dirigió presurosa a su tienda. El aire nocturno era muy frío. Una vez arrebujada entre las cálidas mantas de piel, la princesa—sacerdotisa se quedó rápida y profundamente dormida.

Tenía la impresión de haber dormido apenas unos minutos cuando Hollow-sky la llamó en voz baja, desde fuera de la tienda.

—Falta apenas media hora para que amanezca.

Resistiendo la tentación de acurrucarse de nuevo entre las mantas, Goldmoon se apresuró a vestirse con la túnica ceremonial y salió del acogedor refugio de la tienda al frío ambiente de la madrugada. Había llegado la hora de la ceremonia que había esperado durante todos estos años. Sujetó al cinturón varias redomas redondas de cristal antiguas que llenaría con la arena sagrada de la Morada de los Espíritus Durmientes.

—¿Dónde está Riverwind? —preguntó en un susurro a Hollow-sky, que le tendía una antorcha.

—No conseguí despertarlo, así que hice las dos guardias. El pastor de ovejas duerme como una piedra —dijo con un tono de menosprecio.

—¡Pues inténtalo otra vez! —ordenó Goldmoon.

El guerrero se encogió de hombros.

—¿Por qué molestarse? El pastor no es creyente. La ceremonia no significará nada para él. Puede incluso estropearla. Déjalo que duerma.

Su negativa a cumplir la orden enfureció al a princesa. Goldmoon se arrodilló junto a Riverwind y lo sacudió por el hombro, pero él no reaccionó. La joven giró sobre sí misma y se enfrentó a Hollow-sky.

—Lo has drogado —lo acusó.

—Sí —admitió con tranquilidad—. No podía dejarlo que echara a perder mis planes.

—¿*Tus* planes? ¿De qué hablas? —La princesa sintió un súbito escalofrío e incluso cierto temor.

—En la penumbra que anunciaba el amanecer empezó a rebuscar en su equipaje algo, cualquier cosa que sirviera para despertar a Riverwind. Hollow-sky se encogió de hombros otra vez.

—Sé que me considerarás presuntuoso por decírtelo, pero te garantizo que mis planes te parecerán infinitamente más deseables que los de mi padre.

Hollow-sky la agarró por los brazos y la obligó a volverse de cara a él.

—No tienes la más remota idea, ¿verdad? —Esbozó una mueca y después, como si hablara con una niña, explicó—: Goldmoon, mi padre quiere el título de Chieftain para sí mismo, pero no lo conseguirá mientras Arrowthorn tenga una heredera. Quitándote a ti de en medio, mi hermana sería la sacerdotisa y él se convertiría en Chieftain.

—¿Quitarme de en medio? —preguntó con un tono incisivo, decidida a no dejar entrever el miedo que la estaba dominando.

—Sí. Que desaparecieses. ¡Que murieses! —Escupió literalmente las palabras a la vez que sacaba una afilada daga del cinturón y aferraba con brusquedad a la joven por la cintura. El dilo del acero brilló con la mortecina luz cuando Hollow-sky lo sostuvo junto a su garganta con un gesto amenazador.

—¿Entonces por qué no me mataste mientras dormía? —Demandó Goldmoon, sintiendo que la cabeza le daba vueltas. Recurrió a su carácter tenaz para dominar el vértigo.

—Ya te lo dije: tengo otros planes. Te quiero para mí, los dioses sabrán por qué. En ocasiones eres una perra arrogante. Nos casaremos, y entonces yo seré el Chieftain. Loreman quiere el poder para ´si mismo, pero el saber que su hijo y posteriormente sus nietos ostentarán la regencia, lo satisfará. Entretanto se conformará con tu *dote*. —Sus labios se distendieron en un esbozo de sonrisa que heló la sangre a Goldmoon—. Deberías agradecerme que te haya salvado la vida.

Con la mano libre agarró a la princesa pro el pelo y la obligó a echar la cabeza hacia atrás. Goldmoon sintió unas lágrimas ardientes en los ojos cuando el hijo de Loreman la besó de un modo que ningún hombre se habría atrevido jamás a hacerlo.

Su pasión no era una expresión de amor, sino una agresión. Se debatió hasta conseguir apartar su rostro.

—¡Eres un iluso! —Jadeó—. ¡Jamás me casaré contigo! —Desesperada, recurrió a la primera amenaza que le vino a la cabeza—. ¡Gritaré! ¡Gritaré y...!

—Nadie te oirá aquí —se mofó.

Sus dedos se cerraban con tanta fuerza sobre los hombros de la joven que le estaban dejando marcas a través de la fina tela de la túnica. Goldmoon forcejeó con los brazos empujando la mano que sostenía la daga y a punta estuvo de escapar. Pero el guerrero reaccionó con rapidez, y la agarró con un tirón tan brutal que desgarró la manga de la túnica. La sujetó con más firmeza que antes, acercó su rostro a escasos centímetros del de ella y puso la punta de la daga contra su barbilla.

—¡Claro, amas al pastor! —Dijo. Propinó a la figura inerte de Riverwind una patada y sonrió cruelmente al ver que Goldmoon daba un respingo—. Por ese motivo cabalgaremos hasta que—kiri esta misma mañana. Casan a cualquier mujer que un hombre lleva hasta su sacerdote, aunque sea a rastras. Entonces, aun en el caso de que tu padre quiera volver a verte, tendrá que admitirme y aceptar la ceremonia que—kiri como un hecho consumado.

«¡Está loco! —pensó Goldmoon—. Le seguiré la corriente, le daré largas hasta que las puertas de gruta se abran. ¡Los antepasados me socorrerán!».

La joven sintió el roce del amuleto contra su pecho. Sus dedos se cerraron sobre él. «¡Por favor, si en verdad es de un dios este amuleto, ayúdame!», rogó en silencio. Una lenta sensación de cosquilleo subió por los dedos que sujetaban el colgante. Fue tan tenue que no estuvo segura de haberla sentido. Aguardó expectante. No ocurrió nada. De repente se sintió estúpida y furiosa consigo misma por haber hecho siquiera el intento.

Se obligó a relajarse y se apretó contra él a pesar de que su aliento ardiente la ponía enferma.

—Eso está mejor —susurró Hollow-sky, estrechándola más—. Oh, Goldmoon, te acostumbrarás a la idea. Descubrirás que soy más hombre... que ese pastor —dijo, señalando a la figura inmóvil tendida a su espalda. Acercó su rostro al de la mujer—. Eres tan hermosa —murmuró.

La volvió a besar, esta vez aún más íntimamente que la anterior. Mientras la besaba, Goldmoon estaba estupefacta al advertir un leve movimiento en la manta que cubría a Riverwind. El guerrero asomó la cabeza por el borde con un dedo sobre los labios en un gesto que la exhortaba a guardar silencio.

La princesa apartó con un brusco empuje a Hollow-sky. Él frunció el entrecejo y adelantó la daga amenazándola, pero no llegó a rozarle la piel. El amuleto emitió un brillante destello y una descarga luminosa saltó de él y descargó en la daga haciendo que Hollow-sky gritara de dolor y soltara el arma. Goldmoon estaba boquiabierta.

Mientras Hollow-sky miraba incrédulo su mano quemada, Riverwind apartó de un tirón la manta y se incorporó.

El hombre de quien se decía que había sido criado por leopardos avanzó hacia su presa tan silenciosamente que Hollow-sky no advirtió su presencia hasta que dos puños cayeron sobre su nuca. El hijo de Loreman trastabilló, aturdido por el golpe, y soltó a Goldmoon, que se apartó de él de un salto.

Riverwind podría haber desenvainado su espada y haber rematado a Hollow-sky antes de que éste supiera de dónde le había venido el golpe, pero en lugar de ello cogió el cayado colgado a su espalda y esperó a que el otro hombre se recobrara.

Hollow-sky giró sobre sus talones, con los ojos desmesuradamente abiertos por la sorpresa.

—¿Cómo...? —empezó.

—Saca tu cayado, cuervo carroñero —bramó Riverwind—. No probé tus gachas emponzoñadas.

La mano de Hollow-sky fue hacia su espada, pero el cayado de Riverwind se disparó y le propinó un golpe. El hijo de Loreman se resguardó la mano herida con la otra, también dolorida por la quemadura.

—No te he hecho tanto daño, así que coge tu cayado antes de que te lo haga de verdad —advirtió Riverwind.

Hollow-sky cogió la vara de combate. Los dos guerreros giraron en círculo uno en torno al otro con movimientos cautelosos. Goldmoon se agazapó en la hierba húmeda de rocío cuando el choque de madera contra madera resonó en el aire del amanecer.

Los hombres realizaron movimientos de ataque y defensa, utilizando maniobras en las que arremetían con la punta del cayado, un estilo brutal que Goldmoon no había visto en el combate de los juegos. Contuvo el aliento al comprender que aquella no era una lucha de competición, sino que los ataques tenían el único propósito de acabar con el contrario. Uno de estos golpes propinados con la punta del cayado alcanzó a Riverwind en la rótula; el impacto fue brutal y Goldmoon oyó el respingo de dolor del guerrero. Sin embargo, el dolor pareció servir de acicate al Hombre de las Llanuras, ya que contraatacó repentina y agresivamente imprimiendo a su arma un movimiento giratorio destinado a desarmar a su contrario. Hollow-sky giró su cayado en posición vertical y frenó la arremetida de Riverwind, de manera que estuvo a punto de dejar al paladín de la princesa.

Los dos guerreros estaban más igualados de lo que Goldmoon había imaginado. Hollow-sky era un buen luchador. La princesa no entendía que se hubiese arriesgado a sabotear los cayados de sus oponentes en la competición.

Goldmoon se mordió los labios con nerviosismo. El cielo había adquirido un tinte rojizo que anunciaba la salida de la luna roja, cuyos rayos abrirían el acceso a la

caverna. El cercano amanecer iluminaba el cielo a su alrededor. Ahora podía ver con claridad los rostros de los combatientes. Las facciones de Riverwind tenían una expresión inflexible y decidida. Los ojos de Hollow-sky estaban inyectados en sangre y rebosaban odio. Goldmoon se estremeció, pero no a causa del frío.

A despecho de cortante aire de la montaña, los cuerpos de los hombres brillaban por la transpiración. De nuevo giraban en círculo, aguardando un fallo en la defensa del contrario. Los dedos de Goldmoon se hincaron en sus brazos mientras la tensión crecía en el ambiente, como la bruma se alza sobre la pradera.

De repente, Riverwind rugió como un gato montés. El sonido fue tan semejante al grito del verdadero felino que una bandada de pájaros alzó el vuelo asustada. El ruido del aleteo atrajo la atención de Hollow-sky durante un fugaz instante, pero fue suficiente. Para Riverwind alcanzó a su adversario, que se fue de bruces al suelo y perdió su arma. El Hombre de las Llanuras se abalanzó sobre él para descargar un golpe que dejaría al traidor inconsciente..., o algo peor.

No obstante, la rodilla herida de Riverwind frenó la velocidad de su ataque y dio tiempo a que Hollow-sky redara sobre sí mismo y se incorporara de un brinco. Eludió la arremetida de Riverwind agachándose y después subió corriendo la escalera que conducía a la Morada de los Espíritus Durmientes arrastrando tras de sí su cayado. Riverwind lo persiguió, a sólo dos peldaños de distancia. Goldmoon se incorporó de un salto, cruzó el herboso claro a toda carrera y fue escalera arriba, en pos de los guerreros.

En el momento en que la princesa llegaba al último peldaño, Lunitari, la luna roja, asomó por el horizonte derramando su luz directamente sobre las inmensas puertas de piedra. El grandioso portal empezó a abrirse hacia afuera muy lentamente, lanzando una lluvia de chistas doradas sobre los dos hombres enzarzados en una lucha a muerte. El piso de la plataforma rocosa que había ante las puertas estaba resbaladizo por la arena y los lados del borde la escalera y de las puertas caían a pico por un precipicio.

Las puertas seguían abriéndose y una de ellas dio un suave empujón a Riverwind que rompió la concentración del guerrero y lo obligó a balancearse para recuperar el equilibrio. Hollow-sky aprovechó el momento para propinar un golpe lateral que alcanzó a su adversario en el lado izquierdo de la cara y la cabeza. Aturdido, Riverwind alzó su cayado para frenar el siguiente golpe, pero su reacción no fue bastante rápida. Hollow-sky atacó con la punta del bastón y golpeó la rótula ya tocada de su contrario, quien cayó de rodillas al suelo. Al ver que el hijo de Loreman se echaba sobre Riverwind y temiendo por la vida del pastor, Goldmoon sacó su daga de cristal.

Saltó hacia adelante, sosteniendo la daga en alto. Hollow-sky estaba tan ansioso por rematar a su adversario que no levantó la vista al oírla acercarse. La princesa

asestó el golpe con todas sus fuerzas, y la daga abrió un profundo tajo en el brazo derecho de Hollow-sky. La sangre brotó y salpicó la muñeca de Goldmoon y la plataforma rocosa.

Sobresaltado, Hollow-sky retrocedió a trompicones... y resbaló en el borde arenoso de la plataforma. Se precipitó al vacío, y su aullido resonó en la pared de la sima durante un tiempo en apariencia interminable..., hasta que su cuerpo se estrelló en el fondo. Bañada por la luz de rojiza de la luna, Goldmoon se quedó inmóvil al borde del precipicio, mirando fijamente abajo. Una suave corriente térmica ascendente le agitaba los cabellos.

—¡Goldmoon! ¡Apártate de ahí! —Gritó Riverwind, estremecido.

La princesa de los que-shus dio la espalda al precipicio y fue hacia el guerrero como si estuviera sonámbula. Lo ayudó a incorporarse. En su cabeza resonaba todavía el grito de Hollow-sky; enfundó la daga sin limpiarla.

—No tuve opción. ¡Iba a matarte! —dijo, y de repente estalló en sollozos.

—Lo sé. Quería defenderte esta mañana, pero no podía hacer nada mientras tuviera la punta de su daga apoyada contra tu garganta. Entonces el amuleto... —El guerrero no terminó la frase.

—Sí —dijo Goldmoon con voz queda—. Me protegió.

Riverwind la estrechó contra su pecho y acarició los cabellos de la joven con suavidad para tranquilizarla.

De pronto, Goldmoon fue consciente de los brazos del hombre ceñidos a su alrededor. Luego, al recordar por qué se encontraba aquí y lo urgente que era convencer a Riverwind del error de sus creencias, rompió el cerco de sus brazos y se apartó de él.

—¡La caverna! —Gritó—. ¡Tenemos que entrar y llevar a cabo la ceremonia deprisa, antes de que las puertas se cierren!

Como si se burlaran de su ansiedad, los primeros rayos del sol surgieron tras el horizonte y alcanzaron el umbral. Las inmensas puertas empezaron a cerrarse en medio de sordos chirridos al rozar la plataforma rocosa.

—¡Aprisa! —Insistió Goldmoon, a la vez que tiraba de Riverwind.

A causa de la rodilla herida, el guerrero no tuvo más remedio que apoyarse en la princesa para cruzar el portal que se cerraba con gran rapidez.

Acababan de traspasarlo cuando las puertas se cerraron.

—¿Te encuentras mal? —Le preguntó.

—No estoy malherido —respondió lacónico—. ¿Cómo abriremos las puertas otra vez?

Goldmoon vaciló.

—No estoy segura de que podamos hacerlo. Se supone que la ceremonia tiene que celebrarse rápidamente, en el tiempo comprendido entre la salida de la luna roja y

el amanecer, mientras las puertas permanecen abiertas.

—¿Quieres decir que te has arriesgado a quedar atrapada aquí dentro? —Inquirió con un furioso siseo Riverwind—. ¡Como si no fuera bastante que estuvieras a punto de morir por atacar a Hollow-sky, tenían también que enterrarte en vida!

—Lo acuchillé para salvarte la vida —le recordó ella con idéntica brusquedad. Riverwind se apartó de la joven.

—Debiste huir, no intentar salvarme —dijo fríamente—. Al fin y al cabo, se supone que era yo quien tenía que protegerte, no al contrario.

—¡Poco habrías podido hacer para defenderme si hubieras estado muerto! —Replicó Goldmoon, desconcertada por la rabia que sentí. Al evocar los terribles momentos en que creyó que Riverwind iba a morir, se estremeció de pies a cabeza.

—No, supongo que no —dijo él, mortificado.

La joven notó que se apartaba aún más. En la oscuridad alargó la mano y encontró la del guerrero.

—Si hubieses muerto ahí fuera, yo también habría muerto, susurró.

Riverwind respiró hondo varias veces, sin pronunciar una palabra. Goldmoon sentía temblar la mano del guerrero entre la suya. La soltó y, adelantando un paso, lo rodeó con los brazos y recostó la cabeza en su pecho. El peto de cuero olía al aceite con especias que se utiliza para limpiarlo. Riverwind la estrechó con ternura. En la fría y húmeda caverna, su cuerpo irradiaba calor, como si en su interior ardiera una hoguera.

—Cuando estabas a punto de dejar atrás la adolescencia para convertirte en mujer y vi lo germosa que eras, pregunté a mi familia qué edad tenían que tener para que Arrowthorn permitiera que los hombres te cortejaran.

El guerrero le acariciaba el pelo mientras hablaba. Goldmoon no quiso interrumpirlo y se abandonó al gozo del tacto de sus anchas espaldas bajo sus manos, a la cálida sensación de sus brazos rodeándola.

—Mis padres adoptivos intentaron hacerme ver que mi pobreza y mi fe eran una barrera insalvable que se interpondría siempre entre los dos —continuó Riverwind—. Pero no quise creerles. Nunca reparaste en que te seguía con la mirada cada vez que te veía, pero otros sí se dieron cuenta. Y Loreman en persona vino a nuestra cabaña para advertir a mis padres que me mantuvieran alejado de ti.

Goldmoon supuso que debió de ser entonces cuando por primera vez sorprendió a su padre y a Loreman hablando en voz baja sobre Riverwind.

—Mi padre me mandó a cuidar las ovejas en los pastos más alejados del poblado —prosiguió el guerrero—. Mi madre es muy diestra con el telar, así que muchas mujeres enviaban a sus hijas para aprender bajo su dirección a pesar de que Loreman lo había prohibido. Mi madre invitaba a comer a las jóvenes más bonitas, pero el recuerdo de tu rostro se mantuvo indeleble en mi memoria. Entonces, una noche, el

espíritu de Wanderer se apareció ante mí y me habló de los juegos que se celebrarían para elegir a los dos guerreros que escoltarían a la princesa hasta este lugar. Me dijo que un día entregarías tu corazón a uno de esos dos guerreros.

—Y así ha sido —susurró Golmoon. Echó atrás la cabeza para que la besara, pero Riverwind se apartó y la mantuvo apartada de él.

—He de admitir que me sentí muy seguro de mí mismo en el banquete, sentado a tu lado —dijo el guerrero—. No podía imaginarte unida a Hollow-sky, a pesar de que mi madre me advirtió a menudo de que los dos hacíais buena pareja. Y, cuando te vi observando a los bailarines y comprendí que deseabas bailar, me dijo: «Sólo es una mujer, como las demás». Pero estaba equivocado. Jamás serás una simple mujer. Eres y siempre serás la hija del Chieftain. Ahora ya no estoy seguro de merecerte. Sigo siendo pobre y nuestros dioses no son los mismos.

Goldmoon guardó un largo silencio.

—Si yo no dudo de que seas digno de mí, tampoco tú debes dudarlo —dijo por último—. Y tu fortuna puede cambiar.

—¿Y qué me dices de nuestras creencias? —preguntó Riverwind.

—Los dioses encontrarán un camino.

—¿Qué dioses? ¿Los tuyos o los míos?

—Los tuyos, los míos, ambos... Qué más da. Mi madre decía que la esperanza es un don de los dioses que nunca debemos perder.

—Mi padre también lo dice... —Riverwind suspiró—. Bien, hemos de encontrar el modo de salir de aquí o en caso contrario sí que no tendrá menor importancia, pues habremos muerto.

Goldmoon sintió la mano del guerrero cerrar sobre la suya. Avanzaron juntos a lo largo de la pared y llegaron hasta el corredor sin dificultad.

—¿Es una luz lo que se ve allá delante? —preguntó la princesa sin dar crédito a sus ojos.

—Creo que sí.

Caminaron más deprisa por el corredor adelante, en dirección a la luz. Poco después se hizo lo bastante intensa para permitirles ver con claridad a su alrededor. Goldmoon buscó la fuente de la luz y vio un movimiento en la pulida pared rocosa. Al observarlo con más atención comprendió que el fulgor procedía de unos insectos que en los dorsos tenían unos relucientes puntos rojos.

—Creo que son escarabajos de fuego —dijo Riverwind.

—Eso son cuentos de niños.

—Es que estamos viviendo un cuento, mi bella princesa —rió el guerrero, bromeando para aliviar la tensión—. Déjame ese globo de cristal que llevas. Puede que estos pequeños seres de leyenda no vivan en otros corredores, así que tendremos que llevarlos con nosotros.

Goldmoon desató el recipiente de cristal que llevaba sujeto al cinturón y se lo entregó. Los otros dos globos habían quedado tirados en el claro. Con gran cuidado, Riverwind metió unos cuantos escarabajos en la esfera cristalina.

—Toma la tapa —ofreció Goldmoon.

—Si la pongo tal vez se asfixien.

—El aire entrará. La tapa tiene unos orificios pequeños —explicó la joven—. A menudo me preguntado por qué. ¿Crees que estos globos se harían con tal propósito?

—Éste al menos funciona bien como lámpara y es lo único que importa.

Riverwind alzó el recipiente por las correas y llegaron sin tropiezos a las criptas de la realeza que-shu. La caverna de la cripta era tan inmensa que su pequeño foco luminoso no llegaba al techo ni a las paredes. Al filo de las sombras atisbaron las formas de unas tumbas. La primera a la que llegaron llevaba la inscripción «Tearsong, amada de Arrowthorn». Goldmoon posó la mano sobre las palabras cinceladas, pero la retiró con presteza. La roca estaba fría. «Fría como la muerte», pensó con un ligero estremecimiento. Se apartó con presteza de la tumba.

El sueño descendió en un suave desnivel mientras pasaron ante los restos de tres siglos de antepasados de la princesa. Al final de la cuesta, Goldmoon divisó un altar de piedra en el que estaba tallado el símbolo del infinito de su amuleto. Al caer en la cuenta de que era imposible que viera la inscripción en la oscuridad, reparó en que la luminosidad en torno al altar era azul, no roja, y provenía de la propia ara. La princesa comprendió que el momento que había estado esperando había llegado. Se arrodilló ante el altar y recitó:

*El astro rojo ha salido.
Las puertas azules se han abierto.
Me arrodillo ante vosotros
para cantaros mi canción.
A vosotros, los que habéis partido,
os pedimos vuestra bendición.*

Goldmoon esperó paciente varios minutos, sumida en un piadoso silencio. Pero no ocurrió nada. Nadie respondió. La princesa sintió una punzada de temor. ¿Habría alguna parte de la ceremonia que su padre desconocía, algo que Tearsong se había llevado con ella a la tumba?

Entonces se oyó una voz.

—¡Mi niña querida! ¡Qué gozo siento al verte!

—¡Madre! —Gritó Goldmoon. Se le hizo un nudo en la garganta al sentir la arrolladora emoción de todos estos años de soledad y añoranza por Tearsong y la duda prontamente desechada de que jamás volvería a hablar con ella.

La risa de Tearsong repicó en la caverna como una campanilla de cristal y causó a

Goldmoon una sensación tan placentera como dolorosa. En el aire vibró una luz, y la figura de Tearsong se materializó junto a la princesa. Légrimas de pesar y alegría inundaron los ojos de Goldmoon. La asaltó una avalancha de hermosos recuerdos que habían permanecido latentes, ahogados por el dolor. Los rasgos delicados de su madre y el pelo todavía negro eran aún más hermosos de lo que recordaba.

—Madre, éste es Riverwind —empezó a decir Goldmoon mientras se volvía para indicar al guerrero que se acercara, pero a su alrededor era oscuridad.

—No puedo aparecerme a Riverwind.

—¡Pero tienes que hacerlo! Él no cree que..., que seas una diosa, ¿sabes?

Tearsong asintió despacio con la cabeza.

—Y tiene razón. Sólo soy un espíritu y tengo muy poco tiempo para hablar contigo, así que presta mucha atención. Eres ya una mujer, Goldmoon, y debes oír la verdad y aceptarla. Los dioses de los que-shus, los dioses a los que serví toda mi vida, son falsos. Tanto da si Loreman ha escrito tu nombre en el libro de los Dioses como si no. Los hombres no pueden hacer dioses de otros hombres.

—¡Pero soy la hija de Chieftain! —protestó incrédula Goldmoon.

El espíritu de Tearsong sonrió ante la arrogancia de su hija.

—La posición de una persona en la vida, ya sea dirigente o sanador, princesa o pastos, no influye en el veredicto de los verdaderos dioses. Y ellos serán tus jueces finales, no tu tribu, ni tu padre, ni yo misma. Los dioses verdaderos recompensan a cada persona en la otra vida de acuerdo con sus virtudes, no por las circunstancias de su nacimiento.

Goldmoon sacudió la cabeza, desconcertada. Después de la traición de Loreman y la agresión de Hollow-sky, aquello era más de lo que podía soportar. Se le ocurrió una idea.

—Esto es una especie de prueba ¿verdad? Oh, madre, jamás renegaré de mi fe. Siempre creeré en ti.

Una expresión triste asomó al rostro de Tearsong.

—Tu amor por mí es inmenso —dijo—. Por ello fui elegida para revelarte la existencia de los verdaderos dioses.

Las lágrimas inundaron los ojos de Goldmoon y rodaron por sus mejillas.

—Pero los espíritus de los que-shus no me obedecerán después de la muerte si no soy una diosa —argumentó la princesa, sintiéndose estafada.

La voz de su madre adquirió un tono impaciente.

—Más te valdría agradecer ahora el regalo de la vida y lo que ella te ofrece y no dar tanta importancia al supuesto poder que tendrías después de morir. —La muerte, aún sin haberla deificado, no había despojado a Tearsong de su aire de autoridad. Goldmoon guardó silencio de inmediato y agachó los ojos avergonzada. El tono de Tearsong se suavizó al advertir el desconcierto y la tristeza de su hija—. Nos queda

muy poco tiempo. ¿Querrás escuchar lo que tengo que decirte?

—Sí —respondió Goldmoon, deseosa de complacer a su madre, temerosa de que se marchara.

—Este lugar fue en otros tiempos el templo de una de las deidades verdaderas, las que adora Riverwind. Era una diosa conocida como la Sanadora. Hace mucho tiempo, después del Cataclismo, la gente perdió la fe en los dioses verdaderos. Deben recobrar esa fe o el mundo será conquistado por un mal arcaico. He sido enviada para plantearte la primera de muchas otras pruebas. Si las superas, llegá el día en que servirás a la Sanadora como una auténtica sanadora.

—Dime qué prueba es ésa y la aceptaré.

—No será un camino fácil. Si consigues pasar esta prueba, otras más duras la seguirán; unas quebrantarán tu espíritu, otras tal vez destruyan tu cuerpo.

—Estoy dispuesta —respondió con orgullo Goldmoon, adoptando una postura erguida.

—Muy bien, hija mía. Ésta es la primera prueba. Deberás sacrificar tres cosas:

Lo que es contrario a la curación.

Lo que coarta el amor.

Lo que refrena la osadía.

»Deja que Riverwind te guíe. Será el líder de un líder. Está escrito que algún día pondrá un gran poder en tus manos.

—Pero si ya lo ha hecho, madre —dijo excitada la joven—. Me dio esto.

La princesa sacó el amuleto de acero y lo sostuvo en alto para que lo viera su madre.

—Es el símbolo de la Sanadora. Es poderoso, pero sólo en este sagrado suelo. Cuando hayas superado todas las pruebas que te aguardan y te hayas convertido en sacerdotisa de la Sanadora, te será entregado un símbolo igual dotado con todos los poderes. —La imagen de Tearsong empezó a desvanecerse—. Adiós, hija mía. Sé que demostrarás ser digna del honor que se te ha otorgado.

La visión desapareció. Goldmoon permaneció arrodillada, sintiendo todavía el calor del amor de su madre, y desconcertada por lo que le había dicho. No sabía cuánto tiempo había pasado sumida en el silencio cuando oyó que Riverwind la llamaba a gritos. La aureola azul que irradiaba el altar había desaparecido, y una profunda oscuridad rodeaba a la princesa. Cuando se volvió en la dirección que sonaba la voz de Riverwind vio el rojizo fulgor de la pequeña esfera de cristal, la linterna de los escarabajos de fuego.

—Estoy aquí —respondió la joven.

—¡Goldmoon! ¿Te encuentras bien? —inquirió el guerrero mientras se acercaba tan deprisa como se lo permitía la pierna herida—. ¿Dónde has estado? ¿Por qué no

me respondías?

—He estado aquí todo el tiempo, celebrando la ceremonia que vine a realizar. No te oí llamarme.

—Pues he gritado tu nombre muchas veces —insistió el guerrero.

Goldmoon reparó en la expresión de ansiedad reflejada en su pálido rostro.

—Qué extraño —susurró la princesa—. Yo creía que tú habías desaparecido.

—¡No se te ocurra alejarte otra vez sin mí! —La voz de Riverwind era severa, ocultando el temor que había sentido con una cólera fingida—. ¡Quién sabe las criaturas malignas que habitan en esta tumba! ¡Y tú anda por ahí sin otra cosa para defenderte que esa estúpida daga de cristal!

—¡No es una estúpida daga! —Replicó la princesa—. ¡Es una...! Goldmoon se interrumpió en mitad de la frase. Había estado a punto de decir que era una reliquia sagrada de Iso que-shus, pero una súbita idea se abrió paso en su mente como una revelación y la dejó sin aliento; una daga era algo *contrario a la curación*. La sacó de la funda que llevaba sujeta a la bota. No la había limpiado después de apuñalar a Hollow-sky y la sangre del traidor le daba aspecto de hierro oxidado. Estremecida por el recuerdo de aquel último e interminable grito, dejó la daga sobre el altar.

—Riverwind, déjame tu escudo —ordenó.

Con una evidente expresión de desconcierto plasmada en su rostro, el guerrero sacó el brazo de las correas que sujetaban el disco de madera.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó.

Goldmoon se llevó el dedo a los labios.

—Confía en mí —pidió.

Riverwind le entregó el escudo. Ella se acercó más al altar y levantó el escudo por encima de su cabeza. Pero entonces hizo una pausa y lo bajó despacio, hasta sujetarlo contra el pecho. Si destruía la daga tendría que explicar a su padre y probablemente a toda la tribu por qué lo había hecho. Loreman encontraría el modo de tergiversar su acción haciéndola parecer maligna. Su padre jamás se la perdonaría. La tribu no renunciaría fácilmente a sus creencias en los falsos dioses.

Echó una fugaz ojeada a Riverwind; el guerrero tenía un aspecto demacrado y débil. Cojeaba a cada paso que daba y tenía una contusión sanguinolenta en la mejilla, donde lo había alcanzado Hollow-sky con el cayado.

Si se hubiese ganado ya todos los poderes del amuleto, podría sanar sus heridas, dejarlo ileso. Un poder así era desconocido en su tribu, un poder que podría ayudarlos a todos. Un poder que, en palabras de su madre, podría evitar que un mal arcaico dominara a la raza humana. Alzó veloz el escudo y lo dejó caer sobre el arma de cristal.

Goldmoon arrojó a un lado el escudo cuando los fragmentos cristalinos empezaron a emitir un fulgor azul; el brillo creció de intensidad hasta el punto de

hacerle daño en los ojos. Un creciente intineo de campanillas repicó en el aire.

Goldmoon oyó la voz de su madre.

«Experimenta parte de la facultad que conocerás en su totalidad algún día, hija mía. Pero entiende que la curación es un *don* de los dioses, no un poder».

Los fragmentos de cristal esparcidos por el altar empezaron a girar como si fueran granos de arena apresados en un remolino. Riverwind contuvo el aliento, asustado.

Entonces, en medio de un destello, los fragmentos cristalinos volaron hacia la princesa y penetraron en su carne como dardos.

—¡Goldmoon! —Gritó el guerrero. Corrió hacia la joven para sostenerla al ver que ella saía despedida del altar, trastabillando. Su piel relucía con los añicos cristalinos.

—Me encuentro bien —dijo la princesa con calma.

Riverwind dio un respingo. El rostro de la joven no denotaba dolor alguno y sus ropas no estaban manchadas de sangre.

—Tendrías que estar muerta —dijo, sin dar crédito a sus ojos.

—No —respondió vacilante—. ¡Jamás me había sentido tan viva!

Riverwind, que la había cogido en sus brazos, la dejó con delicadeza en el suelo, pero no la soltó.

Goldmoon puso las manos en las mejillas del guerrero, deseando que se sintiera tan bien como ella.

La sorpresa hizo que Riverwind se quedara sin aliento. Ella sonrió mientras sentía el cosquilleo de la energía que le transmitía a través de sus manos. Los fragmentos de cristal se desvanecieron. El rostro demacrado de Riverwind recobró el color y se borraron los signos de agotamiento. La herida de la mejilla desapareció sin dejar la menos huella y el guerrero adoptó una postura erguida, sin dar muestras de sentir dolor en la rodilla.

—¿Qué has hecho? —preguntó sobrecogido.

—He sacrificado la daga, como mi madre me dijo que hiciera.

—Entiendo. —Riverwind estrechó los ojos—. Has hablado con tus dioses. —Su tono era amargo.

—He hablado con mi madre —lo corrigió Goldmoon. En su mirada veía una encubierta incredulidad—. Oh, Riverwind. ¡Wanderer tenía razón! —Musitó, atrayéndolo hacia ella—. ¡Tú tenías razón! Mi madre me dijo eso y mucho más. ¡Mucho más! Pero...

Goldmoon agachó la cabeza, incapaz de continuar hablando. No se había dado cuenta hasta ahora de lo difícil que le iba a resultar admitirlo. Quizá no debería decírselo. Quizá fuer a mejor dejar que siguiera pensando en ella como en una diosa. Después de todo, tenía su orgullo... de repente la sensación de paz que la inundaba empezó a debilitarse. Su amor por Riverwind se ahogó en un sentimiento de ira y

rencor... de orgullo.

El guerrero notó su creciente frialdad e hizo un ademán para apartarse de ella.

Lo que coarta el amor

—¡No! ¡Por favor, no me dejes! —gritó aterrada, aferrándose a él con todas sus fuerzas.

—Nunca —susurró el guerrero, estrechándola de nuevo—. ¡Jamás te dejaré mientras quieras tenerme a tu lado! —Luego añadió con inquietud—: ¿Dijo tu madre si hay un futuro para nosotros aunque seas diosa?

—Es lo que intentaba decirte —susurró avergonzada Goldmoon—. No soy una diosa. —Alzó la cabeza y lo miró a los ojos. Bromeando para disimular su temor preguntó—: ¿Podrás amar a una mortal, a una mujer corriente?

—¿Una mujer corriente... tú? —repitió él. Su respiración se hizo agitada—. Nunca podrás serlo, aunque te lo propongas —dijo con solemnidad.

Goldmoon se acurrucó entre sus brazos y deseó seguir así, inmersa en esta bendita felicidad para siempre. Pero le vino algo a la mente que le hizo levantar otra vez la cabeza hacia él.

—Mi madre me dijo que ella no era una diosa ni tampoco ninguno de nuestros antepasados. Los verdaderos dioses son aquellos en los que Wanderer os enseñó a creer. He sacrificado la daga como parte de una prueba a fin de que algún día pueda llegar a convertirme en sacerdotisa de la Sanadora, una de las antiguas deidades a quien se consagró este lugar como templo. Pero cuando renuncie a mi orgullo y regrese al poblado y haga público lo que me ha sido revelado, negando las antiguas creencias, seré el hazmerreír de todos. Dejaré de ser la hija del Chieftain.

Riverwind sonrió.

—Siempre serás la hija del Chieftain —afirmó mientras le acariciaba el cabello—. No es algo que depende de unas deidades falsas, sino algo intrínseco en ti. Aunque en el caso de que fueras hija de Arrowthorn, tienes carisma de líder. Y sé que algún día guiarás a la gente hacia los dioses verdaderos. Esto es algo por lo que enorgullecerse. Sólo es tu orgullo por cosas sin fundamento lo que debes sacrificar.

Goldmoon enredó sus dedos en el pelo del guerrero y atrajo su rostro hacia sí. Sus ojos relucían con un brillo rojizo que la luz de la linterna, y un atisbo de sonrisa asomó fugaz en los labios del hombre antes de que sus bocas se juntaran.

La ternura del pastor hizo que Goldmoon olvidara los obstáculos que les aguardaban. Los dedos de Riverwind aflojaron la tensión de los hombros de la joven con suaves movimientos en tanto que sus labios acariciaban los de ella.

Ambos susurraron a un tiempo «te quiero». Goldmoon estalló en carcajadas y Riverwind dio rienda suelta a su pasión en un beso ardiente al que ella respondió con igual intensidad. Mientras tanto sus manos acariciaron su pelo y su espalda, deslizándose sobre la suave tela de la túnica ceremonial. Goldmoon quería

proporcionarle el mismo placer que él le daba, pero el peto de cuero lo protegía como una rígida coraza. Manióbró de manera que una de sus manos pasó bajo el cuello endurecido y a continuación bajo la tela de la camisa, donde sus dedos acariciaron la piel del hombre.

Riverwind se tensó y echó la cabeza hacia atrás. Dejó escapar un quedo gemido que resonó en su pecho cuando los dedos de Golmoon subieron acariciadores por su espina dorsal.

—Pareces un gato ronroneando —se burló ella.

El guerrero emitió un sordo rugido, como el de un felino. Aunque ya le había oído utilizarlo en el combate con Hollow-sky, ahora la asustó. Riverwind esbozó una sonrisa al ver su expresión, se inclinó sobre ella y le lamió con suavidad la parte posterior de la oreja. Después le tomó las manos e hizo otro tanto con las palmas.

Goldmoon se estremeció de placer. Cogió los extremos del cíngulo que ceñía su túnica ceremonial, rodeó con ellos la cintura del hombre y después los ató alrededor de sus manos.

—Ahora soy yo quien ha cazado al tigre —se burló mientras se estrechaba más contra él y le besaba los labios, las mejillas, el cuello.

La joven jamás había sentido en su cuerpo una sensación tan ardiente. Ya no notaba el frío de la húmeda caverna. Sin embargo, de manera inesperada, Riverwind se debatió para librarse del cíngulo y la obligó a apartarse.

—Esto tiene que terminar —jadeó.

—¿Qué ocurre? —Preguntó Goldmoon, asustada al ver cómo temblaba el guerrero de pies a cabeza.

Riverwind inhaló hondo soltó el aire muy despacio. Ya más calmado, acarició la mejilla de la joven con las puntas de los dedos.

—Serán muchas las costumbres de nuestro pueblo las que cambiaremos —susurró—, pero hay ciertas cosas que debemos seguir respetando. Todavía he de pedir a tu padre permiso para cortejarte.

Goldmoon dio una patada en el suelo, enfadada.

—Sospecho que yo cambiaría más cosas que tú si lo hiciese a mi modo —replicó.

—¿Acaso el honor de los votos matrimoniales es algo tan poco importante que no merece la pena esperar? —preguntó él.

—Sí, pero mi padre tal vez no acceda a tu petición —dijo Goldmoon con voz tirante.

—No puede negarme ese derecho si me someto a una Unción del Aspirante y pido la Misión del Pretendiente.

Ella esbozó una sonrisa maliciosa.

—Valdrá la pena ver la expresión de su cara cuando se lo digas. —Luego agregó con actitud más seria—: Te esperaré, Riverwind, tardes el tiempo que tardes en

llevarlo a cabo. —Suspiró—. Aunque dudo que la espera me resulte fácil.

—Y, ahora, busquemos la salida —dijo el guerrero con firmeza.

¿Qué ha sido eso? —Preguntó Riverwind mientras ladeaba la cabeza con gesto de alerta. Caminaban todavía alumbrados por el suave fulgor rojizo de los escarabajos metidos en la linterna.

—Parece el murmullo de agua corriente —contesntó Goldmoon. Se pasó la lengua por los labios resecos—. Al menos podremos llenar los odres vacíos.

—No sólo eso —dijo el guerrero—. Posiblemente se trata de un arroyo subterráneo que nos conducirá al exterior si seguimos su curso.

—¡Oh, maldita sea! —Protestó Goldmoon furiosa cuando la fuerte corriente arrastró el odre de sus manos.

—No te preocupes, lo recuperaré —se ofreció el guerrero mientras se metía en el agua alargando el brazo hacia el pellejo.

—No, Riverwind. La corriente es demasiado rápida. Déjalo —ordenó la princesa.

Pero el hombre avanzó otro paso. De pronto resbaló y cayó de bruces al tiempo que gritaba. Intentó volver a nado a la orilla, pero a despecho de sus esfuerzos la corriente lo arrastró hacia la oscuridad.

—¡Riverwind! —Chilló Goldmoon. Se incorporó de un brinco, con tan mala fortuna que tiró la linterna. La tapadera se soltó y los escarabajos de fuego escaparon veloces, alejándose del agua.

El eco de la llamada de la princesa resonó en la caverna, como si se burlara de ella. A solas en medio de una oscuridad total, la hija del Chieftain se quedó paralizada de terror.

—¡Tengo que ir en pos de Riverwind! ¿Y si está herido? Pero no sé si me atreveré —susurró. Tearsong le había dicho que sacrificara *lo que refrena la osadía*. Es decir, el miedo.

La princesa desabrochó el cierre de su capa de pieles y dejó caer la prenda al suelo. Hizo una profunda inhalación y se zambulló en el agua, dirigiéndose al punto donde había desaparecido Riverwind.

El agua estaba gélida y le causó una dolorosa impresión. Goldmoon intentó emerger de inmediato, pero el peso de la larga túnica le obstaculizaba los movimientos y la corriente subterránea la retenía con firmeza. Sintió los pulmones a punto de estallar.

«Se acabó —pensó—. Voy a morir ahogada. Que sea rápido, sin dolor», suplicó. Un implacable letargo se enseñoreó de su cuerpo.

No obstante, con última resquicio de energía, Goldmoon se dio un impulso con las piernas, que la llevó hasta una reducida bolsa de aire que había entre el agua y el techo de la caverna.

Apenas tuvo un momento de respiro. Se escuchaba un gran estruendo, y la joven comprendió que era una catarata hacia la que la arrastraba la corriente sin remisión.

De repente la luz la cegó y por un instante, mientras salía lanzada por el borde de la catarata, Goldmoon tuvo la imprección de ser un halcón cernido sobre el mundo. Acto seguido se precipitó al vacío. El pánico clavó sus garras en el estómago y el corazón de la princesa, y cuando por fin cayó en el agua del fondo estaba demasiado desorientada para distinguir arriba de abajo.

En aquel momento unos fuertes brazos la agarraron y la arrastraron con suavidad hacia la orilla. Demasiado débil para hacer algo más que ladear un poco más la cabeza, Goldmoon sonrió a Riverwind, que se había desplomado a su lado. Permanecieron tendidos, empapados y tiritando sobre la olorosa hierba bañada por los cálidos rayos del sol y aspirando el aire a bocanadas ansiosas.

Se encontraban en un valle al pie de la montaña. La catarata se desplomaba por un precipicio tan alto que era un milagro el que estuviesen vivos.

—Sabía que encontrarías una salida de la caverna —jadeó Goldmoon.

Riverwind estalló en carcajadas, y la joven se sumó a su alborozo. Rodó hacia él y recostó la cabeza en el hombro del guerrero. Después suspiró y sus ojos se ensombrecieron al recordar el incierto futuro que les aguardaba.

—Tendremos que explicar lo ocurrido con Hollow-sky. Al menos ahora sabemos hasta dónde es capaz de llegar Loreman. Ya no nos volverá a coger desprevenidos.

—No tenemos pruebas. Sólo que dijo Hollow-sky... y está muerto. Loreman es muy influyente, habrá muchos que se pongan de su parte. Puesto que Hollow-sky fracasó, a buen seguro el propio Loreman lo denunciará como un traidor.

—¿Y qué diremos acerca de nosotros? —preguntó el guerrero.

—A mi padre no le va a gustar. Pero le diré que jamás me casaré con otro que no seas tú.

—Si pido la Misión de Pretendiente, ¿podrá negármelo?

—No. Está obligado a seguir las tradiciones. Pero puede enviarte en una misión imposible.

—Si es para ganarme el derecho de amarte, los dioses me ayudarán en la empresa. —Riverwind sonrió con dulzura y enredó sus dedos en el cabello húmedo de la joven.

Goldmoon se incorporó y, poniéndose de rodillas a su lado, lo miró a la cara.

—Tearsong me dijo que algún día pondrías un gran poder en mis manos. Así pues, estoy convencida de que triunfarás.

—Y pronto —agregó esperanzado Riverwind.

—¿Sabes cómo es el ritual del Aspirante?

Riverwind sacudió la cabeza en un gesto de negación.

—Después de que hables con mi padre en privado, te someterán a varias pruebas

difíciles en presencia de todos los guerreros de la tribu y del consejo de ancianos. Una vez superadas, Arrowthorn declarará que partirás en una misión para probar que eres merecedor de convertirte en mi esposo. Después me preguntará si eso es lo que deseo...

—Y tú dirás que sí —la interrumpió Riverwind, sonriente y seguro de sí mismo.

—Bueno, sí. —Ella le devolvió la sonrisa—. Entonces anunciará que estamos prometidos hasta el momento en que hayas cumplido la misión o hayas fracasado.

—La cumpliré —dijo el guerrero con solemnidad. Cogió en sus manos las de la muchacha.

—Y entonces —continuó Goldmoon—, nos daremos un beso en presencia de toda la tribu... —Posó la otra mano en el hombro de Riverwind y se inclinó sobre él. Oyó que el guerrero contenía el aliento antes de que sus labios se unieran en un beso prolongado—. Bueno, quizá no sea como éste, exactamente —susurró con dulzura.

—Tus doncellas estarán preguntándose dónde estamos —dijo Riverwind con voz ronca—. Nos espera una larga caminata, pues tendremos que rodear la montaña hasta dar con ellas.

—Lo sé.

—Deberíamos ponernos en marcha —declaró el guerrero.

—Si yo estoy dispuesta a esperarte todo el tiempo que sea preciso, supongo que tú no tendrás inconveniente en esperar hasta que..., hasta que... —Goldmoon buscó una excusa y mientras pensaba se acurrucó de nuevo a su lado y apoyó la cabeza en su hombro— hasta que el sol me seque el cabello —dijo por último entre risas.

—Eso puede tardar un buen rato.

—No tanto como yo querría —suspiró Goldmoon.

—La espera será un placer para mí —aseguró Riverwind mientras extendía los mechones dorados sobre el pectoral de cuero—. ¿Quién sabe? A lo mejor se nubla el sol...

La hija de Raistlin

Margaret Weis y Dezra Despain

Los primeros rumores de que Raistlin había tenido un hijo llegaron a mis oídos unos cinco años después de la muerte de mi gemelo. Es fácil suponer que aquellos inquietantes comentarios me intrigaron, así que hice cuanto estuvo en mi mano para investigar el asunto. Para ello conté con la ayuda de mis amigos, los antiguos Compañeros, que por entonces estaban dispersos por todo Ansalon. Encontramos versiones de la leyenda en casi todas las partes del continente. Se relataba entre los elfos de Silvanesti, las gentes de Solamnia, y los Hombres de las Llanuras, que regresaron a Que—shu. Pero no hallamos nada consistente que ratificara la historia. Incluso Tasslehoff Burfoot, que viaja por todas partes y escucha cuanto se dice (como es habitual en los kenders), no logró obtener ninguna información de primera mano referente a esa leyenda. La historia la relataba siempre una persona a quien se lo había contado una tía, quien tenía una prima que conocía a la comadrona de la supuesta madre..., etcétera, etcétera.

Llegué incluso a ponerme en contacto con Astinus de Palanthis, el cronista que deja constancia de la historia según transcurre ante sus ojos, que todo lo ven. Tenía pocas esperanzas de obtener alguna información útil de él, ya que el historiador es notoriamente conocido por tener la boca bien cerrada, en especial si se trata de algo que presenció en el pasado y que puede afectar al futuro. Por ello le pedí sólo que me dijera si la leyenda era o no verdadero. ¿Mi gemelo había engendrado una criatura? ¿Era niño, o niña, vivía todavía?

La respuesta fue característica de tan enigmático personaje, de quien se rumorea que es el mismo Gilean en persona: «Si es cierto, se sabrá. Si no lo es, quedará la incógnita».

He accedido a que esta historia se publique por ser un tema curioso e interesante y también porque quizá, en un futuro lejano, tenga alguna trascendencia en la historia de Krynn. No obstante, quien la lea queda advertido de que tanto mis amigos como yo opinamos que sólo son habladurías sin fundamento.

Caramon majere

La luz del ocaso bañaba con delicadeza la Posada Rebelde, de manera que aquel edificio destartado y de tan mala fama parecía un refugio acogedor a quienes transitaban a pie o a caballo por el sendero que pasaba ante su puerta. A plena luz del día se veía que la madera de la estructura deteriorada por los elementos estaba carcomida y podrida, pero en aquel momento tenía un aspecto rústico que le otorgaba el reflejo dorado de la tarde. Las contraventanas rotas y agrietadas relucían ahora la captar las últimas luces del día y las sombras se proyectaban en el tejado con el ángulo preciso para disimular sus incontables parches. Acaso fuera éste el motivo por el que la posada estaba tan concurrida en esa tarde invernal. O quizá se debía al frente de nubes grises y bajas que avanzaba desde el este como un ejército silencioso y fantasmal.

La Posada Rebelde se levantaba en los alrededores del bosque de Wayreth; si sus mágicos árboles lo juzgaban oportuno, se entiende. Cuando decidían todo lo contrario, cosa que ocurría con frecuencia, la posada se encontraba en los límites de un terreno estéril en el que no habría crecido nada aun en el caso improbable de que alguien hubiera tenido la peregrina idea de cultivado. Pero ningún granjero lo había intentado siquiera. ¿Quién habría tenido el atrevimiento de sacar fruto de una tierra que, conforme al saber popular, estaba bajo el dominio de los archimagos de la torre de la Alta Hechicería y del misterioso y temible bosque?

A algunos les parecía muy peculiar que la Posada Rebelde se hubiera construido tan cerca del bosque de Wayreth..., cuando el bosque estaba a la vista, claro. Pero el propietario, Slegart Alberque, era a su vez un hombre peculiar. En apariencia, lo único que le interesaba era obtener ganancias y así se lo decía a cualquier ale preguntara. Y no era difícil casar dinero a quien quiera que sorprendiera la noche en las cercanías de las tierras de los hechiceros.

A juzgar por las apariencias, era muchos los que ese día se encontraban en esa situación, ya que casi todas las habitaciones de la posada estaban ocupadas. Los viajeros eran en su mayor parte humanos, ya que transcurrían los años precedentes a la Guerra de la Lanza y en aquella época tanto elfos como enanos se mantenían aislados en sus dominios y apenas salían al mundo exterior. Había, eso sí, unos cuantos enanos gullys a los que Slegart había contratado para limpiar y cocinar. El posadero tampoco ponía pegas a que los goblins se hospedaran en su posada, siempre y cuando supieran comportarse. Aquella noche en particular no había goblins en el establecimiento, si bien entre los humanos asistentes había algunos a los que podría tomárselos como tal si se juzgaba por sus rostros retorcidos y astutos. Era este numeroso grupo el que había alquilado varias habitaciones dejando libre sólo otras dos, ya que el pequeño y destartado establecimiento no tenía muchas.

Acababa de aparecer la primera estrella en el firmamento para quedar casi de

inmediato cubierta por la avanzadilla de nubes, cuando la puerta de la posada se abrió de par en par dando paso a una ráfaga de aire frío, a un guerrero vestido con armadura de cuero y a un mago de rojas vestiduras. Desde su puesto tras el sucio mostrador, Slegart frunció el entrecejo. No es que a Slegart le disgustaran los magos (se rumoreaba que su posada existía por obra y gracia de los hechiceros de la Torre), pero tampoco le gustaba tenerlos tan cerca.

Tanto el posadero como los reunidos en la sala adivirtieron el magnífico físico y la juventud del corpulento guerrero cuando éste se dirigió al mostrador.

—Cena —pidió, al tiempo que echaba una moneda sobre la barra. El ceño de Slegart se trocó de inmediato en una sonrisa, si bien tampoco duró mucho cuando el mocetón añadió—: Y una habitación para esta noche.

—Estamos completos —rezongó Slegart mientras dirigía una mirada significativa a la estancia abarrotada—. Esta noche hay buen luna para cazar...

—¡Bah! —resopló el guerrero—. Hoy no habrá luna para cazar ni para nada. La tormenta estallará en cualquier momento y a menos que se esté interesado en cazar copos de nieve, no habrá otra cosa sobre la que disparar... —Dicho esto, el hombretón recorrió con la mirada la estancia como retando a los presentes a llevarle la contraria.

Habida cuenta de la anchura de sus hombros, la usada armadura y la soltura con que llevó la mano a la empuñadura de su espada, hasta los individuos de peor catadura mostraron su conformidad con tan sagaz deducción por medio de cabeceo: definitivamente, esa noche no se podría cazar nada. La mirada firme del guerrero se volvió hacia Slegart.

La mirada de Slegart fue hacia el mago, que, efectivamente, parecía estar al borde del agotamiento. Vestía la Túnica Roja y la capucha le cubría la cabeza de manera que su rostro quedaba en las sombras. Se apoyaba en un bastón de madera, decorado en el aparte superior con una garra de dragón dorada que aferraba un cristal gacetado. El mago no se apartaba del cayado y su mano lo sujetaba en un gesto que semejaba tanto una caricia como una necesidad de constatar su presencia.

—Sírvenos una jarra de tu mejor cerveza y un cazo con agua caliente para mi gemelo —pidió el guerrero mientras soltaba otra moneda de acero sobre el mostrador con gesto enérgico.

A la vista del dinero, los sentidos de Slegart se pusieron en alerta.

—Acabo de recordarlo —empezó, al tiempo que cogía la moneda y sus ojos iban hacia la bolsa del hombretón, en la que se oía un tintineo metálico. Incluso encogió la nariz, como si pudiese oler el dinero—. Queda un cuarto en el segundo piso.

—Ya me parecía a mí —dijo el guerrero con semblante hosco. Soltó sobre el mostrador una tercera moneda con un golpe sordo.

—Es uno de los mejores —puntualizó Slegart. El hombretón soltó un gruñido y

torció el gesto. El posadero agregó—: Va a ser una noche muy desapacible, tanto para hombres como para animales.

En aquel momento una ráfaga de aire golpeó las paredes de la posada y silbó a través de las desencajadas ventanas, por cuyos resquicios penetraron algunos copos de nieve. Al mismo tiempo, Túnica Roja empezó a toser, una tos violenta que lo dejó sin aliento y lo hizo doblarse sobre la mesa. Encapuchado y abrigado como el tiempo exigía, no era mucho lo que se percibía de su físico, pero Slegart había dado por sentado que tenía que ser joven si él y el gigantón eran gemelos. En consecuencia, el posadero se quedó perplejo al atisbar un mechón de pelo blanco bajo la capucha y reparar en la extrema delgadez y fragilidad de la mano que sostenía el bastón.

—Lo alquilamos —murmuró el guerrero mientras dirigía una mirada preocupada a su hermano.

—¿Qué le ocurre? —Preguntó Slegart, sin apartar los ojos del mago en tanto que sus dedos se crispaban juto a la moneda pero sin decidirse a coger—. No está enfermo, ¿verdad? —Se echó hacia atrás—. No tendrá la peste ¿eh?

—¡Por supuesto que no! —Replicó ceñudo el guerrero. Se inclinó sobre el posadero y dijo en voz baja—: Venimos de la Torre de la Alta Hechicería. —Los ojos de Slegart se abrieron como platos—. Acaba de pasar la Prueba...

—Ah, comprendo —dijo el posadero con actitud de entendido. Dirigió una mirada compasiva al mago—. He visto a muchos como él durante los últimos años. —Sus ojos se volvieron hacia el guerrero—. Y también he visto a muchos como tú que regresaban solos, sin otra cosa que un paquete de ropas y uno o dos libros de hechizos. Era cuanto quedaba de ellos. Tanto tú como él podéis consideraros afortunados por haber sobrevivido.

El guerrero asintió con un cabeceo, aunque a juzgar por la expresión acosada reflejada en su rostro y el dolor patente en sus ojos oscuros no se consideraba un tipo muy afortunado. Fue hacia la mesa ocupada por su hermano y puso la mano sobre el hombro del mago, pero su gesto fue rechazado con un amargo gruñido.

¡Déjame en paz, Caramon! —Oyó Slegart al hechicero mientras se acercaba a la mesa con una bandeja en la que llevaba una farra de cerveza y un cazo de agua caliente—. ¡Tu cargante solicitud me llevará a la tumba antes que esta maldita tos!

El guerrero, Carmaon, no respondió y tomó asiento frente a su hermano. La preocupación y la tristeza le ensombrecían los ojos.

Mientras servía la mesa, Slegart procuró por todos los medios atisbar el rostro oculto bajo la capucha, pero el mago estaba acurrucado cerca del fuego con el rojo embozo echado sobre los ojos y ni siquiera alzó la cabeza cuando el posadero colocó en la mesa platos, cubiertos y jarras haciendo más ruido de lo que era preciso. El joven se limitó a sacar un puñado de hierbas secas de uno de los saquillos que llevaba colgados del cinturón y se lo tendió a su hermano.

—Prepárame la infusión —ordenó con voz ronca. Luego se recostó en la pared con actitud desmayada.

Slegart, que no le quitaba ojo de encima, sufrió un sobresalto al reparar en que la piel de la delgada mano del mago brillaba con un tinte metálico dorado a la luz de la chimenea.

El posadero se esforzó otra vez por atisbar el rostro del hechicero, pero el joven se echó más hacia atrás buscando el refugio de las sombras, a la vez que agachaba la cabeza y bajaba la capucha sobre los ojos.

«¡Si tiene la piel de la cara como la de la mano, no me extraña que se esconda!», reflexionó Slegart, que ya se arrepentía de no haberse librado de este mago enfermo, con dinero o sin él.

El guerrero cogió las hierbas y las echó en una taza, que a continuación llenó de agua caliente.

Curioso a despecho de sí mismo, Slegart se inclinó sobre la mesa para echar una ojeada a la infusión con la esperanza de que se tratara de alguna clase de poción mágica. Sufrió una decepción, ya que la mezcla tenía un aspecto normal, como té, con unas cuantas hojas flotando en la superficie. Le sorprendió el súbito olor acre que se desprendió de la mezcla. Encogió la nariz e iba a hacer un comentario cuando la puerta se abrió de golpe y dio paso a otra ráfaga de viento, más copos de nieve y un nuevo huésped. El posadero llamó con un ademán a una de las desaliñadas camareras para que terminara de servir al mago y a su hermano y él salió al encuentro del recién llegado.

A tenor del donaire de sus movimientos y de su constitución alta y delgada, debía de tratarse de un joven humano, o una joven humana o un elfo. Pero iba tan arropado en sus voluminosos ropajes que resultaba imposible distinguir su sexo o raza.

—Estamos completos —empezó Slegart, pero, antes de que tuviera oportunidad de añadir algo más, el huésped se deslizó hacia él (no podía describirse de otro modo su manera de caminar), alargó una mano notablemente hermosa y delicada y puso dos monedas en la del posadero, notable sólo por su suciedad.

—Un rincón junto a la chimenea donde pasar la noche me bastará —dijo el huésped en voz baja.

—Me parece que todavía que da una habitación —anunció Slegart.

Sus palabras provocaron el alborozo de los humanos malcarados, que acogieron su comentario con groseras risotadas.

Incluso el guerrero esbozó una sonrisa desganada y sacudió la cabeza en tanto que daba un codazo a su hermano. El mago no dijo nada y se limitó a señalar con gesto irritado la taza de infusión.

—La alquilero —dijo el huésped, que sacó otras dos monedas de la bolsa y se las entregó a Slegart, quien sonreía entre dientes.

—Muy bien... —El posadero dirigió una mirada apreciativa a las ropas de buena calidad del desconocido y se consideró muy listo cuando preguntó mientras hacía una reverencia—: Eh..., ¿a nombre de quién?

—¿Tan importante es la habitación que se nos tiene que presentar? —Rplicó el huésped tajante.

—El guerrero soltó una risita divertida y al parecer el comentario hizo incluso mella en el mago, que movió la encapuchada cabeza con suavidad en tanto daba unos sorbos a la humeante y maloliente infusión.

Falto de palabras, Slegart se devanó los sesos para encontrar otro modo de determinar la identidad del misterioso huésped, pero, antes de que discurriera algo, el desconocido le dio la espalda y se encaminó hacia la mesa apartada donde apenas había luz y que estaba lejos de la chimenea.

—Sírreme comida y bebida —ordenó con tono imperioso.

—¿Qué le apetece señ... señoría? —preguntó Slegart mientras corría tras el huésped con la cabeza ladeada para no perderse ni una palabra, ni una inflexión en la voz.

Aunque el huésped hablaba en Común lo hacía con un acento extraño, y el posadero todavía no estaba seguro de si era hombre o mujer.

—Cualquier cosa —respondió con tono cansado el desconocido, sin volverse hacia Slegart. En su camino hacia el apartado rincón pasó ante la mesa de los hermanos echó una breve ojeada—. Eso mismo. Lo que quiera que sea que estén comiendo —dijo, señalando a la camarera que servía a rebosar los platos con un guiso pastos y gris y que aprovechaba mientras tanto para rozar a Caramon con su cuerpo.

Entonces, ya fuera de la forma de caminar del misterioso personaje, ya por el modo en que gesticuló o más bien por sutil tono despectivo que adoptó su voz al advertir que la mano del guerrero se alzaba y daba un rodeo para palmear la zona más redonda y prominente de la anatomía de la camarera, lo cierto es que Slegart tuvo la certeza de que su huésped era una mujer.

Era peligroso viajar por Ansalon en aquellos tiempos, unos cinco años antes de la guerra. Muy pocos se atrevían a hacerlo a solas y menos aún mujeres. Las pocas que lo hacían o eran mercenarias bien pertrechadas con espadas y escudos o eran damas ricas que llevaban de escolta una horda armada hasta los dientes. Esta mujer, si es que lo era, no llevaba arma alguna a la vista y, si tenía escoltas, les debía gustar dormir al aire libre, bajo lo que presagiaba que iba a ser una de las peores ventiscas desatadas en la región.

El posadero no destacaba por ser demasiado inteligente ni observador y llegó a la conclusión de que su huésped era una mujer sola y sin protección dos minutos después de que todos los presentes lo hubieran deducido. Esto se hizo patente en la

expresión levemente sombría del guerrero y la mirada interrogante que dirigió a su hermano, quien movió la cabeza en un gesto negativo apenas perceptible. También lo puso de manifiesto el súbito silencio en el que se sumió el grupo de «cazadores» sentados cerca del mostrador, y los murmullos precipitados y las risotadas amortiguadas que se produjeron a continuación.

Al oírlo, Caramon echó una ojeada a sus espaldas, con el entrecejo fruncido. Sin embargo, el suave roce de una mano y un comentario en voz baja del mago lo convencieron de que, tras soltar un sonoro suspiro, siguiera engullendo su cena con actitud impasible si bien, y para disgusto de la camarera, no apartó los ojos de la desconocida.

Slegart regresó al mostrador y se puso a frotar las farras con un trapo mugriento, dando a medias la espalda a la sala, pero sin que se escapara detalle a sus penetrantes ojos. Uno de los rufianes se incorporó despacio, se desperezó y pidió a gritos otra cerveza. Cogió la jarra a la camarera antes de que la soltara en la mesa y se acercó a la desconocida.

—¿Te importa si me siento? —dijo, uniendo la acción a las palabras.

—Sí —fue la cortante respuesta.

—¡Oh, vamos! —Protestó el rufián. Sonrió entre dientes mientras se acomodaba en el banco de cara a la mujer, que siguió comiendo la pastosa mezcla gris del plato sin levantar la cabeza—. En esta parte del país se tiene por costumbre que los compañeros de taberna se diviertan juntos en una noche como ésta. Vamos, únete a nuestro pequeño grupo...

La mujer hizo caso omiso de él y siguió con su cena. Caramon se incorporó un poco en su asiento a la vez que dirigía una mirada suplicante a su hermano, pero esto respondió con un brusco movimiento de su encapuchada cabeza. El guerrero suspiró y siguió comiendo.

El rufián se echó hacia adelante y alargó la mano para tocar el chal con el que la mujer se cubría la cabeza y gran parte del rostro.

—Debes de tener mucho calor con... —empezó el hombre. No pudo terminar la frase, ya que le habría resultado muy difícil hablar con el plato y el resto del guisado resbalándole por la cara.

—He perdido el apetito —dijo la desconocida. Se levantó con parsimonia, se limpió las manos con una servilleta grasienta y se encaminó a la escalera—. Me retiro ya, posadero. ¿Qué número es mi habitación?

—La dieciséis. Podéis atrancar la puerta por dentro con el pestillo para que no os moleste este canalla —dijo Slegart, frotando la farra con más lentitud. Las trifulcas eran mala cosa para el negocio. Mermaban las ganancias—. La criada subirá en un momento para abrir la cama.

El «canalla», a quien le salía el guisado por la nariz, tal vez se habría resignado y

habría dejado que la misteriosa mujer siguiera su camino. Su voz había sonado con tranquila frialdad y su presencia de ánimo ponía de manifiesto que estaba acostumbrada a cuidar de sí misma. Pero el comentario del posadero provocó una risita de aprobación en el corpulento guerrero, que acto seguido fue coreada por el grupo de «cazadores». Las risas de estos últimos eran de mofa, zahirientes.

El hombre objeto de burla lanzó una mirada enconada a sus compinches mientras se limpiaba el estofado de la cara y luego se levantó del banco con tanta brusquedad que tiró la mesa patas arriba. Fue en pos de la mujer, que se encontraba ya a mitad de escalera.

—Yo te llevaré a tu habitación —dijo, mirándola con lujuria. La agarró por un brazo y la atrajo hacia sí.

Cogida por sorpresa, la misteriosa viajera cayó en brazos de rufián a la vez que soltaba un grito con el que, si aún quedaban dudas, quedó despejada la incógnita de su sexo.

—Raistlin... —suplicó Caramon mientras llevaba la mano a la espada.

—Está bien, hermano —suspiró resignado el mago. Alargó la mano hacia el bastón que había recostado contra la pared y buscó su apoyo para incorporarse.

El guerrero empezaba a levantarse del banco cuando vio que los ojos de su hermano se dirigían hacia un punto situado a su espalda. Asintió con un leve cabeceo para indicar al mago que había captado su advertencia. En ese momento una pesada mano se cerró sobre su hombro.

—Buen guiso, ¿no te parece? —dijo una de los componentes del grupo—. Sería una lástima que interrumpieras tu cena por algo que no te concierne. A menos, por supuesto, que quieras tomar parte en la diversión. Si es así, ya te avisaremos cuando llegue tu tur...

El puño de Caramon se estrelló en la mandíbula del sujeto con un ruido sordo.

—Gracias, pero creo que mi turno ya ha llegado —dijo con frialdad el guerrero, que desenvainó la espada y se giró para hacer frente a los maleantes que tenía a la espalda.

Una silla voló des de la parte posterior del grupo y fue a estrellarse contra el hombro del brazo armado de Caramon. Dos de los hombres que estaban delante se abalanzaron sobre él. Uno le agarró la muñeca y forcejeó para que soltara el arma, y el otro empezó a descargar puñetazos sobre el guerrero. El resto de la chusma se le echó encima al ver que se tambaleaba.

—¡Ve con la chica, Raist! ¡Yo me encargo de éstos! —Gritó Caramon con la voz ahogada bajo un montón de cuerpos—. ¡Lo tengo... todo... uff... controlado!

—Como siempre, querido hermano —dijo con sorna el mago. Hizo caso omiso de gruñidos, bufidos, gritos y crujidos de muebles y huesos, y apoyándose en el bastón se dirigió a la escalera.

La chica se defendía de su agresor con los puños al carecer aparentemente de otra arma, y era evidente que el hombre la reduciría en cualquier momento. El rufián tenía volcada toda su atención en arrastrar a su forcejeante víctima escaleras arriba y por ello no se percató de que el Túnica Roja se acercaba con rapidez a sus espaldas. Hubo un destello plateado, un brusco movimiento de la mano del mago y el canalla soltó a la chica y se llevó las manos al costado. La sangre salió a borbotones entre sus dedos crispados. Durante un instante miró sorprendido a Raistlin, pasó junto a él tambaleante y luego rodó escaleras abajo, con la daga del mago hundida entre las costillas.

—¡Raist! ¡Ayúdame! —gritó Caramon desde abajo.

Aunque el guerrero ya había vencido a tres de sus adversarios, se hallaba enzarzado en una brutal pelea contra un cuarto oponente, entorpecidos sus movimientos por un enano gully que se le había encaramado a la espalda y le golpeaba la cabeza con una sartén.

Pero Raistlin no puso auxiliar a su hermano. La chica se tambaleó debilitada y mareada por los esfuerzos, y di un traspié.

El mago soltó el bastón, que a saber cómo se quedó erecto en el aire, y agarró a la mujer antes de que cayera.

—Gracias —murmuró ella sin levantar la cabeza.

El chal se le había soltado con los forcejeos e intentó anudarlo otra vez para cubrirse el rostro. Pero Raistlin sonrió con sorna y sus ágiles dedos atraparon la prenda por una punta con un diestro y veloz movimiento.

—Se te ha caído esto —dijo con frialdad mientras le tendía el chal. Sus penetrantes ojos la escudriñaron para descubrir la razón por la que una joven mujer escondía el rostro. Dio un respingo.

Tras perder el chal, la muchacha había mantenido la cabeza agacha, pero al notar el sobresalto del mago supo que su gesto era inútil. La había visto. Entonces suspiró y levantó despacio la cabeza. Las facciones que contempló le causaron tanto sobresalto como el experimentado un momento antes por Raistlin.

—¿Qué..., qué clase de ser humano eres? —Preguntó mientras se apartaba de él.

—¿Y tú? —Preguntó el mago a su vez con tono perentorio, al tiempo que la retenía.

La joven se sorprendió de que unas manos tan delicadas fueran al mismo tiempo tan increíblemente fuertes.

—Soy... una mujer corriente —balbuceó con un hilo de voz, sin apartar del mago sus ojos, desmesuradamente abiertos.

—¿Corrientes? —Raistlin apretó más los dedos cuando la muchacha hizo intención de escabullirse. Miró con incredulidad la fina estructura ósea y los delicados rasgos de su cara, la mata de cabello que tenía el color y el brillo de plata

fundida, los ojos oscuros y aterciopelados como un ciel nocturno—. ¡Corriente! Tengo ante mí a la mujer más hermosa que he visto en mis veintiún años de vida. Lo que esmás, tengo entre manos a una mujer *¡a la que no veo envejecer!* —Soltó una risa amarga, destemplada—. ¡Y dice de sí misma que es una persona «corriente»!

—¿Y qué me dices de ti? —Replicó ella, temblorosa. Alzó la mano hasta rozar la piel dorada de su rostro—. ¿Y qué me quieres decir con que..., con que no me ves envejecer?

El mago vio que el miedo ensombrecía los ojos de la joven al hacerle la pregunta, y sus propios ojos se estrecharon y la estudiaron con intensidad.

—Mi piel dorada es el sacrificio por mi magia, como lo es mi cuerpo quebrantado. Y en lo que se refiere a que no te veo envejecer, significa que mis ojos no captan en ti el deterioro del paso del tiempo. Has de saber que mi visión es diferente de la de los demás. —Hizo una pausa, sosteniendo fija la mirada en la chida, que empezó a temblar bajo aquel escrutinio inflexible—. Mis pupilas ven cómo pasa el tiempo, ven la muerte en todo lo que vive. Estos relojes de arena vez cómo la carne humana se agosta y marchita. Cómo los árboles dejan caer sus hojas recién brotadas. Cómo las rocas se deshacen en polvo. Sólo los más jóvenes entre los longevos elfos podrían parecerme normales pro un momento, pero incluso a ellos los veo como capullos que no tardarán en marchitarse. Tú, sin embargo...

—¡Raist! —Retumbó la voz apremiante de Caramon desde abajo.

Se oyó un brujido. En sus esfuerzos por sacudirse de encima al gully que le tapaba los ojos con las manos, el guerrero tropezó y cayó de bruces sobre una mesa que se hizo astillas. El mago no se movió, ni tampoco la chica.

—¡No envejeces en absoluto! Y no eres de raza elfo —dijo Raistlin.

—No —murmuró ella. Con los ojos prendidos en el mago trató sin éxito de librarse de sus garras—. Me... me haces daño...

—¿Quién eres? —exigió él.

La joven, temblorosa, se debatió entre sus manos.

—Un ser humano, como tú mismo —protestó mientras alzaba de nuevo la vista hacia aquellos extraños ojos—. Te agradezco que me hayas salvado pero...

De repente se quedó paralizada y cesaron todos sus esfuerzos para librarse. Su mirada quedó prendida en Raistlin y la del mago en la suya.

—No —dijo la joven con un murmullo ahogado—. ¡No! —El susurro se tornó un grito desgarrado que sobrepasó el bramido del viento en el exterior de la posada.

Raistlin se tambaleó y chocó contra la pared, como si ella lo hubiera atravesado con una espada. Pero ni siquiera lo había rozado. No había hecho más que mirarlo. Con un chillido salvaje, la muchacha se incorporó precipitadamente y echó a correr escaleras arriba dejando al mago desplomado contra la pared y con los ojos desorbitados, mirando sin ver, fijos en el punto donde ella había estado agachada

frente a él.

—Ya me he librado de esa escoria, aunque no gracias a tu ayuda —rezongó Caramon mientras subía hacia donde se encontraba su hermano.

Miró por la barandilla con actitud satisfecha. Él tenía un labio partido y le sangraba, pero cuatro hombres yacían en el suelo, sin contar el que su hermano había apuñalado y cuyo cuerpo inerte seguía acurrucado al pie de la escalera, hecho un ovillo. El enano gully estaba metido cabeza abajo en un barril, pataleando de forma patética y profiriendo unos berridos tan estridentes que amenazaban con romper la cristalería.

—¿Qué pasa con los desperfectos? —Preguntó Slegart, que inspeccionaba el estropicio.

—Haz una colecta entre éstos —gruñó Caramon, señalando a los quejosos integrantes del grupo—. Aquí tienes tu daga, Raistlin. —El guerrero tendió el arma a su hermano—. La he limpiado lo mejor que he podido. Supongo que no querías desperdiciar tu magia con este miserable, ¿eh? De todos modos... Eh, Raist, ¿te encuentras bien?

—Si... N... no estoy herido... —balbuceó el mago mientras alargaba la mano para agarrarse a su hermano.

—¿Entonces qué te pasa? —preguntó el guerrero desconcertado—. Parece que hayas visto un fantasma. Oye, ¿dónde está la chica? —Miró a su alrededor—. ¿No se ha quedado para darnos siquiera las gracias?

—Le..., le dije que se fuera a su habitación —murmuró Raistlin. Parpadeó aturdido y miró a Caramon como si no lo conociera. Transcurridos unos segundos pareció salir del estupor y volvió a ser él mismo. Tomó la daga que le tendía Caramon y la colocó de nuevo en la correa que llevaba sujeta a la muñeca—. Y nosotros deberíamos hacer lo mismo, hermano —dijo con firmeza, al observar que los ojos del guerrero miraban anhelantes la jarra de cerveza que aún seguía en su mesa—. Déjame que me apoye en tu brazo. El esfuerzo me ha dejado exhausto —añadió mientras agarraba el bastón.

—Oh... Eh... ¡Claro, Raist! —La preocupación por su hermano hizo que Caramon olvidara su sed.

—Es la número trece —gruñó el posadero que ayudaba a los rufianes a arrastrar hacia un rincón a sus compinches caídos.

—Tenía que ser ese número —resopló el guerrero, que sostuvo a su hermano y lo ayudó a subir la escalera—. ¡Eh, por cierto! ¿Pudiste echarle una ojeada a la chica? ¿Es guapa?

—¿Por qué me preguntas eso, hermano? —Dijo con voz queda Raistlin, al tiempo que se echaba la capucha sobre la cabeza para eludir la mirada de su gemelo—. Ya sabes lo que ven estos ojos míos.

—Sí, claro... Eh... Lo siento, Raist. Sigo olvidándolo —Caramon enrojeció—. ¡Maldita sea! Uno de esos bastardos me rompió la silla en los riñones cuando estaba agachado. Seguro que tengo un montón de astillas clavadas.

—Sí, querido hermano —murmuró Raistlin sin escuchar lo que decía. Su mirada fue hasta una puerta situada al final del pasillo, señalada con el número dieciséis.

Tras aquella puerta, Amberyl paseaba arriba y abajo mientras cerraba y abría los puños y emitía de tanto en tanto un apagado gemido.

—¿Cómo ha podido ocurrir esto? —Se preguntaba febril, sin cesar de recorrer el cuarto de un extremo a otro. La habitación estaba a oscuras y hacía frío. Absorta en su preocupación, Amberyl había dejado que el fuego se apagara—. ¿Cómo sucedió? ¿Cómo pudo suceder? ¿Por qué ninguno de los ancianos previó que pudiera pasar algo así?

Repitió las mismas frases una y otra vez mientras sus pies recorrían incansables el mugriento entarimado del suelo, como siguiendo el ritmo del torbellino de ideas que giraba en su cabeza.

—Hablaré con él —se le ocurrió de pronto—. Al fin y al cabo, es mago. Tal vez sepa el modo de..., de arreglarlo. ¡Sí, tengo que hablar con él!

Cogió el chal y se cubrió de nuevo la cabeza y el rostro. Abrió la puerta con precaución. El pasillo estaba desierto.

Se sintió desfallecer al comprender que no tenía idea de cuál era la habitación del mago.

—Quizá ni siquiera se haya quedado a pasar la noche —musitó, recostándose con desánimo contra el marco de la puerta—. De todas formas, ¿qué le iba decir? —Se dio media vuelta, avanzó un paso hacia el interior del cuarto y después se detuvo—. No. ¡He de encontrarlo! —Decidió. Cerró la puerta con firmeza para no caer en la tentación de regresar—. Si se ha marchado, iré tras él.

Amberykl caminó pasillo adelante y se acercó a las puertas para escuchar con atención. Tras algunas se oían quejidos y maldiciones proferidas en voz baja. Se alejó de ellas con premura al comprender que dentro estaban sus agresores, recuperándose tras la pelea con el mago y su hermano. Detrás de otra puerta escuchó una risa aguda de una mujer y la ronca de un hombre. Amberyl se acercó a la número trece.

—¡Pero, Raist! ¿Qué se supone que voy a decirle a esa chica? ¿«Ven a nuestra habitación que mi hermano quiere verte»?

Reconociendo la voz del guerrero, Amberyl se pegó a la hoja de madera y escuchó con atención.

—Si es lo único que se te ocurre, entonces dile eso.

La voz, desdeñosa y susurrante, apenas se escuchaba con el bramido de la tormenta, pero traspasó el cuerpo de Amberyl con punzadas dolorosas. Estremecida, se acercó más a la puerta.

—Hazlo como quieras, ¡pero tráemela!

Amberyl oyó el movimiento inquieto de unos pies y una tosecilla desaprobadora.

—Ejem... Raist, no sé lo agradecida que puede sentirse, pero por lo poco que he visto...

—Caramon —interrumpió la voz susurrante—, me siento débil y enfermo y yo no tengo paciencia para soportar tu estupidez. Te he dicho que traigas a la muchacha. Hazlo... —la voz se cortó con un tos espasmódica.

El sonido de unas fuertes pisadas se acercó a la puerta. Temerosa de ser sorprendida espiando pero incapaz de alejarse, Amberyl se preguntó desesperada qué podía hacer. Acababa de decidirse a volver corriendo a su habitación y esconderse cuando la puerta se abrió.

—¡Por todos los dioses! —Exclamó Caramon sorprendido, aunque reaccionó al instante y alargó la mano para sujetar a la joven, que había dado un paso atrás—. ¡Estaba aquí, Raist! En el pasillo. ¡Escuchando detrás de la puerta!

—¿De veras? —El mago de piel y ojos dorados estaba sentado junto al fuego, acurrucado y contempló con curiosidad cómo su hermano medio arrastraba, medio conducía a Amberyl al interior del cuarto—. ¿Qué hacías ahí fuera? —Preguntó, entrecerrando los ojos.

Por un instante, Amberyl fue incapaz de articular una sola palabra. Se quedó de pie, mirando al mago y retorciendo la punta del chal con nerviosismo.

—¡Vamos, Raist! No le grites —dijo con suavidad Caramon—. La pobre chica está helada. Tiene las manos ateridas. Acercaos aquí, señora —ofreció el hombretón mientras la conducía desmañadamente más cerca de la chimenea y le arrimaba una silla—. Sentaos. Vais a enfermar si no os calentáis. —Posó la mano en el chal—. Está húmedo. Dejadme que lo coja y...

—¡No! —Gritó Amberyl con voz ahogada, al tiempo que se llevaba las manos al chal—. No —repitió más suavemente, abochornada al ver que Raistlin la miraba esbozando una sonrisa desabrida—. Estoy... Me encuentro bien. Nunca..., nunca me resfrío. Por favor...

—Déjanos solos, Caramon —ordenó el mago con frialdad.

—¿Qué? —El guerrero parecía desconcertado.

—He dicho que nos dejes a solas. Vuelve con tu jarra de cerveza y tu camarera. La moza parecía impresionada con tus encantos.

—Eh..., claro, Raist. Si es lo que quieres... —Caramon vaciló y miró a su gemelo con una expresión tan perpleja que a Amberyl se le escapó una risita, si bien al momento se tornó en un sollozo. Escondiendo el rostro tras el chal, intentó enjugarse las lágrimas.

—Déjanos —repitió Raistlin.

—¡Sí, claro! —aceptó Caramon. Amberyl lo oyó dirigirse a la puerta—. Pero...

no olvides que estás débil, Raist...

La puerta se cerró con suavidad.

—Los... s... siento —tartamudeó Amberyl. Apartó el chal de su rostro—. No quería llorar. Perdí el control. N... no volverá a suceder.

El mago guardaba silencio. Acomodado en el un viejo sillón se limitaba a mirarla con fijeza. Sostenía en las frágiles manos un tazón de té que se había enfriado hacía tiempo. Tras él, a su alcance, estaba el bastón apoyado en la pared. Por fin rompió el largo mutismo.

—Quítate el chal —ordenó fríamente.

Tragándose las lágrimas, Amberyl cogió la prenda y la apartó de su cara. La expresión de los ojos dorados no varió: eran fríos y duros como el cristal. Al mirarlos, Amberyl reparó en que se veía reflejada en su superficie. Ya no podía penetrar en ellos; no del modo en que lo había hecho en la escalera. El mago había levantado barreras entre el mundo y su alma.

«¡Demasiado tarde! —Se dijo desesperada—. Demasiado tarde».

—¿Qué me has hecho? —Preguntó Raistlin, manteniéndose inmóvil—. ¿Qué conjuro has utilizado conmigo? Dímelo y, tal vez, pueda romperlo.

Amberyl bajó la mirada, incapaz de sostener un instante más la de aquellos ojos extraños.

—No es ningún hechizo —murmuró, retorciendo el chal una y otra vez—. Yo..., yo no soy hechicera..., como ya habrás advertido y...

—¡Maldita sea! —Raistlin se levantó de la silla con la rapidez de una serpiente lanzada al ataque. Arrojó la taza al suelo, agarró a Amberyl por las muñecas y tiró de ella obligándola a ponerse de pie—. ¡Estás mintiendo! ¡Me has hechizado! ¡Has invadido mi ser! ¡Te siento vivir dentro de mí! ¡Sólo puedo pensar en ti! Lo único que ve mi mente es tu rostro. No logro concentrarme. ¡La magia se me escapa! ¿Qué has hecho conmigo, mujer?

—¡Me haces daño! —Gimió la joven con un hilo de voz, debatiéndose entre sus manos. Su contacto la quemaba. Sentía el extraño calor que irradiaba su cuerpo, como si un fuego interno lo estuviera consumiendo en vida.

—¡Podría causarte un dolor aún mayor si no me respondes! —Siseó el mago, a la vez que la atraía hacia sí.

—Yo... No puedo explicártelo —susurró Amberyl con la voz entrecortada por los gemidos al sentir que los dedos de Raistlin aumentaban la presión sobre sus muñecas—. ¡Por favor, debes creerme! ¡No lo hice deliberadamente! No quería que esto sucediera...

—¿Entonces por qué viniste a mi habitación?

—Tú..., tú eres mago. Pensé que habría un modo..., que tú sabrías...

—...cómo romper el hechizo. —Raistlin finalizó la frase con voz queda mientras

aflojaba las manos y miraba fijamente a la joven—. Así pues, no me has mentido. A ti también te ocurre. Ahora me doy cuenta. Ésa es la verdadera razón que te impulsó a venir, ¿no es cierto? De algún modo también yo he invadido tu ser.

Amberyl agachó la cabeza.

—No. Quiero decir, sí. Bueno, en parte. —Levantó la cara hacia el mago—. Es cierto que vine a ver si existía algún medio de...

Raistlin soltó una risa desabrida y le dejó libre las muñecas.

—¿Y cómo quieres que deshaga un hechizo si no me dices cuál has utilizado?

—¡No ha sido ningún hechizo! —Chilló exasperada la joven. Se miró las huellas que el mago le había dejado marcadas en las muñecas.

—¿Qué es entonces? —Gritó Raistlin. Su voz se enronqueció y le sobrevino un golpe de tos tan brutal que lo hizo retroceder, encogido y con las manos crispadas sobre el pecho.

—Déjame que te ayude —dijo Amberyl alargando los brazos hacia él.

—¡Vete! —Jadeó Raistlin, que tenía los labios manchados de sangre y saliva. Con las escasas fuerzas que le quedaban apartó a Amberyl y después se hundió en el sillón—. ¡Vete! —Repitió.

A pesar de que sus palabras eran casi inaudibles, sus ojos hablaban con claridad. La rabia dilataba las pupilas en forma de reloj de arena.

Aterrada, Amberyl se dio media vuelta y echó a correr. Abrió la puerta y salió al pasillo con tal precipitación que chocó con Caramon y la marera, quienes se dirigían a otra habitación.

—¡Eh! —Exclamó el guerrero mientras la sujetaba en sus brazos—. ¿Qué ocurre? ¿Qué te pasa?

—Tu hermano... —farfulló Amberyl, que procuraba ocultar el rostro con el largo cabello—. Se..., se ha puesto enfermo...

—¡Se lo advertí! —Masculló entre dientes Caramon, torciendo el gesto al escuchar la tos seca de su hermano.

Olvidándose de la camarera, que se quedó protestando a su espalda, el guerrero entró en el cuarto a toda prisa. Amberyl corrió ciegamente por el pasillo, abrió la puerta de su habitación de un empujón y cerró tras ella. Se recostó en la pared, temblorosa, en medio de la oscuridad.

Debía de haberse quedado dormida. No estaba segura, ya que los sueños fueron una prolongación de sus cavilaciones. Pero la despertó un ruido. Sí, ahí estaba de nuevo. Una puerta se cerró de golpe. Aunque podría haber sido cualquiera de las otras habitaciones, Amberyl supo con certeza a qué cuarto pertenecía.

Se levantó de la cama, en la que se había tumbado sin desnudarse, y abrió la puerta una rendija. Una voz resonó el final del pasillo.

—¡Raist! ¡Fuera sigue la tormenta! ¡Moriríamos! ¡Es una locura!

—¡Me voy de esta posada! ¡Ahora! —se oyó la voz del mago, que ya no era susurrante, sino un sonido ronco, alterado por la furia y el miedo—. Me marchó. Y lo haré tanto si me acompañas como si no. ¡Tú decides!

El mago echó a andar corredor adelante, apoyado en su bastón. Se detuvo y lanzó una mirada penetrante a la habitación de Amberyl, que retrocedió asustada, como si ello pudiese verla. El mago se dio media vuelta y se encaminó hacia la escalera. Su hermano estaba de pie, con las manos extendidas en un gesto de impotencia.

—Esto tiene que ver con la chica, ¿verdad? —Gritó Caramon—. ¡En nombre del Abismo, respóndeme! Yo... —Se oyó un portazo—. ¡Se ha marchado! —Solo en el pasillo, el hombretón se rascó la cabeza—. Bueno, no llegará muy lejos sin mí. Iré tras él. ¡Mujeres! —Farfulló mientras regresaba con rapidez a la habitación de la que salió poco después, forcejeando con un bulto de ropas—. Tenía que ocurrir ahora, cuando acabamos de salir de ese maldito bosque embrujado. Supongo que acabaremos de nuevo en él. ¡Maldita sea!

Anberyl vio al guerrero, que, parado en el rellano, miraba hacia su puerta. La joven retrocedió otra vez.

—Me gustaría saber qué ha ocurrido entre los dos, señora —rezongó el hombretón. Luego, sacudiendo la cabeza, se echó el petate al hombro y bajó la escalera apresuradamente.

Amberyl se quedó inmóvil un momento en la oscuridad de su cuarto, esperando recobrar la calma para razonar con claridad. Después cogió el chal y se lo ajustó en torno a la cabeza. Sacó de la bolsa de viaje una capa de pieles y se dirigió cautelosa hacia la salida, en pos de Caramon.

Amberyl no recordaba haber visto una tormenta peor en toda su vida y eran muchos los años que había vivido a pesar de que entre los suyos era una mujer joven. La nieve arrastrada por el vendaval la cegaba y desdibujaba las formas del entorno, incluso sus manos, extendidas frente a ella, se perdían en las tinieblas de aquella blancura punzante y cegadora. No había modo de rastrear a Raistlin y a su hermano. Es decir, no había ninguno salvo el que utilizó: el vínculo creado por accidente entre el mago y ella.

Por accidente, sí. Tenía que tratarse de un hecho fortuito, pensó mientras seguía avanzando con esfuerzo. A pesar de que la nieve había empezado a caer pocas horas antes, le llegaba ya por las rodillas. Aun siendo fuerte, estaba teniendo dificultades para caminar a través de la nieve amontonada, así que imaginó lo que estaría pasando el mago con sus largos ropajes...

Amberyl sacudió la cabeza y suspiró. Bien, los dos humanos tendrían que detenerse muy pronto. De eso no le cabía la menor duda. Se ajustó más el chal para

cubrirse el rostro y proteger la piel del azote de la ventisca. Se preguntó qué haría una vez que les hubiera dado alcance. ¿Se lo diría al mago?

«¿Acaso me queda otra alternativa? —Pensó con amargura. En ese momento trastabilló resbaló. Se apoderó de ella un miedo enfermizo que la hizo estremecer—. ¡Ya está! ¡Empiezo a sentir la debilidad causada por vínculo! Y, si lo siento yo, también le estará afectando a él. ¿Será peor para un humano? —se preguntó con un súbito temor—. ¿Y si muere?».

No. Imposible. Se lo contaría todo esta noche, decidió. Hizo un alto para recostarse contra un árbol y recobrar el aliento. Cerró los ojos. Y, una vez que se lo hubiese revelado todo, ¿qué?

—No lo sé... —musitó con la voz entrecortada—. Los dioses e asistan. ¡No lo sé!

Tan perdida estaba en sus temores, en el torbellino interno que la agitaba, que de momento no reparó en que había dejado de nevar de manera repentina. El viento cortante se había calmado. Cuando cayó en la cuenta, miró en derredor. Se veían estrellas e incluso había luz de luna. Solinari brillaba radiante, transformando en plata la nieve y haciendo del bosque un lugar mágico de increíble belleza.

El bosque... Había cruzado la linde. Amberyl acarició con suavidad el tronco del árbol en el que se apoyaba. Sentía la vida latiendo en la corteza y, debajo de ella, el palpito de la magia.

Estaba en el bosque encantado de Wayreth. Aunque la fuerte ventisca seguía sin amainar a pocos pasos de distancia, aquí, en el refugio de estos árboles, podría ser verano si lo hechiceros lo dispusieran así. Pero no era ése el caso. Aunque había cesado el inhumano gemido del viento, aún sentía la mordedura de sus dientes de hielo a través de las ropas, y en algunos puntos el manto de nieve alcanzaba casi un metro de espesor. Pero al menos la tormenta no descargaba con toda su furia dentro del bosque. Amberyl veía ahora sin dificultad. La luz de Solinari se reflejaba en la nieve y proporcionaba tanta claridad como si luciera el sol. Ya no tropezaría en la oscuridad y sólo tendría que dejarse conducir por el recuerdo abrasador del mago de ojos dorados, de su contacto...

La joven suspiró y reanudó el camino hasta que por fin encontró un rastro en la nieve. Eran huellas dejadas por humanos. Sí, su instinto había sido infalible. No es que hubiese dudado ni por un momento de su poder, pero no tenía la seguridad de que funcionara en el interior del bosque mágico. Eran muchas las historias que había oído.

Amberyl hizo una pausa y examinó las huellas. Su miedo se acrecentó. Había dos rastros. Uno era el de unas pisadas que avanzaban con firmeza entre los montones más profundos. El otro, en cambio, era un surco ancho de nieve aplastada; era la huella dejada por el caminar vacilante de un hombre que arrastra una pesada y húmeda túnica. En más de un punto se percibían con nitidez las marcas de unas

manos, como si el mago hubiese caído. La joven apresuró la marcha y de pronto el corazón le dio un vuelco. Uno de los rastros, el del mago, acababa allí. Su hermano debía de haberlo cogido en brazos. Quizás él... Quizás había...

¡No! Amberyl contuvo la respiración y sacudió la cabeza. El mago podía parecer débil, pero en su interior latía una fuerza más inquebrantable que la hoja del mejor acero jamás forjado. Lo cierto es que este hecho significaba que los dos hermanos tendrían que detenerse y buscar refugio. Una circunstancia que jugaba a su favor.

No pasó mucho tiempo antes de que oyera unas voces. Se agachó detrás de un árbol procurando mantenerse a la sombra proyectada por el tronco y atisbó el parpadeo de una luz tenue. El débil resplandor salía de lo que en apariencia era una cueva en la cara de un risco; un risco que parecía haber salido de la nada, ya que la joven habría jurado que antes no estaba allí.

—Por supuesto —murmuró—. Los hechiceros protegen a uno de los suyos. ¿Habrás advertido mi presencia? —se preguntó de repente—. ¿Me reconocerían? Tal vez, no. Al fin y al cabo, ha pasado mucho tiempo...

En cualquier caso, tanto daba. Ellos poco podían hacer al respecto. Con suerte, ni siquiera intervendrían.

—¡Tengo que ir en busca de ayuda, Raist! —Oyó decir al guerrero cuando se acercó más a la cueva. La voz de Caramon sonaba tensa y angustiada—. ¡Estás muy mal! ¡Nunca te había visto así! ¡Nunca!

Siguió un silencio. Después se escuchó de nuevo la voz de Caramon como respuesta a unas palabras que Amberyl no había captado.

—¡No lo sé! ¡Regresaré a la posada si es preciso! De lo que estoy seguro es de que esta fogata no durará hasta el amanecer. Y tú mismo me has advertido que no corte ramas de estos árboles. Además, están mojadas y no prenderías. Ha dejado de nevar y en el peor de los casos estaré ausente sólo unas cuantas horas. Aquí estarás a salvo. Probablemente mucho más de lo que estaré yo en este condenado bosque. —Hubo otra breve pausa y luego—: No, Raist. ¡Esta vez haré lo que en *mi* opinión es más acertado!

En su mente, Amberyl casi pudo oír el áspero reniego del mago y sonrió a despecho de sí misma. Una sombra oscureció por un instante la luz que salía de la cueva. La silueta de Caramon se perfiló en la entrada y se detuvo. Parecía vacilar. ¿Acaso iba a cambiar de idea? La figura se giró un poco, como si fuera a regresar al interior de la hendidura.

Rápidamente, en un lenguaje que nadie en el continente de Ansalon había escuchado desde había innumerables siglos, Amberyl musitó unas palabras a la vez que gesticulaba con las manos. Apenas visible desde donde se encontraba, surgió a lo lejos el brillo tenue de una fogata, en otra zona del bosque.

Caramon captó el débil resplandor por el rabillo del ojo.

—¡Raist! —gritó—. ¡Allí se ve una hoguera! ¡Hay alguien cerca! Tú quédate aquí, arropado. ¡Volveré pronto!

La silueta se movió y se confundió con la oscuridad de la noche. Después, Amberyl vio el reflejo de la luna en la armadura del guerrero y escuchó sus firmes pisadas y su pesada respiración al abrirse paso con dificultad entre la nieve. Sonrió.

«No, no volverás pronto, amigo mío —dijo para sus adentros cuando pasó junto al árbol donde estaba escondida—. Ni mucho menos».

Aguardó inmóvil hasta que estuvo segura de que Caramon se había alzado un buen trecho en busca de la fogata que, como ella bien sabía, estaría siempre un poco más allá de su alcance. Respiró hondo, elevó una plegaria a su dios y trepó con rapidez hacia la cueva.

Apartó a un lado la manta que el guerrero había colgado a la entrada en un patético intento de proteger la cueva de la inclemencia del tiempo. Entró en el reducido espacio. Hacía frío y humedad y estaba oscuro, ya que la única luz la proporcionaba un pequeño fuego que chisporroteaba débilmente cerca de la entrada para favorecer la ventilación. Amberyl sacudió la cabeza mientras echaba una ojeada a su alrededor. La madera empleada por Caramon estaba empapada por la nieve y el hielo. El que hubiese sido capaz de hacerla arder daba una buena idea de la pericia y habilidad del guerrero en tales menesteres. Pero no duraría mucho y no quedaba más leña con la que alimentar el fuego cuando aquélla se consumiera.

La joven escudriñó la oscuridad. Al principio no vio al mago, aunque sí oía su respiración trabajosa y olía la aromática fragancia de los componentes de hechizos. Entonces él tosió y. Se agitó un montón de ropas y amantas apiladas cerca de la fogata, y Amberyl atisbó una esbelta mano que se extendía para coger una taza humeante que había cerca de las llamas. Los dedos, temblorosos, estuvieron a punto de tirar el recipiente. La joven se agachó con rapidez y evitó que cayera.

—Déjame ayudarte —dijo. C cogió la taza sin esperar respuesta y ayudó a Raistlin a incorporarse—. Apóyate en mí —ofreció al ver cómo el mago se esforzaba por sostenerse a pesar de su debilidad—. No te sorprende verme, ¿verdad?

Raistlin la contempló unos instantes con aquellos ojos dorados, impenetrables. Luego, esbozando una amarga sonrisa, recostó su frágil cuerpo en Amberyl, que se había sentado a su lado. Aunque el mago estaba tiritando, la joven percibía el extraño calor que irradiaba su cuerpo delgado. Estaba tenso, rígido, y respiraba con dificultad. Se llevó la taza a los labios, pero empezó a toser otra vez. Era una tos violenta, tanto que pareció que lo rompería en pedazos.

Amberyl le cogió la taza y la dejó en el suelo. Lo sujetó mientras él, medio asfixiado, intentaba llevar una bocanada de aire a sus pulmones. Lo abrazó fuerte, como temiendo que el frágil cuerpo fuera a hacerse pedazos. Su propio corazón estaba desgarrado, tanto por la compasión que le inspiraba el sufrimiento del mago

como pro el temor que sentía por sí misma. ¡Estaba tan debilitado! ¿Y si moría?

No bastante, el espasmo cesó finalmente, y Raistlin fue capaz de inhalar aire. Estremecido, señaló con un gesto la infusión. Amberyl le acercó la taza a los labios; el acre olor le hizo encoger la nariz.

Despacio, a pequeños sorbos, el mago se tomó la pócima.

—Me preguntaba si nos encontrarías aquí, si los hechiceros te permitirían entrar en el bosque —murmuró.

—Yo también me preguntaba lo mismo —dijo con voz queda Amberyl. Suspiró—. Pero, si no te hubiera encontrado yo, habrías tenido que buscarme tú. No habrías podido evitarlo. Te habrías sentido impelido a hacerlo.

—Con que así están las cosa, ¿no? —Repuso Raistlin, que respiraba ya con más facilidad.

—Así están —susurró la joven.

—Ayúdame a tumbarme —pidió el mago.

Se arrebujó de nuevo entre las mantas. Amberyl hizo cuanto estuvo en su mano para que se sintiera cómodo. Volvió la vista hacia el fuego. Una repentina ráfaga de viento hizo ondear la manta de la entrada, y un remolino de nieve chisporroteó al caer sobre las llamas.

—Siento cómo me debilito poco a poco, como si la vida se me escapara —dijo Raistlin, acurrucándose más entre las húmedas mantas—. ¿Es consecuencia del hechizo?

—Sí. Yo también lo siento. Pero no se trata de ningún hechizo —contestó Amberyl mientras intentaba reanimar la fogata. Luego se volvió hacia el mago y se sentó a su lado, con las piernas dobladas, y se las rodeó con los brazos. Los dos se miraron fijamente, con intensidad.

—Quítate el chal —susurró Raistlin.

Despacio, Amberyl desanudó el pañuelo y lo dejó caer sobre los hombros. Sacudió la húmeda melena, y unas gotitas de agua le salpicaron las manos.

—Quítate el chal —susurró Raistlin.

—Qué hermosa er... —Se interrumpió y apretó los labios. Luego preguntó con brusquedad—. ¿Qué me va a ocurrir? ¿Moriré?

—Yo... no lo sé —respondió ella de mala gana mientras desviaba la vista hacia el fuego. Era incapaz de mirarlo. Los ojos del mago abrasaban, traspasaban, llegaban a lo más hondo de su ser y la llenaban de un dulce dolor—. Nunca..., nunca había oído que esto..., le hubiera sucedido a... un humano.

—Es decir, que tú no eres humana —comentó Raistlin.

—No, no lo soy. —La joven contestó sin volver la cabeza, incapaz aún de mirarlo a la cara.

—Tampoco eres elfa, ni perteneces a ninguna de las razas de Krynn con las que

estoy familiarizado. Y te diré algo más, eh... ¿cómo te llamas?

—Amberyl.

—Amberyl —repitió, pronunciado las sílabas despacio, como saboreándolas. Ella se estremeció de nuevo. El mago continuó—: Te diré al más, Amberyl. Conozco todas las razas de Krynn.

—Puede que seas extremadamente sabio, mago —susurró la joven—. Pero los misterios de este mundo aún por descubrir son tan numerosos como los copos de nieve.

—¿Y el tuyo? ¿No vas a revelármelo?

—No puedo —dijo Amberyl sacudiendo la cabeza con energía—. No puedo. Es un secreto que no me pertenece sólo a mí.

Raistlin guardó silencio. La muchacha tampoco habló. Los dos se quedaron escuchando los gemidos y crujidos del bosque, el silbido del viento entre los árboles.

—Ya vero. Entonces..., voy a morir —dijo por fin el mago, rompiendo su mutismo. Pero su voz no denotaba rabia o miedo, sino una tranquila resignación.

—¡No, no, no! —Gritó la joven, volviendo los ojos hacia él. Dejándose llevar por un impulso, tomó entre sus manos la frágil del mago y la apretó contra su mejilla—. No —repitió—. Porque entonces yo también moriría.

Raistlin apartó de un tirón la mano y se incorporó sobre un codo con esfuerzo.

—¿Esto tiene cura? —preguntó con voz ronca—. ¿Hay algún modo de deshacer este... hechizo?

—Sí —contestó Amberyl con un hilo de voz, sintiendo que la sangre se le agolpaba en las mejillas.

—¿Cómo? —preguntó Ratislin, con los puños apretados.

—Pero debería... —Se atragantó—. Pero primero debía explicarte algo sobre..., sobre el *Valin*.

—¿El qué? —Inquirió con rapidez Raistlin. Amberyl vio un destello en sus ojos. Aun enfrentado a la muerte, la mente del mago seguía alerta, trabajando, absorbiendo con ansia cualquier información nueva, almacenándola.

—El *Valin*. Así es como se llama nuestra lengua. Significa... —Hizo una pausa y frunció el entrecejo en actitud pensativa—. Supongo que en tu lenguaje el término más similar a esa palabra sería «compañero elegido». —El rostro del mago adoptó una expresión tan atónita que resultaba graciosa, y Amberyl se echó a reír a pesar de su nerviosismo—. Espero, déjame que te lo explique. —El rubor aumentó y sintió arderle las mejillas—. Por razones que atañen sólo a nuestra raza, mi pueblo huyó de esta tierra en una época tan remota que se pierde en la noche de los tiempos y se recluyó en otro lugar donde podría vivir en paz. Como tú mismo has observado, nuestra raza es muy longeva. Pero no somos inmortales. Al igual que el resto y para preservar la especie, debemos procrear descendientes. Sin embargo, éramos muy

pocos y con el paso del tiempo nuestro número se redujo aún más. La tierra que escogimos para vivir es cruel, durísima. Además, tenemos tendencia a la soledad, a tener pocos contactos entre los de nuestra propia especie. Lo que vosotros llamáis familia es algo desconocido para nosotros. En consecuencia, vimos cómo nuestra raza empezaba a extinguirse y los más ancianos temieron que, de seguir así, desapareciera por completo. Por ello se instauró el *Valin*, para asegurar que los jóvenes... Que ellos... Que nosotros...

El rostro de Raistlin estaba impasible y sus ojos la observaban con fijeza. Amberyl fue incapaz de continuar bajo aquel escrutino implacable.

—¿Elegiste voluntariamente abandonar tu tierra o te lo ordenaron ellos? — Preguntó el mago.

—Me enviaron los... ancianos. Hay otros como yo. No soy la única.

—¿Por qué? ¿Para qué?

Amberyl sacudió la cabeza. Cogió un trozo de palo y atizó la lumbre, procurando eludir sus ojos.

—Pero vuestros ancianos debieron imaginar que algo así podría ocurrir si os adentrabais en otras tierras —dijo Raistlin con acritud—. ¿*Tanto* hace que os marchasteis para que lo hayan olvidado?

—No puedes imaginar siquiera cuánto tiempo ha pasado desde entonces —susurró Amberyl sin apartar la vista del fuego, que empezó a apagarse a pesar de sus esfuerzos por avivarlo—. En cuanto a tu otro comentario, te diré que esto no tendría que haber ocurrido. No con alguien que no es de nuestra raza. —Volvió la mirada hacia Raistlin—. Ha llegado mi turno de preguntas. ¿Qué hay en ti que te hace distinto del resto de humanos? Porque es indiscutible que hay algo, algo más que no es tu piel dorada y tus pupilas que ven morir lo que está vivo. Al observarte he visto la sombra de otro. Eres joven y, pese a ello, tienes algo de intemporal. ¿*Quién* eres, Raistlin, para que haya ocurrido esto entre los dos?

La reacción del mago la sorprendió. Raistlin se puso pálido, sus ojos se abrieron aterrados y después los estrechó en un gesto de suspicacia.

—Al parecer, ambos tenemos un secreto —dijo al cabo, encogiéndose de hombros—. Y creo que ya nunca sabremos la causa de que nos haya sucedido esto. En cualquier caso, lo único que debe importarnos es qué tenemos que hacer para librarnos de..., del *Valin*, como tú lo llamas.

La joven cerró los ojos y se humedeció los labios. Tenía la boca seca. La cueva se tornó repentinamente fría. Tiritando, intentó hablar varias veces, pero sus esfuerzos fueron infructuosos.

—¿Y bien? —La apremió Raistlin entre dientes.

—Yo... Tú... Tienes que... He de tener un hijo tuyo —repuso con desmayo Amberyl, sintiendo que se ahogaba.

Durante unos instantes interminables sólo hubo silencio. La joven no se atrevía a abrir los ojos y menos sin mirar al mago. Abochornada, asustada, escondió la cara entre los brazos. Pero un sonido extraño le hizo levantar la cabeza.

Raistlin yacía boca arriba en las mantas y reía. Era una risa casi inaudible, pero risa al fin y al cabo; una risa burlona, hiriente. Apesadumbrada, Amberyl se dio cuenta de que el cortante filo de aquella risa no iba dirigido contra ella, sino contra sí mismo.

—Por favor, no. Basta —suplicó la joven, arrastrándose contra él.

—Mírame. ¡Mírame bien, mujer! —jadeó Raistlin, cuya risa se había trocado en un golpe de tos. Luego, esbozando una amarga sonrisa, señaló al exterior—. Será mejor que esperes a mi hermano. Caramon regresará pronto.

—No. No lo hará —lo contradijo la joven con voz queda mientras se acercaba más a él—. Tu hermano no volverá antes del amanecer.

Los labios de Raistlin se entreabrieron. Sus ojos, a los que asomó una súbita ansia, devoraron su rostro.

—Al amanecer —musitó.

—Al amanecer —repitió ella.

La mano trémula del mago se alzó par apartar el cabello de aquel rostro delicado.

—El fuego se habrá consumido mucho antes —susurró.

—Sí —Amberyl apoyó la mejilla en su mano—. Y... ya se nota el frío. Tendremos que hacer algo para conservar el calor, o pereceremos...

Raistlin acarició con la punta de los dedos la tersa piel de la mujer, sus cálidos labios. Ella cerró los ojos y se tumbó a su lado. El mago rozó las largas pestañas, tan finas como un encaje elfo. Sintió el cuerpo firme de ella apretarse contra el suyo y notó cómo se estremecía. La rodeó con el brazo y la estrechó aún más contra sí. En ese momento, la última llama de la fogata parpadeó y se apagó. El manto suave y tibio de la oscuridad los envolvió. Fuera se oyó la risa del viento y los árboles susurrándose secretos.

—O pereceríamos... —musitó Raistlin.

Amberyl despertó de un sueño intranquilo y en el primer momento se preguntó dónde se encontraba. Al moverse un poco sintió el brazo del mago que la rodeaba en un gesto protector y su cálido cuerpo yaciendo junto al suyo. Recostó la cabeza en su hombro y suspiró. Se permitió seguir así un rato más, envuelta en su calor, retrasando todo lo posible lo que era inevitable.

El viento había dejado de soplar. La tormenta había amainado. La oscuridad que los había arropado dejaba paso al alba, si bien con aquella luz grisácea todavía no se distinguían con precisión los restos ennegrecidos de la fogata. Se giró un poco para ver el rostro de Raistlin.

Él tenía el sueño ligero y al sentirla moverse se despertó y murmuró algo entre dientes. Tosió y empezó a despertarse. Amberyl le acarició los párpados, y él dio un hondo suspiro y se quedó dormido otra vez. Las huellas de dolor impresas en su rostro se suavizaron.

Qué joven parecía. Qué joven y qué vulnerable. Lo habían herido profundamente. Por eso llevaba puesta aquella coraza de arrogancia e insensibilidad. Una coraza que todavía le molestaba, que le hacía daño. Aún no se había acostumbrado a ella, pero algo le dijo a Amberyl que el mago llegaría a familiarizarse con su contacto antes de que su breve vida acabara.

Para no molestarlo, Amberyl se escabulló de su abrazo con cuidado, sin hacer ruido, aunque sabía que el joven mago no despertaría del sueño encantado en el que lo había sumido. Recogió sus cosas y se envolvió la cabeza con el chal de nuevo. Luego se arrodilló junto al mago dormido y contempló su rostro una última vez.

—Podría quedarme —musitó con dulzura—. Estaría contigo durante un corto tiempo. Pero después mi naturaleza solitaria se impondría obligándome a abandonarte y te haría daño. —Un súbito pensamiento la hizo estremecerse. Cerró los ojos y sacudió la cabeza—. O tal vez descubrirías la verdad sobre mí. Si eso llegara a suceder, me aborrecerías, me despreciarías. —Sus ojos se llenaron de lágrimas—. Lo que es peor, despreciarías a nuestro hijo.

Con ternura, Amberyl le apartó de la cara el cabello prematuramente blanco y acarició su piel dorada.

—Hay algo en ti que me asusta —susurró con voz temblorosa—. Ignoro qué es. Quizá los ancianos puedan decírmelo... —Una lágrima se deslizó por su mejilla—. Adiós, mago. Lo que hago ahora nos evitará un dolor a los dos. —Se agachó y besó el rostro dormido—. Y también lo mantendrá alejado de ese ser que debe llegar al mundo libre de sus penalidades.

La joven puso las manos en las sienes del mago, cerró los ojos y recitó unas palabras en un lenguaje arcano. Luego escribió el nombre de Caramon en el polvo del suelo y repitió las mismas palabras. Se incorporó y se dirigió presurosa hacia la boca de la cueva. Allí se detuvo. La gruta estaba húmeda y fría. Oyó toser al mago. Señaló las cenizas de la fogata y pronunció otras palabras. Una llamarada brillante prendió en la roca y derramó luz y calor en la cueva. Echó una última mirada atrás, suspiró y salió al exterior. Poco después se perdía entre los vigilantes árboles del bosque de Wayreth.

La luz del amanecer relucía deslumbrante en la nieve cuando Caramon regresó por fin a la gruta.

—¡Raist! —Llamó con voz angustiada a medida que se acercaba—. ¡Raist, lo siento! ¡Este condenado bosque! —Rezongó a la vez que echaba una mirada inquieta

a los árboles—. ¡Este... endemoniado sitio! He pasado la noche rastreando una maldita fogata que se desvaneció al salir el sol. ¿Estás... estás bien? —Asustado, exhausto, mojado, Caramon avanzó a trompicones por la nieve esperando oír la respuesta de su hermano, o una tos..., cualquier cosa.

Al no percibir en el interior de la cueva otra cosa que un silencio ominoso, el guerrero echó a correr y arrancó de un tirón la manta de la entrada en su afán por acceder a la cueva cuanto antes. Ya dentro, se detuvo y miró perplejo a su alrededor.

Un alegre y acogedor fuego ardía con fuerza. La cueva estaba tan caliente como el cuarto de una buena posada, quizás incluso más. Su gemelo estaba acostado y aún dormía; su rostro reflejaba un gran sosiego, como si estuviera sumido en un dulce sueño. El aire estaba cargado con una fresca fragancia, un aroma a lilas y espliego.

—¡Que me convierta en gully si lo entiendo! —Musitó sobrecogido. De pronto reparó en que el fuego ardía en la roca viva. Estremecido, el hombretón miró a su alrededor—. ¡Magos! —Murmuró, procurando mantener una distancia prudencial entre el fuego y él—. Cuanto antes salgamos de este misterioso bosque, mejor. No es que no me sienta agradecido —añadió apresuradamente—. Al parecer, vosotros, hechiceros, habéis salvado la vida de Raist. Pero me pregunto a santo de qué teníais que enviarme esa absurda caza de fuegos fatuos. —Se arrodilló junto a su hermano y lo sacudió pro el hombro—. Raist. —Llamó con suavidad—. ¡Raist, despierta!

Los ojos del mago se abrieron de par en par. Se incorporó y miró en derredor.

—¿Dónde está...? —comenzó, pero se interrumpió.

—¿Quién? ¿Qué? —Gritó alarmado Caramon mientras giraba sobre sí mismo y se llevaba la mano a la espada—. Lo sabía...

—Es..., es... —Raistlin enmudeció con el entrecejo fruncido—. Nadie, supongo —dijo luego, a la vez que se apretaba las sienes con las manos. Se sentía mareado. Viendo la inquietud de Caramon, dijo irritado—: Tranquilízate, hermano. Aquí no hay nadie más que nosotros dos.

—Pero... ese uego... —Objetó el guerrero, que miraba las llamas con suspicacia —, ¿quién lo ha...?

—Yo —cortó brusco el mago—. Después de que te marchaste dejándome solo, ¿qué otra cosa podía hacer? Ayúdame a levantarme. —Raistlin alargó la frágil mano y se agarró a la fuerte de su hermano para incorporarse poco a poco de entre las mantas apiladas.

—No sabía que fueras capaz de hacer algo así —comentó Caramon mientras echaba otra ojeada a aquel fuego cuyo único combustible era la roca viva.

—Son muchas las cosas que ignoras sobre mí, hermano —respondió Raistlin. Se arrebujó en la capa y observó a Caramon, que recogía las mantas con movimientos apresurados.

—Todavía están un poco húmedas —masculló el hombretón—. Supongo que

deberíamos quedarnos un rato hasta que se sequen.

—No. —Raistlin se estremeció. Agarró el bastón que había dejado apoyado contra la pared—. No deseo pasar ni un momento más en el bosque de Wayreth.

—Tienes mi voto afirmativo en eso —dijo con fervor Caramon—. Me pregunto si habrá alguna posada por los alrededores. He oído decir que hay una por aquí cerca, en la linde del bosque. —Sus ojos se iluminaron—. Quizás esta noche cenemos caliente y bebamos una buena cerveza, para variar. ¡Y hasta puede que durmamos en una cama!

—Sí, tal vez —dijo Raistlin encogiéndose de hombros, como si aquello no le importara demasiado.

—Caramon siguió con su parloteo acerca de los rumores que corrían sobre la extraña posada mientras recogía la manta que había colgado a la entrada de la cueva. La dobló y la puso con las otras en un paquete.

—Iré delante y abriré un paso en la nieve para que camines con más facilidad —dijo a su hermano.

Raistlin asintió con la cabeza, sin pronunciar una palabra. Se detuvo en el umbral de la cueva, observando cómo su corpulento gemelo abría un paso para que lo siguiera su débil hermano. Los labios del mago se curvaron en una mueca amarga, pero la expresión desdeñosa desapareció de su rostro al volverse y mirar el interior de la cueva. El fuego se había extinguido casi en el mismo instante en que Caramon había salido. De hecho, empezaba a sentirse el frío.

No obstante, en el aire aún flotaba una tenue fragancia a lilas, a primavera... Conteniendo un nuevo estremecimiento, Raistlin dio media vuelta y salió al bosque cubierta de nieve.

La Posada Rebelde ofrecía mejor aspecto en verano, una estación que tenía una influencia benigna tanto en las personas como en las cosas. Bajo tan influencia, una densa enredadera había sido persuadida para crecer pujante y acunar a la posada en su abrazo verde y frondoso, de manera que algunas de las peores deficiencias del edificio quedaban encubiertas. El techo seguía necesitando una reparación urgente. Era lo que pensaba Slegart cada vez que llovía, cuando era imposible salir a repararlo. Durante el tiempo seco, ni que decir tiene, no había goteras y por tanto no era preciso arreglarlo. Las ventanas aún tenían grietas pero durante el caluroso verano se agradecía la fresca brisa que se colaba por los resquicios.

Durante estos meses de trasiego, los viajeros eran más numerosos. Enanos herreros, alguno que otro elfo, muchos humanos y más kenders de los que nadie hubiera deseado, mantenían ocupado por lo general a Slegart y a sus camareras desde la mañana hasta altas horas de la noche.

Sin embargo, hoy reinaba una gran calma. Era una tarde veraniega, fragante. El

ocaso se despedía pintando el paisaje con matices oro y púrpura. Los pájaros habían cantado sus últimas canciones diurnas y ahora arrullaban a sus polluelos. Incluso los viejos árboles de Wayreth parecían haberse adormecido olvidando su deber de vigilancia y dormitaban perezosos en sus puestos. El silencio se había adueñado también de la posada.

Demasiado silencio, pensaron los dos forasteros mientras se aproximaban al establecimiento. Vestían ricos ropajes y se cubrían las cabezas y los rostros con unos pañuelos de soda, algo chocante con un tiempo tan caluroso. Sólo sus ojos eran visibles. Intercambiaron una rápida mirada y apresuraron el paso. Abrieron la puerta de madera y penetraron en la posada.

Slegart estaba sentado tras el mostrador y frotaba una farra con un trapo sucio. Hacía más de una hora que limpiaba la misma jarra y probablemente habría seguido haciendo lo mismo otra hora más si no lo hubieran interrumpido dos incidentes que se produjeron de manera simultánea: la llegada de los dos forasteros embozados y la aparición de una joven criada que bajó corriendo la escalera, falta de aliento.

—Mis disculpas a ambos, caballeros —dijo el posadero mientras se ponía en pie lentamente y estudiaba a los recién llegados durante su corto parlamento. Luego se volvió hacia la muchacha y preguntó son voz ronca—: ¿Y bien?

La chica sacudió la cabeza. Los hombros de Slegar se encorvaron.

—Ya —murmuró—. Bueno, tal vez sea mejor así.

Los dos forasteros intercambiaron una mirada.

—¿Y el bebé? —Se interesó el posadero. La choca prorrumpió en llanto—. ¿Qué? ¿El bebé también? —Preguntó atónito.

—No —acertó a decir por fin la chica, con la vez entrecortada por los sollozos—. El bebé se encuentra bien. Escuche... —El sonido de un débil llanto llegó del piso de arriba—. La oye, ¿verdad? Pero... Pero... ¡Oh! —La joven criada se cubrió el rostro con las manos—. ¡Es espantoso! ¡Nunca había visto algo tan horrible!

Al oír esto, uno de los forasteros asintió con un cabeceo, y el otro se acercó al mostrador.

—Disculpadme, posadero. —Tenía una voz refinada, con un acento raro—. Al parecer ha ocurrido una gran tragedia. Quizá sería mejor que siguiéramos nuestro camino y...

—No, no —se apresuró a decir Slegart, que volvía a ser el de siempre ante la posibilidad de perder unas ganancias—. Vamos, Lizzie. O dejas de gimotear y me echas una mano o te vas a llorar a la cocina.

La muchacha se cubrió la cara con el delantal y corrió hacia la cocina, cuyas puertas de vaivén siguieron meciéndose tras su paso.

—¿Sería indiscreto por nuestra parte preguntaros qué ha ocurrido? —Se aventuró a decir el forastero con un tono despreocupado, aunque un observador más astuto que

Slegart se habría dado cuenta de que estaba más tenso y nervioso de lo normal, al igual que su compañero.

—Tranquilizaos, caballeros. No es nada por lo que debáis preocuparos —dijo Slegart—. Una de nuestras camareras ha muerto de parto.

Uno de los forasteros alargó la mano en un gesto involuntario y agarró el brazo de su compañero. Éste le lanzó una severa mirada admonitoria.

—Un triste acontecimiento, en verdad. Lo sentimos mucho —dijo el cabecilla. Era evidente que mantenía la voz firme merced a un férreo autocontrol—. ¿Era... pariente vuestra? Perdonad que os pregunte, pero parecéis muy afectado.

—Y lo estoy, caballeros —respondió Slegart con franqueza—. Pero, no. No era pariente mía. Llegó aquí a finales de invierno, medio muerta de hambre y pidiendo trabajo. Al principio me pareció ver en ella algo familiar, pero justo cuando me puso a pensar de qué se trataba... —Se llevó la mano a la cabeza—. Tuve una rara sensación. Estuve a punto de echarla, pero... —Echó una ojeada al piso de arriba—. Bueno, ya sabéis cómo son las mujeres. La cocinera se encariñó con ella y armó un gran alboroto. —Slegart adoptó una actitud solemne—. He de admitir que no soy de los que crean lazos con otras personas con facilidad, pero ella era la criatura más encantadora que he conocido en toda mi vida. Y también una buena trabajadora, por cierto. Jamás protestó. Todos teníamos debilidad por ella.

Al oír esto, uno de los forasteros agachó la cabeza. El otro puso la mano sobre la de su compañero en un gesto de ánimo.

—Bien —dijo el posadero, sacudiéndose la tristeza—. Puedo ofreceros carne fría y cerveza, caballeros. Pero me temo que esta noche no habrá guisos calientes. La cocinera está muy afectada. —Echó una mirada fugaz a las puertas de la cocina, que todavía se bamboleaban—. Además, por lo que ha dicho Lizzie, al bebé le ocurre algo raro...

El forastero hizo un repentino gesto con la mano y el viejo Slegart se quedó petrificado como una estatua, con la boca abierta en mitad de la frase, el cuerpo vuelto hacia la cocina y con una mano levantada. Las puertas de vaivén también se habían quedado quietas en mitad del balanceo. Los ahogados sollozos de la criada cesaron. En el barril de cerveza una gota quedó suspendida en el aire, entre la espita y el suelo.

Los dos extraños se incorporaron y remontaron la escalera con rapidez en medio de aquel silencio embrujado. Fueron abriendo las puertas de las habitaciones buscando. Por fin llegaron a una pequeña habitación que había al fondo del pasillo. Uno de los forasteros abrió la hoja de madera, miró dentro y llamó con una seña a su compañero.

Una gruesa matrona, sin duda la cocinera, se había quedado paralizada en el acto de cepillar el precioso cabello de una figura pálida y fría que yacía en el lecho. Las

lágrimas brillaban en el bonachón rostro de la cocinera. Evidentemente habían sido sus ajadas manos las que habían preparado el cadáver para su descanso final. Los ojos de la muchacha estaban cerrados, tenía las manos cruzadas sobre el pecho, y sus dedos yertos sujetaban un pequeño ramo de rosas. La suave luz de una vela se derramaba sobre el joven rostro y su increíble belleza quedaba resaltada por una sonrisa dulce y melancólica que curvaba sus cenicientos labios.

—¡¡Amberyl!!

El grito de uno de los forasteros sonó desgarrado. Corrió a arrodillarse junto al lecho y cogió las frías manos entre las suyas. Su compañero se acercó por detrás y le puso una mano en el hombro.

—Lo lamento de veras, Keryl.

—¡Debimos llegar antes! —Farfulló el otro, apretando las manos de la chica.

—Vinimos tan pronto nos fue posible —lo consoló su compañero—. Cuando ella quiso que lo hiciéramos.

—Nos envió un mensaje —dijo Keryl.

—Sólo cuando supo que se estaba muriendo.

—¿Por qué? —Gritó desesperado con la mirada prendida en el sosegado rostro de Amberyl—. ¿Por qué eligió morir entre... entre humanos? —Dijo, señalando con ademán a la cocinera.

—Supongo que jamás lo sabremos —contestó con voz calma su compañero—. Aunque creo imaginarlo —añadió en un murmullo, más para sí mismo que para su trastornado compañero. Se dio media vuelta y fue hacia la cuna, que había sido fabricada a toda prisa con una caja de madera. Musitó una palabra para levantar el hechizo del bebé, que respiró y empezó a lloriquear.

—¿Y la criatura? —Preguntó Keryl, mientras se incorporaba—. ¿Está bien su bebé? La sirvienta dijo... —El miedo hizo que le temblara la voz—. ¿Está...? ¿Está morir...? —Fue incapaz de hacer la pregunta.

—No —contestó su compañero con un tono de perplejidad—. No es lo que temes. La criada dijo que nunca había visto algo tan horrible. Sin embargo, parece que el bebé está bien... ¡Oh! —El forastero contuvo el aliento, sobrecogido. Se acercó a su amigo, con la criatura en brazos.

¡Mira, Keryl! ¡Mira sus ojos!

El forastero más joven se inclinó sobre la llorosa criatura y acarició con cariño la minúscula mejilla. El bebé giró la cabecita y abrió sus grandes ojos buscando de manera instintiva alimento, amor, calor.

—¡Son de oro! —Susurró Keryl—. ¡Un dorado tan radiante como el sol! Jamás había ocurrido algo semejante entre nuestro pueblo. Me pregunto...

—Un legado de su padre humano, no cabe duda —lo atajó su amigo—. Aunque tampoco sé de ningún humano con unos ojos así. Pero ése es otro secreto que también

se ha llevado Amberyl a la tumba. —Suspiró y sacudió la cabeza. Miró de nuevo a la llorosa criatura—. La hija es tan hermosa como lo fue la madre —dijo, envolviéndola en las mantas—. Y ahora, amigo mío, debemos marcharnos. Hemos permanecido en esta tierra extraña y terrible tiempo más que suficiente.

—Sí —dijo Keryl. Pero no se movió—. ¿Qué hacemos con Amberyl? —Preguntó, mirando una vez más la rígida y pálida figura que yacía en el lecho.

—La dejaremos entre aquellos con quienes eligió estar hasta la muerte —contestó con voz grave su compañera—. Tal vez uno de sus dioses la acepte ahora y guíe su espíritu errante hasta su última morada.

—Adiós, querida hermana —musitó Keryl. Se acercó al lecho, cogió las rosas que sostenían las manos yertas, en las que puso un beso, y después se guardó el ramos en un bolsillo de la túnica.

Su compañero pronunció unas palabras en un lenguaje arcano con las que levantó el hechizo que había detenido el tiempo en la posada. Los dos forasteros, con la criatura en los brazos, se desvanecieron en la habitación en medio de una sutil lluvia plateada, centelleante.

Y la pequeña fue muy hermosa, tan hermosa como su madre. Pues se dice que en tiempos remotos, antes de que se volviera tan arrogante que se dejara seducir por el Mal, la raza más bella de todas las creadas por los dioses, fue la de los ogros...

Plata y acero

Kevin Randle

Por fin se había llegado a esto. La larga campaña de verano había hecho retroceder a las fuerzas de la Reina de la Oscuridad y los restos de su malparado ejército se encontraban ahora agrupados a su alrededor, al pie de un desolado risco coronado por un torreón negro como la noche. Unos pocos miles de guerreros harapientos, sucios y cansados esperaban que la Reina hiciese algo antes del ataque final.

Las tropas de Huma se extendían por las lomas desde donde se divisaba la torre. Encaramado a lomos del dragón plateado, el caballero estudió el panorama desplegado a sus pies, buscando la trampa que sabía que les tenía preparada. La retirada del ejército de la Reina se había producido en línea recta, como si éste fuera su punto de destino.

Al mirar a la derecha divisó el movimiento de sus tropas, los caballeros montados en sus corceles, precedidos por los arqueros que iban detrás de los hombres armados con lanzas, mientras tomaban posiciones al pie de las colinas. Las columnas, largas y rectas, se diferenciaban por estandartes de colores. El movimiento de los pies y el trapaleo de los caballeros levantaban una nube de polvo del reseco suelo que los envolvía como una niebla densa. Despacio, en medio del resonar de sus equipos al chocar entre sí las piezas metálicas, se situaron en una estricta formación militar. Era una tropa silenciosa, tensa y nerviosa, a la espera de que Huma diera la orden de ataque.

La escena de la izquierda era muy semejante. Los hombres avanzaban y sus armas dispuestas a la lucha centelleaban a la luz del sol de la tarde. Las mujeres y los niños se habían quedado en la retaguardia para levantar el campamento y preparar vendajes y entablillados que se precisarían tras la batalla.

También se encontraban en la retaguardia los carros de suministros tirados por bueyes, así como los hombres de apoyo entre los que se contaban armeros, escuderos que aspiraban a convertirse en caballeros, palafreneros y conductores de carros, y desde allí, sudorosos por el tórrido calor, observaban los acontecimientos deseosos de tomar parte en la batalla de algún modo.

Cerca de este grupo estaba la improvisada banda. Flautas, tambores y címbalos cuyas notas enardecerían a los combatientes incitándolos a realizar grandes gestas. Los músicos tenían secas las gargantas por el polvo y se enjugaban el sudor de las frentes, a la espera de que alguien hiciese algo. A la espera de que Huma les ordenara avanzar.

El caballero descendió del dragón plateado, y el majestuoso animal desapareció de manera repentina. En su lugar se materializó una esbelta y hermosa mujer con una

melena reluciente como plata. Llevaba un peto verde moldeado a su medida, una falda corta de cuero y grebas del mismo material y color del pectoral. Su mano derecha, delicada y esbelta, sostenía una espada ancha por la empuñadura enjovada, con la acerada punta clavada en la tierra, entre sus pies. En su rostro se plasmaba un gesto de firme resolución, pues sabía el alcance que este acontecimiento. Sabía cuál tenía que ser el desenlace de la batalla y sabía el precio que habrían de pagar Huma y ella para alcanzarlo.

Se volvió para mirar al caballero, un hombre fuerte con un enorme y llamativo bigote y oscuro cabello que le llegaba a los hombros. Vestía una armadura de plata, se cubría con un yelmo rematado por una pluma carmesí y sostenía la Dragonlance que medía unos tres metros y medio de largo. La punta del arma era de plata pura y el astil de madera pulida. Era un arma especial, forjada en las entrañas de la Montaña del Dragón Plateado. Tal vez la única arma en el mundo capaz de destruir a la Reina y a su ejército.

Huma dio un paso a la derecha y rozó el hombro de la mujer como si quisiera asegurarse de que era real, de carne y hueso, y no un espejismo creado por el enemigo. Ella agarró la mano del caballero y volvió hacia él su rostro sonriente, enmarcado por el plateado cabello.

—La tenemos atrapada —dijo con voz queda, acariciante.

—Sí —se mostró de acuerdo Huma—. La Reina de la Oscuridad ya no tiene adónde ir. Sin embargo... —No terminó la frase, asaltado por una sensación de inquietud que no podía precisar. Era como si la maldad irradiara del torreón; como si la Reina los hubiera atraído a aquel lugar para destruirlos.

—Todo habrá acabado pronto —susurró ella, como si hablara para sí misma—. Todo. —Miró fijamente a Huma. El corazón le latía desbocado. Despacio, alargó la mano y acarició la mejilla del caballero con la punta de los dedos.

—No tan pronto como quisiera —respondió ceñudo. También él sentía un vacío en su interior porque sabía lo que el final de esta batalla significaría para ellos dos: unas cuantas horas más compartidas y después la separación permanente. Pero ése era el precio que debían pagar por destruir a la Reina de la Oscuridad.

—¿Te arrepientes de tu decisión? —Le preguntó ella en voz baja.

—Cada día. Cada hora. Cada vez que pienso en lo que pudimos tener. Pero no dependía de nosotros. La decisión no estaba en nuestras manos.

Se giró hacia ella y dejó que sus ojos se deleitaran con su belleza; una belleza etérea, intangible, producto de la ilusión. Mas era una ilusión tan perfecta que habría perdurado a lo largo del tiempo si hubieran pagado el precio exigido. Pero no podían hacerlo.

Ella asintió con un cabeceo, temerosa de hablar. Temerosa del dolor que se insinuaría en sus palabras. Volvió el rostro y miró el ejército de hombres cansados

que presentían que el final estaba próximo. Hombres sucios y agotados que jamás habían perdido la fe en Huma, seguros de que los conduciría a la victoria. Hombres que sabían que él nunca los traicionaría y que creían que, de un modo u otro, este día vería el final de la espantosa guerra.

—Ojalá... —Empezó la mujer, pero fue incapaz de terminar la frase. ¿Qué podía decir? Sabía desde el principio cuáles eran las reglas. Sabía lo que suponía adoptar la forma humana y el precio que debía pagar por ello. Pero no había imaginado que fuera tan alto. Y ahora ya era demasiado tarde.

Huma le cogió la mano y se la apretó con firmeza para que no se alejara de él. Había querido decirle muchas cosas, pero le faltaban las palabras. En el fondo de su corazón sabía que habían tomado la decisión correcta, pero esa certeza no hacía las cosas más fáciles. En lugar de decirle que el tiempo que estuvieran juntos por corte que fuera merecería la pena el sacrificio, guardó silencio. Ella lo sabía, estaba seguro. Y eso era lo único que importaba. Ciertas palabras no necesitaban pronunciarse en voz alta para ser escuchadas.

Un profundo silencio cayó sobre el valle y las colinas que lo rodeaban. Las nubes de polvo flotaban a la deriva arrastradas por una brisa ligera que no aliviaba el calor aplastante de la tarde. La escalofriante quietud se extendió en derredor, como si todo el mundo contuviera el aliento esperando a que alguien tomara la iniciativa. Huma atrajo hacia sí a la mujer, pero no sintió el cálido tacto de su cuerpo a causa de la pesada armadura. La transpiración, producto del calor y la tensión del momento, empapaba el rostro y el cuerpo del caballero. No le gustaba el modo en que la Reina de la Oscuridad se había refugiado en el torreón. No le gustaba el modo en que su ejército se había agrupado en su base, como si hallara protección a su sombra. Tenía el apestoso tufo de una trampa, y lo asustaba porque era una maniobra imprevista.

Durante un instante todo permaneció estático, los dos ejércitos separados por una franja de tierra de nadie, polvorienta y llana. Nadie se movía; los únicos sonidos eran el seco chasquido de los estandartes al ondear al impulso de la ardiente brisa y el apagado golpeteo metálico de equipos y arreos.

Entonces se produjo un destello de luz y la mujer desapareció. Huma subió al dragón plateado que apareció junto a él y sostuvo la Dragonlance en la mano izquierda, con el mango apoyado en el muslo. Vio que los comandantes de su ejército, los capitanes de los laceros, los arqueros y los caballeros tenían puesta en él la mirada aguardando que diera la orden. Vio a la Reina de la Oscuridad y a su ejército y supo que la espera había llegado a su fin.

Se inclinó hacia adelante y acercó su boca al oído del dragón plateado.

—Es la hora —dijo.

La inmensa cabeza del animal hizo un breve gesto de asentimiento. Una lágrima solitaria resbaló por la escamosa mandíbula.

Huma enarboló la Dragonlance sobre su cabeza y después la inclinó con un brusco movimiento de muñeca. En respuesta a la señal se alzaron gritos en sus filas y los arqueros tensaron las cuerdas. Dispararon a la par, como un solo hombre, y una lluvia mortífera surcó el aire y se precipitó sobre las filas de la Reina. Al mismo tiempo que se disparaba una segunda andanada, los laceros iniciaron un lento avance hacia el enemigo, con los escudos antes ellos y las lazas apuntadas contra los soldados de la Reina.

Sonó un grito que pareció salir de cien mil gargantas, un rugido lanzado por ambos bandos. La Reina de la Oscuridad, una bellísima mujer ataviada con ropajes negros que montaba un corcel azabache, dió orden de avance con un gesto conminatorio. Las tropas se pusieron en marcha cruzando a la carrera la reseca tierra de nadie y levantaron una nube de polvo que los ocultó a ellos y al negro torreón que había detrás.

Los dos ejércitos chocaron con el estruendo del mar tormentoso que rompe en el acantilado. Se oyó el golpeteo de metal contra metal, los esforzados gruñidos de los hombres de ambos bandos enzarzados en el combate. Las tropas de Huma retrocedieron momentáneamente ante la violenta embestida de las fuerzas de la Reina de la Oscuridad, pero las posiciones no tardaron en estabilizarse.

Desde su puesto en la colina, a lomos del dragón plateado, Huma observaba la marcha de la batalla. Sus soldados se debatían en el conflicto blandiendo espadas y descargándolas contra el enemigo. Caían hombres heridos que gritaban de dolor y miedo. Otros se desplomaban muertos antes de tocar el suelo. Unos pocos se daban a la fuga, pero nadie les prestaba atención. A pesar de la distancia que lo separaba de la batalla, Huma vio que la sangre empezaba a manar en abundancia; se acumuló en charcos bajo los cuerpos y corrió en arroyos que empezaron a formar ríos. El polvo que un momento antes levantaban los pies de los combatientes desapareció al empaparse el reseco suelo de sangre.

Los hombres de Huma obligaron a los de la Reina a batirse en retirada. A medida que sus filas se debilitaban y morían sus soldados, otras tropas de refuerzo se abrían paso hasta la línea del frente. Algunos iban armados con mazar e intentaban aplastar los cráneos de los atacantes. Otros blandían lanzas y picas y arremetían contra las filas de Huma matando e hiriendo.

El horrendo espectáculo era más de lo que Huma podía soportar. Era la batalla más brutal y sangrienta que jamás había presenciado. Apartó los ojos, incapaz de contemplarlo por más tiempo; pero seguía oyéndolo. Escuchaba los gruñidos y los gritos de los combatientes; el vibrante chocar de las armas; los gritos de dolor de los heridos y los aullidos agónicos de los moribundos. Comprendió que en la guerra no había gloria alguna; sólo había sangre y la muerte cruel de hombres valientes.

Él no tenía madera de líder. Detestaba encontrarse a salvo en la colina

contemplando la batalla mientras sus hombres luchaban y morían en la llanura, a sus pies. Pero desde aquella posición también veía cómo desplegaba su ejército la Reina y cómo contraatacarlo con el suyo. Podía darse cuenta de los puntos débiles de sus filas y reforzarlos, al igual que localizar los del enemigo y sacar partido de ello.

Lo flanqueaban los caballeros, la flor y nata de su ejército, a la espera de que les diera la orden de ataque.

Debería haber sido una victoria rápido y fácil. A la Reina le quedaba lo que apenas podía calificarse de ejército. Huma la había perseguido durante todo el verano, haciéndose más fuerte en tanto que ella se debilitaba. La había acosado, creyó, a través de las secas llanuras hasta tenerla acorralada en aquel negro torreón. Había perdido hombres en cada escaramuza. Muchos más que Huma.

Y, con cada derrota, se habían producido más deserciones entre sus seguidores. A veces, valiéndose de su magia o de la de sus Túnicas Negras, creaba espejismos para asustar a los hombres de Huma. Hubo una ocasión en que los soldados dieron media vuelta y huyeron dejándolo solo a lomos del dragón plateado al creer que los atacaba una extraña raza de amazonas de cabellos negros como ala de cuervo, mujeres fuertes e inmunes al miedo.

Huma se había lanzado al ataque, con la cabeza agachada como si lo azotara un vendaban y la Dragonlance en posición de combate. Había penetrado entre la horda de mujeres y había cabalgado sin sufrir daño alguno a través de sus flechas y espadas ilusorias. Haciendo caso omiso de las fieras amazonas, había atacado las filas de Túnicas Negras que había tras ellas. Su arremetida había creado la confusión entre los hechiceros, a varios de los cuales había matado; hubiera querido acabar con todos para que jamás hicieran uso de sus malignos poderes. Mientras los hechiceros huían en desbandada o caían muertos, las ilusiones que habían creado desaparecieron.

Entonces su ejército había dejado de huir y se había vuelto para contemplar la llanura desierta. Unos cuantos hombres habían muerto a causa de su propio terror o aplastados bajo los pies de sus compañeros. En el campo de batalla quedaban sólo Huma y una bella mujer de cabello plateado. La Reina y su ejército habían escapado del violento ataque amparados en el velo de las ilusiones mágicas.

Hoy era Huma quien se hallaba detrás de su ejército observando su avance sobre las filas del enemigo matando a su paso a muchos hombres de la Reina, destrozándolos, haciéndolos retroceder hacia el negro torreón.

Se produjo el seco estampido de un trueno. Unos nubarrones empezaron a acumularse en el cielo sobre las cabezas de los combatientes; nubes púrpuras que se volvían pardas y negras antes de inflamarse en amarillos y naranjas. Al tiempo que los truenos restallaban, relampaguearon los primeros rayos. Algunos tocaron la parte alta de la torre de manera que ésta empezó a emitir un fulgor amarillo iridiscente. Unas chispas volaron arrastradas por el fuerte viento y cayeron arremolinadas sobre

la base de la torre agitando las ropas, las túnicas y los estandartes de ejército de la Reina. El retumbar creció hasta semejar el redoble fúnebre de un tambor gigantesco. El estruendo sacudió el suelo haciéndolo vibrar.

De pronto, una formación de soldados apareció en la base de la torre. Todos vestían relucientes armaduras negras iguales a la de la Reina de la Oscuridad e iban armados con grandes espadas plateadas. Sin inmutarse por la inminente tormenta, avanzaron en abanico al encuentro del ejército de Huma, matando hombres a su paso y obligándolos a retirarse.

En torno a ellos, los soldados de la Reina que había muerto antes parecieron volver a la vida. Hombres a los que les faltaban miembros y dejaban un rastro de sangre al caminar enarbolaron sus armas y reanudaron el ataque, espeluznantes horrores ensangrentados que caminaban, aullaban con voces inhumanas, blandían sus armas en lo alto. Atacaban. Acuchillaban. Mataban.

Con un grito de rabia y desesperación, Huma equilibró la Dragonlance en posición de combate, y el dragón plateado que montaba alzó el vuelo. En medio de gritos enardecidos, los caballeros se unieron a él azuzando a sus caballos. El frente de hombres que cubría casi un centenar de metros dejó atrás a las filas de su ejército y arremetió contra las tropas de refuerzo surgidas de la torre y del terreno que la rodeaba.

Ya en lo más reñido de la batalla, rodeado por sus hombres, Huma descendió del dragón. Hincó el astil de la Dragonlance en la tierra, decidido a no retroceder un paso más allá de ese punto. Desenvainó la espada y la extendió ante él, el acero centelleó con la luz del sol que traspasaba el denso manto de nubes cernido sobre el campo de batalla; aguardó impávido mientras los negros soldados de la Reina avanzaban hacia él.

A su lado, el dragón plateado desapareció en medio de un destello luminoso y la mujer ocupó el lugar de honor en la línea de combate, a su derecha. Sacudió la cabeza de manera que la melena plateada ondeó sobre sus hombros mientras desenvainaba su arma. La enarboló en lo alto, plantó firmes los pies y esperó también al enemigo. En sus labios había una sonrisa, como si supiera algo que los demás ignoraban.

Huma sintió una súbita oleada de amor por la mujer. Había permanecido a su lado en todo momento, tanto en los malos, cuando parecía que el enemigo iba a alzarse con la victoria, como en los buenos, cuando parecía que el triunfo sería suyo. Había estado a su lado en las noches negras, consolándolo cuando se culpaba a sí mismo por causar la desdicha de cientos de familiar. De miles. Y también había estado para compartir la gloria cuando la Reina abandonaba el campo de batalla tras sufrir numerosas bajas.

Hubiera querido decirlo todo esto porque presentía que apenas les quedaba tiempo. La Reina de la Oscuridad disponía de un gran contingente de soldados y

mucho poder, en tanto que él tenía un menguado ejército. En aquel instante supo que jamás tendría la oportunidad de decirlo nada más a esta mujer de cabello plateado.

Hubo un momento en el que nadie se movió. La batalla había perdido intensidad hasta cesar por completo durante el despliegue aéreo. Ambos bandos se reagruparon. Entonces, sin necesitar que la Reina diera la orden, los soldados negros avanzaron despacio al principio, con las armas enarboladas al frente de modo que formaban una mortífera barrera de acero. Huma alejó de su mente los pensamientos de amor para centrarse en la batalla. Esbozó una mueca desafiante al enemigo, y su ejército se desplegó a su alrededor, presto al combate.

Un hombre dio un salto y se situó directamente frente a Huma; trazó un amplio arco en el aire con su espada en un intento de descabezar al caballero. Huma respondió girando el cuerpo y la espada de manera que frenó el golpe. Acto seguido desplazó hacia abajo su arma haciendo que la punta de acero de su enemigo tocara el suelo y entonces arremetió hacia arriba; su espada hendió con facilidad la armadura de un oponente y penetró en la carne con un sonido de seda desgarrada.

El soldado soltó su arma y se aferró el estómago con un aullido de dolor mientras intentaba sujetarse las entrañas. Cayó de rodillas, con la mirada prendida en Huma en tanto que se apretaba el vientre en un vano intento de introducir de nuevo los intestinos por la horripilante herida. Entonces puso los ojos en blanco y se desplomó sobre la humeando masa con un último estertor.

Casi como si la sangrienta muerte de su compañero hubiese sido la señal para iniciar un nuevo combate, los soldados negros se echaron sobre las tropas de Huma. Otra vez se alzó el estruendo metálico de las armas al chocar, junto con los gritos, gruñidos y maldiciones de los combatientes. El fragor de la lucha aumentó hasta que se alzó un estrépito que sobrepasó cualquier otro ruido.

En el centro de la algarabía estaba Huma, que avanzaba propinando mandobles a diestro y siniestro y abría una brecha en las filas enemigas. Siguió adelante propinando cuchillada y tajos, con la mujer de cabello plateado a su lado. Un corpulento soldado cuyo peto estaba empapado con sangre de otros arremetió contra Huma. El caballero frenó con su espada el golpe, dio un paso atrás y aguardó. El soldado avanzó blandiendo su arma y gruñendo por el esfuerzo. Huma se agachó para eludir la estocada y, sujetando su arma con las dos manos, lanzó un tajo de abajo arriba.

Su oponente fintó a un lado y eludió la embestida al tiempo que contraatacaba. Huma frenó el golpe, desvió la espada enemigo y dio un paso adelante. Estrelló el codo en la mandíbula del soldado y se oyó el crujido de huesos rotos. La sangre salpicó el pectoral de la armadura, pero el soldado hizo caso omiso y se esforzó por mantener el equilibrio. Alzó un brazo en el momento en que Huma descargaba su espada; el acero cercenó el miembro por el hombro y un surtidor de sangre empapó el

suelo. El hombre aulló de dolor, miedo y rabia, pero sostuvo la espada con la otra mano.

Huma miró al soldado a los ojos y los vio empañados por el temor. El hombre quería retroceder pero le era imposible. En lugar de ello atacó con renovada furia al tiempo que maldecía con toda la fuerza de sus pulmones. Sin embargo, fue un ataque breve, ya que el soldado trastabilló y estuvo a punto de caer debilitado por la pérdida de sangre.

Huma fintó a la derecha y estuvo a punto de chocar con la mujer. Giró sobre sí mismo mientras el soldado enemigo resbalaba y caía de costado, aullando de dolor. La espada se le escapó de los dedos, que se cerraron crispados en el suelo cenagoso y ensangrentado. El soldado se volvió hasta quedar boca arriba y se sacó el yelmo, que arrojó a un lado. Huma se quedó atónito ante la juventud de aquel rostro. Su adversario era un muchacho al que apenas había empezado a salirle barba; no había tenido oportunidad de vivir. Su piel adquirió un tinte lívido a medida que la savia vital abandonaba su cuerpo y empapaba la tierra. De los labios ensangrentados salió un gorgoteo, y el joven expiró.

Alrededor de Huma la batalla seguía en todo su apogeo. Hombres que se mataban unos a otros aplastando cabezas y cercenando miembros. Hombres que gritaban, aullaban y luchaban. Ni siquiera las tropas de refuerzo que la Reina había sacado de la torre la salvarían de la derrota. Poco a poco su ejército se replegó.

Y entonces, una vez más, el cielo se oscureció, las nubes hirvieron y los cielos desataron su furia de relámpagos. Un nuevo ejército se alzó de los despojos del anterior. Hombres descansados se alzaron para combatir contra hombres exhaustos que Huma había dirigido hasta esa posición. Primero unos cuantos, después decenas y más tarde a cientos se abalanzaron sobre ellos, levantándose del suelo ensangrentado y cubierto de cadáveres. Al parecer, La Reina podía obtener refuerzos para su ejército una y otra vez hasta que todos los hombres de Huma hubiesen perecido.

Estos nuevos soldados avanzaron con un ímpetu imposible de contener. Se abrieron paso con mandobles y tajos a través de las filas de lanceros, descabezando cuerpos y aplastando cráneos con la indiferente eficacia de quién despeja de enredaderas el sendero de un bosque. El suelo estaba resbaladizo por la sangre y las gelatinosas masas cerebrales.

Aunque vio que su ejército se desintegraba a su alrededor, Huma se mantuvo firme en su puesto. Tenía la armadura pegajosa por la sangre de los que había matado y también había salpicones grises de los cerebros de sus víctimas. El sudor por el esfuerzo del combate le empapaba la ropa interior, y tenía los pies mojados de permanecer hundido hasta los tobillos en la sangre de los que había muerto en combate.

Pero ya no habría retirada. Si la Reina vencía ahora, sería una victoria definitiva. Habían ocurrido demasiadas cosas, Habían muerto demasiados hombres cuyos cadáveres se apilaban a su alrededor. Hombres que habían confiado en él.

Los soldados se la Reina se abalanzaron sobre ellos con renovadas ansias de venganza. Huma se mantuvo firme un instante, sin ceder terreno, presentando batalla. Poco a poco, a medida que morían sus hombres, se vio obligado a retroceder haciendo pagar muy caro cada palmo de tierra a las fuerzas de la Reina.

Entonces su espalda tocó la Dragonlance clavada en la tierra. El punto donde no había más retroceso para él. Había llegado el momento de presentar su última batalla, de defender su última posición, pues hacer lo contrario sería traicionar a los que habían luchado a su lado. Temblorosos los brazos por la fatiga, blandió la espada chorreante de sangre y mantuvo a reya al enemigo.

Se adelantaron dos soldados; uno de ellos fintó a la izquierda y viró a la derecha para arremeter contra la mujer, que se afanaba en la lucha con otro adversario. Presintiendo el ataque, Huma se interpuso entre la mujer y el soldado. El acero enemigo se descargó sobre la armadura del caballero, cerca del hombro, y hendió el metal. Huma sintió un dolor ardiente que le recorría el costado y el pecho al tiempo que la sangre brotaba.

Sostuvo la espada merced a un esfuerzo sobrehumano, propinó un tajo sesgado y alcanzó al hombre en el costado. Se oyó un crujido metálico cuando la armadura del soldado cedió. El caballero hizo acopio de fuerzas para sacar el acero incrustado, con un brusco giro. Pero el esfuerzo lo hizo tambalearse. Hincó un rodilla en el suelo y se balanceó hacia adelante. En el último momento alargó la mano y frenó la caída. Por el rabillo del ojo vio que su adversario alzaba la espada sobre su cabeza como si fuera un hacha. Huma no esperó a que el golpe mortal se descargara; rodó hacia la derecha, sobre el hombro herido, y gritó de dolor. Al mismo tiempo arremetió con su espada hacia arriba y la hincó en el estómago del soldado de la Reina.

El hombre dio un paso vacilante y después dejó caer su arma. Alargó las dos manos hacia el acero que sobresalía de su estómago. Se sentó con movimientos torpes en tanto que la sangre le brotaba por la boca. Esbozó una mueca que dejó ala vista los dientes teñidos de rojo y después se desplomó de lado mientras emitía un gruñido gorgoteante.

Huma sintió que le tocaban unas manos frías y se volvió. La mujer estaba agachada a su lado; tenía la melena plateada salpicada de sangre y la armadura embadurnada. Se había quitado el yelmo de manera que el caballero pudo ver su rostro. Sin pronunciar una palabra ayudó a Huma a incorporarse. Él dio un paso tambaleante hacia atrás y alargó la mano hacia la Dragonlance para sostenerse.

A su alrededor estaban los maltrechos restos de su ejército. Habían confiado en su dictamen, y él los había conducido al exterminio. Lo habían seguido ciegamente, y él

los había llevado a la destrucción. El horror que contemplaba a su alrededor le revolvió el estómago, pero estaba fuera de su alcance detener la carnicería. Se recostó en la Dragonlance y contempló el campo de batalla, a los muertos que lo alfombraban y a los soldados que todavía combatían en él. El sol que rozaba ya el horizonte teñía la llanura con un fulgor rojizo muy acorde con los acontecimientos.

Grupos aislados de combatientes luchaban en torno a la base de la torre, pero era evidente que la Reina tenía el triunfo en las manos. Alrededor de Huma se apilaban los cadáveres de sus propios soldados. Cadáveres a los que les faltaban manos, brazos, pies o piernas. Otros estaban decapitados y algunos cuerpos eran poco más que troncos hechos pedazos. Bajo ellos, el suelo era una capa pastosa de cieno ensangrentado.

El fragor de la lucha había descendido a medida que los hombres de Huma habían ido muriendo. Escuchaba los gritos de los caballeros animándose unos a otros mientras los soldados de la Reina los hacían trizas. Eran hombres valerosos que morían con bravura en una causa perdida. Hombres aguerridos que no se darían por vencidos hasta que hubiera muerto el último. Hombres esforzados que creían que Huma los conduciría todavía, de algún modo, a la victoria. Hombres audaces que se culpaban del fracaso, convencidos de que no habían dado bastante de sí mismos para ganar la batalla o la guerra. Creían que su sacrificio no tenía apenas valor, de modo que no estaban destinados a triunfar.

Huma sintió que se apoderaba de él la rabia y la frustración. Él era el fracasado. Si hubiese sido lo bastante ingenioso o lo bastante eficaz, habrían vencido. Si caían derrotados, la culpa era suya, pero sus hombres habían dado todo, se habían volcado en cuerpo y alma. Adoptó una pose más erguida, olvidando el dolor del hombro y del pecho. Miró fijamente la torre, una maligna estructura negra de doce metros de altura cuyo remate brillaba con un fulgor dorado y malévolos. En su base, la Reina, la segunda mujer más hermosa que había visto en toda su vida, observaba la destrucción del ejército de su enemigo desde la grupa de su corcel. Se había despojado del yelmo y lo sostenía bajo el brazo mientras estudiaba la marcha de la batalla. Esbozaba una mueca satisfecha al ver que Huma había caído en su trampa.

El caballero fue incapaz de soportar más tiempo la agonía de la derrota. La ira bullía ardiente en su interior, pues comprendía que no podía hacer nada más. La batalla estaba perdida. La guerra estaba perdida. Y todos sus hombres habían muerto en vano. Llevado por la desesperación, sacó de un tirón la Dragonlance clavada en la tierra y la apuntó hacia la torre en un último gesto de desafío. Ya no podía derrotar a la Reina. Lo había arrastrado a la lucha para así destruir su ejército. Había ganado la batalla, y con la batalla..., la guerra.

Huma hizo acopio de las fuerzas que le quedaban y arrojó la Dragonlance contra la torre. El impulso lo hizo caer de rodillas y un agónico dolor le sacudió todo el

cuerpo. Cuando alzó la cabeza vio que la lanza se había hincado en la obsidiana de la torre, por encima de la cabeza de la Reina. La lanza forjada en el fuego mágico de los discípulos de Reorx no era un arma corriente. Tenía su propia fuerza. Diseñada para matar dragones, en su interior latía un poder que ahora se descargaba en al torre y que era capaz de destruir a los monstruos más grandes. Un poder que superaba incluso al de la Reina de la Oscuridad.

Entonces huma esbozó una mueca feroz al ver que el brillo que emanaba de la parte alta de la torre perdía fuerza. El suelo tembló, como si la torre intentara arrancarse la lanza del mismo modo que un animal muerde y da tirones de astil de una flecha clavada en su costado. Aparecieron unas grietas bañadas en una luz azul y fría, que irradiaron hacia afuera desde el punto donde la Dragonlance estaba hundida en la superficie de obsidiana. Se alzó en bramido semejante al estruendo de un vendaval entre los árboles, mientras las grietas se expandían por el costado de la torre, de lado a lado, de arriba abajo.

La Reina se volvió, vio los desperfectos y supo lo que aquello significaba. Supo que el origen del súbito poder al que había recurrido y que había estado a punto de otorgarle la victoria había sido destruido.

—¡No! ¡No! ¡Ahora no! —Gritó.

Pero, mientras chillaba, las grietas se ensancharon y empezaron a desprenderse trozos de obsidiana que se precipitaron despacio al suelo. Un retumbar semejante al de todos los truenos jamás escuchados se propagó por encima de los soldados de ambos ejércitos en tanto que cascotes enormes se desprendían de la torre, el remate de la estructura se hundió hacia adentro en medio de un estruendo demoníaco.

Sin comprender muy bien qué había hecho, Huma se esforzó por ponerse de pie. Estaba mareado y sintió revuelto el estómago; creyó que iba a perder el sentido. La herida le dolía mucho y notaba que con cada pulsación perdía sangre, que resbalaba por su costado. Pero hizo caso omiso y puso toda su atención en la torre que parecía agonizar ante sus ojos.

La Reina azuzó a su corcel en los flancos. El animal se alejó al galope de la base de la estructura, pero su jinete lo frenó y lo hizo darse media vuelta. Alzó los brazos y gritó algo, pero sus palabras se perdieron en el estruendo destructivo que sacudía la ominosa torre negra. Unos relámpagos saltaros de la estructura y zigzaguearon hacia arriba hasta alcanzar los nubarrones amenazantes que se cernían sobre sus cabezas. Frente a la Reina apareció una roja bola luminosa que desprendía chispas. Se disparó a lo alto, hacia la Dragonlance, y explotó contra el arma. Por un instante, la Reina creyó que había conseguido destruirla y que recobraría su poder. Sin embargo, cuando el cegador destello desapareció, la lanza seguía en el mismo punto, hincada en la torre como una flecha en el corazón de un guerrero. Una flecha en el corazón del poder.

La Reina azuzó de nuevo al caballo y galopó hacia la base de la gigantesca torre negra. Intentó arrancar la Dragonlance pero sus dedos no alcanzaban el arma. Con precaución, sacó los pies de los estribos y los subió para encaramarse a la grupa del animal; pero ni aun así llegaba al punto donde la lanza estaba clavada. Temblando de rabia y frustración, se puso de puntillas. Por un instante sus dedos se cerraron en torno al astil de la lanza. De repente, soltó un grito de dolor y cayó al suelo sacudida por los temblores.

En ese mismo momento el caballo se espantó, salió al galope aplastando bajo sus cascos los cuerpos de los muertos y se alejó del campo de batalla. La Reina se incorporó sujetándose las manos como si sufriera graves quemaduras. Se dio media vuelta y dirigió una mirada penetrante en la creciente oscuridad del anochecer; su odio se clavó en Huma como el destello de un faro al borde del océano. Retrocedió un paso y recortó la espalda en la pulido superficie de la torre a fin de absorber poder de la estructura.

El viento giraba arremolinado en torno al negro torreón a la par que el retumbar aumentaba hasta que el suelo tembló. Durante un instante no ocurrió nada y dio la impresión de que la torre había detenido la destrucción. Algunas grietas empezaron a desaparecer, y la fría luz azulada que envolvía la estructura comenzó a perder intensidad.

De manera extraña, repentina, el tremor se reanudó y las grietas reaparecieron y se ensancharon. La torre pareció encogerse sobre sí misma, temblar y debatirse. Entonces, de pronto, explotó y se hizo pedazos en medio de un cegador destello blanco azulado.

La fuerza de la onda expansiva derribó a Huma y a quienes estaban con él. Cayó sobre ellos una rociada de minúsculos fragmentos de obsidiana que se expandió y levantó polvo en las distantes colinas como hacen las primeras gotas de lluvia tras un verano de sequía. Atónito pro lo que había presenciado, Huma yació boca arriba contemplando el cielo mientras las nubes que lo habían cubierto se deshacían en jirones y desaparecían hasta que el negro manto de la noche se cubrió con miríadas de estrellas.

La Reina de la Oscuridad, al igual que la torre de obsidiana, había desaparecido. Había fragmentos de la estructura esparcidos pro toda la llanura, pero de la Reina no quedaba rastro. La explosión de fuego y luz la había expulsado de este mundo.

Huma se sentó con ayuda de la mujer de cabello plateado. Al frente había un cráter humeante, donde antes se encontraba la torre. A su alrededor yacían los cadáveres de sus hombres, muertos a manos de los soldados enemigos. Pero los hombres de la Reina, vivos o muertos, habían desaparecido, barridos por el estallido de luz, fuego y humo que había destruido la torre y el maligno poder de la Reina de la Oscuridad.

Despacio, los soldados de Huma que habían sobrevivido se levantaron. Era un grupo de hombres agotados, ensangrentados y llenos de barro que contemplaban fijamente el cráter. Uno o dos echaron a andar despacio hacia aquel punto, como si no dieran crédito a sus ojos, como si no pudieran creer que la torre se había autodestruido en su afán por librarse de la Dragonlance.

Huma se dio cuenta de que ya no podía moverse. Sus manos y sus pies estaban fríos, como si hubiese pasado un día de invierno a la intemperie. Respirar era un suplicio; los pulmones le dolían al contener el aliento y sólo inhalaba cuando ya no podía resistirlo más.

La mujer lo acunó entre sus brazos; las lágrimas le inundaban los ojos.

—Hemos vencido —dijo el caballero, en cuya voz se evidenciaba la alegría.

—Sí —musitó ella—. Al final fuiste tú quien salvó la catástrofe. —Intentó sonreír, pero fracasó—. Salvaste la situación como tus hombres sabían que lo harías.

Él quiso asentir con un cabeceo, pero el gesto le revolvió el estómago e hizo que la cabeza le diera vueltas. Le fallaba la vista y ya no estaba seguro de lo que sucedía a su alrededor. Esbozó una sonrisa apenas perceptible.

—¿Qué ocurrió? —Preguntó.

—Fue la Dragonlance —respondió la mujer, que parpadeó repetidas veces. Apartó los ojos de su pálida faz y miró a lo alto—. Cortó la fuente de su poder y la destruyó. Y al mismo tiempo a su ejército.

—Lo ignoraba —musitó Huma.

—Era imposible que lo supieras.

—¿Y mis hombres? ¿Cómo están mis hombres?

Ella recorrió con la mirada el campo de batalla. Las mujeres que acompañaban a las tropas habían encendido hogueras en las colinas circundantes. Muchas de ellas buscaban a sus esposos, a sus hermanos o a sus hijos entre los muertos.

—Están bien —mintió—. La mayoría ha sobrevivido.

—Eso está bien —dijo—. Muy bien. Ahora que todo ha acabado podré dormir. Estoy muy cansado.

Ella quería gritarle. Quería ordenarle que nos se rindiera a la muerte ahora, con tanta facilidad. Pero comprendió que no serviría de nada. A la luz de las estrellas advirtió que su expresión era sosegada. Era la primera vez que lo veía en paz desde que lo conocía, ahora que la guerra había terminado y la Reina de la Oscuridad había sido vencida por fin. Sintió que lo sacudía un leve estremecimiento y supo que había muerto. Lo recostó en el suelo con ternura y fue hacia el cráter para recuperar la Dragonlance. Quería ponerla en su tumba. Estuvo largo rato contemplándolo en silencio, recordando el sacrificio que ambos habían hecho.

Habrían podido disfrutar de unos breves años de unión, como esposos, pero el mundo habría pagado un alto precio. Por ello habían renunciado a su felicidad a favor

de la de los demás.

Mientras las lágrimas acudían de nuevo a sus ojos, se sintió estafada. Había creído que se les concedería más tiempo para estar junto, pero también eso se lo habían arrebatado cruelmente.

Sin tener plena conciencia de lo que hacía, su cuerpo empezó a emitir un tenue fulgor que creció de intensidad poco a poco hasta que el brillo la envolvió por completo.

Cuando los supervivientes del ejército de Huma encontraron a su comandante, vieron que el caballero yacía a los pies de un dragón plateado. El cuerpo del animal lo cubría, protegiéndolo hasta que su cadáver recibiera sepultura.

Del afán por la guerra y su final

Micheal Williams

Hospital de Palanthas

Abril de 353

De Athelard a su hermano Bayard
Saludos.

Sé por una carta de madre que tú también has optado por seguir los pasos de un padre que no recuerdas y del hermano mayor que ahora te escribe. Que has hecho la elección, si es que alguna vez la tuviste, de continuar la vocación familiar y entrar, como escribe madre, *en la tradiciones y sagrada Orden Solámnica, ahora que se ha levantado el asedio y se ha expulsado de nuevo a los ejércitos enemigos de nuestras tierras y de aquello que hemos jurado defender por el Código y la Medida.*

Como siempre, las palabras de madre son elegantes y grandilocuentes. Las oigo desde mi asiento junto a la ventana, que debe de estar orientada al oeste, ya que noto la caricia del sol en mi rostro cuando los cantos de los pájaros cesan y los primeros grillos de lo que debe de ser una temprana primavera empiezan con ese chirrido que anuncia la noche. Y, pues que sin duda te extrañará la letra de mi carta, he de decirte algo más. En este cuarto se sienta una enfermera bondadosa y amable que escribe las extensas palabras, las extensas ideas de un hermano a otro. Su voz es suave, acariciante. Más difícil de captar es el sonido de los pájaros o de los grillos. He de suponer que está de espaldas a mí mientras escribe lo que tengo que decirte. Me pide que continúe, con un tono aún más quedo. Como ya he dicho, es amable, es bondadosa.

Ojalá hubiera prestado más atención al canto de los pájaros cuando era joven. Mi enfermera me ha dicho que los pájaros cantan por la tarde los nombres de quienes morirán por la noche. No soy adepto a las profecías, pero imagino que el canto es sutil, que tal vez diferentes pájaros cantan a diferentes horas del día, o que quizá tienen un lenguaje propio, una especie de llamada y respuesta, alguna porfía que ahora comprendería si hubiese prestado atención antes. Sería algo interesante de escuchar... Un buen modo de pasar el tiempo en lo que los cirujanos insisten en

llamar *esta casa de paz y curación*. Pero es la tierra la que está en paz y curada, en tanto que el hospital está bajo influjo de la batalla y el dolor y los recuerdos perturbadores.

Lo que se cuenta acerca de la ceguera es verdad sólo en parte; eso de que cuando se pierde la vista los otros sentidos... ¿se agudizan? ¿Se intensifican? Oh, Bayard, si todo en este mundo fuera poético y justo y equilibrado y la belleza no fuera un accidente, si las cosas sucedieran para ser más bellas y más poéticas o más justas, entonces los mitos relativos a los ciegos se convertirían en una ley física: lo que la guerra arrebatara, la naturaleza lo restituye. O algo igualmente lírico. Pero no es así. Cuando estás sumido en la oscuridad, lo que haces es prestar más atención y, si los pinzones, los cardenales y las alondras te suenan igual, lo único que piensas es que hace tiempo había cosas que pasaste por alto.

Pero no puede uno culparse por los errores de la infancia y la negligencia en los estudios, porque cualquier relato descrito como total e indiscutiblemente cierto, ya tenga relación con la ceguera o los pájaros o la batalla, o con un fondo noble y puro en cualquiera de estas cosas, es el más desatinado de todos los relatos, ya que sólo se entiende de verdad cuando te hundes en las tinieblas, cuando te elevas sustentado en delicadas alas o cuando enarbolas una lanza mientras llueve fuego sobre ti.

Nuestra madre dice que «ansía» saber cosas del asedio, oír historias de heroísmo y grandes gestas, que practica con la espada en el salón para su sobresalto, poniendo en peligro sus jarrones heredados. Que canta «Devuelve las almas al seno de Huma» mientras tu espada cimbreaba amenazadora cerca de la porcelana o los candelabros.

Las palabras del canto son «Devuelve a *este hombre* al seno de Huma», Bayard. Y se entonan sobre el cuerpo de un compañero muerto en combate, no por los fantasmagóricos draconianos con los que combates entre la porcelana de madre. El canto es más individual, más personal de lo que puedas imaginar. Claro que tú no estaban en el asedio.

¿Sabes que a veces la oscuridad me parece más penetrable? ¿Qué varía de la uniforme negrura a un tono turbio o incluso a un color marrón oxidado? O quizá sólo imagino que adopta esos colores que todavía recuerdo, que surgen de las monótonas tinieblas que me rodean. Tal vez los ojos, aun después de estar muertos, te gastas jugarretas, como ocurre con los ojos vivos cuando contemplan el blanco de la ventisca sobre el paisaje nevado y del tedio o del deslumbramiento surgen increíbles tintes rojizos y verdes en los copos de nieve.

Pues la nieve, un blanco puro sobre blanco, empezó a caer mientras recorríamos la calzada que lleva a la Torre y oímos a los hombres de a pie rezongar: «Ahora también nieva, por si fuera poco»; y sir Heros gruñó por lo bajo: «Además protestas; como si no tuviéramos bastante con la nieve», mientras yo colocaba su yelmo y su espada en la silla, delante de mí, a fin de que la manta que me había echado sobre los

hombros los cubriera también, para que de ese modo se conservaran impolutos y secos para la batalla que sabíamos inminente y tan inevitable como el mal tiempo.

Al principio fue sólo aguanieve, aunque era evidente en qué se convertiría cuando bajara la temperatura. Y descendió. El resuello de los caballos salía en nubecillas de vapor por sus ollares y se unía al aliento de los soldados. Llegó el momento en que cabalgábamos a través de una niebla tan espesa que no veía más allá de sir Heros, que iba delante de mí. Seguí a su caballeo y di por hecho que él hacía otro tanto con el hombre que lo precedía. Deduje que quienquiera que fuera el que conducía nuestra columna habría salido ya del banco de niebla o al menos que tendría el sentido común de saber hacia dónde se dirigía. El suelo se tornó en un barrizal; y no es que se viera, pero sí se oía el chapoteo de los cascos de los caballos y la succión del barro. Si hubiese sido adivino, habría visto en aquella marcha un presagio de mi ceguera. Pero los hombres de este país tenemos una visión de futuro tan escasamente lúcida como confusa era la imagen del jinete que me precedía.

Los hombres de a pie no entonaban cantos sobre «el seno de Huma», o el Martín pescador, la corona, la espada o la rosa, o sobre la gloria de la batalla, sino una tonada de taberna que se había hecho popular durante la marcha; una canción que los caballeros habían acallado antes porque resultaba embarazosa para los oídos de las damas; una copla que supongo dieron por hecho que ya no turbaría a nadie puesto que no había señoras entre nosotros. Tal vez la hayas oído. Es la verdadera canción del ejército:

*Tu único amor es un velero,
anclado en nuestro embarcadero.
Izamos la velas, trabajamos en cubierta,
abrimos las portillas para airearlo.*

*¡Ah, sí! Nuestro faro lo ilumina.
¡Ah, sí! Nuestras costas son cálidas.
Cuando estalla la tormenta
lo guiamos a puerto, a cualquier puerto.*

*Alineados,
los marineros lo contemplan desde el muelle,
sedientos como un enano ante un montón de oro
o como los centauros ante el vino.*

*Pues todos los marineros lo aman,
y se congregan donde esté anclado*

*cada uno confiando en que se hunda,
con toda la tripulación a bordo.*

Confío en que no enseñes esta coplilla a madre. Me he dado cuenta de que la enfermera se azaraba mientras yo la cantaba; ¡ella, que me ha bañado y ha curado mis heridas durante estas semanas! Cuanto más lo pienso, más me convenzo de que no deberías enseñarle a madre no sólo esa canción, sino mi carta en su totalidad. La historia se va tornando más desagradable a medida que avanza.

Hablábamos de nieve y del viaje a la Torre y de los cantos indecentes de la soldadesca. Uno de los caballeros, tal vez fuera Sturm Brightblade, cuyo nombre conocerás sin duda a estas alturas y que oirás una y otra vez en esta historia, pareció ofenderse por la indecorosa tonada y entonó el *Cántico de Huma* del que tú, querido Bayard, eres tan entusiasta. Su voz se perdió en la niebla, ya que pocos caballeros lo acompañaron por tener apagados los ánimos con la fría cellisca, y ni que decir tienen que los soldados de a pie no se sentían inclinados a corearlo; la única versión del canto que he oído en sus labios es una parodia desvergonzada en la que el seno ya no es de Huma, sino otro más suave y cálido, por completo distinto del pecho del guerrero.

Sigo olvidando que la enfermera está aquí. Las reglas de la Medida son todavía algo nuevo para mí. Además, he olvidado dónde nos habíamos quedado.

«En la nieve», me dice.

La nieve. Era un padecimiento a lomos del caballo, así que imagino que a pie debía de ser peor, ya que las botas escaseaban y la mayoría de los hombres se resguardaban lso piel del mordiente frío y los cristales del hielo con harapos. Durante la marcha a la Torre, Breca, un avezado veterano de la infantería, había regateado, suplicado y finalmente amenazado para que le entregara mis botas. Aunque al principio me enfurecí, cuando vi al muchacho al que se las daba y reparé en las ampollas y moretones que tenía en los tobillos, en la sangre que rezumaba de los andrajos y teñía de rojo la dura calzada, las amenazas holgaron.

No nos detuvimos la primera noche de ventisca. Breca me devolvió las botas a la mañana siguiente. Eludiendo la mirada, me dijo que el muchacho ya no las necesitaba, que ahora descansaba con Huma. El veterano soldado regresó a su columna y sir Heros, incómodo pero a salvo al menos sobre su montura, me dijo que ahora ya había visto *el lado oscuro de la guerra, que los hombres morían, los muchachos morían, sacrificando su vida en aras de la justicia*. Sus palabras eran casi un panegírico, un discurso que tenía preparado par aún momento como aquél, algo que había prometido a nuestro padre, algo que evocaba el *Cántico de Huma* para levantar el ánimo de su escudero, el hijo de su compañero muerto. Como si después de una semana de continuas emboscadas ya no supiera ya que los hombres morían,

que los muchachos morían. Entre otros muchos, Breca empezó a comentar que nuestra marcha se guiaba por las emboscadas, que sólo cuando surgía una celada los caballeros estaban seguros de que íbamos en la dirección correcta.

Los draconianos no luchan en torneos, Bayard. Los Señores de los Dragones pueden ofrecer una apariencia elegante, noble, pero la guerra no tiene nada que ver con la Medida, con la majestuosa danza del desafío y la cortesía. A menudo se oían en la fronda cercana silbidos de contraseña y en ocasiones siseos, y entonces un hombre de a pie se desplomaba en la retaguardia de la columna, con una flecha negra hincada en la espalda. Desde luego no les gusta el frío; su sangre se espesa y sus movimientos se hacen más lentos. Pero entre ellos hay humanos, e incluso los draconianos sobreviven en tales condiciones climáticas; arrebujados en pieles no sufren la molestia de que se les curta la piel. Además saben que tampoco a nosotros nos gusta el frío.

A dos días de la Torre llevaron a cabo una última emboscada, una andanada de flechas disparada desde una arboleda; pero los proyectiles se quedaron cortos y no causaron daños. Los atisbamos entre la niebla y la nieve y las ramas desnudas; algunos eran inequívocamente humanos y todos se movían como fantasmas o sombras. Varios de nuestros arqueros respondieron al ataque también sus flechas quedaron cortas, que era exactamente lo que pretendían las fuerzas draconianas, ya que sus suministros de armas son prácticamente inacabables.

Uno de ellos gritó: «¡Eh, soldados de infantería, escuchad la voz de los ejércitos draconianos!!». Muy melodramático, cierto; pero efectivo en medio de la niebla y de una tierra muerta. Nuestros arqueros dejaron de disparar e intercambiaron miradas inquietas.

«¡Soldados de a pie! —Gritó de nuevo—. ¿Os parece bien que los caballeros os alimenten con forraje?». Era un viejo truco para crear discordia en la tropa y de hecho algunos caballeros, lord Derek, lord Alfred y sir Heros, se dieron por ofendidos. Heros me pidió su espada; Derek se dispuso a cargar contra el grupo de árboles aunque tuviera que hacerlo él solo; Sturm y sus peculiares compañeros se encresparon; hasta que la resonante voz de Breca acalló las bravatas y los murmullos de la columna: «¡Ven aquí y podré contestarte mejor!».

«Imagino que sí —gritó el soldado draconiano—. Pero respóndeme una cosa: ¿alguna vez has visto a un Caballero de Solamnia muerto?».

Fue como si cambiara el enfoque de los ojos del mundo. Sabíamos que era una mentira, *una canallesca e infame acusación*, como habría dicho Heros. Y ya pensé en nuestro padre, que regresó sobre su escudo; pensé en los siglos transcurridos desde el Cataclismo; en el Código; en el Martín pescador; en la corona, la espada y la rosa; en los sacrificios. Pero todo esto dejó de ser importante después de aquella pregunta ¿comprender? Porque no era la respuesta de Sturm o la de Heros o la de Derek la que

esperábamos, sino la de Breca.

Huele a aceite. Mi enfermera ha encendido una lamparilla para poder seguir escribiendo. Es perjudicial para los ojos, querida. Ya nos engañan bastante en condiciones normales. Continuaremos con la carta mañana.

Era la respuesta de Breca la que esperábamos allí en la calzada, camino de la Torre, en medio de un paisaje blanco sobre blanco que se fundía con la distante blancura y en el que la tenue línea de los árboles y las borrosas siluetas entre ellos eran la única referencia que teníamos de distancia o medida. Y, a pesar de que la respuesta no figuraba en las reglas establecidas por la caballería, ni en el vos ni en los desafíos honorables, no pudo ponerle «peros» ni el más estricto de los caballeros. Al fin y a la postre, Breca no era uno de ellos; al fin y a la postre, los hombres de a pie escucharon y aplaudieron.

«¡Cada Caballero de Solamnia que he visto muerto tenía apuntados en su carnet de baile a doce de vuestros chicos lagartos —gritó el veterano—. Lo encontrábamos rodeado por sus cuerpos, todos petrificados y bonitos como un condenado jardín rocoso!».

La soldadesca prorrumpió en carcajadas, pero la mayoría de los caballeros rebulleron inquietos sobre sus inquietos corceles, que resoplaban y pateaban como si hubiesen entrado en una región de leopardos. Sturm y lord Alfred sonrieron. Claro que Sturm había viajado en compañía de gente forastera y había prestado servicio con los enanos.

Pero lo que incluso Sturm y lord Alfred sabían, lo que casi todos sabían y, en especial Breca, era que el soldado draconiano no había terminado con el veterano, que este ataque era tan fiero y letal como el de un arco o el de uno de aquellos temibles salves curvos que todavía veo en mis sueños hasta que vuelve la acogedora negrura de un nuevo día. Porque el alma de la batalla estaba en juego un nuevo día aun antes de que las flechas volaran, antes de que las espadas chocaran; al menos a los ojos de los caballeros, cuyas ideas se basan en conceptos morales y espirituales, en un juego sublime que se inicia no cuando se come la primera pieza, ni siquiera cuando se mueve el primer peón, sino cuando los jugadores se sientan ante el tablero de ajedrez.

Por su parte, Breca estaba más allá de conceptos morales o estrategias, a salvo de momento en otro mundo que se reveló ante mis ojos en las semanas que siguieron, en la Torre y en la espera. Era un hombre de armas para quien una cuchillada es igual que cualquier otra, algo que hay que parar o desviar si uno quiere seguir llamándose soldado. La nieve le cubría el yelmo de tal modo que pensé que en cualquier momento lo cubriría por completo ante las narices del enemigo y que después nos cubriría a todos, infantería, caballería y suministros, hasta que al final todo cuanto

quedaría de nosotros serían unos patéticos montones de nieve apilada por el viento en territorio enemigo.

De nuevo se alzó la voz del draconiano entre los árboles.

«No estás muy bien equipado para ser tan fanfarrón, soldado. Incluso desde aquí distingo las mellas de tu armadura. Advierto el deterioro del peto, el punto donde mi espada haría más daño. Es probable que cubras tus pies con harapos, aunque la capa de nieve es demasiado profunda para asegurarlo desde aquí. Pero supongo que tales son los fastuosos atavíos que los caballeros proporcionan a sus tropas».

Dicho esto retrocedieron tras los gruesos troncos y las ramas del bosque por ello no oyeron la réplica de Breca, aunque nosotros sí la escuchamos y también los soldados, y resonó en mis oídos con su inflexión desabrida y colérica mientras nos aproximábamos a las puertas de la Torre.

«¿Acaso esperas que nos vistamos de gala para matar cerdos?».

Cruzamos las puertas de la Torre y desmontamos. El vapor del aliento de hombres y bestias se alzaba como una neblina, aunque no tan densa como la que había en el exterior por causa de la nieve. Más que cualquier otra cosa, recuerdo la sensación de alivio que sentí. Claro que hasta más tarde no nos enteramos de los puntos flacos de la Torre, una plaza indefendible al no haberse efectuado cambios ni reparaciones en su vetusta estructura. Pero en ese primer momento las murallas me parecieron altas y sólidas y la fortaleza inexpugnable. Supongo que ya habrás oído hablar de este enclave. Bayar, y habrás imaginado estas murallas de un modo más vívido de lo que yo sería capaz de describirlas, aunque lo hiciera piedra por piedra, siguiendo con la argamasa y terminando con el preciso trabajo de maestros albañiles en el que los bloques están tan ajustados entre sí que no precisan mortero. Tal vez tus murallas sean tan detalladas, tan reales como las que yo vi, pues sabía tan poco de fortalezas y construcciones como de los cantos de los pájaros.

«Ahora lucharemos desde una posición defensiva —pensé—. Ahora lucharemos con ventaja. Pero lo que es más importante, lucharemos a resguardo de las inclemencias del tiempo, a sotavento de las murallas». La comodidad y el calor eran entonces algo primordial y las habitaciones a las que nos condujeron a Heros y a mí me parecieron un palacio, a pesar de ser húmedas y tener más corrientes que un viejo ático. Ahora me he acostumbrado mal en el hospital, pues en mi cuarto hay chimenea y cortinas; cortinas que a mí me parecen de tela de saco, una burda arpillera, pero que cumplen con el cometido para el que fueron pensadas al principio, antes de que nos pareciera una buena idea bordarlas y adornarlas.

Si Heros hubiese sabido las ideas que rondaban mi cabeza me habría dicho que pensaba como un soldado de a pie. Habría tenido razón, porque los oí hablar mientras estuve atendiendo a los caballos. La mayoría se arrebujaba en las mantas ya estuvieran de pie, sentados o tumbados en torno a las lumbres resguardadas que

centelleaban en los oscuros patios interiores. Unos pocos, los veteranos, estaban acucillados alrededor de Breca, que se había sentado en su yelmo y encendía la pipa resguardándola entre sus enormes y enrojecidas manos; el brillo que salía de la cazoleta se reflejaba en su cara otorgándole un aspecto entre beatífico y violento.

Lo saludé con un cabeceo, que me devolvió con el mismo gesto al divisarme en la oscuridad. Tenía lo que Heros llamaba *arraigada cortesía hacia sus superiores*, no tan común entre los soldados como podría imaginarse, pero era una cualidad que a todos se les exigía adoptar y cultivar. Con todo, me gustaba pensar —y todavía lo pienso— que aquella cortesía hacia mí era algo más que una simple norma, que estaba motivada por algo. Al fin y al cabo, debía de recordar el asunto de mis botas en el camino a la Torre, tal vez en su mente de soldado acostumbrada a la supervivencia y a la necesidad tenía más peso un gesto humanitario que una armadura y un caballo. Claro que también era posible que me considerara un tonto, o que me compadeciera por mi juventud; o quizá pensaba todo esto y más y no habría equivocado su juicio.

Su faz relucía sobre la pipa como un faro, o puede que se debiera a la luz reflejada pro su auditorio. Había veinte otreinta hombres a su alrededor, algunos de la edad de lord Alfred y varios de mi edad, pero la mayoría estaba entre la uno y la otra; como ya he dicho antes, los veteranos. Y todos parecían chiquillos en presencia de un narrador de cuentos, pero en lugar de escuchar atentos los relatos de grandes gestas y magia que nos contaban, y a ti todavía te cuentan, en los espaciosos salones de Solamnia, ellos hacían preguntas diversas aunque todas podían reunirse en una: *¿Qué oportunidades hay de defender esta fortaleza?*.

Tampoco él los mimó ni los reconfortó como hacían con nosotros los narradores de cuentos en casa de madre... «¿Una historia de elfos, queréis, jóvenes amos? Entonces de elfos tratará». Para los soldados no hubo complacencia, ni mucho menos, Breca era sincero, o al menos lo fue en el sentido de estar más cerca de la verdad de lo que está la simple sinceridad, que a veces da pie a suposiciones falsas.

«Tengo la impresión de que esta Torre la diseñó un centauro borracho —dijo—. Y opino que lo hizo después de haber celebrado una victoria, ya que la estructura dice más del vino que de las tácticas. He contado cuatro puertas en la fortaleza, lo que significa que hay tres más de las necesarias y cuatro más de las que a mí me gustaría que hubiese, ahora que nos encontramos en su interior».

»Y os diré que si hay algo peor que cuatro puertas, ello sería cuatro puertas grandes por las que podría entrar una docena de centauros codo con codo. A los comandantes del ejército de los Dragones no les importa desperdiciar hombres y menos aún draconiano, de los que parecen disponer en abundancia. Lo que es más, corremos el riesgo de que utilicen dragones o algún artefacto diabólico contra nuestras murallas».

Se echó hacia atrás y las volutas de humo de su pipa se enroscaron frente a su ancha y curtida faz como la nieve arremolinada o la niebla del amanecer o el resuello de los caballos. Los soldados aguardaron atentos, pero no esperaban la fácil y rápida respuesta, la arenga inspirada que les dijese que a despecho de todas estas dificultades nos alzaríamos con la victoria merced a las tácticas y la bravura, que un hombre al servicio de Solamnia era capaz de derrotar a una docena de draconianos. Esperaban que diera su dictamen sobre las murallas.

«No son un ejemplo ni en su diseño ni en los materiales empleados para su construcción. Y yo no soy maestro cantero ni tampoco un hombre algo que le gusten las apuestas. —Este último comentario provocó las risas de otros soldados—. Pero, si me gustaran, apostarí a que un tipo metido en carnes y lanzado a galope causaría desperfectos estructurales a esta grandiosa fortaleza.»

Sonaron más risas y yo me aproximé al grupo, con el cepillo de almohazar en la mano, olvidándome de los caballos.

Si lo que decía era cierto, y yo no tenía motivo para dudar de él, entonces estábamos acorralados, atrapados en un edificio vulnerable cuyas murallas no se interponían entre nosotros y el ejército de los Dragones, sino entre nosotros y una posible escapatoria. Y los soldados de a pie estaban aquí, sentados y gastando bromas como si no pasara nada.

«Mirad a vuestro alrededor —musitó Breca mientras las risas se apagaban y algunos de los hombres alzaban la vista con actitud escéptica, incómoda, mirando la rosa bordada en mi jubón como si se tratara de un círculo premonitorio, mirándome a mí como si fuera el mensajero de otro mundo—. Observad lo que os rodea. A no tardar, veréis que los pájaros ya no se posan aquí. Las noticias se extienden entre los animales de un modo muy particular y no sólo entre los de la misma especie. A no tardar veréis que las ratas se marchan. Los caballos tienen el mismo instinto, pero están domados y metidos en las cuadras y... —me miró de soslayo, esbozó una sonrisa y después volvió la vista hacia su pipa—, y bien cepillados. Lo único que nos retiene aquí son los caballeros que piensan que pueden defender esta plaza con sólo el honor. El honor no está de más y es bueno tenerlo, pero no detiene las picas, muchachos. Lo más que hace es dejar una herida más limpia».

»Pero no os apuréis, muchachos —concluyó, mirándome a la cara con aquellos enormes ojos grises que según el dicho popular son el distintivo de los buenos tiradores o de los locos, no estoy seguro—. No os apuréis, pues al menos habéis encontrado un lugar caliente para morir».

No era la suya una filosofía reconfortante con la que regresar a las habitaciones de los pisos altos, donde te esperaban espadas y armaduras para ser lustradas y vino y una agradable chimenea, y donde la verdad te susurraba por lo bajo, apenas audible con el crepitar del fuego, como un fantasma en los establos y los barracones...

«De los buenos tiradores —me dice la enfermera—. Los ojos grises son de los buenos tiradores».

¿Entonces son los verdes para los locos? ¿O para los poetas?

Bien, dejémonos de mitos sobre ojos y hablemos de monotonía, del tedio nacido con la expectativa de la batalla. No es algo repentino, no es el breve intervalo entre el relámpago y el trueno, sino una larga espera en la que el peto y la espada relucen fútilmente, en la que atormentas a los caballos con tanto sacarles lustre, en la que observas el cielo, especulando con interrogantes. Pero esta espera de la batalla no es un tiempo para perderse en reflexiones, sino un tiempo para atender obligaciones, cometidos triviales; hasta que esas tareas se convierten en algo mecánico y vuelven a ensimismarte en tus pensamientos.

Pero ser caviloso e imaginativo tenía su peligro. Después de todo, querido hermano, había un ejército enemigo que se aproximaba, un enemigo magnificado por su ausencia. El contingente del ejército de los Dragones crecía en número y sus atrocidades eran más terribles mientras aguardábamos e imaginábamos. Entre la tropa corría la historia de que la matanza de los bárbaros de las Llanuras había sido aún más espantosa de lo que decían los primeros informes, y que los draconianos habían hallado el modo de engendrar más de los de su especie con las mujeres de las Llanuras valiéndose de los oscuros conocimientos del saber oculto y la magia; una estirpe más dura que maduraba con rapidez y que era capaz de soportar los rigores de los climas más extremos; que estos niños crecían en las Llanuras alimentándose al principio con los escasos medios que ofrecía el campo para después volverse unos contra otros con la fiereza de los tiburones, hasta que al final sobrevivía sólo el más fuerte y mejor dotado. Y sobrevivía para ser equipado con un arco negro y un espantoso cuchillo curvo con los que recorrería kilómetros de terreno nevado hasta alcanzar la Torre del Sumo Sacerdote.

Por añadidura a los rumores de guerra nos enfrentábamos a otra amenaza más inmediata, pues la segunda noche de estancia en la Torre, el vino faltó en el acuartelamiento de los caballeros y tuvimos que recurrir al agua y a la leche de yegua sabiendo que también éstas se agotarían durante las largas semanas de espera. Era una suerte que hiciese frío, pues así los alimentos no se estropearían tan pronto. Pero hasta para el ojo más inexperto resultaba evidente que los suministros almacenados en las despensas eran más mermados que ayer y que mañana habrían menguado aún más. A no tardar, nuestra dieta se limitaría a resecar tortas de trigo. Después vendrían los caballos. Y algunos de los soldados de a pie más veteranos comentaron irónicos que las siguientes serían las ratas, si es que eran lo bastante estúpidas para seguir allí cuando les hubiera llegado el turno.

Así las cosas, matábamos las horas con otros pensamientos. Los soldados cruzaban apuestas en partidas de estos raros dados de muchas caras originarios del

este. Nadie apostaba con el amigo de Sturm, el kender, siempre ansioso por participar en las partidas, aupándose de puntillas para atisbar algo sobre los hombros de los jugadores y en una ocasión hasta encaramándose a la espalda de un alto arquero para no perderse detalle del juego, aunque instantes después el soldado se lo quitaba de encima como el perro cuando se sacude agua. Una vez pregunté a Breca si tan perjudicial sería permitir al hombrecillo participar y me contestó que todavía me faltaba aprender la diferencia entre desdén y respeto. Me dijo que sentir compasión por un kender era la ruina de fortunas, o algún otro proverbio rural por el estilo que menosprecié hasta pocas horas después, cuando había perdido una suma sustancial con aquella pequeña criatura tras repetidos e infructuosos intentos de descubrir bajo cuál de las tres cáscaras de nuez había escondido un grano seco de maíz.

Nunca he sido jugador, pero me sentí cautivado por el kender, por su talante infantil y juguetón, por la impresión que daba de haber dejado de lado asuntos de verdadera importancia a favor de las preparaciones del asedio. Me recordaba a mí mismo cuando tenía seis años y el modo en que renunciaba a mis juegos infantiles para servir a Solamnia. Tal vez aquellos recuerdos fueron los que me hicieron perder más dinero con los dados, pues reté a menudo al kender a jugar una partida, mientras intentaba decidir si lo que sentía por él era compasión o envidia.

Los otros forasteros eran más distantes, de acuerdo con las costumbres de sus pueblos. El enano estaba impaciente porque empezara la batalla y a menudo se lo veía en los parapetos, embutido en metal y pieles y sumido en un silencio taciturno, con su hacha de aspecto mortífero acunada en los brazos y la mirada perdida en lontananza, más allá del abierto paisaje nevado, en busca de dragones, ejércitos, algún movimiento. No se me ocurría qué decirle y sospecho que él prefería que fuera así.

Otro tanto me ocurría con la doncella elfa, una joven exótica, distante y en cierto modo temible con su brillante armadura tan poco femenina. Tenía el cabello dorado y los ojos verdes; la leyenda de que las mujeres de esta raza superan en belleza a las nuestras no puede demostrarse si es cierta o falta con un solo ejemplo, con una sola mujer; pero si así fuera, no cabría duda de que los elfos la habrían enviado a ella como modelo de comparación.

A diferencia de muchas de las jóvenes de nuestro país, que presumen y ríen tontamente y entregan guirnaldas y pañuelos a los caballeros de su predilección o a cualquier muchacho en puertas de convertirse en caballero, la tal Laurana no era consciente de su belleza. Por el contrario, parecía haber olvidado todas esas cosas y estaba ensimismada en una historia de lanzas y grandes batallas que yo no alcanzaba a comprender a pesar de toda mi imaginación, de toda mi expectación. Y discúlpame, amable dama que transcribes mis palabras a un hermano ausente, pero esos asuntos de flores y pañuelos, de frívolos aderezos del cabello, de la amplitud del escote de un

vestido, todas esas cosas me parecen muy distantes ahora, los pueriles pasos de una danza carente de sentido en la que dejé de participar hace tiempo al perder de vista a mi pareja. En este momento es más importante el recuerdo de la doncella elfa, moviéndose en una aureola tal vez menos brillante de lo que aparece en mi evocación, pero tan nítida como cuando la vi por primera vez junto a las lanzas que había traído para la defensa de la Torre mientras se ofrecía a instruirnos en su manejo si no hubiésemos sido tan inflexible, tan desdeñosos y tan ofuscados que rechazamos su ayuda.

Aquellas lanzas fueron el gran misterio durante la espera, lo que Breca habría llamado el naípe marcado de la baraja, la esquirla de plomo que truca el dado. Pero, a diferencia del dado cargado, las lanzas parecían más grandes y pesadas de lo que eran en realidad, allí tiradas en el patio de la fortaleza; más grandes y pesadas a causa de las leyendas que había en torno a ellas. Pues sin duda recordarás que en el *Cántico de Huma él alzó la Dragonlance y retornó a la historia*; y la historia, fuera cual fuere, latía en cada una de las lanzas de manera que en ocasiones llegabas a imaginar que brillaban con una luz propia que no era el lustre del metal, ni el reflejo de la luz del sol o de las lunas.

Claro que yo he crecido entre leyendas y, aunque me admiró la excelente artesanía con que se habían forjado las lanzas y blandí varias en los largos días de espera, pensé, al igual que los más circunspectos caballeros representantes de la Medida, que esa luz misteriosa era producto de los deseos y los sueños reflejados en unas armas exquisitas pero corrientes. En consecuencia, rehusé aceptar las instrucciones para el manejo de las lanzas impartidas por un miembro de raza elfa, y para colmo mujer.

En lugar de entrenarme, me dediqué a escuchar las risas de los jugadores y las canciones; unas canciones que si no las había inventado Breca lo había hecho alguien muy parecido a él:

Donde la muralla norte se desploma,
pongamos piedra y argamasa,
levantemos adobe sobre adobe
sujetos con optimismo y lametones.

Y allí donde fallen los adobes
y cedan las piedras y la argamasa,
apilemos soldados encima de soldados
sujetos con promesas de un buen pago.

Y también escuché los politiqueos de los altos cargos, las conjeturas de Heros y los

rezongos de los hombres de a pie. Pues era evidente que algo se estaba cociendo, y Heros lo describió como un penoso tira y afloja en las órbitas lunares, la de Derek en menguante y la de Sturm en creciente, el poder fluyendo de uno a otro hombre como la luz de un astro a otro.

Heros no tomó partido por ninguno de los dos bandos, ya que ambos eran, según sus propias palabras, *demasiado variables*. Sturm estaba en ascenso; el mismo Sturm que había sido acusado de deshonor, el que fuera compañero de enanos, kenders, elfos y un mago vagabundo de ojos en forma de reloj de arena en quien nadie confiaba. ¿Acaso la vía para restituir el honor se encontraba en la compañía de un grupo tan dispar? Heros no sabía la respuesta. Y cuando algo no tenía una respuesta convincente, era innato en él desaprobarlo.

Por otro lado, Derek ya no era una alternativa aceptable, con su armadura demasiado reluciente de tanto lustrarla y sus ojos demasiado brillantes por algo mucho más inquietante que el vino o el frenesí de la inminente batalla. Había cogido la costumbre de hacer sonar un cuerno imitando a Huma, y a cualquier hora de la noche una llamada de alerta despertaba a los soldados de infantería, que formaban en el patio totalmente equipados para descubrir que la alarma la había dado el propio Derek en persona, sobresaltado por lo que consideraba la cercanía antinatural, o a veces la lejanía, de la luna roja y la luna blanca. Los hombres no protestaban en voz alta ni hicieron comentarios cuando lord Derek adornó su yelmo con la cuerna de un ciervo, como si al evocar la excelsa pugna entre el héroe y el mítico animal hubiese elegido representar tanto al cazador como a la presa.

Una noche, poco después de que saliera a la cabeza de una marcha que acabó en el desastre del que sin duda habrás oído hablar, me despertó otra vez el sonido de la llamada del cuerno. Me vestí y me equipé mientras me decía que quizás esta vez era cierto, quizá no era otro de sus «¡que viene el lobo!», y salí a uno de los patios en el que reinaba un gran silencio, como si no ocurriese nada, donde los soldados se agrupaban alrededor de las fogatas, unos dormidos, otros bebiendo o jugando a los dados, como si la noche fuera tan tranquila y segura como cualquier otra. Sólo Breca observaba el parapeto en donde una figura solitaria, reluciente, ribeteada en rojo y plata, todo metal y cuerna de ciervo, soplaba un cuerno.

Me detuve junto a Breca, que no apartó los ojos de la solitaria figura mientras se apoyaba en el pomo de la espada y reía por lo bajo, una risa tan áspera y desolada como el invierno que rodeaba la fortaleza. Luego me miró de soslayo.

Cuando comenté que quizá lord Derek hubiera perdido facultades, pero que hasta el general más brillante tiene manías en tiempos de paz y en la espera de una batalla, Breca me preguntó dónde había leído esas cosas.

«Porque tienes que haberlas leído. Éste no sólo tiene manías, sino que está chiflado. Todos sufren alguno que otro desatino, ya pertenezcan a la Orden de la

Corona, de la Espada o de la Rosa. Pero éste ni en sus mejores momentos tiene el tino suficiente para hacer pis sin mojarse las botas. —Hizo una pausa para encender la pipa, con el codo recostado en el pomo de la espada, clavada en el suelo—. Y lo triste es que será a él a quien escojan para dirigirnos».

Así pues, durante los siguientes días del largo asedio, antes de que Derek perdiera totalmente la razón y cabalgara hacia la muerte y el espantoso olvido de las leyendas, pasábamos las horas calculando las menguantes provisiones y vigilando desde los parapetos buscando señales de humo en el horizonte, atentos al sonido del cuerno durante la noche y a los rumores que corrían durante el día de que en alguna parte, en las entrañas de la Torre, yacía algo con lo que el kender había topado por casualidad en una de sus acostumbradas expediciones por el recinto de la fortaleza, algo que podría variar el curso del asedio si el tiempo, las circunstancias y la desesperación convergían en un mismo punto.

Me resulta agotador recordar todo esto, Bayard, pues ya he perdido la costumbre de ver y, aunque pueda pensarse que la memoria visual ha de ser más fuerte en los pensamientos de un invidente, cuando se pierde la vista ocurre a menudo que también se pierde esa memoria visual. Los movimientos de los ojos y del cerebro se oxidan y son ellos las vivencias adquiridas por medio de esos movimientos.

Lo que es más, la noche debe de estar próxima, pues el calor que acaricia el petril de mi ventana va menguando y noto el olor a sebo quemado cuando vuelvo el rostro hacia el interior del cuarto. Hay ciertas cosas que es mejor no evocar durante la noche y entre ellas está la marcha de lord Derek y el desastre que siguió. Así que, por la mañana, si la enfermera sigue siendo tan paciente —paciente e indiscutiblemente amable— te contaré el tramo más negro del viaje.

De nuevo se extendió el rumor de movimiento y batalla, pero en esta ocasión parecía tener más fundamento, puesto que en los parapetos y en el acuartelamiento de los caballeros reinaba el silencio, en tanto que una creciente tormenta se desarrollaba en la sala de reuniones situada en lo alto de la Torre, donde Alfred, Derek y Sturm sostenían una contienda de palabras; de tanto en tanto, cuando el viento se calmaba, se oía algún grito o un fragmento de la conversación que llegaba hasta los patios y los cuarteles de la fortaleza.

No sacamos ninguna conclusión de lo que se debatía allá arriba, sobre nuestras cabezas, pues las veces enzarzadas en la disputa sonaban como los gritos de las aves rapaces. Pero era diferente de las noches de toque de cuerno, de apresurados preparativos para una falsa alarma; ahora lo único que hacíamos era esperar, nada de carreras, ningún comentario sobre lo que ocurría que fuera más allá de «algo ocurre». La fortaleza estaba increíblemente silenciosa, como si los caballos estuvieran meditando y las ratas, inducidas por el instinto, hubiera izado velas poniendo rumbo a

Huma sabe dónde en mita de la noche y del invierno.

A la noche siguiente me desperté cuando Heros me sacudió pro el hombro. Estaba totalmente equipado; se había vestido mientras yo dormía, como si no tuviera tiempo siquiera apara despertar a su escudero o, como descubriría más tarde, como si el acto de equiparse sin ayuda fuera una extraña penitencia que se imponía repitiendo lo que no había vuelto a hacer desde la noche de vigilia precedente a la ceremonia de su investidura como caballero.

«Derek se pone en marcha», anunció inexpresivo. Eludió la mirada mientras mi cerebro se debatía con las confusas brumas del sueño y localizaba una vez más dónde me encontraba merced a las paredes desnudas y a la fría humedad del cuarto. Creí al principio que Heros estaba anunciando la retirada, la rendición o la huída en desbandada, aunque después caí en la cuenta de que no era ninguna de esas cosas y era todas esas cosas a la vez, de que se iba a iniciar una ataque demasiado monstruoso para que pudiera achacarse a un mal asesoramiento y demasiado necio para que se lo calificara de heroico, y de que en los patios de la fortaleza la infantería estaba formando.

Las palabras estaban de sobra y también cualquier pregunta salvo: «¿Y vos?».

De nuevo eludió los ojos.

»Sturm opina que la defensa de Palanthas se basa en la defensa de esta fortaleza. Estoy de acuerdo con él».

«Pero no es eso lo que te reconcome —pensé—. Es la sensación acuciante de un puro y simple instinto de supervivencia; si no una supervivencia duradera, al menos la de semanas, días o incluso horas que garantizaría el quedarse. Por ello te has vestido y equipado sin recurrir a tu escudero y sin la debida ceremonia. Por ello te alegras de que la habitación esté a oscuras, sir Heros, Caballero Solámnico de la Orden de la Espada». Pero en esto no había nada reprochable, Bayard; nada, a no ser porque un antiguo y respetado concepto del honor hace que un hombre se avergüence de seguir respirando cuando sus compañeros han dejado de hacerlo; y con esa vergüenza, lo que la culpabilidad no puede desterrar: un orgullo por sentirse avergonzado, porque ese concepto del honor es antiguo y respetado.

Desde la ventana, los hombres parecían empequeñecidos, frágiles en sus armaduras y espadas y picas mientras se agrupaban, pateaban el suelo para librarse del frío y formaban en línea detrás de los caballeros. Divisé a Breca en la primera columna, aventajando en una cabeza a cuantos lo rodeaban. Me pareció que alzaba la vista a la ventana donde me asomaba y distinguí la inexpresividad de su mirada a despecho de la distancia, a despecho de las sombras proyectadas por la muralla y la mortecina luz del amanecer. Tal vez fuera la oscuridad la que me impidió ver expresión en su faz, pero hay una expresión que sí recuerdo, aunque pueda haberla imaginado en esta permanente e insondable negrura desde la que te hablo.

Pues si existe una expresión sin expresión, vacía de temor y de terror y finalmente de esperanza, en la que si hay algo es sólo una especie de resignación y resolución, ésa era la de Breca y la de sus compañeros. Y en ella se leía (si es que en ese vacío, en esa nada puede leerse algo): «Esto no es tan malo como imaginaba, pero peor de lo que esperaba». Y eso era todo. Eso fue todo cuando las malditas puertas se abrieron, las mismas puertas que Breca había calificado de indefendibles una semana antes de salir por ellas hacia la planicie y la decreciente oscuridad.

Y de nuevo la espera, la espera que ningún historiador refleja en las crónicas de ésta o de cualquier otra batalla. Sin duda habrás oído contar cómo nos llegó la noticia de la derrota de Derek; sabrás lo de los cadáveres atados sobre la grupa de un caballo cuyos ojos relucían como carbones encendidos y las veladas amenazas del Señor de los Dragones transmitidas por su oficial. Y que los caballeros, sujetos a la Medida, dejaron que su enemigo hablara, que los zahiriese, hasta que alguien, la doncella elfa que no estaba limitada por unas normas anticuadas y baldías y se movía impulsada por algo más profundo y antiguo, un instinto de supervivencia ribeteado por la ira, lo hirió con una flecha bien dirigida. Y de los pájaros que permanecieron durante la noche mientras entonaban sus cantos de aflicción, sus cantos, quizá, por Heros y por Sturm.

Y otra vez la espera, hasta que atacaran y echaran abajo las murallas.

¿Cómo explicarte, Bayard, lo que fue el final de esa espera, de cómo los draconianos avanzaron desde un lugar donde no alcanzaba la vista, creciendo en número mientras cubrían los kilómetros que separaban su campamento de nuestras murallas, reculando de lado como cangrejos para eludir nuestras flechas, corriendo bajo la lluvia de aceite y brea que arrojábamos a su paso, hincando sus garras en las murallas y trepando como camaleones, como salamandras, pues algunos de ellos estaban cubiertos de brea, ardiendo mientras trepaban hasta alcanzar las almenas, donde el estruendo de metal contra metal, de metal contra carne se alzaba a su alrededor y desterraba todo pensamiento?

Y no te paras a pensar que derramas sangre impulsado por la ira. En contra de lo que dice la Medida, toda la instrucción preliminar de esgrima, de tácticas de combate e incluso de juramentos de valor y firmeza carece de sentido; ni tampoco esas promesas absurdas de que vivirán tu vida con honor para que de ese modo la muerte de tu enemigo tenga sentido; pues quién sabe cuánto tiempo seguirás vivo después de que el enemigo, incluso hasta el último enemigo, haya caído. Toda esa preparación te sirve sólo para descargar un golpe sorprendentemente fuerte sobre la resistencia inesperadamente frágil de la armadura y de la piel y del músculo y por último del hueso; y también es el entrenamiento el que te hace comprender que ese enemigo debe de estar muerto y buscas al siguiente que esté más cerca de ti. Y como en un sueño oyes el eco de la voz del enano que está a tu lado: «Saca la espada, hijo, antes

de que se convierta en piedra». Y otro más, todo escamas verdes y fauces que salta sobre ti desde el parapeto y se desploma con la cabeza hendida por el veloz hachazo del enano. Y la mente que se despeja durante un instante para descubrir a tres más agazapados en fila sobre las al menos, con sus ojillos rojos reluciendo tras las curvas armas, enhiestas como las púas de una espantosa bestia mítica que no consigues recordar. Así que desechas esos pensamientos y blandes de nuevo la espada, y uno de ellos cae y los otros dos quedan arrollados bajo una avalancha de caballeros que también te arrastra a su paso como si fueras un fardo; o la repentina caída escaleras abajo de un compañero que estaba en las almenas y que choca contigo con tanta violencia que por un instante sientes que estás cayendo mientras te dices que es imposible, que una caída no puede ser tan lenta. Pero quién conoce la esencia del tiempo y el modo en que la mente detiene y condensa en una fracción de segundo los años, en un intento de recordarlo todo. Y después te encuentras de nuevo sobre tus pies, aupado pro el impulso de tu propia caída, y ves las puertas de la Torre y en ellas a la doncella elfa, reluciente, y piensas: «Así pues, esto es la muerte. Más de lo que esperaba, pero todo cuanto imaginaba». Pero a continuación te encuentras dentro de la Torre con tus últimos compañeros y las pesadas puertas se cierran y se suceden los chasquidos de cerrojo tras cerrojo, tras cerrojo...

No, no es agradable escribirlo y te aseguro que no es agradable relatarlo. Pero todavía hay ´mas y muy pronto sólo hablaré de recuerdos de sonidos y rumores. Muy pronto la historia continuará sin ojos y la fealdad quedará atrás. Resiste conmigo, querida mía, mi dulce ángel guardián, esta última hora de relato.

La magia de la Torre quedó clausurada por última vez y allí, por vez primera, supe qué era lo que el kender había descubierto en la recóndita cámara. No más grande que el corazón de un niño, el Orbe relucía con un fulgor deslumbrante que sobrepasaba el resplandor del sol en la nieve por la que cabalgamos durante días interminables y que habíamos contemplado desde las murallas a lo largo de la interminable espera. Y parece de justicia que antes de la oscuridad todo se resolviera en blancura. La doncella elfa, Laurana, impartió instrucciones en voz queda y tono urgente, enseñándonos la danza que de no ser tan testarudos y orgullosos habríamos aprendido cuando esos pasos nos eran de utilidad. Sostuvimos las lanzas, sorprendentemente ligeras, en posición de ataque, en un noble y absurdo saludo a lo que sabíamos que se acercaba porque escuchábamos tras las paredes el estruendo de alas inmensas, de un bestial resuello; y, aunque no sabíamos a través de qué pared, qué acceso daría paso a su arcaica y sinuosa cabeza, sí sabíamos que venía.

Las piedras y la argamasa de la pared norte temblaron y se desconcharon y Laurana cogió el Orbe. Aunque jamás la volvería a ver, me inundó una gran apacibilidad, ya fuera debida al propio Orbe como dicen las leyendas, o por ese instante en que la calma se apodera de la mente cuando se ha superado el límite de lo

tolerable y piensas: «Al menos llega el fin; sólo habrá un dolor fugaz y después una inmensa paz». Me giré hacia el norte levantando el realce de la lanza sobre el hombro y con la punta del mango firmemente sujeta bajo mi brazo, ahora fortalecido al tener por fin algo más que hacer que soportar el frío y la espera y la pérdida de Breca y Heros; y me pareció que, aunque no estaban entre nosotros, estaban perdonados por su ausencia y el significado de esa ausencia.

Ofrecimos las lanzas: el saludo solámnico, el ruego de que nuestras vidas de aquí en adelante fueran meritorias para justificar el tomar otras vidas. Y yo uní mi voz a la de los demás mientras pensaba en Heros, en Breca, en que mediante aquella estúpida plegaria sus heridas serían de algún modo más limpias.

Y estalló el caos, las paredes saltaron por los aires. Durante un instante vi aquellos ofuscados ojos de reptil emitiendo un brillo rojo que era inanimado en su arcaica luz, y pensé en los ojos de Breca y en lo que dice el poeta sobre el fuego fatuo. Hubo un estallido de calor sin par, como si sobreviniese un nuevo Cataclismo. Y después una total y permanente oscuridad.

Lo que ocurrió a continuación, querido Bayard, querida mujer cuya paciencia ha sido ilimitada e incondicional, lo supe del mismo modo que vosotros, a través de informes y rumores. Cómo mientras nosotros enarbolábamos las lanzas, Sturm se hallaba en lo alto de la muralla ofreciendo su vida para darnos los minutos que necesitábamos, cómo la lanza de la Señora del Dragón lo atravesó de parte a parte y cómo, por última vez, un estallido de luz cegadora apagó incluso el brillo del sol. Cómo hablé Laurana con la Señora del Dragón, Kitiara, con los despojos del caballero a sus pies; y la fortaleza, los campos, todo Krynn observando o escuchando mientras el futuro giraba al ritmo de su palpitante corazón. Y todo ello incumbiéndonos en todo o en nada a los demás, al mundo.

Me llevaron hasta una ventana y a través de los vendajes, el dolor, el olor decadente de mi carne y de la carne de otros, oí que comenzaba el funeral de Sturm bajo lo que debía de ser un sol reluciente; escuché las muchas frases que se pronunciaron sobre el cadáver y sólo éstas perduran en mi memoria, vívida se insoldables como la canción en clave de los pájaros que de nuevo oigo a través de las ventanas del hospital, y que decían:

Libre de la asfixiante nube de la guerra,
como un infante que sano crece,
en un mundo eterno y brillante
acógelo, ¡oh, Huma!

Sobre las antorchas de las estrellas
se dibuja la gloria inmaculada de la inocencia;
de este país errado, nido de violencia

líbralo, ¡oh, Huma!

Líbranos a todos, Huma. Y que te libre a ti sobre todo, hermano mío, pues anoche mi enfermera y yo hablamos brevemente, en voz queda, del mundo que ha quedado después de Sturm, de Breca, de Heros, después de la muerte de mis ojos. Y, como el dotado con el don de la profecía, enumeró las cosas positivas describiendo el mundo ganado a costa de la desesperación; a costa del hedor de las piras funerarias que permanece aferrado bajo la hierba y el metal y la fragancia de las flores y las sábanas limpias; a costa de un sol que ha quedado reducido a una sensación de calor en mi piel.

En esa lista estaban los ejércitos de los Señores de los Dragones expulsados, como dice madre, *de nuestras tierras y de aquello que hemos jurado defender por el Código y la Medida*. Y el que Takhisis hubiese regresado al vacío, a un lugar atrapado en una oscuridad que sólo puedo imaginar a través de mi ceguera, en una historia que me resulta inconcebible porque no puedo ver su final. Y la libertad de hacer lo que queramos. Y el país errado, nido de violencia, que redimiremos mientras criamos a nuestros hijos en paz y prosperidad, mientras exhortamos a los jóvenes a que no aprendan el manejo de la espada y estudien la historia y la tradición y sobre todo el conocerse a sí mismos.

Mi dulce enfermera... La reconforta pensar esto y escribe la última página inmersa en esa sensación de alivio. Pero te diré una cosa, Bayard, ahora que estarás sin duda frustrado por las palabras de tu hermano y por la historia mientras juegas con la espada en el salón de casa. Te diré que cuando esos estudios comiencen, cuando de nuevo los jóvenes empiecen a conocerse a sí mismos, tu entrenamiento para la batalla, tu afán por la guerra no pasarán sin pena ni gloria.

Porque cuando llegue el momento, volveremos a tomar las armas.

Notas

[1] Goldmoon significa «luna de oro»<<